

VICTORIA VÍLCHEZ



**NO ME
QUIERES**

**NO TE
QUIERO**



BILOGÍA QUIÉREME 1

VICTORIA VÍLCHEZ

NO ME
QUIERES

NO TE
QUIERO

BILOGÍA QUIÉREME 1

Copyright

No me quieres, no te quiero. Quiéreme #1

©Victoria Vílchez

Primera edición: mayo 2016

Segunda edición: febrero 2024

Todos los derechos reservados. Prohibida cualquier reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra sin la autorización expresa de los titulares del copyright.

Las nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta obra son producto de la imaginación del autor y totalmente ficticios, así como las opiniones reflejadas en ella. No representan la opinión real de ninguna persona o institución. Cualquier parecido con personas, eventos, negocios, lugares o cualquier acontecimiento son mera coincidencia.

Contenido

Copyright

NOTA DE LA AUTORA

HACERSE LA FUERTE

DOS AMORES EN LA VIDA

UN DÍA DE ESTOS...

CONVIVIR CON EL PASADO

NO ME QUIERES, NO TE QUIERO

¿TE ME ESTÁS INSINUANDO?

ENTREGAR EL CORAZÓN

REGRESO A LA ADOLESCENCIA

MANERAS DE OLVIDAR LOS PROBLEMAS

COMETER ERRORES

¿SIN RENCORES?

UN CORAZÓN REPLETO DE HERIDAS

NUESTRO MOMENTO

¿POR QUÉ NOS VAN LOS CHICOS MALOS?

LAS TERESITAS

FABRICAR NUEVOS RECUERDOS

PERDIDA EN ÁLEX

BURBUJAS DE FELICIDAD

PROMESAS

VOLVAMOS A CASA

CONFESIONES

HOGAR, DULCE HOGAR

POR LOS FINALES FELICES

¡SORPRESA!

LA ESTRELLA MÁS BRILLANTE

CUATRO SIMPLES PALABRAS

LÁGRIMAS, TEMORES Y OTROS VIEJOS SENTIMIENTOS

¿IGUALES?

SIN TI

TERESA O TESSA

AMAR, LUCHAR O RENDIRSE

CUESTIÓN DE CONFIANZA

HAGAMOS UN TRATO

LA CALMA QUE PRECEDE A LA TEMPESTAD

UNA DE CAL Y OTRA DE ARENA

VETE

LAS VENTAJAS DE SER UN MARGINADO

SE HA ACABADO

SIN RUMBO

[AYÚDAME](#)

[AYER SIGUE SIENDO HOY](#)

[DIME QUE SALDRÁ BIEN](#)

[SI TE VAS](#)

[LO QUE SOMOS](#)

[LO QUE FUIMOS Y LO QUE SIEMPRE SEREMOS](#)

[EPÍLOGO](#)

[SIGUE LEYENDO EN:](#)

[Libros de este autor](#)

NOTA DE LA AUTORA

Escribí la bilogía *Quiéreme* hace ya algunos años, y fue publicada por una editorial en el año 2016. Por multitud de motivos, siempre ha sido muy especial para mí. La historia de Tessa es en realidad un viaje de superación; dura, complicada, a ratos dulce y a ratos amarga, y trata un tema que, por desgracia, sigue estando muy de actualidad: las relaciones tóxicas. En su momento, recibí muchísimos mensajes de chicas que, como Tessa, habían pasado o estaban pasando por algo así, y en los que me contaban lo identificadas que se habían sentido con ella. Por ello, cuando recuperé los derechos, y a pesar de que ha llovido muchísimo desde entonces para mí como escritora, decidí que no quería dejar que languideciera en un cajón.

Así que esto va para todas esas mujeres: gracias por hacerme partícipe de un pequeño trocito de vuestras vidas. Ojalá, después de todos estos años, hayáis encontrado la felicidad. Os deseo el mejor de los finales para vuestras propias historias.

*A ti, que te rompieron el corazón y dejaste de confiar incluso en ti mismo.
Eres más fuerte de lo que crees.*

No puedo volver al pasado porque entonces era una persona diferente.

Alicia en el País de las Maravillas - Lewis Carroll.

Y una vez que la tormenta termine, no recordarás cómo lo lograste, cómo sobreviviste. Ni siquiera estarás seguro de si la tormenta ha terminado realmente. Pero una cosa sí es segura. Cuando salgas de esa tormenta, no serás la misma persona que entro en ella. De eso se trata esta tormenta.

Tokio Blues (Norwegian Wood) - Haruki Murakami.

HACERSE LA FUERTE

—¡No! ¡No! ¡No! —le grito a Zac, aunque me estoy partiendo de risa.

Estamos en la playa, es pleno agosto y no cabe un alfiler. Hay tanta gente que es imposible moverse sin tropezar con alguien.

Él suelta una carcajada y da saltitos entre las toallas para llegar hasta la orilla mientras carga conmigo sobre uno de sus hombros. Va a tirarme al agua sin contemplaciones a pesar de que me esté desgañitando como una imbécil y amenazándolo de muerte.

Pataleo y le doy unos cuantos manotazos en la espalda, que tiene cachas porque no falta nunca a su cita con el gimnasio. Para Zac, su cuerpo es un templo al que rendir culto y, lo creáis o no, tiene razones de sobra para pensar así. Es un tiarrón de veinticuatro años y metro ochenta con las espaldas anchas, músculos en el abdomen de esos que permitirían hacer la colada restregando contra ellos, un culito firme y ni un gramo de grasa. Estoy segura de que ahora mismo soy la tía más envidiada de toda la playa.

Mis esfuerzos caen en saco roto. Al contrario que él no piso un gimnasio ni por equivocación, y mi escaso metro sesenta no puede competir con su cuerpo de atleta. Me concentro en evitar que mis tetas abandonen la protección de la exigua parte superior del biquini y me rindo a lo inevitable.

—¡Joder! —exclamo, y no tiene nada que ver con la palmadita que Zac acaba de darme en el trasero.

Zac no es que sea norteamericano y tenga ese nombre molón. Esto es España y algún defecto tenía que tener el pobre. En realidad, se llama Zacarías y sus padres son personas crueles o estaban borrachos cuando lo bautizaron.

Mi exabrupto consigue que Zac vuelva la cabeza y me mire por encima de su hombro. Un mechón del color de la miel le cae sobre la frente y resopla para apartarlo.

—¡Bájame, Zac! —exclamo, y vuelve a reírse.

Me gustaría decirle que lo menos que me importa es el chapuzón, pero la sangre se me ha acumulado en la cabeza y lo único que hago es tratar de respirar y seguir agarrándome el biquini. Cualquiera se atreve a comentarle que acabo de ver a mi exnovio de pie en la arena, observándonos con esa mirada tan intensa que hace que me hormiguen hasta las puntas de los pies. Mi corazón trabaja a marchas forzadas y no es solo por la inminente caída al agua. Sé muy bien que no se trata de eso.

Zac me lanza al mar cuando ya se ha internado en él hasta la cintura. Por mucho que lo espere, me pilla con la boca abierta y el líquido se me cuela a la vez por la nariz y la garganta. ¡Está helada! Salgo a la superficie con el pelo pegado a la frente y escupiendo agua e improperios a partes iguales. Él se parte de risa, aunque lo miro con todo el odio que consigo reunir, que no es mucho, porque es Zac y odiarlo es bastante difícil.

—Tu teta me está deslumbrando —me dice, entre carcajada y carcajada. Reacciono llevándome la mano al pecho y sumergiéndome hasta el cuello, y él se ríe más fuerte todavía—. Es como un jodido reflector —continúa burlándose, aludiendo a la blancura inmaculada de mi pecho rebelde.

—No todos nos despelotamos para tomar el sol —replico, y le enseño la lengua, lo cual no deja de restarle casi toda la dignidad a mi reproche.

Ahora mismo lleva un bañador azul que le llega hasta mitad de muslo, pero no tiene problemas en acudir de vez en cuando a alguna de las playas nudistas de la isla y tumbarse a tomar el sol como su madre lo trajo al mundo. Siempre he pensado que tiene un punto exhibicionista.

—Tú también deberías —contesta—, antes de que dejes ciego a alguien con tus melones.

Me lanzo en su dirección y lo agarro de los hombros. Intento hundirlo con poco éxito. Al final me lo permite, porque de otra forma nunca hubiera podido con él, y recupero así algo del orgullo perdido. Me subo a su espalda y busco a mi ex con la mirada. Tardo poco en localizarlo. Un tío en vaqueros en la playa llama bastante la atención, y si a eso le sumamos que su brazo derecho está cubierto de tatuajes, así como parte del izquierdo y del pecho, ya os podéis imaginar. Tiene los ojos entornados y la vista fija en nosotros. Debe estar muerto por venir hasta donde estamos y soltar alguna que otra bordería por esos sugerentes labios. Si lo conoceré yo...

Hace dos años que no nos vemos, pero hay cosas que nunca cambian.

—Voy a salir —le digo a Zac, con mi mejor voz de espía.

—¿Quieres que te lleve hasta la toalla? —se ofrece, y hace ademán de cogerme en vilo de nuevo.

Lo esquivo y le dedico una peineta. Él agita la cabeza, burlón, pero se aleja braceando como si fuera un nadador profesional.

—¡Cuidado con los angelotes! —le grito, porque este verano han mordido a unos cuantos bañistas.

Ni siquiera me presta atención. Yo creo que piensa que caerían rendidos a sus pies y no se atreverían a morderlo. Riendo, salgo del agua y miro sin disimulo en dirección a donde se encuentra mi ex.

«Madre mía, ¡qué bueno está!», me lamento.

Álex, que es como se llama, es muy diferente a Zac. No es tan alto ni tiene todos esos músculos que Zac luce con tanta alegría. Es más delgado y desgarrado, aunque también muy atractivo. Tiene ese aire de chico malo —porque lo es— repleto de tatuajes y con un pitillo siempre entre las manos. Los vaqueros le cuelgan de las caderas como si esa prenda la hubieran inventado expresamente para él. No lleva camiseta y sus pies descalzos están semienterrados en la arena. Sé que tras las gafas de sol se esconden unos ojazos color avellana que hipnotizarían a una cobra y la harían morderse a sí misma.

Me dirijo hacia él. No tiene sentido fingir que no lo he visto. Como siempre que nos reencontramos, me tiemblan las rodillas. Él fue mi primer amor y, para resumirlo, diré que nos consumimos el uno al otro de una manera poco común. Nunca nada entre nosotros fue aburrido.

—Estás hecho un macarra —le espeto en cuanto llegó hasta él.

Esboza una de sus pícaras sonrisas y mi cuerpo se estremece de pies a cabeza. Reconozco la sensación como algo familiar y me pregunto si alguna vez dejaré de sentirme así al verlo. Es raro tenerlo frente a mí y, a la vez, parece lo más normal del mundo.

Se inclina y me da dos besos demasiado cerca de las comisuras de los labios.

—Te veo bien —comenta, y yo asiento.

Hay un grupo de chicas tomando el sol a su alrededor y otros tantos chicos junto a ellas. Supongo que son sus amigos, aunque no reconozco a ninguno. Nos observan con la antena bien puesta para no perder detalle. Conociéndolo, dudo mucho que sepan quién soy.

—Pensaba que estabas en el extranjero.

Lo último que supe de él es que se había ido a Malasia, Tailandia o algún lugar exótico y lejano a ver mundo y vete tú a saber qué más. Mi comentario parece sorprenderlo, como si no

esperase que estuviera al tanto de sus idas y venidas. No es que viva pendiente de lo que hace, pero Tenerife es una isla pequeña y al final todo se sabe.

—Regresé hace unos meses —replica con desgana.

No quedamos callados y él se entretiene dándome un repaso exhaustivo de arriba abajo, sin cortarse lo más mínimo. Desliza la mirada por mis piernas hasta mi cintura y luego pasa a mi delantera. Al final, vuelve a concentrarse en mis ojos y me dedica una sonrisa lastimera, como si fuera a morder el anzuelo y crearme ese aire de niño abandonado que se le da tan bien fingir cuando quiere salirse con la suya.

—¿Cómo te va? —pregunta, tras unos segundos, y frunce los labios en un mohín seductor que hace que me muera de ganas de darle un mordisco y saborearlo de nuevo.

No obstante, me contengo y le sonrío antes de contestar:

—Todo genial, como siempre.

—Ya lo veo —dice, con un tono socarrón impropio de él.

Álex no necesita recurrir al halago fácil para ligar. Tiene ese aura sexual que invita a entregarle cualquier cosa que te pida, y lo que no te pida también. Aunque conmigo siempre fue muy expresivo, lo normal es que un movimiento de ceja le baste para llamar la atención de una chica.

Ahora soy yo la que deja vagar la mirada y se llena los ojos de él. Examino sus tatuajes para darme cuenta de que tiene al menos cinco nuevos. Es tan adicto a la tinta como en su día lo fue a mis besos. Lástima que yo no fuera para toda la vida.

—¿Te vas a quedar?

No es que me importe. O tal vez sí. De algo tenemos que hablar y no estoy por la labor de echarle en cara lo que me hizo pasar. Aun así, si paso algunos minutos más hablando con él es probable que acabemos los dos enfrascados en una guerra de reproches. Es inevitable.

—Eso parece.

Trago saliva y, por primera vez desde que hemos empezado a charlar, giro la cabeza para buscar a Zac. Lo veo pasar a cierta distancia en dirección a nuestras toallas, yo y todas las tías en veinte metros a la redonda, que siguen sus pasos mientras se lo comen con los ojos.

—Bueno, ya nos veremos por ahí —me despido, rezando, sin tener muy claro si para verlo o para no volver a tropezarme con él.

—¿Tu novio?

—¿Eh?

—¿Que si es tu novio? —repite, señalando a Zac.

Reprimo el arrebato, bastante infantil por mi parte, de ponerme a bailar al comprender que está muerto de celos. Álex llevaba lo de ser celoso a un nivel superior cuando estábamos juntos. En ocasiones, se convertía casi en un maníaco solo por verme hablar con algún amigo. Esa es una de las muchas —muchísimas— razones por las que lo nuestro no acabó bien. Aunque, tal vez, lo de acabar es mucho decir. Lo nuestro es más bien la historia interminable; no sería la primera vez que hay una repetición de la jugada.

Agito la cabeza para apartar ese tipo de pensamientos de mi mente.

—Algo así —contesto de forma vaga.

Si le satisface o no mi respuesta, no muestra emoción alguna al respecto.

—Nos vemos —añado, y me vuelvo muy digna para ir al encuentro de Zac.

Lo que de verdad deseo en ese instante es saltar sobre Álex, enroscar mis piernas alrededor de su cintura y besarle como si el mundo se fuera a acabar mañana. Pero me limito a poner un pie delante de otro y caminar directa hacia mi toalla. Da igual que me esté quemando la

planta de los pies con la arena, que arde bajo el sol de las dos de la tarde, me niego a alejarme de él a la carrera como si estuviera huyendo.

Hay que ver lo que duele hacerse la fuerte...

DOS AMORES EN LA VIDA

—¿Qué? ¿Confraternizando con el enemigo? —se burla Zac.

Nunca ha visto a Álex en persona hasta ahora, pero en un par de ocasiones le he mostrado el álbum de fotos que escondo en el último cajón de mi cómoda. Supongo que mi ex es alguien fácil de reconocer.

Aunque conoce de sobra la historia, su tono es más bien jocoso. Muy propio de él.

—Necesito dos minutos largos —le digo, con una actitud de lo más dramática.

Me tiendo boca abajo, deshago el nudo de la parte de arriba del biquini y clavo la nariz en la tela rizada de la toalla.

—¡Joder! —exclamo, muy bajito, por segunda vez en menos de una hora. Zac se ríe y me aparta el pelo del cuello—. ¿Tengo buen aspecto? Seguro que parezco una loca.

Me peino el pelo con los dedos de una forma un tanto frenética, y él me sujeta la mano para que pare.

—Estás jodidamente hermosa. Pareces una sirena recién salida del mar, pero con dos preciosas piernas en vez de una asquerosa cola de pez —me anima, y estoy bastante segura de que esta es una de sus mentiras piadosas.

Invade mi toalla y se echa sobre mí, sin pudor ni vergüenza alguna, y yo me lo tomo como algo de lo más normal. Zac hace ese tipo de cosas a todas horas.

—Eh... Cree que eres mi novio —confieso con la boca pequeña.

Como única respuesta recibo una carcajada. Acto seguido, sus dedos recorren mi columna desde la parte baja de la espalda hasta la nuca.

—Eres una bruja —me dice, y yo me río, porque un poco sí que lo soy.

—No podía desperdiciar una oportunidad así.

Zac alza la cabeza y busca a Álex entre los bañistas y domingueros.

—Nos está mirando —comenta, y deposita un beso sobre mi hombro—. Si quieres te doy un morreo y lo tienes aquí en dos segundos. No me importaría tener la oportunidad de partirle la cara.

Sé que lo dice en serio. Zac está al tanto de gran parte de lo que pasó entre Álex y yo, aunque no de todo, y no es el único que tiene ganas de abofetearlo.

La nuestra es una historia larga, tortuosa, algo enfermiza, pero con momentos dulces e inolvidables. Es muchas cosas, tantas que resulta imposible que acabe nunca y, sobre todo, que acabe bien. Eso es lo peor, saber que para nosotros nunca habrá un final feliz.

—¿Estás bien? —pregunta, serio y preocupado, porque se me debe haber puesto cara de circunstancia al dejarme llevar por los recuerdos.

—Que sí, bobo —le digo, a pesar de que no estoy nada segura de ello.

Según Coelho, durante nuestra vida tenemos dos grandes amores. Uno es ese amor difícil, visceral, al que perderás de forma irremediable siempre y con el que nunca encontrarás la paz, aunque os sobre la pasión. El otro será un amor tranquilo, es probable que el padre de tus hijos, el que te comprenda y te reconforte. Yo tengo muy claro quién es para mí el primero, aunque no haya encontrado aún el segundo.

—Te lo estás comiendo con la mirada —señala Zac, tumbándose boca arriba y cerrando

los ojos.

—Que va. Es que hace tiempo que no lo veía, eso es todo.

«¡Ja!», pienso para mí.

¡Ja! ¡Ja!

—¿Se me nota mucho? —admito al fin.

Zac sacude la cabeza, acostumbrado a mis tonterías. Me coloco a su lado y sus dedos se enlazan con los míos en una muestra de apoyo silencioso que me da valor para tratar de olvidar. Y así nos quedamos, con las manos juntas y tumbados al sol, dejando que este nos caliente la piel.

—¿Voy a hacer unos largos? ¿Te vienes? —pregunta un rato después.

Levanto la cabeza y niego. No entiendo para qué me pregunta si sabe que el deporte y yo somos incompatibles. Una vez salí con él a correr y terminé en una hamburguesería mientras Zac se dedicaba a trotar por el parque. ¿Qué necesidad tiene la gente de correr si nadie los persigue?

Zac se marcha y me quedo a solas con mis pensamientos. No puedo apartar al imbécil de mi ex de mi mente. Han pasado dos años desde que nos vimos por última vez y en aquella ocasión acabé echándole en cara lo cabrón que había sido conmigo. Llevaba encima dos o tres copas de más y el filtro entre mi cerebro y mi boca había desaparecido. Él aguantó el chaparrón con una sonrisa estoica en la cara y una cerveza en la mano. Fue un poco bochornoso, para qué me voy a engañar, pero no podéis imaginar lo bien que me quedé al soltarlo todo. Creo que jamás habíamos hablado de forma tan directa de lo mal que se había portado conmigo. Él lo sabía, no necesitaba que yo le recordara sus desplantes, los ataques de celos, las interminables peleas que teníamos... Pero fue liberador a un nivel casi místico.

—Lo sé —aceptó Álex después de mi monólogo, pero que lo admitiera no eliminó el daño causado.

Resoplo de forma sonora. Me estoy machacando con algo que no tiene solución, algo que no puedo cambiar. El pasado es un fantasma, monstruoso y muy doloroso en mi caso, que no dejará nunca de vagar a mi alrededor.

—Sin marcas —me dice una voz de sobra conocida.

Tuerzo el cuello y me encuentro el bajo deshilachado de unos vaqueros a apenas un palmo de mi nariz. Cierro los ojos a ver si así desaparece su dueño, pero eso, cómo no, no funciona en absoluto.

—No me gustan, ya lo sabes —replico al comprender que se refiere al hecho de que tome el sol con la parte superior del biquini desatada.

En ese instante caigo en la cuenta de que he retorcido la braguita hasta que casi parece un tanga y tengo la mayoría del culo al aire. Bueno, tampoco es que no lo haya visto antes.

Con lo tranquila que estaba yo hasta ahora, ¿por qué ha tenido que aparecer Álex? No es que no piense en él a veces, pero ya me había acostumbrado a que nuestras vidas hubieran tomado rumbos diferentes. Lo nuestro es algo que está siempre ahí, pero que no duele mientras no lo miras a los ojos. Y ahora mismo duele, duele muchísimo.

Álex no dice nada y me obligo a abrir los ojos para comprobar si se ha marchado. Pero no, el tío se ha acomodado a mi lado, sobre la arena. Tiene las rodillas dobladas y los codos apoyados sobre ellas. Se está fumando un cigarrillo y exhala el humo hacia arriba, como suele hacer siempre cuando piensa en cometer alguna estupidez. Debería ponerme a salvo y abandonar la zona radiactiva que lo rodea allá donde va. Es como un arma de destrucción masiva, pero con encanto.

—No tienes amigos a los que espiar por encima de las gafas —señalo, ya que no deja de

mirarme.

Apoyo la mejilla sobre una mano, irguiendo un poco el torso, y mis lumbares protestan por la posición. Su vista me acaricia la espalda y se detiene justo en esa zona.

—Joder, nena, qué bien te veo —repite, con más entusiasmo que hace un rato.

La voz le sale ronca y sexy, como cuando nos besábamos en algún rincón oscuro de una discoteca y nos manoseábamos por encima de la ropa. Me está costando horrores no flaquear. Pero claro, yo, que tengo tendencia a no pensar las cosas dos veces, me vengo arriba por el piropo. Contoneo las caderas de manera natural, como si tan solo me estuviera colocando bien sobre la toalla, pero sabiendo que, como mínimo, él se va a ir a casa tan calentito como yo.

Para rematar el numerito, llevo una mano hasta mi cadera y deslizo un dedo bajo el elástico de la braguita. Él se remueve, inquieto, y se tira de las perneras de los vaqueros. Al menos parece que sigo teniendo algún efecto sobre él.

«Ojalá se te gangrenen los huevos», maldigo para mis adentros.

Desde este momento, la conversación solo puede ir a peor. O acabamos a gritos, o dándonos un revolcón rodeados de señoras con fiambreras y niños embadurnados de protector solar. La segunda opción no es que sea muy apropiada, así que empiezo a rezar para que Zac aparezca y disuelva la tensión sexual del ambiente antes de que las cosas se pongan feas.

Álex vuelve la vista hacia el mar y me ofrece su mejor perfil. Aprovecho para buscar algún nombre de mujer sobre su piel a la vez que me dedico a mí misma ciertos insultos que no voy a repetir aquí por decoro. Odio que cada vez que irrumpe en mi vida me convierta en una mezcla de niña enamoradiza, enferma sexual y loca despechada. No hay tío al que haya amado y deseado tanto como a él; tampoco al que haya odiado de una forma tan intensa.

Hago cuentas mentalmente. Cinco años han pasado ya desde que nos conocimos. Juntos, lo que se dice saliendo, estuvimos poco más de un año, aunque a mí se me antoje que fue una vida entera. Luego pasamos al menos otro año mareando la perdiz. Ya sabéis, ni contigo ni sin ti. Lo que viene a ser haciéndonos más daño del que nos había llevado a romper y acostándonos como si fuera la última vez —si bien, nunca lo era—. No teníamos futuro, pero tampoco supimos cómo decirnos adiós y dejar lo nuestro en el pasado.

—¿En qué piensas? —pregunta, atrayendo de nuevo mi atención.

Se ha quitado las gafas, y yo me quedo en blanco al percatarme de que me está dedicando *esa* mirada, la clase de mirada que ya sabemos cómo termina. Álex es puro sexo, así de simple. No es el más guapo ni el más musculoso, ni siquiera tiene una nariz perfecta o los ojos más llamativos. Pero el conjunto es tan armonioso que es imposible no derretirse a su lado. Y esa actitud de estar de vuelta de todo, de aburrirse sin aburrirse, de ser en realidad así y no estar fingiendo, hace que termines deseando arrancarte la ropa y atarlo a tu cama hasta el final de los tiempos.

Solo que atar a Álex es... muy muy complicado.

—Pienso en que podías haberte quedado en la otra punta del mundo y no venir a joderme.

Ni siquiera me paro a respirar ni a pensar en lo que estoy diciendo. Me siento en la toalla y esbozo una sonrisa, muy pagada de mí misma. Él arquea las cejas en señal de desafío, pero no puedo proseguir metiendo el dedo en la llaga porque Zac se acerca a nosotros, justo ahora que a mí se me había soltado la lengua. Siempre tan oportuno.

Ambos se me quedan mirando con cara rara. Es decir, son Zac y Álex, los dos son bastante raritos a su manera. Aun así, no entiendo por qué tienen esa expresión de perplejidad.

—Tessa —me llama Zac, a pesar de que mi nombre es Teresa. Siempre le ha hecho gracia presentarnos por ahí como Zac y Tessa, como si fuésemos guiris, cuando en realidad

somos más canarios que un plátano con motitas—. Estás deslumbrando a media playa.

Cegada por mi afán destructor, me he incorporado para increpar a Álex sin abrocharme el biquini.

¡Madre mía!

Giro sobre mí misma y me empotro contra la arena para tapar mis vergüenzas. No es que no estén bien colocadas y no esté orgullosa de ellas, pero a estas alturas del verano el contraste con el resto de la piel es considerable. Y además, yo siempre he sido muy mía para estas cosas.

Zac, que es especialista en provocar toda clase de situaciones absurdas, se tira sobre mí sin molestarse en secarse antes. Mientras, a Álex se lo llevan todos los demonios del infierno ante el magreo gratuito; o eso es lo que quiero pensar. Ni siquiera me molesto en comprobarlo. Se lo tiene merecido.

—Le va a dar un embolia —susurra Zac en mi oído, más contento que unas castañuelas. Es casi tan malo como yo—. O un aneurisma.

Me aguanto la risa para que no se líe y lucho por quitármelo de encima.

—¡Zac! ¡Venga ya!

Para mí que se ha emocionado demasiado, porque acto seguido me cubre de besos los hombros. Le doy un codazo en pleno estómago y se pone a toser como un loco. La gente de alrededor nos está mirando y Álex se ha marchado, así que desisto y rompo a reír, aunque en el fondo sepa que este encuentro va a costarme unas cuantas noches de insomnio y más de un dolor de cabeza.

UN DÍA DE ESTOS...

Nos quedamos en la playa hasta última hora de la tarde para no tragarnos las retenciones que se forman a la salida de Las Teresitas. Zac no ha dicho una palabra más sobre el inquietante encuentro con mi ex. No obstante, sé que más tarde o más temprano va a salir el tema. Es probable que pruebe a sonsacarme esta noche tras regarme con alcohol. Debe estar deseando hurgar en mis sentimientos al respecto, sabiendo el tiempo que llevábamos sin vernos.

«Para lo que me ha servido», me lamento, mientras recojo mis cosas y meto la toalla en el bolso. No os equivoquéis, no tengo una paz mental envidiable. En mi interior se ha desatado la tormenta del siglo y así es exactamente como me siento.

Al llegar al piso que compartimos en La Laguna, salgo corriendo por el pasillo gritando como una chiquilla y me encierro en el baño.

—¡Me tocaba a mí primero! —se queja Zac, a través de la puerta. He echado el pestillo, si no estaría despotricando en mi cara—. Volverás a dejarme sin agua caliente.

—Pero ¿y lo bien que te quedará la piel? —replico, y continúo desvistiéndome.

Suelta un par de tacos y se da por vencido. Llevamos un año y medio viviendo juntos, así que no sé por qué aún sigue intentando hacer uso del agua caliente, ya debería haberse dado por vencido.

Me ducho y me lavo el pelo a conciencia para eliminar la arena de mi mata de rizos castaños, y salgo al cabo de media hora envuelta en una nube de vaho que no se dispersa hasta que abro la puerta del baño.

—Te habrás quedado a gusto —protesta Zac, desde su habitación.

Le guiño un ojo y él me arroja una almohada. Se ha quitado el bañador y ahora lleva tan solo un bóxer gris oscuro. Es inevitable ponerse a babear. Esto es como lo de que él siempre se duche con agua fría; tras un año y medio, no me he acostumbrado a verlo danzando por nuestro piso en ropa interior.

Zac y yo, además de compartir piso, compartimos el gusto por la misma clase de hombres. Es bisexual, aunque desde que nos conocemos solo lo he visto salir con un par de tíos, así que no tengo ni idea de cuál es su tipo de chica, si es que tiene uno definido.

«Mal aprovechado», me lamento, por no haber catado nunca a semejante macizo.

Los rumores en nuestro círculo de amigos y conocidos dicen lo contrario. En realidad, casi todos creen que mantenemos alguna clase de tórrida aventura en secreto. Más de una vez se han presentado en casa de improviso, y estoy convencida de que lo hacen para ver si nos pillan con los pantalones bajados, literalmente. Zac lleva su sexualidad de forma muy discreta y la mayoría de la gente nunca se para a pensar en que puedan gustarle los tíos.

—Vístete. Quiero salir a tomar algo —dice, y comienza a tirar de la cinturilla del bóxer hacia abajo.

Me doy la vuelta lo más deprisa que puedo. Lo de verlo desnudo es demasiado. Creo que lloraría si pongo la vista encima de la única parte de su anatomía que continúa siendo un misterio para mí.

—Mira que eres tonta —se burla, ante mi repentino ataque de timidez—. Ni que no hubieras visto nunca a un tío en pelotas.

—He visto a muchos —replico, y suena fatal dicho en voz alta—, pero no pienso

mirártela.

Pasa a mi lado y yo me voy girando poco a poco para dejarlo a mi espalda. Él se parte de risa.

—Mi niña inocente.

Me da un beso en el pelo y se mete en el baño, y yo suelto el aire que he estado conteniendo. Un día de estos me matarán de un calentón entre todos.

—¿Margaritas o mojitos? —pregunto unas horas después, ya de camino a la zona de bares.

Hace un calor brutal a pesar de que son las doce de la noche, y en el ambiente flota el típico polvillo de las olas de aire subsahariano. Casi he tenido que darme otra ducha antes de salir.

—Mojitos —contesta tras unos segundos—. ¿Vas un poco guerrera hoy o me lo parece a mí?

Le doy un manotazo en el brazo y me aliso el pantaloncito negro que me he puesto después de pasar media hora en bragas frente al armario. En la parte superior llevo una blusa verde menta sin mangas y en los pies unos taconazos con plataforma que espero que me permitan aguantar el ritmo endiablado al que me somete Zac cada vez que salimos.

—Voy ideal.

—Ideal para encontrarte con tu ex —replica con sorna.

Qué bien me conoce. Da igual que Álex lleve meses en la isla y no nos hayamos cruzado hasta hoy. Ahora que sé que está aquí, no puedo desprenderme de la sensación de que me lo voy a tropezar al doblar la siguiente esquina.

Hago memoria, intentando recordar los garitos que frecuentaba cuando vivía aquí.

—Quiero emborracharme —afirmo de repente, abrumada por... bueno, por todo.

—Uyuyuy.

Pongo los ojos en blanco y tiro de él para meterlo en uno de los locales a los que solemos ir, antes de que se ponga en plan padre y a mí me entren ganas de vomitar por los nervios.

En tres horas nos fundimos en mojitos el presupuesto de una semana de comida. Zac también debe tener el día tonto, porque no deja de animarme. Bailamos como locos, juntos, separados y con otras personas. Y más de una vez uno de los dos tiene que acudir al rescate del otro. Me entran un puñado de tíos a los que no hago demasiado caso, salvo a un rubiales con sonrisita perpetua en los labios que me invita a una copa y del que luego me deshago de la forma más educada posible.

—¿Te estás reservando? —pregunta Zac, cuando nos reunimos en la barra.

—¿Te pregunto yo por qué no te tiras a esa monada con la que has estado bailando? —le suelto a mala leche.

Él no me lo tiene en cuenta. Ya sabe que esa es mi forma de decirle que no me toque las narices. Se limita a reírse y me hace girar sobre mí misma.

—Me pones a mil cuando te cabreas —dice al sujetarme, mareada, para que no me vaya al suelo. Mezclar copas y giros es una pésima idea.

—Mucho hablar y poco hacer —contraataco, siguiéndole el juego.

Se apoya en la barra y adopta una postura tan sexy que se acercan no una ni dos ni tres, sino cuatro camareras dispuestas a servirle una copa y lo que se tercie.

—Un día de estos... —me dice, pero no concluye la frase.

—Sí, sí. Un día de estos —lo imito, adoptando una voz grave que no se parece ni de lejos a la suya. La mía es ridícula y la de él levantaría a un muerto con ese tonito cachondo que le sale cuando bebe.

Pasa un brazo por mi espalda y le pide dos copas a una de las voluntarias a convertirse en su esclava sexual de detrás del mostrador.

—Como te gustas, guapito —me río.

—No es culpa mía.

—Anda, anda... Que vas provocando.

Reímos juntos, y la chica que nos está atendiendo se derrite al escuchar sus carcajadas. «Ya, amiga, te entiendo perfectamente».

—¿Te estás meando? —inquire, tras darle un sorbo a su vaso—. ¿O estás dando saltitos porque te gusta esta canción?

Me quedo quieta al darme cuenta de que tiene razón y, definitivamente, toca visita al servicio.

—A veces me das mucho miedo.

Antes de llegar al baño, todos mis temores e inquietudes se materializan frente a mí en forma de exnovio, guapo a morir, y me entran los siete males. De golpe, las copas que me he tomado se me suben a la cabeza y tengo que concentrarme para no abrir la boca y soltar la primera salvajada que se me ocurra.

—¡Ey! —Es cuanto consigo decir para no meter la pata, a pesar de que se me ocurren un montón de frases sarcásticas pero que es probable que estén fuera de lugar.

—Dos veces en un día —responde él. Las comisuras de sus labios se elevan y juraría que me está poniendo ojitos—. Voy a pensar que es el destino.

—El destino es una putada.

Si el destino me ha llevado hasta ese momento, se podría haber ahorrado bastantes de las cosas que nos han sucedido, como la vez que tuve que verlo metiéndole la lengua a una tía hasta la garganta. No estábamos saliendo, sino en una de nuestras supuestas pausas definitivas que luego nunca lo eran, pero dolió igual.

Álex debe pensar que mi comentario se debe a que no me apetecía lo más mínimo encontrarme con él. Si soy sincera, ni yo sé si me apetecía o no. Así están las cosas.

Hace una mueca, pero enseguida vuelve a sonreír, y a mí me dan ganas de gritarle que deje de hacerlo o no respondo de mi precaria voluntad.

—¿Estás sola?

—Con mi medio novio —le digo, metiendo el dedo en la llaga de nuevo. Si vamos a jugar, que sea a lo grande—. Voy al baño.

Me meto en el servicio a la carrera. Hay tres chicas en la zona del lavamanos. Se ponen a hablar de un tío que lleva toda la noche tirándole la caña a una de ellas y yo desconecto. No estoy interesada en enterarme de los cotilleos de nadie.

No dejo de pensar en lo tremendo que está Álex a pesar de que sé que me estoy castigando a mí misma, que he entrado en modo masoquista y a ver quién me quita ahora la tontería. Cuando por fin me toca el turno, hago malabarismos para que los pantalones no resbalen y lleguen a tocar el suelo, ni mi trasero, la taza. Cómo envidio a los tíos en estos momentos, que se la sacan y tan contentos.

Resuenan varios golpes en la puerta.

—¡Ocupado!

—¿Te echo una mano?

Por un instante pienso que se trata de Zac, que es muy dado a este tipo de tocada de narices. Hasta que mis neuronas se desprenden de la bruma del alcohol y caigo en la cuenta de que esa sensual voz pertenece a Álex.

—¡Oh, mierda! —me quejo en voz alta.

—¿En esas estamos? —se ríe él desde el otro lado, y me dan ganas de salir y partirle la cara. O eso, o meterlo aquí dentro conmigo y que pase lo que tenga que pasar.

Juro que trato de evitarlo, de concentrarme en cualquier otra cosa, en la cara de pánfilo de mi profesor de Psicología Evolutiva, en las broncas de mi madre cuando me quedo en su casa y tiene que sacarme de la cama a las dos de la tarde porque si no empato con la siesta sin preocuparme ni de comer, en los gruñidos del perro del vecino del segundo que siempre intenta mordirme al cruzarnos en la escalera... Pero al final es inevitable que mi mente vuele años atrás, a otra noche en otro bar, y otro baño muy similar a este.

—Déjame entrar, nena —rogaba Álex, a través de la madera.

Cedí y descorrí el pasador. Sus ojos estaban repletos de deseo y sonreía de medio lado. Supe enseguida lo que se le estaba pasando por la cabeza.

—¿Estás loco? Puede entrar cualquiera.

—He echado el cerrojo de la otra puerta —comentó, en un susurro ronco y juguetón. Me arrinconó contra las pared y sus caderas se clavaron en mi abdomen—. Si quieres gemir, no te cortes. Con la música de fuera dudo que nadie oiga nada.

Acto seguido, me besó y su lengua se enroscó en la mía con ansia.

—¿Qué te hace pensar que voy a gemir? —inquirí, empujándolo para separarlo de mí.

No cedió ni un milímetro. Deslizó una mano bajo mi falda y sus dedos rozaron mi sexo por encima de la tela de mi ropa interior, haciéndome temblar de anticipación.

—Porque voy a follarte tan duro que no vas a poder evitar gritar.

Apreté los muslos en un acto reflejo y él sonrió. Su expresión prometía más placer incluso del que habían sugerido sus palabras. Volvió a besarme, recorriendo mi boca, saboreándome, explorándome. Mi cuerpo respondió por sí solo y se frotó contra él. Su erección era patente bajo el vaquero y yo sabía que, hasta que aquello no bajase, de una forma u otra, no íbamos a salir de allí.

—Estás loco —repetí, rindiéndome a su necesidad y a la mía.

—Loco por ti, nena. Loco de atar.

CONVIVIR CON EL PASADO

Regreso de mi particular país de Nunca Jamás cuando vuelven a llamar a la puerta.

—¿Sigues ahí?

—¿A dónde quieres que vaya? —protesto, mientras acomodo mi ropa—. Dame un minuto.

O una hora. Tengo toda una batería de recuerdos de ese tipo tratando de llamar mi atención. ¿Cómo se supone que voy a salir y mirar a Álex a los ojos? Me conoce tan bien que no me extrañaría que supiera exactamente que me he puesto como una moto pensando en él.

Malditos sean los exnovios, aunque dudo de que haya muchos como Álex.

No me queda más remedio que abrir la puerta. No voy a pasarme la noche metida en un baño cutre y que encima piense que tengo miedo de enfrentarme a él. Descorro el pestillo y, cuando salgo, me lo encuentro apoyado en la pared justo enfrente del lavamanos, la zona más estrecha y por la que irremediamente tengo que pasar para regresar fuera. Lo debe tener calculado.

Está aun más guapo que esta mañana. Lleva unos vaqueros negros, unas converse y una camiseta gris de AC/DC. Siempre le gustó vestir con ropa oscura.

—¿Vas a entrar? —pregunto, instándole a avanzar y que nos crucemos en la parte más amplia, donde no tenga que restregarme contra él.

Sucumbir con Álex es la cosa menos complicada del mundo, lo he visto con mis propios ojos y sufrido en mis carnes. Es la clase de tío que invita a dejarte llevar, cometer una locura y perder la cabeza y, de paso, las bragas. De noche, ese encanto natural crece de forma exponencial, y si encima sabes, como yo, lo que vas a encontrar bajo la ropa...

—Me gustaría hablar contigo.

Dobra la rodilla y apoya el pie en la pared, cruzándose de brazos. Está de anuncio de revista.

—Hablar está sobrevalorado.

Lo único que quiero es salir de aquí, a poder ser con la ropa puesta.

Él sonríe y se frota con los dedos la barba de tres días que puebla sus mejillas. Conozco a la perfección la sensación de ese rostro raspando mi barbilla al besarme, y parece que fue ayer cuando le regañaba por ello. Tengo tantos recuerdos de nuestra relación, tantos detalles de esos que se te quedan grabados y el tiempo no es capaz de difuminar, y de repente todos están a flor de piel. Es casi como si nunca hubiéramos estado separados. Como esos amigos a los que apenas ves y con los que no hablas casi nunca, pero que cuando te reencuentras con ellos te sientas a contarles tu vida sin descanso y no hay ningún tipo de distanciamiento ni incomodidad, no importa el tiempo que hayáis pasado sin verlos.

Álex es la versión exnovio de esa clase de amigos, y soy consciente de que si me acostase con él seguiría despertando en mí las mismas sensaciones, el mismo deseo, los gemidos, las ganas de gritar su nombre al llegar al orgasmo. No seríamos dos desconocidos ni habría extrañeza. Álex es, en ese aspecto, como regresar a casa.

Aparto el pensamiento de mi cabeza y le sostengo esa endiablada mirada de «ambos sabemos cómo acaba esto». Me resisto a dejarme llevar, porque el sexo con Álex es brutalmente bueno, salvaje y siempre sublime, pero a la mañana siguiente te despiertas con el recuerdo de un

polvo increíble, el cuerpo dolorido y el corazón destrozado.

—¿Te tomarías un café conmigo? —dice. Se ha metido las manos en los bolsillos y casi no parece que hayan pasado los años. No es muy distinto del adolescente macarra que me robó el corazón.

—Ya voy por los mojitos —replico, haciéndome la tonta—, y no creo que aquí sirvan café a estas horas.

Doy un par de pasos y calculo las posibilidades que tengo de pasar junto a él y llegar a la puerta sin tener que tocarlo. Son mínimas, pero debería intentarlo de todas formas.

—Mañana —aclara—. Tú y yo. Solos.

No debe haber olvidado que he venido con Zac, algo que yo, al parecer, sí que he hecho. Decido ser fuerte por él, porque me avergonzaría tener que confesarle que no he tenido la voluntad suficiente como para resistir al huracán destructivo que es mi ex.

Os estaréis preguntando por qué no me olvido de Álex, por qué no lo mando a paseo y le exijo que desaparezca de mi vida de una vez por todas. La cuestión es que lo he hecho decenas de veces y de cientos de formas distintas: por las buenas, por las malas, gritando, llorando, suplicando, triste, enfadada, entre risas... Todo, lo he intentado todo. Pero he comprobado que en esta vida hay personas condenadas a reencontrarse una y otra vez. Hay caminos que siempre se cruzan, no importa lo que hagas ni cuánto os alejéis, siempre vuelven a coincidir. Llamadlo destino o echadle la culpa al señor Murphy. Es lo que hay.

—No es buena idea.

—¿Por qué? —pregunta, y hasta parece sorprendido—. Somos amigos, ¿no?

No sé si reír o llorar. «Amigos» es mucho decir. Enarco las cejas y aguanto la risotada que se me escaparía si abro la boca.

—Pensaba que lo habíamos arreglado la última vez —añade, al ver mi expresión.

—La última vez te puse de vuelta y media, Álex. Eso no arregla nada.

—Podríamos...

Como si estuviera en un casino y esto fuera la ruleta rusa, me lo juego todo al rojo y atravieso el espacio que nos separa. Me pongo de lado al pasar junto a él para ir hasta la salida. No es que sea muy buena idea restregarle el trasero contra el paquete, pero me niego a mirarlo a los ojos desde tan corta distancia.

Sus dedos acarician mi cintura de manera fugaz y ese único contacto consigue que mi temperatura corporal se dispare.

—Teresa —murmura muy bajito, con ese tono dulce que empleaba cuando descansábamos exhaustos en la cama.

Álex era muy cariñoso cuando quería, no todo era sexo y desenfreno, alcohol y *rocanrol*. Tenía un lado oculto muy tierno, y me sorprende deseando ser yo la única que haya conocido esa faceta de su personalidad. ¡Dios! Nos hemos dicho tantas cosas a lo largo de los años y, a la vez, seguimos guardando tanto dentro.

Huyo del servicio cual Houdini, en un visto y no visto, y lo dejo con la palabra en la boca, porque al final ha conseguido perturbar mi escaso equilibrio mental. Busco a Zac, que no se ha enterado de nada y tiene a una tía mirándolo embobada mientras bailan. Al verme parece que se le hubiera abierto el cielo y ángeles tocaran trompetas celestiales. Cuando me sonrío me pregunto que he hecho yo para estar rodeada de hombres tan obscenamente guapos.

Le susurra algo a la chica y se separa de ella antes incluso de que consiga abrirme paso para llegar a su lado. Soy afortunada por tenerlo. Puestos a llorar en un hombro, el suyo es, desde luego, perfecto para ello.

—Mi ex —artículo sin palabras, y enseguida entiende lo que trato de decirle.

Me coge de la mano y tira de mí hasta empotrarme contra su pecho.

—¿Estás bien?

Asiento para tranquilizarlo. ¿Qué voy a contarle? ¿Que con Álex nunca estaré bien? ¿Que nuestra relación fue enfermiza, nuestras reacciones desproporcionadas, pero que nunca me sentí tan viva como cuando estaba con él? Tan amada, tan deseada...

—¿Qué vas a hacer?

Nos mecemos de una forma errática y que no pega nada con la canción que está sonando. Me encojo de hombros. Todo lo que puedo hacer es esperar, dejar pasar los días. El tiempo no lo cura todo, esa es una mentira que se repiten los que están desesperados por olvidar, pero sí consigo poner en espera los sentimientos y las emociones. Apartas los recuerdos y los recluyes en una zona de tu mente a la que, con suerte, solo accedes en esas noches en las que te cuesta conciliar el sueño. Al final, logras vivir y seguir adelante, aunque sepas que hay una parte de ti que malvive como puede. Haces balance y llegas a la conclusión de que eres más o menos feliz, y procuras no mirar atrás.

Después de eso, Zac y yo seguimos bailando y bebiendo. No es que el alcohol solucione nada, pero esta noche no voy a ponerme puntillosa con el tema. Hoy me conformaré con la efímera alegría que me proporcionan los mojitos.

—Viene hacia aquí —me informa Zac, un rato más tarde—. ¿No es hora de que me lo presentes?

Giro la cabeza cual niña del exorcista para comprobar si mi amigo me está vacilando, pero lo dice en serio; Álex está ya justo detrás de nosotros.

—Soy Zac —se presenta mi mejor amigo, sin esperar a que yo lo haga, y ambos se observan con cautela, midiéndose con la mirada.

—Álex —replica mi ex, y le estrecha la mano con fuerza. Puedo ver sus músculos tensos por la presión que está ejerciendo—. Espero que la estés cuidando bien.

Se me escapa una risita histérica. Tiene gracia que sea él quien diga eso.

—No te haces una idea —contesta mi amigo, al que le sobran ganas de darle dos hostias y quedarse tan ancho.

—Haya paz. —Me meto entre los dos y sé que, en este instante, estoy haciendo realidad las fantasías sexuales de la mitad de la gente que hay en el bar—. ¿Qué quieres, Álex?

Por un momento me imagino que dice algo del estilo de «Hacerte mía, poseerte, rendirme, amarte sin condiciones y no volver a dejarte jamás. Luchar por lo nuestro, no importa lo difícil que se pongan las cosas».

—Baila conmigo —dice él, en cambio, y no sé si sentirme decepcionada o aliviada.

—Vaya, vaya —escucho suspirar a mi espalda.

Me giro y me encuentro con Marta, mi mejor amiga; otra loca cuyo historial amoroso daría para escribir una saga de novelas. Debe haber decidido salir en el último momento, porque no lleva su uniforme de los sábados por la noche. Se ha puesto unos pantalones pitillos y un top con el escote cruzado, cuando lo normal sería que fuera luciendo las piernas, que para eso las tiene kilométricas. Pero, de igual forma, está guapísima.

Me lanzo sobre ella y le planto dos besos. Marta corresponde mis atenciones con un abrazo y una mirada que viene a decir «Ya me explicarás lo que me he perdido».

A Marta la conocí justo tras dejarlo con Álex, aunque para nuestra sorpresa un año después de convertirnos en inseparables descubrimos que se había liado una noche con él sin ser consciente de que era el exnovio del que yo tanto hablaba. La historia no deja de ser muy

rebuscada, pero no por ello es menos real. El hecho de que ellos hubieran tenido un breve escarceo no supuso un problema para nuestra amistad. No pasaron de los besos y ella no tenía ni idea de con quién se estaba enrollando. Quiero pensar que él tampoco, aunque de eso nunca he estado del todo segura.

Me doy cuenta, por la cara de alucinado de Álex, que acaba de caer en la cuenta de quién es Marta. Su incomodidad salta a la vista y debe estar preguntándose si sé lo que hubo entre ellos. Al menos, todavía es capaz de mostrar arrepentimiento.

—¿Os conocéis? —pregunto como si tal cosa, con la vista fija en mi ex para no perderme su reacción.

Marta, que entiende enseguida lo que trato de hacer, le deja a él toda la responsabilidad de contestar a mi pregunta.

—Baila conmigo y te lo cuento —me ofrece, y yo acepto solo para comprobar si será capaz de decirme la verdad.

NO ME QUIERES, NO TE QUIERO

Álex no tarda en agarrarme de las caderas y pegarse a mí, y su aroma me lleva de vuelta al pasado. Sigue usando el mismo perfume, ese que me hace volver la cabeza por la calle cuando me cruzo con algún chico que lo lleva. No obstante, siempre he pensado que en él adquiere un toque inconfundible al mezclarse con su propio olor corporal.

—Te la tiraste —afirmo, aunque sepa que no fue así, solo para avergonzarlo.

Lleva sus manos a la parte baja de mi espalda y adelanta las caderas hasta que no queda espacio entre nuestros cuerpos. No sé si es consciente de lo que provoca en mí o solo anhela mi contacto, pero el resultado es el mismo: mi corazón se acelera y las llamas de un incendio descontrolado se extienden desde mi abdomen en todas direcciones.

—No, no me la tiré —susurra en mi oído. Sus labios rozan el lóbulo de mi oreja y doy gracias a que Marta haya traído consigo ese recuerdo y poder agarrarme a mi indignación.

No culpo a mi amiga, pero a él sí, aunque cuando se liaron no supiera quién era ella y nosotros hubiésemos roto. Sé que no es lógico que me sienta de esta manera, pero nada lo fue nunca entre nosotros y no veo por qué esto debería serlo. Me doy cuenta de que nunca he dejado de considerar a Álex como algo mío y que, aun cuando no estuviéramos juntos, siempre lo estábamos. Me pregunto si no lo estamos todavía.

—Pero os enrollasteis.

—No sabía que os conocíais —señala, y a mí, la verdad, me dan igual sus excusas.

—Ya.

Nos movemos al son de la música y no decimos nada más. Yo me animo un poco porque la canción me encanta y adoro bailar, y casi olvido con quién estoy. Balanceo las caderas de forma sensual y le rodeo el cuello con los brazos. A él no le cuesta seguirme el ritmo en absoluto. Siempre nos compenetrarnos muy bien es este aspecto, y no es el único. Tanto que, cuando me quiero dar cuenta, estamos haciendo algo más que bailar.

Álex y yo encajamos a la perfección desde el momento en que nos conocimos. Aunque suene a frase hecha, estábamos hecho el uno para el otro. Teníamos una química especial, una conexión que ya quisieran muchas parejas. Me lo presentó un amigo común en las fiestas de un pueblo. Le di dos besos y apenas hablamos. No pasamos juntos más de unos pocos minutos, pero yo, por mi parte, esa noche pasé por completo de un tío por el que llevaba colada varios meses y que por fin se había decidido a entrarme. Mis amigas no entendían nada y ni siquiera yo supe por qué lo había hecho. No le di más importancia hasta un par de semanas después, cuando coincidí de nuevo con Álex en una fiesta. Por aquel entonces yo contaba tan solo dieciséis años y nunca había estado enamorada de verdad, más allá de los típicos encaprichamientos adolescentes.

Esa noche, terminamos sentados en un sofá, con el amigo que nos había presentado en medio, pero acariciándonos los dedos a su espalda mientras nos lanzábamos miraditas cargadas de intención. Fue un dulce inicio. Con aquel mero contacto creo que ambos supimos que íbamos a formar parte de algo especial. Aun así, todo lo que intercambiamos en esa ocasión fueron simples roces y una promesa firme de volver a vernos.

Álex alza la mano derecha y me acaricia la mejilla, mientras entrelaza la izquierda con la mía. Me he quedado con la vista fija en sus profundos ojos marrones, perdida en nuestro pasado común.

—Sigues enfadada —comenta, con un tono a medio camino entre una pregunta y una afirmación.

Tiene la cabeza ladeada y los labios entreabiertos. El aroma de su aliento tiene un toque tan familiar que sin querer aspiro levemente por la nariz. Y ese olor, unido a las imágenes de mi mente, se convierte de pronto en mi centro de gravedad. Como si, en ese instante, todo empezara y acabara en sus labios.

Suelto el aire por la boca en un interminable suspiro antes de atreverme a contestarle.

—No, Álex —digo, y deshago el lazo que han formado nuestras manos—. No estoy enfadada. Estoy cansada, exhausta en realidad —añado, antes de que suelte alguna tontería que dé al traste con la complicidad del momento—. ¿No estás cansado tú también?

—Jamás me cansaré de ti —repone, ensanchando el agujero de mi pecho.

Así es Álex, siempre dispuesto a soltar a bocajarro frases lapidarias que nunca sé si tomarme en serio. La situación empieza a superarme, así que me separo de él. Con el paso de los años he construido, ladrillo a ladrillo, lo que creía que era una defensa aceptable contra el huracán Álex, pero empieza a resquebrajarse y no estoy segura de cuánto más va a resistir en pie.

—Te he echado de menos —agrega, al ser consciente de que estoy retrocediendo, alejándome de él. Otra vez.

—Déjalo ya, Álex.

Lo que pretende ser una orden atraviesa mis labios como una súplica, y me doy cuenta de que estoy a punto de dar media vuelta y echar a correr. Pero algo me detiene. Su rostro se transforma ante mis ojos, sus cejas bajan unos milímetros, la sonrisa desaparece y su mirada adquiere el brillo obscuro con el que suele pasearse por la vida. En apenas un parpadeo, otro Álex toma el relevo y suplanta al chico del que una vez estuve enamorada.

—No me quieres, no te quiero —le digo, solo para hacerle daño.

Y así, con la frase con la que rompimos, doy por finalizada la conversación. Ni siquiera lo miro a la cara para ver si parece dolido. Es probable que esté sonriendo y no creo ser capaz de soportarlo.

Después de eso, la noche de fiesta se desliza sin pausa hacia su final. Mi humor se vuelve taciturno, y mis amigos se percatan de ello enseguida. Marta me da un abrazo de los suyos, de los que sin palabras consiguen hacerme sentir mejor, aunque esta vez funciona solo a medias. Zac termina por sugerir que nos marchemos, alegando que está cansado a pesar de que cuando he vuelto con ellos charlaba muy amistosamente con un morenazo de muy buen ver. Les estropeo la noche a ambos y eso no ayuda a que me sienta mejor.

Dejamos a Marta en su casa de camino a la nuestra y, al llegar, me voy directa a mi habitación y me derrumbo sobre la cama. Zac aparece a los pocos minutos. Se ha cambiado de ropa y lleva tan solo un pantalón de pijama holgado colgando de las caderas. Apoyado en la puerta, me mira con los párpados entornados, producto del cansancio y de la cantidad de alcohol que nos hemos tragado durante la noche.

—No me gusta verte así.

Resulta obvio que está preocupado. Yo también lo estoy. La última vez que tuve una de estas recaídas salí de ella airosa porque me dejé ganar por la rabia. Enfadarme suele ser una alternativa mejor que permitir que la nostalgia se adueñe de mí.

—Pasaré —tercio yo, con poco ánimo, pero decidida a levantarme de nuevo—. Siempre lo hace.

Lo peor de la situación es no saber cuánto va a durar. Puedo volver a ver a Álex dentro de dos días, dos semanas o dos años. O puede que no nos volvamos a ver nunca. Y no sé cuál de las

opciones me resulta más dolorosa.

—¿Quieres ir a la playa mañana?

Niego con la cabeza, aunque le agradezco de corazón que busque una forma de distraerme.

—Quiero quedarme todo el día en la cama durmiendo.

Se acerca y se sienta en el borde del colchón. Me acaricia el brazo con la punta de los dedos, sin dejar de mirarme, en un gesto tan dulce que me reconforta.

—Así que vas a optar por languidecer y compadecerte. Esa no es la Tessa que yo conozco.

Tiro de su brazo para que se tumbe a mi lado y me acurruco contra él. Zac siempre está caliente, y no lo digo en un sentido sexual —que es probable que también sea así—, sino literal. Su piel tiene una temperatura cálida en todo momento. Es como una manta eléctrica humana.

—A veces, ni yo misma me reconozco.

Pasamos varios minutos en silencio. Él tiene los ojos cerrados y no estoy segura de que no se haya dormido, pero yo aprovecho para intentar comprender por qué me parece estar de nuevo en el punto de partida, como si todo lo que he vivido hasta ahora se hubiera diluido, engullido por la intensidad de los recuerdos de mi vida con Álex.

—¿Crees que querer a alguien debería ser suficiente? —pregunto en voz baja, por si ha caído ya en brazos de Morfeo.

—Debería, pero no siempre es así. —Me atrae contra su pecho con más fuerza y me da un beso en la frente—. No le des más vueltas y duérmete, Tessa.

—No puedo evitarlo. Siento que lo he hecho todo mal.

Resopla ante mi afirmación y yo me encojo. Hay cosas de mí que Zac desconoce, secretos que he ocultado porque en el fondo soy una cobarde que teme que su mejor amigo la mire con otros ojos o la juzgue por sus errores.

—Tú no tienes la culpa de lo que sucedió entre vosotros —asegura, y siento la tentación de contárselo todo.

Pero guardo silencio y lo dejo que siga queriendo a la Tessa que conoce. Hoy no estoy dispuesta a perder a nadie más, hoy me da la sensación de que ya he perdido suficiente.

¿TE ME ESTÁS INSINUANDO?

Dos semanas más tarde, Zac me encuentra al volver a casa dando saltitos por el salón y destrozando una canción de rock con mi burdo inglés mientras paso la aspiradora. Suelta una carcajada desde la puerta antes de venir hasta mí y alzarme en vilo. Me deja caer sobre el sofá y sus manos buscan mis zonas más sensibles. Casi me meo de la risa con la primera avalancha de cosquillas y me pongo a gritar como una loca.

—Adoro verte reír —asegura. Le tiro del mechón rubio que cuelga sobre su frente y él se queja, regalándome una nueva tanda de cosquillas antes de añadir—: He sacado entradas para el cine.

—Que Dios te lo pague con muchos hijos —me burlo. La última vez que fui al cine creo que *Titanic* todavía estaba en cartelera.

Zac y yo no podemos permitirnos grandes lujos. Él está demasiado liado con su doctorado en Física y no trabaja. Cuenta con una beca y la ayuda de sus padres, por lo que siempre va justo de dinero. Yo, por mi parte, echo algunas horas de extra sirviendo copas en un bar cuando me llaman, lo cual no ocurre a menudo.

—Son para *Guardianes de la galaxia*.

Me da tal subidón que enlazo las piernas en torno a su cintura y los brazos alrededor de su cuello, y tiro de él hasta hacerlo caer sobre mí. Zac estalla en carcajadas mientras le cubro la cara con besos de agradecimiento. Sabe que me muero de ganas de ir a ver esa película, y soy muy consciente de que él hubiera elegido otra de no ser por mí. Ha estado de lo más atento conmigo estos últimos días y ambos sabemos por qué, aunque no hayamos vuelto a mencionar a Álex. A veces pienso que, si no fuera por él y por Marta, mi vida sería un auténtico desastre.

Trata de incorporarse, pero me he aferrado con tanta fuerza a él que me arrastra consigo y termino sentada sobre su regazo.

—¿Te he dicho que te adoro? —confieso, risueña.

Sin embargo, Zac ya no se está riendo, y tardo unos segundos en darme cuenta de cuál es el problema. Me quedo rígida mientras una erección comienza a apretarse contra mi muslo. Él tampoco hace el más mínimo movimiento ni dice nada. Se limita a atravesarme con la mirada.

—¡Joder! ¡Te has puesto cachondo! —suelto, sin cortarme lo más mínimo en señalar su desliz.

—Serás...

Hago amago de soltarme y escapar, pero él me agarra las muñecas y las sujeta a mi espalda. Con el forcejeo, mi entrepierna acaba frotándose con la suya y me veo obligada a apretar los labios para reprimir un jadeo.

Tengo ojos en la cara para ver que Zac es un tío muy atractivo, pero creo que es la primera vez que nos sucede algo así, y no puedo creer que me esté excitando con mi mejor amigo.

—No soy de piedra, ¿sabes? —señala, y una sonrisa torcida se asoma a su rostro.

Vuelvo a quedarme quieta, porque aquello no deja de crecer y al final la vamos a liar aún más. Hoy no creo que haya peleas por el agua caliente, eso seguro.

—Pensaba que te iban los tíos.

—Y algunas tías —puntualiza.

Presiona con sus manos sobre las mías, provocando un nuevo roce entre nuestros cuerpos, todo ello sin apartar la vista de mis ojos. No sé si tomármelo a broma o pensar que Zac ha perdido la cabeza.

—Algunas tías —repito, por decir algo.

—Ajá.

Decido ignorar el calentón por nuestro propio bien y reírme de la situación.

—Di la verdad, ¿cuánto hace que no echas un polvo?

Zac titubea antes de contestar, pero al final la presión sobre mis muñecas disminuye y abre las piernas para que mi trasero caiga sobre el sofá.

—Es probable que menos que tú —se burla, aunque la tensión del ambiente no termina de disiparse.

—No creo que eso sea muy difícil.

Me dejo caer hacia atrás y mi espalda rebota contra un cojín. Zac me dedica una sonrisa inquietante y su rostro refleja emociones que no estoy segura de querer interpretar.

—Puedo hacerte un apaño, pequeña Tessa —ofrece entre risas, y a mí se me aflojan un poco las rodillas.

Lo que se me pasa por la cabeza son imágenes dignas de una película porno. La cara me arde de inmediato y estoy segura de que Zac se ha dado cuenta de que me he ruborizado hasta la raíz del pelo. Ahora sí que necesito una ducha bien fría.

—Estás de coña, ¿no?

La risa lo dobla por la mitad. Se agarra el abdomen mientras intenta no caerse del sofá, algo inútil porque acaba con el culo en el suelo. Ni aun así deja de reírse.

—Tendrías que haberte visto la cara.

En un arrebato, me lanzo sobre él y le golpeo el pecho con ambos puños. Zac trata de defenderse, aunque no le pone mucho entusiasmo. Me da la sensación de que está encantado de que continúe restregándome contra él. He acabado sentada a horcajadas sobre sus caderas y, llegados a este punto, a Zac ya casi no le cabe en el pantalón.

—Vete a darte una ducha fría, anda —sugiero, porque comienzo a sentirme un poco rara con la situación.

—Si quieres que te haga caso, deberías dejar de montarme como una amazona —replica, y señala el lugar exacto donde mis muslos le aprisionan el cuerpo.

—Cómo te gustas, ¿eh?

Le doy un último golpe en el hombro y me levanto. Él se queda observándome desde el suelo. No me aparto cuando sus manos me agarran los tobillos y tampoco cuando ambas ascienden, en una caricia suave, hasta alcanzar la parte trasera de mis rodillas. Me pregunto qué pasaría si...

Agito la cabeza y doy varios pasos atrás.

—A la ducha. ¡Ya!

—Sí, mi señora —se burla, aunque durante un breve instante parece decepcionado.

Contemplo cómo se marcha por el pasillo e instantes después lo sigo para dirigirme a mi habitación. No me relajo del todo hasta que escucho el sonido del agua corriendo en la ducha. ¿Qué demonios ha sido esto? ¿Una insinuación? ¿Un juego inocente?

A veces pienso que la confianza con la que nos tratamos Zac y yo se nos va un poco de las manos. Es tan fácil hablar y reírse con él, incluso soñar juntos. Somos como un matrimonio bien avenido, pero sin sexo.

El pensamiento me arranca una carcajada. Es curioso que tenga con Zac la relación que

debería haber tenido con Álex y que con este haya *perpetrado* todo cuanto nunca se me ha ocurrido llevar a cabo con mi amigo. Ambas son relaciones inusuales, cargadas de sentimientos que, tal vez, resulte erróneo albergar. Puede que sea yo la que tiene problemas para establecer vínculos normales con la gente que me rodea. Que, en realidad, algo falle en mi interior y no sea capaz de amar o mostrar cariño de una forma adecuada.

Poco después, Zac pasa pavoneándose por el pasillo con tan solo una toalla cubriendo sus vergüenzas. No puedo evitar sonreír. Lleva el pelo húmedo y se lo ha peinado con las manos hasta dejarlo de punta.

—¿Qué tal si esta tarde bajamos a leer un poco al parque? —propone desde el umbral.

Asiento y, cuando quiero darme cuenta, hay una sonrisa enorme llenándome las mejillas. Como si de un ritual se tratase, Zac y yo solemos acudir a menudo a un pequeño parque que hay cerca de casa y nos tumbamos sobre el césped. A veces es él quien lee en voz alta y otra veces soy yo, a pesar de que escuchar su voz, con la cabeza sobre su regazo y los ojos cerrados, resulta mucho más agradable. Podemos pasar horas allí, hasta que el sol se esconde detrás de los edificios o alguien nos llama la atención por estar pisando la hierba.

Zac se muerde el labio inferior para esconder una sonrisa.

—Qué fácil es hacerte feliz —comenta—. No entiendo cómo la jodió tanto tu ex...

La segunda frase la dice en un susurro, más para sí mismo que para mí. Su rostro ha adoptado esa expresión de cachorrillo abandonado que pone cuando no se sale con la suya. Cierra los ojos y tuerce el gesto, quizás reprochándose el comentario.

—Joder es su especialidad —bromeo, restando importancia al hecho de que haya sacado el tema—, y yo tampoco me quedo atrás.

Mis palabras consiguen que mi amigo vuelva a mirarme. Da un par de pasos en mi dirección, pero luego vuelve a retroceder hasta el pasillo. Tiene el ceño fruncido y sus labios forman una línea recta y apretada.

—Voy a vestirme —señala, antes de marcharse y dejarme con la extraña sensación de que no conoceré nunca del todo a Zac, ni a Álex, ni a nadie. Ni siquiera a mí misma.

ENTREGAR EL CORAZÓN

Leemos y charlamos. Rodamos por el césped diciendo tonterías y llenándonos los oídos con las risas del otro. Al conocer a Zac, años atrás, creí que no era más que otro tío bueno de esos que rondan los bares los fines de semana en busca de alguna incauta a la que acorralar y llevarse a la cama. Es curioso lo mucho que nos dejamos guiar por las apariencias por muy abiertos de mente que nos consideremos. Creemos no tener prejuicios, pero, de forma inevitable, una cara bonita siempre nos atrae y nos genera desconfianza en la misma medida.

Nuestra convivencia obedeció tan solo a la necesidad de compartir gastos con otra persona. Al principio no me veía bajo el mismo techo que un chico, pero al final, al no encontrar a nadie más, no me quedó más remedio que aceptarlo como compañero de piso. Ahora no puedo estar más agradecida de que se cruzara en mi camino. Es fácil vivir y estar con él, incluso en mis momentos más bajos o en los suyos.

—No me estás escuchando —me reprocha, y me da toquecitos en la frente con el dedo índice.

Está sentado con las piernas cruzadas y agarra el libro con ambas manos. Mi cabeza reposa sobre su muslo. En algún momento he dejado de prestar atención a la lectura, concentrándome tan solo en la cadencia de su voz, en la entonación y el ritmo de las palabras que articulaba, sin llegar a comprender el significado real de lo que estaba diciendo.

—Me he distraído.

—¿Pensando en tu ex? —pregunta, inclinándose sobre mí.

El sol se refleja en su pelo rubio y tiene los ojos brillantes. Deja el libro a un lado, me aparta un mechón de la cara y permanece a la espera de mi repuesta. Tiene un aire de niño travieso y, mientras juguetea con mi pelo, mi vista se desplaza hasta sus labios entreabiertos. Parecen tan suaves y jugosos que me descubro preguntándome cómo sería besarlos.

—No —contesto, pero no le cuento en qué estoy pensando en realidad.

—Tienes esa miradita soñadora.

—No, no la tengo.

—Oh, sí —se ríe.

Me obliga a moverme para tumbarse, pero, en vez de hacerlo a mi lado, se recuesta con las piernas en dirección contraria a las mías. Su rostro, vuelto del revés, queda frente a mi cara; sus labios, frente a mis ojos. Se acerca y me da un beso en la nariz. Y nos quedamos así, mirándonos y sin decir nada. Tampoco es que lo necesitemos. Con Zac nunca ha habido necesidad de llenar los silencios o hablar por hablar.

—¿Por qué nunca sales con nadie? —pregunto, minutos más tarde.

—Salgo contigo, con Marta, con mis colegas de la facultad... —se dedica a enumerar, pero yo niego con la cabeza.

—Me refiero a *salir*. Ya sabes, tener una pareja estable.

Vuelve la vista hacia el cielo y se pasa la mano por el pelo, despeinándose.

—No quiero comprometerme.

—No pensaba que fueras de esos que tienen pánico al compromiso.

Me incorporo para apoyarme sobre el codo y verle la cara. Nunca hubiera pensando que Zac podría temer atarse alguien. Tiene cierta lógica, dado que jamás ha tenido problemas para

atraer la atención de chicas y chicos por igual y recibe muchísima allá donde va. Sin embargo, por algún extraño motivo, me siento decepcionada con su respuesta.

—No tengo miedo ni problemas para mantener una relación estable —aclarar, como si me hubiera leído el pensamiento—. Es más una cuestión de principios.

No dice nada más, y yo me quedo esperando una explicación. Su silencio me obliga a preguntar.

—¿Qué principios?

—No te va a gustar mi respuesta.

—No digas tonterías, Zac —replico, frunciendo el ceño.

Suelta un suspiro y a mí me da la sensación de que se está poniendo dramático sin motivo.

—Nunca me he enamorado, Tessa, no lo suficiente al menos. Si voy a compartir mi vida con alguien, no quiero medias tintas. Quiero a alguien que me haga perder la cabeza, alguien que me haga sonreír cada minuto de cada día. No me importa si se acaba, si termina por hacerme daño o por romperme el corazón. Hoy en día es difícil que algo dure para siempre —explica, y yo asiento porque lo sé mejor que nadie—. Pero, mientras dure, tiene que ser jodidamente bueno.

—No te conocía esa vena romántica —digo, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Zac siempre me ha parecido más práctico que idealista—. Pero ¿por qué tendría que enfadarme?

Mis últimas palabras son más un susurro que otra cosa al comprender el porqué de sus reticencias. Está pensando en Álex y en nuestra relación, en todo lo que sabe que hemos vivido y las consecuencias que ha tenido para ambos, o al menos para mí. Es consciente de lo mucho que lo amé y de que, aunque terminara destrozada, es posible que aún quede algo de ese apasionado amor.

—Tú estás buscando que te rompan el corazón —me río, para evitar que se sienta mal.

Él se vuelve para encararme. Sus dedos repasan la línea de mi mandíbula con lentitud, hasta llegar a mi barbilla.

—Solo pueden rompértelo si antes lo entregas, y yo aún no se lo he entregado a nadie.

Dedico unos minutos a pensar en si en realidad me arrepiento de haber estado con Álex.

—¿Crees que merece la pena?

—¿Tú no?

Me encojo de hombros. No lo tengo decidido. Álex representa lo mejor y lo peor de mi vida. Su amor era de los que dolían, para bien o para mal. Había momentos en los que sus sonrisas lo llenaban todo. Aparecía cuando menos lo esperaba y convertía un día cualquiera en inolvidable, y yo deseaba que aquello no terminase nunca. Pero en otras ocasiones...

—Amar es destruir y ser amado es ser destruido.

—Eso lo has sacado de una película, ¿no? —dice, y tira de mí para que me recueste sobre su pecho.

Le dejo hacer y me acomodo sobre él. El gesto, premeditado o no, ha desterrado el tono solemne de la conversación.

—En realidad, es de un libro: *Cazadores de Sombras*. Pero hay película, sí.

Acompaño sus risas con las mías aunque no tenga ánimos para reír. La cabeza me da vueltas. Tengo a Álex grabado en la piel, como una marca hecha a fuego que en unas ocasiones escuece más que otras, pero que nunca cura del todo.

Me da vergüenza pensar siquiera en ello, pero no puedo evitar preguntarle a Zac al respecto.

—Si fueras yo... ¿le darías otra oportunidad?

Zac enreda los dedos en mi pelo y se demora unos segundos en contestar. Y de pronto es como si el rumbo de mi vida dependiera de lo que él dijese. No me había dado cuenta de lo importante que es su opinión para mí. De lo importante que es él para mí.

—Si fuera tú, le daría una hostia bien dada. Es un cabrón, Tessa. Lo quisiste mucho. Es probable que todavía lo quieras —añade. Esboza una sonrisa de disculpa y sé que no me gustará lo que va a decir a continuación—, pero eso no significa que él te quisiera a ti de la misma manera.

Asimilo sus palabras sin reprocharle lo directo que ha sido. No es que nunca me haya planteado en qué medida me quiso Álex o si de verdad lo hizo. Es un pensamiento que siempre ha estado ahí, agazapado, y al que nunca he deseado hacer frente. Pero ahora parece un buen momento para hacerlo, tanto como cualquier otro. Tal vez no sea tan duro haber perdido a Álex, quizás lo peor de todo es haberme perdido a mí misma y no ser capaz de encontrarme.

O puede que solo fuera yo cuando estaba a su lado. Quién sabe...

—No te voy a echar en cara que quieras darte un revolcón con él —hago ademán de protestar pero pone un dedo sobre mis labios para silenciarme—, pero asegúrate antes de que es solo eso, un revolcón.

—¡No quiero acostarme con él!

—Sí quieres —me contradice, aunque yo estoy negando con la cabeza.

Se sienta y me atrae para colocarme sobre su regazo. Mis mejillas arden y estoy segura de que Zac cree que es porque tiene razón, pero, en realidad, Álex ha desaparecido unos segundos de mi mente para dejar espacio al recuerdo de lo sucedido esta misma mañana en nuestra casa. Me muerdo el labio inferior para no echarme a reír.

—¿No deberías decirme que no me acueste con él? ¿Que solo lo empeoraré? —señalo, retomando el hilo de la conversación.

—Tú mejor que nadie sabes lo que viene después, mi pequeña Tessa, y si eres capaz de sobreponerte a lo que suceda, si crees que vale la pena...

Me relajo entre sus brazos y apoyo la cabeza sobre su hombro. Su aroma, a limpio y gel de ducha, me cosquillea en la nariz. Y mientras en mi interior se desata una batalla feroz cargada de sentimientos, deseos y anhelos, Zac acaricia mi mejilla con la suya y luego deposita un beso sobre ella.

—Busca alguien como Álex, alguien que haga que te mueras por estar a su lado —susurra muy bajito, con un tono cargado de ternura—, pero que también se muera por ti.

—No es tan sencillo.

—No, no lo es, pero puedes intentarlo o conformarte con el polvo de consolación.

—Odio cuando haces eso —digo, entrelazando mis dedos con los suyos.

—¿El qué?

—Empujarme hacia el precipicio para darme una lección.

Suelta una carcajada y estrecha su abrazo para evitar que me escabulla.

—Comete los errores que tengas que cometer. Yo siempre estaré aquí para ayudarte a ponerte en pie.

La dulzura de su afirmación casi consigue que se me salten las lágrimas.

—No imaginas cuanto te quiero —digo, acurrucándome contra su pecho.

—Yo también te quiero, Tessa. Te quiero mucho.

REGRESO A LA ADOLESCENCIA

—¿Te apetece un té? —sugiero, al abandonar el parque.

Zac me mira y nos echamos a reír, supongo que ambos hemos pensado lo mismo, porque acto seguido nuestras voces se superponen:

—La Palmelita.

Recorremos la Avenida de La Trinidad hasta el final y luego continuamos andando por la Calle de La Carrera, hasta llegar a la Iglesia de La Concepción. El lugar cuenta con bastantes terrazas y, a estas horas de la tarde, casi todas las mesas están ocupadas. Hace años que convirtieron la zona en peatonal y el ambiente es mucho más animado desde entonces. Aunque la brisa es fresca, cuando Zac consigue un sitio en la terraza de La Palmelita, no lo dudamos un segundo. Me ofrece la camisa de cuadros que lleva sobre una camiseta blanca y retira la silla para que tome asiento. Todo un caballero.

—Es imposible no enamorarse de ti —me burlo.

Ladea la cabeza y esboza una sonrisa pícara.

—Un caballero de día y un golfo de noche —replica él, justo frente al camarero, que ya ha venido a tomarnos nota—. Y en la cama...

El hombre tose y yo aprieto los labios para no soltar una carcajada. La vergüenza es uno de los atributos de los que mi amigo carece por completo.

—Luego me lo cuentas —sugiero, y salvo así al camarero de escuchar a saber qué barbaridad.

Apunta nuestro pedido y se marcha cabeceando.

—¿Vas a ir a tu casa antes de que empiece el curso?

Zac resopla como si le hubieran formulado la misma pregunta miles de veces, y es posible que su madre lo haya hecho.

—No lo sé. Debería concentrarme en la tesis, voy retrasado. ¿Y tú?

—Puedo bajar al sur cualquier fin de semana.

Al contrario que la familia de Zac, que reside en otra isla, la mía vive en el sur de Tenerife, así que los veo mucho más a menudo que él a la suya.

Charlamos durante un rato. Me comenta que seguramente su hermano venga a visitarlo en algún momento durante el próximo mes y yo me echo a temblar. Si Zac está de muerte, Teo, su hermano, no se queda atrás. Tiene el cabello castaño y los ojos de un azul algo más oscuro que el de su hermano, y se tiraría a una escoba con falda si encontrara el agujero por el que metérsela. Zac es mucho de ir de boquilla y Teo es más de llevarlo a cabo. Cada vez que viene a vernos, la casa se convierte en una especie de burdel del que entran y salen chicas a cualquier hora del día o de la noche. Sin contar con que además tengo que soportar sus constantes pullas acerca de lo bien que me lo pasaría con él. Ya me entendéis...

Engullo un trozo de tarta de arándanos que he pedido junto con el té y mastico con lentitud. El siguiente bocado se me queda atascado en la garganta y me pongo a toser, llamando la atención del resto de clientes y de los viandantes que pasean cerca de nosotros, incluido mi exnovio.

—Tiene que ser una jodida broma —murmuro, cuando el requesón prosigue su camino y recupero el habla.

Zac sigue la dirección de mi mirada y pone los ojos en blanco al comprender la causa de mi atragantamiento. Álex, mientras tanto, parece dudar entre acercarse o no. Se ha quedado plantado en mitad del adoquinado mientras que Iván, el amigo que lo acompaña y al que también conozco, ha seguido andando, dejándolo atrás.

Comprendo entonces que mi sugerencia de venir aquí no ha sido del todo el azar o porque me gusten los pastelitos y la gran variedad de té que sirven. Este es uno de los lugares que forman parte de mi historia con Álex. Mi subconsciente es un traidor con el que tendré que tener unas palabras más tarde. Ahora mismo me limito a sonreír mientras Iván se aproxima a la mesa seguido de mi ex.

—¡Ey, Teresa! —Me pongo en pie y lo saludo con dos besos—. Hacía mil años que no te veía.

Se hace un lado y repito la operación de los besos con Álex, si bien este va mucho más allá y me sujeta con firmeza por la cintura para llevar a cabo el ritual.

—Álex me dijo que te había visto hace unos días. Estás genial.

Le doy las gracias por el cumplido y opto por presentarle a Zac, que permanece en pie a mi lado y pendiente de la conversación.

Iván fue un buen amigo mientras duró lo mío con Álex, incluso durante un tiempo salió con una de mis amigas de aquella época. Luego, cuando todo terminó, se posicionó del lado de mi ex. No lo culpo, supongo que la amistad conlleva esa clase de lealtad, aunque me entristeció perder el contacto con él.

—...novio —escucho decir a Zac.

Se debe haber tomado demasiado a pecho lo de fingir que somos casi pareja, porque, acto seguido y sin previo aviso, me rodea la cintura con un brazo y me atrae hacia su pecho. Lo siguiente que sé es que tengo sus labios contra los míos y que varias zonas de mi cuerpo hormiguean, demasiado entusiasmadas con lo que está pasando.

Nunca antes, en todo el tiempo desde que nos conocemos, nos habíamos besado. Puede que nos hayamos dado algún que otro pico en esas noches de borrachera en las que el alcohol te lleva a la fase de exaltación de la amistad, pero nada más. Así que no tenía manera de saber que su boca es tan cálida como el resto de su cuerpo ni que sabe de una forma deliciosa, como tampoco esperaba sentir deseos de dejarme llevar y profundizar más en el beso; sin embargo, antes de que pueda decidir qué hacer, Zac se separa. Estoy segura de que en este instante el desconcierto es claramente visible en mi rostro. Aún con su sabor sobre mi lengua y el aliento entrecortado, me esfuerzo para sonreír y aparentar que todo es normal.

—Teresa, ¿podemos hablar un segundo? —pregunta Álex, y yo, que sigo bajo los efectos del arrebato pasional de Zac, ni siquiera sé qué debería contestar.

—En realidad, ya nos íbamos —interviene mi falso novio—. Tenemos un poco de prisa.

Álex echa un vistazo a la mesa donde me espera el resto de la tarta y mi té casi completo. Reacciono y salgo por fin del trance.

—Un momento —le digo a Zac.

Le lanzo una mirada de advertencia para que no vuelva a contestar por mí y me alejo con Álex. Nos sentamos en uno de los bancos de piedra que rodean la iglesia.

—¿De verdad estás saliendo con ese tipo? —dice, en cuanto se acomoda a mi lado.

Estira las piernas y las cruza a la altura de los tobillos. Lleva puesto un jersey de punto fino y de color negro que se parece sospechosamente al que le regalé en uno de sus cumpleaños. No puedo creer que siga conservándolo.

Aun así, no dejo que ese detalle me distraiga, con Álex hay que estar siempre en guardia.

—Si vas a interrogarme sobre mi vida amorosa, deberías saber que perdiste ese derecho hace mucho tiempo y...

—Te echo de menos. Mucho —me corta, y yo agradezco haberme sentado. Mira en dirección a nuestros amigos y luego a mí de nuevo—. ¿Podemos quedar mañana para hablar?

—Tú no quieres hablar.

—Lo quiero todo de ti —suelta a bocajarro—. Siempre lo he querido, incluso cuando lo dejamos.

Me pregunto quién de los dos está más obsesionado con el otro. ¿Cuándo convertimos lo nuestro en algo digno de ser recordado y adorado? Quizás somos solo dos enfermos que no son capaces de seguir adelante, dos locos anclados en un pasado común.

—No fue suficiente entonces, Álex, y no lo es ahora.

En mi mente bailan imágenes del final de nuestra relación: las lágrimas en mis ojos, la humedad en los de él, la rabia, la impotencia de seguir amando sin poder hacerlo, el deseo, el rencor... Con él las emociones se multiplicaban. Lo bueno y lo malo.

—Lo nuestro se acabó —proclamo, y no es que yo misma me lo crea del todo.

—Lo nuestro no terminará nunca.

No lo miro a los ojos, no tengo tanta fuerza de voluntad y sé que corro el riesgo de ver en ellos lo que tanto añoro. Y tal vez sea el miedo a descubrir en él la misma nostalgia lo que hace brotar de nuevo mi rabia.

—Eso te encantaría, ¿no? Follar conmigo siempre que nos encontremos.

—Solo hablemos —insiste en voz baja.

—No.

Me levanto y lo dejo atrás. Un minuto más a su lado y terminaré por hacer cualquier cosa que me pida. Mi cuerpo reclama el contacto de su piel, sus dedos enredados en mi pelo, sus labios recorriendo la curva de mi cuello. Demasiado deseo acumulado, demasiado odio enquistado bajo él.

Cuando llego a la mesa, Zac no está.

—Ha ido a pagar —me informa Iván, y luego añade—: Estamos planeando subir al Teide uno de estos fines de semana. Haremos noche en el refugio para levantarnos pronto y ver amanecer desde Pico Viejo. ¿Por qué no os apuntáis? Somos un buen grupo.

—Sí, sí —respondo, sin siquiera pararme a pensar en lo que está proponiendo.

Estoy descontrolada. Me parece haber regresado a los dieciséis. Irreflexiva, impulsiva... ¿Cuánto queda en mí de esa Teresa? ¿Cuánto del amor que sentía por Álex? Tengo la sensación de que en cualquier momento explotaré y arrasaré a todos los que rodean: amigos, medio novios, exnovios y viejos amigos por igual.

Zac regresa con el ticket en la mano y debe de percatarse enseguida de que estoy a punto de sufrir un colapso. Arruga el papel y lo lanza sobre la mesa para tomarme por la cintura e inclinarse sobre mi oído.

—Esto empieza a ser molesto —susurra, aunque juraría que se calla mucho más de lo que cuenta. Se está conteniendo.

Y para completar la pandilla de histéricos, Álex viene hasta dónde estamos y fulmina a Zac con la mirada. Este esboza una mueca de desprecio e Iván alterna su atención entre ambos, como en un partido de tenis. De repente, mi vida —mis fracasos— parecen expuestos ante todo el que quiera opinar sobre ellos, y eso me cabrea aún más.

—Iremos —le digo a Iván por puro despecho, sabiendo que estoy actuando como la Teresa adolescente.

Me dan ganas de soltar una carcajada desquiciada, de las que nacen en ese rincón oscuro de la mente que no entiende de conveniencias sociales.

—Sigues teniendo el mismo número —replica él, sacando su teléfono del bolsillo.

Asiento, sorprendida de que todavía lo conserve. Eso quiere decir que, incluso si Álex lo hubiera borrado del suyo, tiene acceso directo a él y nunca ha querido ponerse en contacto conmigo.

«A la mierda», pienso para mí, y echo a andar de vuelta a casa sin despedirme de nadie.

MANERAS DE OLVIDAR LOS PROBLEMAS

—¿Vas a salir? —me pregunta Zac, varias horas más tarde, cuando aparezco en el salón enfundada en un vestidito blanco que apenas me llega a medio muslo y unos taconazos que me hacen casi tan alta como él.

—He quedado con Marta.

Estamos a jueves y los bares de La Laguna deberían tener el ambiente suficiente para cumplir con mi propósito: olvidar. Y si no es así, ya nos encargaremos Marta y yo de crearlo a la medida de nuestras necesidades. Mi amiga tampoco es que necesite excusas para pasárselo bien.

—Te has arreglado mucho.

No le contesto. No quiero enfadarme con él ni pagar la frustración de no saber qué se supone que tengo que hacer con lo que siento, pero sigo molesta por su forma de comportarse delante de Álex. Por la suya y por la mía.

Él tampoco añade nada más. Me observa ir y venir mientras termino de coger las llaves, el bolso y mi móvil.

—Pásalo bien —dice, antes de que abandone nuestra casa y, sin motivo aparente, el comentario consigue que me sienta aún peor.

Recojo a Marta en el portal de su piso, a mitad de camino entre el mío y la zona de bares, y tras darme un exhaustivo repaso me espeta:

—¿A costa de quién vamos a liarla esta noche?

—De nadie —contesto, y comienzo a andar.

—Ay, nena. Salir un jueves sin un plan concreto es puro vicio —apunta, colocándose a mi lado—, y en tu caso estoy segura de que ese vicio tiene nombre propio. ¿Es por Álex?

—No.

—Vale, es por él. —Se da unos toquitos en la barbilla.

A saber en qué está pensando. Marta es un torbellino, sin sentido del decoro ni poseedora de esa voccecita interior que tenemos todos y que nos avisa de cuándo la estamos cagando. Tiene tendencia a los excesos y una vida sexual tan agitada que llama a todos sus ligues «cariño» para no confundirse. También es la mejor amiga que alguien pueda desear. No de las que te secan las lágrimas y te dicen que tienes que seguir adelante, sino de las que se sientan a llorar contigo hasta que no quedan lágrimas que derramar.

—Necesitas sexo —afirma, convencida, y yo no tengo más remedio que echarme a reír.

—Tú todo lo arreglas con sexo.

Da un par de saltitos y se sitúa delante de mí. El gesto, sumado a su rostro aniñado, la hace parecer más joven, aunque ambas tenemos la misma edad.

—No, arreglarse no se arreglan. Siguen incordiando al día siguiente —comenta. Me toma de la mano y me obliga a seguir avanzando—, pero mientras te das una alegría.

Le doy un empujoncito y niego con la cabeza. Ella alza las manos con las palmas hacia arriba, imitando una balanza.

—Sexo. Estar amargada. Sexo...

—Eres peor que un tío —señalo, aunque sé que está convencida de lo que dice.

—Y mira lo bien que se lo pasan ellos.

Lo más irónico es que, pasada la medianoche, comienzo a verle la lógica a los

razonamientos de Marta, señal de que ya estoy demasiado borracha y debería dejar de beber. Mi amiga me arrastra de local en local y en todos nos tomamos una ronda de chupitos, cada uno de ellos con un nombre más absurdo que el anterior. Los últimos nos lo sirve un morenazo al que Marta ya le está poniendo ojitos.

—Cinco reyes —dice él, empujando los vasos sobre la barra.

—Pues yo solo veo dos —me río—. O cuatro, no estoy segura.

Mi amiga se parte de risa. Debemos estar montando un numerito digno de ver, pero me da igual; en este momento no me importa nada.

El morenazo señala los chupitos y nos los bebemos, obedientes, para no contradecir a semejante pibón. Marta se pone a toser de inmediato y a mí se me saltan hasta las lágrimas. Mi estómago se contrae, como si quisiera expulsar el líquido por el mismo sitio por el que ha entrado, y me tengo que concentrar para no vomitar. Ahora el que se ríe es el camarero. No me extraña.

—¿Qué demonios les has puesto? —pregunto, con un hilo de voz.

—Vodka, whisky, ron, tequila y ginebra. Un cinco reyes.

Marta le pide agua y yo comienzo a reírme a carcajadas. Definitivamente, estoy muy pedo.

—¡Joder con la monarquía! —exclamo, y es probable que esté gritando.

Tras apurar hasta la última gota de agua del vaso, mi amiga se apoya en la barra y me mira. Su rostro danza ante mis ojos y empiezo a tener mucho calor. Mañana la resaca va a ser épica.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —replico, aunque sé que es ahora cuando viene el verdadero interrogatorio.

Ella hace un gesto con el dedo y señala lo que nos rodea.

—¿Por qué estamos aquí?

Se me escapa un risita tonta. Ni siquiera yo lo sé muy bien, así que no tengo ni idea de qué decirle. Me encojo de hombros, pero eso no aplaca su curiosidad.

—¿Cuántas veces hemos hecho esto?

—¿Emborracharnos? Muchas —respondo. Esta sí que me la sé—. Más de las que deberíamos, eso seguro.

Suspira y vuelve a la carga.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Álex me pone de los nervios —suelto sin más—. Soy una floja que no soporta ver a su ex sin que le den ganas de meterse en la cama con él.

—Eso nos pasa a todas.

—Pues los tuyos van a tener que coger número. —A Marta le da un ataque de risa y yo termino uniéndome a ella—. Me lo encuentro allá donde voy y está empeñado en quedar conmigo —prosigo, cuando puedo dejar de reírme.

Ella arquea una de sus perfectas cejas al escuchar la última parte. Intenta ponerse seria, pero en nuestro estado es bastante complicado.

—No es bueno para ti.

Me río. Alto y fuerte. Suelto tal risotada que parte de la gente que tenemos alrededor se gira para mirarme.

—Eso lo sé —replico, y hago un gesto para llamar al morenazo—. Ahora, dime, ¿qué hago para olvidarme de él?

—Zac —contesta ella, y me quedo mirándola con los ojos muy abiertos.

No puedo creer que esté insinuando lo que pienso, teniendo en cuenta que Marta es de las pocas que sabe que de verdad nunca ha habido nada entre nosotros.

—Sí, claro, seguro que follarme a Zac resuelve todos mis problemas.

Marta reprime una sonrisa y se lleva la mano a la frente. Por la forma en que ladea la cabeza, intuyo que está tratando de decirme algo. El alcohol que corre por mis venas hace que tarde un momento más en darme cuenta.

—Está detrás de mí, ¿verdad?

Asiente, y no me queda más remedio que girarme para comprobar si me está tomando el pelo.

No es el caso.

—Hola —le digo a mi mejor amigo.

Me muerdo el labio inferior y trato de recordar si he empleado un tono despectivo al referirme a él. Hoy estoy superando mi nivel de estupidez habitual.

—Estás borracha.

—Mucho —admito. Igual eso me sirve de atenuante.

—Estaba preocupado por ti, pero veo que estás perfectamente.

Marta asoma la cabeza sobre mi hombro.

—Bien, lo que se dice bien, no está.

Acto seguido, lanza un gritito de entusiasmo al escuchar los primeros acordes de *Shake it off*, de Taylor Swift, y se pone a menear el trasero de una forma más cómica que sugerente. Hago todo lo posible para mantenerme seria, aunque Marta no me lo está poniendo nada fácil.

El camarero buenorro se acerca hasta donde estamos sin apartar la mirada de mi amiga. Extiende la mano y, para mi sorpresa, Zac se la estrecha. Su rostro se transforma al saludarlo. Esboza una sonrisa e intercambian algunas frases. Me pregunto si Zac y él habrán tenido —o tendrán— algún lío. No sé por qué, la idea no me hace muy feliz.

—¿Las conoces? —pregunta el tipo, y Zac asiente—. Pues yo que tú me las llevaría ya a casa.

Le señala a Marta, que a estas alturas ha pasado de los saltitos a los botes estilo concierto de rock. Si sigue así acabará por enseñar las bragas, si es que se las ha puesto esta vez.

—Eso haré, Marcos —replica él, y vuelve a estrecharle la mano.

Los observo sin perder detalle de sus expresiones y su lenguaje corporal. De algo tendría que servirme estar estudiando Psicología, aunque teniendo en cuenta las copas que llevo encima no sé si mi criterio será muy acertado. La verdad es que podrían ser tan solo dos conocidos.

«¿Qué más te da?», me digo. Como si tuviera que importarme con quién se relaciona Zac.

—Vamos —dice él, sacándome de mis cavilaciones. Le dirige una mirada a Marta, que se está marcando un bailecito por el que podrían detenerla alegando alteración del orden público, y pone los ojos en blanco—. ¿Es que no sabe cuando parar?

Encojo los hombros. Marta solo acaba de empezar. Me gustaría saber cómo planea Zac arrastrarla fuera del bar. Esto no me lo pierdo.

Pero él parece decidido. Me envuelve con un brazo y me aprieta contra su pecho y, de inmediato, su aroma lo llena todo. Una sonrisita de placer se extiende por mis mejillas y me hace olvidarme del enfado de esta tarde. Zac tiene una extraña capacidad para atontarme, le basta estar ahí y ser quien es para mejorar cualquier situación por extraña que sea. Tan extraña como esa en la que tu amiga está a punto de subirse a una mesa y seguramente empezar a quitarse la ropa.

—¡Madre mía! —exclamo, y Zac empieza a pegar empujones para llegar hasta ella

conmigo entre sus brazos.

La alcanzamos justo a tiempo, para desdicha del corrillo de tíos que se ha apiñado a su alrededor y que me recuerdan a las hienas de *El Rey León*, lengua fuera incluida.

—¡Marta, baja ahora mismo! —grita Zac, pero ella sigue a lo suyo y contonea las caderas. Las babas ya forman un charco en el suelo.

Lo aparto y tiro del brazo de mi amiga para llamar su atención. Consigo que se agache hasta llegar a su oído y le susurro una única frase. Si eso no consigue que se baje, nada lo hará. Tarda cinco segundos exactos en procesar la información y dar por finalizado el espectáculo.

—A casa. —Señalo la puerta y ella amaga un puchero—. Si lo quieres, nos vamos a casa.

Incluso borracha, hace una salida triunfal del local. Las hienas me abuchean y yo les enseño el dedo corazón en un arranque de superioridad. Conseguir que mi amiga haga lo que le he pedido me hace sentir como si acabase de separar las aguas del Mar Rojo.

—¿Se puede saber qué le has dicho? —pregunta Zac, mientras la seguimos al exterior.

—Nada importante. Solo que le darás el número de teléfono del camarero morenazo.

Frunce el ceño y su mirada se desvía en busca del aludido. Si al final resulta que el tío es gay, no quiero ser yo quién se lo diga a Marta. Me quedo esperando a que Zac diga algo que aclare la cuestión. Sin embargo, todo lo que responde es:

—¿Marcos? —Hago un gesto afirmativo bastante efusivo. Ahora soy yo la que parece una hiena—. Bueno, tal vez a él sí puedas *follártelo* y acabar con tus problemas —espeto a continuación, y ya no queda ninguna duda de que antes ha escuchado lo que he dicho.

Libera mi mano y me deja plantada a pocos pasos de la salida del bar. Y así, en apenas unos segundos, he pasado de sentirme como Moisés a convertirme en una auténtica Judas.

COMETER ERRORES

—Cinco minutos más —ruego al desgraciado que ha subido la persiana de mi dormitorio sin la más mínima compasión.

Meto la cabeza bajo la almohada y vuelvo a dejarme llevar por la inconsciencia, pero esta vez es el edredón el que desaparece. Lo sé porque, además de percibir la ausencia de su peso sobre mi cuerpo, de repente tengo el culo al aire.

—Ya te estás levantando —me ordena la familiar voz de Zac, aunque tiene un matiz desagradable poco común en él.

Y es entonces cuando recuerdo la discusión de la noche anterior, el penoso regreso llevando a rastras a Marta hasta su casa y el incómodo silencio que se estableció entre mi compañero de piso y yo al quedarnos solos.

—Oh, mierda —suelto, sin poder evitarlo.

A pesar de que el sonido ha quedado amortiguado por la almohada, estoy segura de que me ha oído.

—Si me lo preguntas a mí, sí, mierda. Con *m* mayúscula además.

Es obvio que sigue enfadado. Me pregunto si esto de despertarme solo unas horas después de que me haya metido en la cama se trata de alguna clase de venganza.

Saco la cabeza de mi escondite y miro por encima del hombro. Genial, solo llevo una camiseta de tirantes y un tanga —de ahí el fresquito de mi trasero—, aunque al menos es uno de esos con bordados, encaje y toda la parafernalia.

—¿Te importa? —digo, y tiro del edredón para volver a taparme.

Él lo agarra con más fuerza.

—No tienes nada que no haya visto antes.

No es lo que dice, sino cómo lo dice. Que emplee ese deje despectivo me hace comprender que mi comentario de anoche no debió de sonar demasiado bien. ¿Y qué hago yo a continuación? ¿Disculparme? Pues no, me subo en el burro y ya veremos quién se baja antes.

Me pongo en pie, no sin antes frotarme los ojos, y me planto frente a él. Tengo que levantar un poco la barbilla para mirarlo, pero aun así intento mantener mi pose de «donde las dan, las toman».

—No te cortes —comento, con las manos en la cintura y sacando pecho—. ¿Quieres que me quite la camisa? Total, también me has visto las tetas antes, ¿no?

Lo digo completamente dispuesta a desnudarme solo para quedar por encima de él, por muy absurda que resulte la situación. Y lo peor es que pienso que no estoy haciendo el ridículo. Seguro que cuando me despierte del todo cambio de opinión.

—No hay huevos. —Se cruza de brazos y esboza la primera sonrisa desde el inicio de nuestra disputa.

Yo, que por norma general me muestro más recatada en su presencia —accidentes playeros aparte—, pierdo el norte al escuchar esas tres palabras. ¡Huevos dice! Encima tiene la cara dura de sonreír, como si estuviera convencido de que no seré capaz.

—Los hay.

—Pues venga —me anima. Ladea la cabeza y su vista desciende por mi pecho hasta mi cintura.

—Eres un perverso.

—No soy yo quien está amenazando con desnudarse.

—Solo porque has entrado en mi habitación con vete tú a saber qué intenciones —lo acuso, en un intento de desviar la atención y salir airosa de la situación.

Él niega con la cabeza. Tiene sus preciosos ojos fijos en mí. Es entonces cuando lo veo de verdad: la súplica empañando sus iris azules, la leve arruga en su frente, el ruego silencioso de sus labios. Mi mejor amigo está esperando a que diga o haga cualquier cosa para dejar caer sus defensas y acabar con esta estúpida pelea. Ya ni siquiera recuerdo por qué nos hemos enfadado y tampoco me importa. Es Zac, una de las pocas personas a la que no podría negarle nunca una sonrisa, porque es él quien suele provocarlas. Es mi creador de sonrisas.

No me lo pienso. Salto sobre él y enrolló mis piernas en torno a su cintura y mis brazos alrededor de su cuello. Mi ataque lo pilló desprevenido y hace que se tambalee hacia atrás, pero consigue mantener el equilibrio. Hundo la cabeza en el hueco de su cuello, recreándome en su aroma.

—Lo siento, lo siento, lo siento —susurro, sin detenerme para coger aire.

Él suelta un suspiro, no sé si de alivio o de resignación, pero, cuando me estrecha con más fuerza contra su pecho, sé que se ha rendido. Le hundo los dedos en el pelo y me dejo arrastrar por ese sencillo placer.

—No tienes que disculparte.

—Pero quiero hacerlo —replico, aún con los labios pegados a su piel—. No quise decir que haya algo malo en acostarse contigo.

Zac, como siempre, me sorprende soltando una carcajada. Y el sonido de su risa me hace sonreír a su vez.

—Puedes estar con quien quieras, incluido Marcos —añade, lo que me convence de que es un buen momento para mirarlo a los ojos.

Me inclino hacia atrás y él responde afianzando las manos alrededor de mi cintura. No hay rastro de enfado en su expresión.

—Es Marta la que quiere acostarse con él, no yo.

—No estoy hablando solo de sexo, Tessa. Hablo de seguir adelante, de no quedarse anclada en el pasado.

—Hablas de Álex —puntualizo, pero él niega con la cabeza.

—Hablo de ti y de tu miedo a no saber decir «no» ni querer decir «sí». Cerrar etapas no es malo, cometer errores tampoco, pero quedarse eternamente esperando...

Mis piernas se aflojan y hago ademán de ponerlas en el suelo, pero Zac no duda en bajar las manos hasta mis muslos para impedirlo. Está muy serio. Soy consciente de lo mucho que le importo, pero no sé si estoy preparada para que me diga que me comporte como una imbécil.

—Haz lo que quieras hacer, pero hazlo —prosigue—. Arriésgate y arrepíentete luego si tienes que hacerlo. ¿Quieres acostarte con Marcos? Pues hazlo, pero no te emborraches para ello. Hazlo porque quieres hacerlo y no busques una excusa.

—No quiero acostarme...

—Me da igual —me interrumpe, y esta vez es él quien deshace nuestro abrazo y me deposita en el suelo—. Lo que quiero decir es que somos jóvenes; si no nos equivocamos ahora, entonces cuándo vamos a hacerlo.

Se pasa la mano por el pelo, inquieto.

—¿Seguimos hablando de mí? —pregunto. Hace rato que he perdido el hilo de la conversación—. Porque creo que enrollarme con Álex de nuevo ya sabemos cómo acaba, y a

Marcos ni siquiera lo conozco.

No sé si Zac quiere que pase página y me olvide de una vez de mi ex o que lo llame y le proponga una sesión de sexo desenfrenado.

—En tu caso, pequeña Tessa, creo que lo de «un clavo saca a otro clavo» no es aplicable —replica, sin contestar a mi pregunta, y ahora sí que no tengo ni idea de en qué está pensando—. Olvida lo que te he dicho, creo que estoy divagando.

Toma mi rostro entre sus manos y por un momento estoy segura de que va a besarme. Si bien, sus labios terminan sobre mi sien.

—Vamos, te invito a desayunar —propone. Da media vuelta, pero antes de abandonar la habitación se detiene para añadir—: Y... por mucho que me guste admirar tu culo, deberías ponerte algo de ropa.

Se marcha y me deja a solas. Mientras me visto, sopeso cada una de sus palabras, pero sigo sin saber qué moraleja tengo que sacar de ellas. Puede que en cierta forma tenga razón al afirmar que me he estancado. Quizás, sin ser consciente de ello, durante todo este tiempo he estado esperando a que Álex reapareciera en mi vida.

En Marcos ni siquiera pienso. Desconozco por qué Zac se ha empeñado en sacar su nombre en la conversación una y otra vez.

¿SIN RENCORES?

Desayunamos en una cafetería cercana a la Avenida Trinidad. Zac opta por unas tostadas, mientras que yo pido un buen chocolate con churros a pesar de que mi estómago protesta sin descanso por el maltrato de la juerga de ayer. Cuando la camarera trae nuestro pedido nos dedicamos a comer en silencio. La ausencia de conversación hace que me ponga a pensar en lo sucedido la noche anterior y, por un momento, me planteo la posibilidad de que Zac albergue algún tipo de sentimiento por mí. Y lo que es aún más preocupante, que yo sienta algo más que pura amistad por él.

Es Zac, me digo, como si eso simplificara las cosas.

Sé que nuestra amistad es sólida, que ambos nos preocupamos por el otro como si fuésemos familia, pero soy consciente de que las relaciones evolucionan y a veces toman caminos muy diferentes de los iniciales. Pero es Zac, me repito, y se me escapa un suspiro.

Mi amigo levanta la vista de su desayuno y se queda mirándome. Me pregunto si alguna vez él también habrá tenido este tipo de pensamientos respecto a nosotros.

—¿Qué pasa? —pregunta, tras darle un sorbo a su café con leche.

Esta vez decido ocultarle lo que me pasa por la cabeza, es muy probable que no sea más que un desvarío debido a la resaca.

—Nada.

No parece muy convencido. Tarda unos segundos en devolver la atención a su plato, y yo no puedo evitar que mis ojos vaguen por las líneas de su rostro.

«No te compliques más la vida, Tessa, que nos conocemos».

Ni siquiera tengo claro qué voy a hacer con Álex, no creo que sea un buen momento para ponerme a imaginar lo que podría ocurrir entre mi mejor amigo y yo. Ahora mismo mi corazón está sometido a una montaña rusa de esas con aspecto letal. Con toda probabilidad solo estoy pensando en Zac de esa forma porque sería lo más fácil: el amigo leal que siempre está para mí, pase lo que pase. Es como cuando terminé con Álex y me dediqué a anestesiarse el dolor saltando de un tío a otro. En realidad, supongo que buscaba sentir algo, lo que fuera, para no asumir que tenía el corazón roto y repleto de heridas.

Me prometo a mí misma no cometer más errores.

—Estás callada de un modo preocupante —comenta él, devolviéndome al mundo real.

Esbozo una sonrisa algo patética, y niego con la cabeza.

—La resaca —repongo, sabiendo que es una verdad a medias—. No vuelvo a beber —añado, y eso sí que no hay quién se lo crea.

Mi amigo se ríe.

—Ya.

Recuerdo muy bien la primera vez que vi a Zac. Mi compañera de piso me había dejado tirada a mitad de curso para irse a vivir con su novio. Intenté encontrarle una sustituta, pero no hubo forma. Así que me dediqué a buscar a alguien que alquilara una habitación en la zona cercana a la universidad. El de Zac fue el segundo piso que visité. En el primero convivían dos chicos y una chica, y aquello más que un apartamento parecía un campo de concentración. No es que yo sea anti-reglas —en una casa de estudiantes tiene que haberlas—, pero lo de aquella gente era excesivo. Y he de reconocer que yo soy un poco dada al desorden. No me hacía ilusión pasar

el resto del curso aguantando sermones.

Con Zac fue algo mejor a pesar de también es bastante riguroso con el tema del orden. No iba a aceptar quedarme allí, porque además vivir sola con un chico no acababa de convencerme, pero tras enseñarme la casa me invitó a desayunar en la cafetería en la que estamos ahora. Acepté porque solo había tomado un café y mis tripas habían iniciado una fiesta bastante ruidosa. Y lo que empezó como un desayuno algo formal e incómodo, se transformó enseguida en una lluvia de risas, comentarios sarcásticos y yo preguntando cuándo podía mudarme.

Desde el principio Zac y yo conectamos. Aquella mañana surgió ese tipo de afinidad que no puede explicarse, pero que sabes que convertirá a una persona en alguien especial para ti. Fue, por así decirlo, amistad a primera vista.

—Tengo que ir a la facultad a recoger unos libros —me informa, cuando ya casi estamos terminando—. ¿Vienes conmigo?

Lo pienso un segundo, pero opto por declinar la invitación. Debería ir a ver a Marta y comprobar que sigue viva. No ha contestado a mis mensajes y, dado el estado en el que la dejamos en casa anoche, es posible que esté aún en la cama farfullando incoherencias.

—Voy a pasarme a ver a Marta.

Mientras rebusco en el monedero para pagar la cuenta, oigo un *clic* de sobra conocido. Zac, móvil en mano, sonríe mirando la pantalla.

—El que tiene buena noche no puede tener buen día... —murmura entre dientes, y sus dedos vuelan sobre la pantalla.

—¿No la estarás subiendo a Instagram?

—A Instagram, a Twitter y, como te descuides, te grabo un vídeo y lo subo a TikTok —se ríe—. Es un pago justo.

—Me vengaré —amenazo, rezando para que al menos le ponga un filtro y no parezca un orco de Mordor.

Él sonríe aún con los ojos fijos en la pantalla.

—Y yo me vengaré de tu venganza.

—Podríamos estar así toda la vida.

Zac levanta la vista del móvil.

—Lo sé —replica, y su mirada es melancólica a pesar de que sigue sonriendo.

Nos despedimos en la calle y yo me dirijo a casa de Marta dando un paseo. Apenas quedan unos días para el comienzo de las clases y la vuelta a la rutina. La Laguna ya se ha llenado de estudiantes universitarios ansiosos, y a la vez temerosos, por el inicio de un nuevo curso. Al menos el tiempo acompaña y, aunque hace algo de fresco, el sol luce solitario en un cielo completamente azul. No quiero pensar en la llegada del frío.

Adoro esta ciudad, con sus calles adoquinadas, sus casitas de dos plantas, las plazas, los parques... Por algo es Patrimonio de la Humanidad. Es un lugar precioso y repleto de historia. Pero para mí, que crecí en el sur de la isla donde el sol brilla casi todo el año, la humedad y el frío de La Laguna en invierno es lo único que cambiaría sin pensármelo dos veces.

Mi andar se vuelve errático al mismo ritmo que mi mente entra en bucle con Álex como protagonista. En cuanto lo vi en la playa sabía que esto ocurriría, que no podría sacármelo de cabeza en semanas o tal vez en meses. Al final, me encuentro sin quererlo en la Plaza de La Catedral y decido sentarme en uno de los bancos de piedra, buscando algo de tranquilidad que me permita aclarar mis ideas. La gente va y viene ante mis ojos, aunque apenas los veo. Me asaltan recuerdos de un día de tantos en los que Álex y yo paseábamos por esta misma plaza, cogidos de la mano y mirándonos como si lo nuestro fuera infinito, como si jamás fuésemos a

separarnos. Que equivocados estábamos...

—Te quiero —susurró él con dulzura, muy cerca de mi oído.

Acto seguido, me entregó tres rosas rojas, una por cada mes que llevábamos juntos. Tan solo noventa días y estábamos convencidos de que podíamos comernos el mundo. Supongo que de eso trata la inocencia del primer amor, cuando crees que durará para siempre, que nada podrá separaros y que quererse es suficiente. Pero no lo es.

«Con Álex nada es suficiente», pienso para mí, tratando de convencerme. Porque luego, con el tiempo, retorcimos ese amor y se convirtió en algo doloroso que dejó cicatrices y heridas que a día de hoy siguen ahí. ¿Y si es el propio Álex el único que puede curarlas del todo? ¿Y si por eso jamás he podido volver a enamorarme de nadie como de él?

Suspiro profundamente.

Mi corazón, tan inconsciente como siempre, me anima a intentarlo de nuevo, o al menos a hablar con Álex y saber qué se propone. Mientras, mi cabeza me aconseja que lo olvide, que no merece la pena sufrir otro desengaño, que es una empresa perdida de antemano.

Mi móvil emite un sonido con la llegada de una notificación, y al comprobarlo me encuentro con un mensaje que solo puede ser de Álex, como si mis pensamientos lo hubieran invocado.

Un café, solo te pido eso. Habla conmigo.

Permanezco mirando la pantalla, releiendo esas ocho palabras una y otra vez, y valorando qué hacer. Ni siquiera he tomado una decisión cuando el teléfono vuelve a sonar. El nombre de Marta aparece ahora en la pantalla junto con una foto suya en la que me saca la lengua.

—Me muero —farfulla, con la voz ronca, en cuanto descuelgo.

—Sé lo que se siente —contesto. Ni yo misma me he recuperado aún de nuestra salida nocturna—. Iba de camino a tu casa, pero...

Me quedo sin saber qué decir.

—¿Dónde estás?

En un primer momento, dudo de si confesar que estoy valorando encontrarme con Álex, pero al final decido contárselo, tal vez ella consiga iluminarme.

—Estoy pensando en quedar con Álex.

Si no fuera porque estoy oyendo su respiración, pensaría que la llamada se ha cortado. Me imagino a mi amiga tirada sobre su cama, poniendo los ojos en blanco y arrugando la nariz.

—Puede que sea lo mejor —comenta, para mi sorpresa—. Mira, Álex y tú nunca habéis puesto fin a vuestra historia, no como deberíais haberlo hecho, de una vez por todas. Lo vuestro es un círculo vicioso, un «ni contigo ni sin ti» —prosigue, con cierta resignación tiñendo su voz—. Queda con él y hablad. Puede que haya cambiado, quién sabe.

No estoy demasiado segura de que alguien como Álex pueda cambiar, aunque tal vez estos años le hayan dado otra visión de la vida. Puede que haya madurado. Al fin y al cabo, solo éramos dos críos cuando nos enamoramos.

—¿De verdad lo crees?

—No lo sé, Tessa. No conozco a Álex tan bien como tú. Pero a ti si te conozco y sé que no vas a dejar las cosas estar y continuarás torturándote hasta que encuentres una respuesta —explica, y sé que ahora está sonriendo—. Eres así de cabezota, y Álex siempre ha sido muy importante para ti.

Sopeso sus palabras con el móvil pegado a la oreja, aferrándolo con demasiada fuerza y perdida en las implicaciones de su afirmación. Sí, Álex ha sido y siempre será muy importante

para mí, nuestra relación me marcó de mil maneras diferentes y sé que Marta lleva razón, al menos al decir que no voy a dejar de torturarme.

—Quedar para hablar con él no tiene que significar nada, Tessa.

Ahí sí que está equivocada. Cualquier cosa que tenga que ver con mi exnovio siempre significa algo. Nuestros encuentros fortuitos, las frases o reproches que intercambiamos, nuestras miradas, las sonrisas... La indiferencia no se cuenta entre las características de nuestra relación. Sin embargo, un café no es arriesgar demasiado, ¿no? Tan solo una charla, una hora, me digo, convenciéndome de que soy lo suficientemente fuerte como para hacerle frente y no sucumbir a los efectos que provoca en mí.

—Voy a llamarlo —informo a mi amiga.

—¿Tessa? —me reclama, una vez que nos hemos despedido—. Solo asegúrate de no entregarle más de lo que estés dispuesta a perder.

—No te preocupes, puedo con esto —digo, a pesar de no estar del todo segura de lo que va a pasar cuando me encuentre con él.

Sin embargo, cuanto más pienso en lo que ha dicho Marta, más convencida estoy de que lleva razón. Álex y yo necesitamos poner punto y final a esta historia, cerrar de algún modo un ciclo y terminar en paz. No quiero convertirme en la clase de persona que alberga rencor toda su vida ni que tiende a recordar lo malo. Y quizá, en realidad, Álex se haya convertido en una persona a la que valga la pena perdonar.

UN CORAZÓN REPLETO DE HERIDAS

Mi valor no me da para una llamada, así que contesto al mensaje de Álex con un escueto:

En la plaza de La Catedral en diez minutos.

Si el destino quiere que Álex esté lejos de aquí y no le dé tiempo a llegar, pues que así sea. No esperaré más tiempo. Pero al final parece que nuestro sino es encontrarnos, porque no han pasado ni cinco minutos cuando lo veo doblar la esquina.

Las piernas comienzan a temblarme de inmediato y de repente vuelvo a ser la chiquilla enamorada de años atrás. Mis ojos se pasean por su cuerpo mientras avanza hacia mí. Lleva unos vaqueros rotos y una sudadera negra con la capucha sobre la cabeza y las mangas remangadas hasta los codos. Se mueve despacio, con ese andar tan típico suyo, seguro de sí mismo y sin prestar demasiada atención a lo que le rodea; sus ojos están fijos en mí, y los labios, entreabiertos.

La sensación de *déjà vu* es tan fuerte que, cuando llega hasta donde me encuentro, a punto estoy de levantarme y lanzarme sobre sus labios, como si aún fuésemos pareja, y esto, una de nuestras citas habituales. Reprimo el impulso. Ya no estamos juntos, no somos nada. Sin embargo, en mi mente una voz reclama a gritos que lo bese, y de repente empiezo a pensar que no voy a poder con esto.

—Hola... Teresa —me dice, haciendo una pausa entre el saludo y mi nombre.

La dulzura de su voz me acaricia los oídos.

Se inclina sobre mí y contemplo su boca acercarse a mi rostro a cámara lenta, reduciendo poco a poco los centímetros que nos separan. Ni siquiera ladeo la cabeza para apartar mis labios de él, incapaz de moverme. Finalmente, sus labios se posan en mi mejilla y permanecen ahí lo que a mí me parece una eternidad. Su aroma inunda mis fosas nasales y empeora más si cabe mi estado. ¿Por qué demonios tiene que oler tan bien? Su olor es como un puñado de recuerdos, de buenos recuerdos, desfilando por mi mente sin que pueda hacer nada por evitarlo. Esto cada vez se pone peor.

No eres una chiquilla, me digo, para infundirme ánimos. No, ya no soy la niña que se enamoró de él, la que creía que cualquier cosa era posible si luchabas con fuerza suficiente.

Tomo aire para tranquilizarme y deshacerme del efecto Álex.

—¿Y bien? ¿De qué querías hablar? —exijo saber, sin rodeos.

La línea recta que siguen sus hombros cae ligeramente. Alza una mano y se baja la capucha, y mi vista se desvía al tatuaje que asoma bajo el cuello de su sudadera.

Sin contestar, se mete las manos en los bolsillos y me doy cuenta de que ha perdido parte de su seguridad al escuchar mi pregunta.

—¿Podemos al menos ir a algún sitio a hablar con tranquilidad?

Lo observo con cierta cautela, preguntándome qué demonios le pasa por la mente.

—Está bien —acepto, viendo que por ahora no ha aparecido el Álex provocador que podría terminar metiéndome en un lio.

Me pongo en pie y nos dirigimos a una cafetería cercana. Tomamos asiento frente a frente en una de las mesas del fondo, la más íntima. Durante el corto trayecto hasta aquí no he dejado de observarlo y, mientras andábamos uno al lado del otro, no he podido evitar desear que me cogiera de la mano. Al sentarme, cruzo las mías sobre el regazo para mantenerlas alejadas de

él, no sea que decidan cometer una estupidez por propia iniciativa.

—¿Y bien? —insisto, cuando el camarero se va tras apuntar nuestro pedido.

Álex suspira.

—¿Qué tal si empezamos con un «Me alegro de verte» o un «¿Qué tal estás?»? —pregunta muy serio, pero sin rastro de irritación.

Ahora es mi turno para suspirar. Me reprocho mentalmente la hostilidad de mi actitud. Se supone que estoy aquí para intentar arreglar las cosas entre nosotros, aunque solo sea para poder decirnos adiós de buena manera y no gritándonos y echándonos nuestros errores en cara. No voy a sacar nada bueno de esta conversación si sigo así.

—¿Qué tal estás, Álex? —digo, suavizando mi tono.

Me doy cuenta de que, en realidad, sí que me interesa la respuesta, y eso me da más miedo que cualquier otra cosa.

Él sonríe, más animado, y yo tengo que luchar para no perderme en la curva de sus labios. Mi adicción a Álex es debida a la suma de muchos factores. Los detalles que siempre tenía conmigo y las locuras que cometía para sorprenderme; su forma de besarme, como si me estuviera saboreando; la explosiva atracción sexual de la que nos era —y nos sigue siendo— imposible sustraernos; también, como no, la posibilidad de que lo nuestro fuera imposible. De esto último estoy convencida. No hay nada que atraiga más que lo inalcanzable. Y eso parecía que éramos: dos almas imposibles de reconciliar.

—Estoy bien —afirma, frotándose con una mano el hueco entre el índice y el pulgar de la otra—. Te he echado de menos. —Sin querer, comienzo a negar con la cabeza y abro la boca para decir algo, pero me detiene con un gesto—. Déjame hablar, por favor.

Ambos permanecemos en silencio mientras el camarero nos sirve dos cafés, y la interrupción me da tiempo para repetirme que tengo que tranquilizarme.

—Sé que lo nuestro fue un desastre —se apresura a decir, una vez que el camarero se retira y antes de que yo pueda tomar la palabra—. Lo hicimos fatal, Teresa. Nos hicimos mucho daño, no creas que no soy consciente de eso.

Levanto la cabeza para buscar sus ojos y me estremezco al ver que no hay atisbo de provocación o burla en ellos.

—La culpa fue de ambos —insiste—. Lo sabes. Yo me comporté como un auténtico capullo, pero tú también...

No termina la frase, pero no es necesario. Los dos sabemos lo que yo hice.

—Sí, yo también —admito, porque es la verdad—, y no he dejado nunca de arrepentirme de aquello.

Volver la vista atrás duele más de lo que me gustaría. Si bien es cierto que el comportamiento de Álex mientras estuvimos juntos nos condujo a la ruptura, no menos culpable fui yo de que las cosas se desarrollaran así. En realidad, puede que yo lo provocara todo al serle infiel poco después de que empezáramos a salir. En mi defensa diré que era un cría inconsciente, aunque eso no aligere mi carga. La cuestión es que una noche en una discoteca me dejé llevar por el entusiasmo al percatarme de que un chico guapísimo se había fijado en mí. No me paré a pensar en las consecuencias, tampoco en lo que estaba haciendo, y desde luego no pensé en Álex.

Todavía al recordarlo siento desprecio por mí misma, y eso que solo fueron unos besos entre la gente que se apiñaba en la pista de baile. Pero, cuando más tarde me encontré con Álex, esos mismos besos ya sabían a traición. No le escondí lo que había sucedido, sino que se lo solté en cuanto lo tuve frente a mí. De repente, al verlo, se me llenaron los ojos de lágrimas y

comprendí lo estúpida que había sido.

Día tras día le rogué que me perdonara, y al final lo hizo. Pero el fantasma de aquella traición nos persiguió sin remedio durante toda nuestra relación. Su carácter se volvió cada vez más exigente conmigo y las discusiones fueron aumentando hasta sucederse casi diariamente. Tuvimos momentos excepcionales, pero otros se vieron empañados por sus celos o las dudas; supongo que por el miedo a que algo similar pudiese volver a suceder. Esa es, a grandes rasgos, la historia. O al menos parte de ella, porque al final, cuando lo nuestro se hizo insostenible y mi corazón se rompió en miles de pedazos, cuando ya no pude más, dejé de ser yo misma y ya no hubo Teresa a la que él pudiera seguir amando.

Me tortura la idea de que las cosas podrían haber sido diferentes si yo no hubiera cometido ese error. Tal vez entonces podríamos haber disfrutado del amor que sentíamos el uno por el otro, quizás lo que vino después no hubiera sucedido, o puede que ese fuera su carácter real y el discurrir de los meses tan solo lo sacara a la luz con mayor rapidez. Nunca lo sabré. No hay manera de conocer qué destino hubiésemos tenido, y no hay peor tormento que ese.

—Sé que te arrepientes, siempre lo he sabido —dice, situando una mano encima de la mesa con la palma hacia arriba.

Me quedo mirándola mientras mi mente sigue perdida en el pasado, y el dolor que ambos nos provocamos se ancla en mi corazón y lo oprime, recordándome muchos de los malos momentos que compartimos. Porque tengo la certeza de que Álex se aprovechó de aquello, tal vez no de forma premeditada, pero cuando en una discusión no podía salirse con la suya siempre sacaba a relucir mi infidelidad. Ese hecho se convirtió en un arma arrojadiza que empleaba a su antojo, aunque su motivación fuera enmendar un dolor del que yo era la única responsable.

—Lo hicimos todo mal —añade, con la mano aún sobre la mesa.

Dudo de si aceptar la invitación velada de su gesto, hasta que alzo la mirada y contemplo la tristeza empañando sus ojos. Lo he visto triste en muchas ocasiones, hace años, pero esta vez parece diferente, parece más real. Quizá me estoy equivocando con él y haya cambiado, puede que haya comprendido que, aunque yo lo traicionara, no tenía derecho a tratarme como lo hizo.

—Debí dejarte —prosigue, cuando mis dedos rozan la palma de su mano—. Debí haberme dado cuenta de que hacerte sufrir de esa forma no solucionaba nada y no tenía justificación alguna.

Niego con la cabeza. No porque no esté de acuerdo, sino porque no deseo revivir una vez más el pasado, darle vueltas otra vez a una historia que ambos sabemos cómo acaba. Ya he recorrido ese camino demasiadas veces y nunca me ha llevado a ninguna parte.

—Pasó lo que pasó. No podemos cambiarlo.

Se lleva mi mano a los labios y deposita varios besos sobre los nudillos. Y de repente me doy cuenta de que tengo miedo, muchísimo miedo. Me aterra la idea de que lo que siento por Álex sea algo más que simples recuerdos amontonados. Me da pánico que nos hagamos más daño, que volvamos a sufrir, porque comprendo que en realidad yo ya lo he perdonado. No sé si porque los años han hecho que se difuminen los malos momentos y he idealizado los buenos o porque nunca he sido capaz de odiarlo, no durante mucho tiempo.

—No, no podemos —suspira, sin retirar mi mano de su boca—, pero podemos ser amigos.

Me río sin ganas.

—Tú y yo jamás podremos ser solo amigos, Álex. Ambos lo sabemos.

Él asiente. Sabe que tengo razón y, sin embargo, no duda en afirmar:

—Pero podemos intentarlo.

No quiero pensar en lo que me está proponiendo. No quiero creer que insinúa siquiera la posibilidad de una reconciliación, así que me limito a permanecer en silencio y perderme en sus ojos color avellana, sin las fuerzas necesarias para tomar una decisión al respecto.

Y así nos quedamos, mirándonos en silencio, rebuscando en los ojos y el alma del otro; cada uno perdido en sus pensamientos o, tal vez, jugando a adivinar si ambos estamos pensando lo mismo; si hay una posibilidad de arreglar este lío o nos destrozaremos aún más en el proceso. Lo que es seguro es que los dos tenemos el mismo corazón repleto de heridas.

NUESTRO MOMENTO

Al salir de la cafetería, compruebo que el cielo se ha encapotado y luce de un anodino color gris. Ni siquiera sé cuánto tiempo llevamos ahí dentro. Álex ha intentado aligerar el ambiente bromeando sobre lo bien que me han sentado estos últimos dos años y contándome anécdotas sobre su aventura por el sudeste asiático. No obstante, he sido incapaz de relajarme del todo.

—Quiero volver a verte —afirma, antes de que nos despidamos.

Me ha tomado de las manos y estamos muy cerca, demasiado para que mi cuerpo no responda a la calidez del suyo y a su aroma. Sin embargo, no me retiro. Una parte de mí no puede evitar estremecerse bajo su contacto y suplica que no le diga adiós aún. No hemos hablado mucho más sobre nuestro pasado. Hay tanto que decir y a la vez tan poco.

—Álex, no creo... —comienzo a decir, pero, antes de que pueda continuar, sus labios atrapan los míos, silenciándome.

Mi corazón se salta un latido y luego comienza a latir desbocado. Me es imposible resistirme a la caricia de su boca. El sabor de sus besos es algo tan familiar y a la vez tan excitante que mi mente deja la lógica a un lado y se abandona por completo. Y para cuando su lengua irrumpe entre mis labios, mis manos ya se han anclado en su cuello y lo atraen más hacia mi cuerpo. Álex, por su parte, me sujeta por la cintura y sus dedos se hunden en mi piel al percibir que estoy respondiendo a su beso.

¿Por qué es tan fácil perderme en él? ¿Por qué sus caricias despiertan mil sensaciones en mí? Lo que ha comenzado como un pequeño arrebato se transforma muy pronto en algo voraz y salvaje. Da igual que estemos en plena calle y que posiblemente la gente nos esté mirando, tal vez imaginando que somos tan solo una pareja de enamorados despidiéndose. En este instante, ya no me importa ni el cómo ni el dónde... ni siquiera el porqué. Es como si Álex y yo fuésemos las dos partes de un todo que por fin se han reunido.

El pensamiento me hace retirarme de inmediato. No somos un todo; no somos nada ni deberíamos plantearnos siquiera el poder serlo. Así que, a pesar de que deseo con todas mis fuerzas lanzarme sobre él y volver a besarlo, retrocedo varios pasos.

—¿Lo ves? —señalo, con la respiración agitada—. No podemos ser amigos.

Él avanza en la misma medida en que yo me he alejado hasta quedar de nuevo a centímetros escasos de mí.

—Lo siento —se disculpa, aunque no parece arrepentido—. No volverá a pasar.

Esbozo una sonrisa amarga.

—Dirías cualquier cosa para salirte con la tuya —lo acuso, dejándome llevar por el miedo. Miedo a sufrir, miedo a él y a todo lo que representa.

Alza la mano y me acaricia la mejilla. Sus dedos recorren con calma mi pómulos, haciendo que la piel de la nuca se me erice. Odio que tenga tanta influencia sobre mí.

—Eso no es verdad —replica, con un tono de falsa indignación, lo que solo consigue enfadarme más.

—¿No te das cuenta de que somos una bomba de relojería que tarde o temprano estallará y volverá a machacarnos el corazón?

Estoy gritando y, ahora sí, la gente nos está mirando.

Intento calmarme, recordando que dar el espectáculo era uno de nuestros más frecuentes

hábitos en el pasado. No quiero volver ahí.

—Esta vez no tiene que ser así. Vamos, Teresa, me lo debes. Nos lo debemos —se corrige enseguida—. Para no querer escarbar en el pasado, te estás dejando influenciar demasiado por él.

Aparto sus manos de mi rostro para evitar que siga acariciándome.

—Que te haya perdonado no significa que haya olvidado —espeto, y me marchó.

Lo dejo allí plantado y echo a correr. Mientras huyo, no miro atrás, no sé si por orgullo, por frustración o porque me aterra descubrir más dolor en sus ojos.

Al llegar a casa me encuentro con que Zac ya está de vuelta. Todavía lleva la mochila a la espalda y carga con un sinfín de carpetas en los brazos. Mi rostro debe delatarme, porque, en cuanto me mira, lo suelta todo y viene directo hacia mí.

—He estado con Álex —confieso, sin darle opción a preguntar.

—¿De qué hablamos cuando dices que has estado con Álex? —bromea, aunque sus ojos mantienen la seriedad.

Niego, horrorizada por lo que pueda estar imaginando, aunque no puedo decir que yo no haya fantaseado con *estar* con mi exnovio.

—Hemos tomado un café y hablado.

Se muerde el labio inferior y cierra los ojos durante unos segundos, y su expresión se relaja un poco. Acto seguido, se dirige al sofá para tomar asiento y no tarda en palmear el espacio a su lado e invitarme a acompañarlo. Una vez junto a él, ni siquiera tiene que animarme a contarle qué ha sucedido. Lo escupo todo a bocajarro, vomitando una palabra tras otra. Zac me sostiene apretada contra su costado, escuchando en silencio mi acalorado discurso. Al finalizar solo me he callado dos detalles: mi infidelidad y que Álex me ha besado.

—Quiere que seáis amigos y ha aceptado que se comportó mal contigo—repite, cuando se hace el silencio—. Tal vez haya cambiado, Tessa. Todos tenemos derecho a una segunda oportunidad.

¿Todos? ¿Incluso yo? La pregunta resuena en mi cabeza. Puede que haya perdonado a Álex, pero ¿me he perdonado a mí misma? ¿O tan solo he arrinconado ese recuerdo en el fondo de mi mente? Sé lo que pasó y cómo fueron sucediendo las cosas, y soy consciente de que no toda la culpa fue mía ni tampoco suya. Pero sigo dándole vueltas a lo que habría ocurrido en otras circunstancias, y esa losa continúa pesando en mi corazón. Prueba de ello es que no encuentre fuerzas para hablarle de mi traición al que es mi mejor amigo.

Puede que Zac lleve razón y que esta sea nuestra oportunidad para hacer las cosas bien, para enmendar los errores que cometimos y ser quién de verdad somos. Tal vez los años nos hayan convertido en una versión mejorada de lo que fuimos y consigamos que lo nuestro funcione.

—Me ha besado —murmuro, evitando su mirada.

—¿Y tú le has devuelto el beso? —Asiento, levemente avergonzada—. Bueno, eso aclara bastante las cosas, ¿no te parece?

Detecto cierta resignación en sus palabras, pero no digo nada. En realidad, lo ocurrido no aclara nada. Nunca he dudado de la atracción que existe entre Álex y yo, nuestra química es un punto que jamás admitió discusión. Y eso lo hace todo aún más difícil.

—Eso solo viene a confirmar que no sabe mantener la lengua dentro de la boca, de la suya al menos —intentó bromear, algo más animada por su cercanía.

Zac pone una mueca de asco y me da un pequeño empujón con el hombro.

—Demasiados detalles, demasiados detalles —alega, poniéndose en pie.

Subo las piernas al sofá y las encojo contra el pecho para observarlo mientras va y viene por el salón, recogiendo lo que ha dejado por medio. Me dedico a reflexionar sobre lo que me dijo hace unos días, eso de quedarse estancada y no avanzar.

—¿En serio crees que debería intentarlo de nuevo? —pregunto, quizás porque necesito su aprobación.

Levanta la vista de los apuntes que tiene entre las manos y me mira.

—Tessa, creo que eso solo puedes decidirlo tú. Tal vez sería mejor que lo enfocases de otra forma. En vez de pensar en volver con él, pregúntate si estás preparada para dejarlo marchar.

Y de esa forma, sumiéndome aún más en la incertidumbre si cabe, viene hasta mí y me besa en la sien antes de marcharse en dirección a su dormitorio.

—Dejarlo marchar —repito en voz baja—. Dejarlo marchar.

¿Cómo dices adiós al amor de tu vida? Por mucho daño que os hayáis hecho, por muy mal que lo hayas pasado. ¿Cómo hago para separar nuestros caminos de una vez por todas y olvidarme de que jamás he sido tan feliz como con él? ¿Cómo cuando, después de años sin verlo, os reencontráis y sus besos te saben a paraíso y tu cuerpo tiembla solo con mirarlo?

Meto la cabeza entre las piernas para no ponerme a golpearla contra la pared. Lo dicho: para bien y para mal, las apariciones de Álex en mi vida siempre me dejan deshecha y rota. Aunque ya no sé si es por él o porque suelen venir acompañadas de una nueva despedida. Tal vez haya llegado la hora de pedirle que se quede. Tal vez este sea, de una vez por todas, nuestro momento.

¿POR QUÉ NOS VAN LOS CHICOS MALOS?

El resto del día lo dedico a vagar como alma en pena por la casa. Paso un par de horas viendo varios capítulos de *The Originals*, babeando con Klaus, para mantener la mente lo más alejada posible de Álex. Sé que estoy retrasando lo inevitable y la verdad es que me muero por llamarlo. No lo hago, pero no dejo de mirar el móvil, esperando un mensaje o una llamada que me dé alguna pista sobre cómo se ha tomado mi precipitada huida. Pero mi teléfono permanece de lo más silencioso y no puedo dejar de preguntarme si debería llamarlo. Al fin y al cabo, he sido yo la que se ha comportado como una desquiciada.

A media tarde, Zac me comenta que ha quedado para tomar algo con un amigo. Me observa con el ceño fruncido, pero no dice nada de mi penoso estado. Rechazo la invitación a acompañarlo a pesar de su insistencia. Lo único que me apetece es quedarme tirada en el sofá aunque sepa que no me hace ningún bien. Supongo que necesito estar a solas un rato. Pero mis planes se van al traste cuando suena el timbre de la puerta y, al abrir, me encuentro a Marta sonriéndome desde el descansillo.

—No puedo con la resaca —se queja, para luego atravesar el umbral y dejarse caer sobre el sofá. Adiós a mi tarde de introspección—. ¡Madre mía, qué bueno está Klaus! —exclama, con los ojos fijos en la televisión.

Me acomodo a su lado y, durante un rato, todo lo que hacemos es mirar la pantalla embobadas. Cuando el capítulo llega a su fin, Marta se gira hacia mí.

—¿Por qué nos irán tanto los tíos malos?

—Ojalá lo supiera —replico, y aunque sé que Marta se refiere al híbrido de vampiro y hombre lobo de la serie, mis pensamientos se centran más bien en el mundo real.

—Por cierto, alguien me debe un número de teléfono —comenta, con una sonrisa tan amplia que me recuerda al gato de Cheshire.

Me pregunto cómo es posible que se acuerde de que había prometido conseguirle el teléfono de Marcos, dado su estado de anoche, y para otras cosas sea clavadita a Dory.

—¿Para qué lo quieres? Te creo muy capaz de plantarte en el bar y pedirselo tú misma.

Me mira, pensativa.

—Eso lo podías haber dicho anoche —me reprocha, con cierto fastidio—. Tú hazte con él que yo ya veré cómo lo utilizo.

Deja caer la espalda contra el respaldo del sofá y se descalza. Está claro que la visita va para largo. No es que me moleste su presencia, adoro a mi amiga, pero hoy reina tal caos en mi mente que no creo ser una buena compañía.

—Ahora, dime, ¿qué ha pasado con Álex?

Ya estaba tardando en comenzar a sonsacarme.

Me resigno y repito la historia que le he contado a Zac, solo que en el caso de Marta no omito ningún detalle; ella está al tanto de todo lo sucedido desde el principio. Nunca me ha juzgado por ello y sé que es probable que Zac tampoco lo hiciera, pero por algún motivo me avergüenza que mi mejor amigo conozca esa parte de mi pasado.

—¿Te besó? —Se inclina hacia mí y me interroga con su clásico movimiento insinuante de cejas. Solo le falta ponerse a comer palomitas.

No puedo evitar reírme.

—Me besó —confirmando, imitando su cómica expresión.

—¿Y bien? ¿Qué piensas hacer? —Titubeo brevemente y Marta aprovecha para contestar por mí—. Vas a llamarlo, ¿no?

No es un reproche, solo la confirmación de algo que ambas sabemos que va a suceder. Definitivamente, no estoy preparada para dejar marchar a Álex.

Marta suspira.

—Os envidio —murmura, dejándome perpleja.

Lo último que esperaba es que Marta, que huye por sistema de las relaciones serias, afirmara sentir envidia de lo mío con Álex.

—No lo hagas. Tú mejor que nadie sabes lo que hemos pasado, las lágrimas que he derramado.

—Y, sin embargo, estás dispuesta a arriesgarte de nuevo —señala, evidenciando mi falta de lógica en lo tocante a mi ex.

Me encojo de hombros. Mis reacciones frente a Álex dejaron de regirse por la lógica hace mucho. En mi caso, si la debilidad tuviera un nombre, sería el suyo. Pero no quiero vivir con la incertidumbre de lo que hubiera sucedido, no quiero mirar atrás en unos años y pensar en lo que pudo haber pasado de habernos dado una nueva oportunidad de ser felices juntos. Sé que nunca me lo perdonaría.

—Llámame temeraria —bromeo, para restarle solemnidad al momento.

—Si vuelve a hacerte daño, le arrancaré toda esa piel llena de tatuajes y me haré un bolso con ella.

Se me escapa una carcajada.

—Ya.

—Lo digo en serio —aclaro, porque yo no puedo dejar de reírme.

—Lo sé, lo sé, Marta. —Me tiro sobre ella para abrazarla y, aunque trata de evitarlo, termina rindiéndose a mis atenciones—. Eres capaz de eso y de mucho más.

Nos acurrucamos en el sofá y ponemos un nuevo capítulo de la serie. Pasamos la siguiente hora comentando las bondades de los distintos criaturas que aparecen en ella. Dejo el móvil a mi lado todo ese tiempo, pero consigo olvidarme un poco de lo caótica que se ha vuelto mi vida amorosa en las últimas semanas. Antes de irse, Marta coge el teléfono y me lo tiende.

—Llámalo —ordena, con una sonrisita traviesa—. Queda con él y haced lo que tengáis que hacer, pero arregladlo de una vez.

Agarro el teléfono y sonrío mientras la acompaño hasta la puerta. Me apoyo en el marco mientras esperamos a que venga el ascensor.

—¿Eres consciente de que si sale mal la caída va a ser muy dura? —señalo, aunque en realidad creo que estoy hablando conmigo misma.

Marta me dedica una larga mirada antes de contestar:

—Bueno, el que tenga miedo a morir que no nazca.

Se despide con la mano y se mete en el ascensor, y yo me quedo pensando si el comentario se refería a ella o a mí.

Para cuando empieza a anochecer, yo ya he cenado un sándwich de pavo y un zumo, me he dado un ducha rápida, he puesto una lavadora, la he tendido e incluso he recogido mi habitación. Estoy de los nervios, deseando llamar a Álex, imaginando qué voy a decirle, pero sin decidirme a hacer la maldita llamada. Zac no ha vuelto a casa, aunque casi mejor así.

Al final, se me acaban las excusas y me encuentro de nuevo con el móvil en la mano, plantada como una imbécil en mitad del salón.

Allá vamos, me digo, y mi estómago se retuerce presa de los nervios.

Mentiría si dijera que el simple hecho de llamarlo no provoca en mí una mezcla de nerviosismo y emoción. Mientras marco el número desde el que me llegó su mensaje, una enorme sonrisa se va extendiendo por mi rostro.

Lo coge al segundo tono.

—¿Teresa?

—Sí, soy yo. Siento haberme marchado de esa manera. —Me quedo en silencio, pero él tampoco dice nada. No me lo va a poner fácil, así que me obligo a añadir—: Tenemos que hablar.

Escucho cómo toma aire y lo suelta lentamente.

—Ninguna conversación que empiece con esa frase suele llevar a un buen lugar —replica, aunque me da la sensación de que está sonriendo—. Dame veinte minutos. Te recojo en tu casa.

—Está bien, ahora te veo —digo, antes de que cuelgue—. ¡Espera! —añado, pero la llamada ya se ha cortado y me quedo con la duda de cómo sabe Álex dónde vivo.

Corro a quitarme el pijama y ponerme algo decente. No había previsto que las cosas fuesen tan rápidas. Esperaba que... En realidad, no sabía lo que esperar, pero citarnos cuando el día ya está llegando a su fin seguro que no; tal vez mañana, a plena luz de día y a poder ser en un lugar público. Eso hubiera sido mucho más sensato por mi parte.

Álex y yo necesitamos hablar, ponernos al día al menos. No quiero rebuscar más en nuestro pasado, eso no. Si vamos a darnos una oportunidad, quiero que sea real. Quiero un folio en blanco para rellenarlo con él, no uno repleto de tachones. Pero es que ni siquiera sé nada de su nueva vida, esa que ha vivido sin mí. No sé si está trabajando o sigue estudiando, en qué emplea su tiempo. Voy a ciegas.

Cuando ya estoy cambiada, me bajo al portal a esperarlo aunque aún quedan cinco minutos. No me he arreglado demasiado: unos vaqueros, un jersey azul de cuello en pico y botas planas, además de mi chaqueta de cuero preferida. Tras varias idas y venidas por el tramo de acera de delante del edificio, un Audi TT negro se detiene junto al bordillo; por la ventanilla, asoma Álex.

—Sube, anda. —Me hace un gesto con la cabeza al ver que no me muevo—. Te vas a helar ahí parada.

Reacciono y rodeo el coche hasta la puerta del copiloto. Al sentarme, me agarro con fuerza las manos para evitar que se percate de lo nerviosa que estoy. ¿Qué hago ahora? ¿Le doy un beso en la mejilla? ¿En los labios? ¿Y se puede saber por qué no me he hecho todas estas preguntas antes de que llegase?

Me quedo mirándolo en silencio, sin saber qué hacer ni qué decir. Álex, con la vista fija en mí, esboza su sonrisa, esa repleta de insinuaciones y dientes blancos, y yo me hundo un poco más en el asiento. Para entonces ya ha empezado a inclinarse en mi dirección y a mí me da por ponerme habladora de repente.

—¿Tienes un buen curro o has robado el coche? ¿Cómo sabes dónde vivo? ¿Y por qué demonios se me está calentando el culo?

Esto último me pilla por sorpresa incluso a mí, pero al menos evita que Álex siga acercándose. Levanto un poco el trasero y pongo la mano sobre el cuero para comprobar que no me lo estoy imaginando.

Álex se ríe.

—El coche es mío, pagado con mi sueldo —replica, claramente divertido—. Sé dónde

vives porque esto es pequeño y aquí todo se sabe, quieras o no. Y respecto al calor de tu culo, este pequeñín tiene calefacción en los asientos.

—Que pijo te has vuelto —me burlo, aunque empiezo a cogerle el gustillo a lo del *calientatraseros*.

Álex agita la cabeza, sin dejar de sonreír, y su mano se mueve para agarrar la palanca de cambios. El motor sigue en marcha.

—¿A dónde vamos?

—A la playa —replica, sin inmutarse.

Me abrocho el cinturón y me giro hacia él todo lo que este me permite.

—Por si no te habías dado cuenta es de noche.

Aparta la vista de mí y la fija en el parabrisas delantero.

—Lo sé, por eso vamos a Las Teresitas.

El coche empieza a avanzar. Mi mente me dice que debería estar preocupada, o al menos un poco intranquila. Pero la cuestión es que lo único que siento ahora mismo es calma, posiblemente la que precede a la tempestad. Supongo que el hecho de que Álex me lleve al sitio en el que nos besamos por primera vez tiene mucho que ver con ello.

LAS TERESITAS

Las Teresitas, una de las playa más conocida de la isla, y hay unas cuantas. Podría ser una playa cualquiera, pero ambos sabemos que no es así. No para nosotros. Es curioso que, tras perdersen la pista durante tanto tiempo, nos reencontrásemos en el lugar en el que Álex me besó por primera vez hace ya algo más de cinco años. Está claro que no lo ha olvidado y no me sorprende en absoluto, tampoco que haya decidido llevarme allí. Es muy típico de él, alguien para el que esa clase de detalles resulta muy importante.

Tan pronto como nos incorporamos a la autopista, Álex pisa el acelerador con generosidad. En eso no ha cambiado, la velocidad le gusta tanto como entonces. Al ser un par de años mayor que yo, ya tenía carné y también coche propio cuando nos conocimos.

Bajo la ventanilla para dejar que el aire fresco de la noche me acaricie el rostro. Él no dice una palabra, se limita a conducir.

—Así que trabajas —comento, solo por llenar el silencio que se ha instalado en el habitáculo—. ¿Terminaste la carrera?

Lo último que supe al respecto es que le restaba poco para graduarse en Informática y, cuando me llegó el rumor de que se había ido al extranjero, supuse que habría finalizado sus estudios. Pero todo se basaba en eso: rumores.

—Acabé hace ya más de un año y luego decidí ver mundo.

Lo dice con la boca pequeña, como si se estuviera guardando algo. Mi curiosidad aumenta y no me resisto a seguir preguntando.

—¿Ver mundo?

Álex aparta la mirada de la carretera solo unos segundos para dedicarme una sonrisa que no le llega a los ojos, y luego vuelve a centrarse en ella.

—Necesitaba un cambio —señala, aunque no aclara demasiado—. Salir de aquí.

Me ahorro decirle que de aquí ya se había ido hace tiempo, ya que la carrera la cursaba en Barcelona. Eso tuvo mucho que ver para que las probabilidades de que coincidiésemos por casualidad en algún sitio disminuyeran de manera drástica. Supongo que, al final, incluso el país se le quedó pequeño.

—¿Y en qué trabajas? —Prosigo con el interrogatorio para distraerme y porque de repente quiero saberlo todo de él.

Los árboles de la Avenida Anaga pasan a demasiada velocidad teniendo en cuenta que volvemos a circular por dentro de la ciudad. El ambiente en los bares de la zona es animado, algo normal para finales de verano.

—Desde antes de terminar de estudiar, ya estaba currando para una empresa que desarrollaba software y aplicaciones de marketing para el sector hotelero, pero ahora me lo he montado por mi cuenta —me explica—. Tengo mucha más libertad y estoy obteniendo buenos resultados.

Nunca le gustó tener a nadie por encima de él, así que enterarme de que se ha convertido en su propio jefe tampoco me sorprende.

Me quedo en silencio, pensando en todo lo que nos habremos perdido de la vida del otro. En lo que no sabemos, en las decisiones que hemos tomado y a dónde nos han llevado. Sin embargo, aquí estamos de nuevo, juntos.

Doy un respingo en el asiento al notar la mano de Álex sobre la mía, y me sale sin querer una risita nerviosa propia de una adolescente. Él despierta en mí emociones y sentimientos que hacía años que no tenía. Mi estómago se retuerce cuando tira de mi mano para colocarla sobre su muslo, dejando la suya encima. Ese gesto me hace revivir todas las veces en las que íbamos en su coche hace años y él hacía exactamente lo mismo. Y, aunque sea una tontería, me devuelve un poco la esperanza de que tal vez podamos tener un futuro.

—¿Y tú? —tercia él, lanzándome una mirada fugaz—. ¿Qué ha sido de tu vida durante este tiempo?

Suponía que, al igual que a mí me han ido llegando rumores de sus movimientos, él estuviera al tanto de los míos, pero no digo nada al respecto.

—No hay mucho que contar —señalo, y él alza la ceja, invitándome a continuar—. Sigo estudiando Psicología, me saqué el carné de conducir... Poco más.

De repente, me siento cohibida a su lado, pequeña. Entre mis experiencias no se cuenta ningún viaje a lugares remotos ni vivencias como las que estoy segura que él ha tenido. Me he limitado a llevar una vida normal, la de cualquier persona en edad universitaria supongo. No hay nada relevante a lo que hacer alusión.

Álex debe comprender que no voy a añadir nada más, porque toma la palabra y me cuenta algunas anécdotas del viaje que realizó por Malasia durante tres meses, de lo vivificante que le resultó vagabundear con poco más que lo puesto y una mochila a la espalda. Lo escucho con atención y con algo de envidia. Ninguno de los dos menciona nuestras relaciones pasadas, o si ha habido alguien más en nuestras vidas, y me pregunto cuándo saldrá el tema, porque lo que es seguro es que en algún momento Álex querrá saber más al respecto.

No me da tiempo a pensar mucho en ello. Cuando quiero darme cuenta, estamos llegando a la playa. Los nervios regresan y se acumulan en la boca de mi estómago mientras veo como el coche avanza. La zona está casi desierta. Tan solo hay algún que otro coche solitario repartido por el aparcamiento, la mayoría con los cristales llenos de vaho. No hay que ser muy listo para darse cuenta de lo que está sucediendo dentro de ellos.

Álex estaciona el coche, también aislado del resto, y detiene el motor. Se queda unos segundos con la mano sobre la llave, hasta que tira de ella y la saca del contacto. Su vista se pasea por la arena de la playa antes de detenerse en mí. Cuando me mira, mi corazón comienza a latir tan deprisa como lo hizo aquella primera vez. No sé si es buena señal o resulta patético no poder controlar las reacciones de mi cuerpo. Sea como sea, lo que Álex provoca en mí no ha cambiado en absoluto; puede incluso que haya empeorado.

—¿Bajamos? —sugiere, y yo asiento con la cabeza.

Cojo mi chaqueta y me deslizo fuera del coche con lentitud. Decir que estoy nerviosa se queda corto. No me detengo a ver si me sigue, sino que comienzo a andar en dirección a la arena al tiempo que me recrimino a mí misma lo inseguro de mi actitud. Camino unos metros y, tras comprobar que no hay nadie cerca, me siento en la arena. El frío se me cuela a través de los vaqueros de inmediato.

—Levanta, anda. —Me giro y veo a Álex con una toalla en la mano.

—¿Lo tienes todo pensado?

Esboza una sonrisa ladeada y me preparo para una de sus pullas.

—Todo lo que puedo controlar —afirma, y su expresión se torna más seria.

Extiende la toalla. No es demasiado grande, así que nos vemos obligados a sentarnos bastante juntos. Doblo las rodillas y rodeo mis piernas con los brazos, puede que tratando de levantar un muro que me proteja de los posibles daños colaterales. De repente, parece que el

ambiente se haya enrarecido entre nosotros, o tal vez sea la tensión acumulada, las cosas que no nos hemos dicho, los reproches que aún nos guardamos dentro o la certeza de que la situación es, cuanto menos, surrealista.

—¿Por qué me has traído aquí, Álex? —pregunto en un susurro.

Soy consciente de lo que ocurrió en este lugar, pero no me estoy refiriendo a eso, y creo que él lo sabe.

—Lo recuerdas, ¿no? —replica, y no sé por qué duda de que así sea.

Asiento y giro la cabeza para mirarlo. No estoy preparada para encontrarme con sus labios a pocos centímetros de los míos, llamándome de forma silenciosa. El reclamo es tan poderoso que, sin pensarlo demasiado, acorto la distancia que nos separa y lo beso. Tras la sorpresa inicial, Álex no duda en corresponderme. Apoya una de las manos sobre la arena para mantener la postura y con la otra me agarra por el cuello. Nuestras bocas se ajustan a la perfección, sin titubeos, como si no hubiéramos pasado un solo día separados, y cuando nuestras lenguas se tocan, la cosa se nos va definitivamente de las manos. Cierro mis puños, aferrándome a su camiseta casi con desesperación, y ladeo la cabeza. Mis piernas se mueven por sí solas y acabo sentada a horcajadas sobre él. No hay pudor ni vergüenza alguna, ni siquiera existen remordimientos por lo que estamos haciendo. Es como tiene que ser, como debería haber sido siempre.

Álex desvía su atención a mi cuello y yo aprovecho para deshacerme de la chaqueta. Mi cuerpo ha aumentado varios grados de temperatura y me sobra la tela entre nosotros. La piel me hormiguea allí donde sus labios besan, lamen y muerden, y la placentera sensación no tarda en extenderse al resto de mi cuerpo. Para cuando su boca alcanza el hueco de detrás de mi oreja, yo ya he perdido la noción de la realidad y no soy capaz de percibir otra cosa que no sean sus caricias y el toque húmedo de su lengua sobre la piel.

Se me escapa un jadeo al que Álex responde con un gruñido. Balanceo las caderas, buscando su contacto, y mi excitación se desborda al percibir su erección presionando contra mi centro. Cuando empiezo a pensar que acabaremos haciéndolo aquí mismo, Álex se detiene. Echa el cuerpo un poco hacia atrás para separarse de mí y se me queda mirando muy serio. Su pecho sube y baja a toda velocidad. No soy la única con la respiración agitada.

—¿Y tu medio novio? —señala, sin hacer ningún otro movimiento.

Por un momento no sé de qué me está hablando, hasta que una lucecita se ilumina en mi mente y me acuerdo de Zac y lo que le dije sobre él. Me maldigo por haberme comportado de una manera tan infantil, esto va a requerir una buena explicación. Me bajo de su regazo y me siento a su lado de nuevo. Él no hace ademán de detenerme.

—No hay nada entre Zac y yo —admito, avergonzada—, solo somos amigos.

—Vivís juntos —afirma él.

Vuelvo a preguntarme cómo sabe dónde y con quién vivo, pero no creo que sea el mejor momento para plantear esa cuestión.

—Compartimos piso, pero nunca ha pasado nada entre nosotros —explico, con paciencia y cierta cautela.

No puedo evitar mantenerme en guardia. Esta es una de esas cosas que el antiguo Álex no me hubiera perdonado jamás. Solo espero que el Álex de ahora sea más comprensivo.

Lo veo hundir los talones en la arena y empujarlos hasta crear dos huecos. Daría lo que fuera por saber lo que está pensando.

—Pues el beso del otro día en La Palmelita a mí sí me pareció algo —suelta con tono acusatorio.

Suspiro. Me gustaría poder echarle la culpa a Zac y a sus ansias de escenificar nuestra pantomima hasta el más mínimo detalle, pero sé que la culpa es mía por haber hecho creer a Álex que estábamos liados. No había necesidad de hacerle daño así, aunque creyera que se lo merecía. Hacer pagar el dolor con más dolor fue una de las cosas que terminó por destruirnos en su momento.

—Lo siento —digo, con la mirada clavada en la toalla—. No pensaba en lo que hacía, solo quería...

—¿Ponerme celoso? —interviene—. ¿Darme una lección? ¿O simplemente lo hiciste por joder?

Cuento hasta tres antes de contestarle. No quiero decir nada de lo que pueda arrepentirme y, en el fondo, lleva razón. Me lo tengo merecido.

—No creí que acabaríamos aquí —señalo a mi alrededor, aunque no me esté refiriendo a la playa, sino a la situación en la que estamos—. No sé, Álex, no me esperaba esto —hago una pausa antes de continuar—, ni mucho menos que volviéramos a estar juntos.

Se pasa la mano por la nuca y resopla, y oír a Álex resoplar es raro, muy raro. No puedo creer que estemos teniendo nuestra primera discusión; demasiado pronto empezamos.

—No hay nada entre nosotros —repito, para tranquilizarlo—. Nada.

—Vale, vale —dice tras unos segundos, a pesar de que no parece muy convencido—. Es solo que me parece extraño que vivas con un tío.

No agrega el consabido «sin enrollaros», pero no hace falta. Sé que es eso en lo que está pensando. Me callo para que esto no acabe mal y me dedico a observar la orilla del mar. Tal y como hacía en el pasado, estoy midiendo mis palabras con él. Respiro profundamente. No debería tener miedo a decir lo que pienso, no como entonces, cuando una frase mal interpretada o un comentario cualquiera desataban una tempestad.

—Me pareció que necesitábamos esto —comenta tras unos instantes, con cierto aire conciliador.

Dejo mi vista vagar, contemplo la media luna que luce en el cielo, las estrellas, el mar, el rompeolas que protege la playa del oleaje... Este es uno de los lugares que marcó nuestra historia, pero es parte de ese pasado en el que hay demasiadas cosas que me gustaría poder olvidar. Caigo en la cuenta de que todo lo que quiero, lo que necesito, no es recordar —ni lo bueno ni lo malo—; que lo nuestro funcione pasa por partir de cero, por muy complicado que eso sea. Sí, hay que aprender de los errores que cometimos, pero, si nos dedicamos a mirar atrás, estoy segura de que volveremos a perdernos en lo que fuimos y no encontraremos manera de llegar a darle una oportunidad a lo que somos ahora.

FABRICAR NUEVOS RECUERDOS

—Deberíamos fabricar nuevos recuerdos —me atrevo a decir, y la idea se me antoja tan sencilla y bonita que no puedo evitar sonreír.

Álex no responde. Me giro para comprobar la expresión de su rostro. Tiene el ceño fruncido y la mirada perdida, posiblemente aún siga dándole vueltas a lo de Zac.

—Podemos hacerlo —me animo a continuar, esperando de él una respuesta positiva.

Sus ojos se desvían en mi dirección y la arruga de su frente desaparece.

—Lo siento, no quería...

Pongo mis dedos sobre sus labios. Estoy tan cansada de las disculpas.

Me inclino sobre él para darle un beso mucho más sosegado que el de hace un momento, uno que le haga entender que todo está bien. Álex me abraza y hunde la cara en mi cuello, y por un momento parece tan solo un niño en busca de consuelo.

Solo espero que los años hayan conseguido suavizar su carácter y que el que yo comparta piso con Zac no suponga un obstáculo en lo que quiera que estamos iniciando.

—Duerme conmigo esta noche. No imaginas cuánto he echado de menos tenerte acurrucada a mi lado —murmura junto a mi oído, y sin querer me encuentro sonriendo.

Hemos compartido muchas noches de sábanas, risas y, como no, de pasión. Yo también he echado de menos esos momentos, todos y cada uno de ellos. La tentación es tan grande que me encuentro diciendo que sí sin pensarlo. Ahora mismo, refugiada en su pecho y con su aroma rodeándome, es probable que aceptara cualquier cosa que me propusiera.

Se separa de mí y acuna mi rostro entre las manos. Tiene los ojos brillantes y una expresión decidida que invita a dejarse llevar por lo que sentimos el uno por el otro sin tener en cuenta las dudas o ese futuro incierto que nos acecha a la vuelta de la esquina. Junto a él, todo parece posible.

—Fabriquemos nuevos recuerdos —prosigue—. Éramos unos críos y nos comportamos como unos niños. Ahora tenemos la oportunidad de hacerlo mucho mejor.

Siento la humedad acumularse en mis ojos al escucharlo. Supongo que es todo lo que necesito, que me diga que esto va a salir bien, que estamos arriesgando para ganar. Y me doy cuenta de que sigo creyendo en él y en lo nuestro, aunque parezca una auténtica locura.

Esta vez soy yo la que lo abraza. Me aferro a él y apoyo la cabeza en su pecho. No sé cuánto tiempo nos quedamos así, hundidos el uno en el otro, dándonos cariño y valor. No soy tan ingenua como para pensar que va a ser un camino de rosas y no surgirán dificultades, pero, por primera vez, empiezo a creer que podremos solventarlas y que lo que nos ha sucedido hará de lo nuestro algo más fuerte.

Al deshacer el abrazo, ambos sonreímos. No tardamos en recoger y dirigirnos al coche. Caminamos de la mano por la arena en dirección al aparcamiento, lanzándonos miradas cómplices e insinuantes. Es obvio que los dos estamos pensando en las horas que tenemos por delante. Dormir con él significa mucho más que dormir.

—¿Sigues viviendo en la casa de tu abuelo? —le pregunto, ya en el coche rumbo a La Laguna.

—Sí, solo que hemos hecho reformas. La planta superior es ahora un apartamento con

entrada independiente. Me estoy quedando allí mientras ahorro y encuentro algo que me guste.

Seguimos charlando durante todo el camino. Apenas si puedo creerlo cuando me confiesa que tiene guardadas nuestras fotos y que conserva un *collage* que yo misma le hice. No solo eso, sino que ocupa un lugar privilegiado en su dormitorio.

—¡Anda ya! —exclamo, aunque, pensándolo bien, es muy propio de él—. ¿De verdad lo tienes aún?

Asiente, y a mí se me encoge el corazón en el pecho.

—Me ha costado más de una discusión con... otras parejas.

Paso por alto la referencia a sus relaciones anteriores, no quiero saber nada de ellas en este momento. Probablemente, en ningún momento. No soy de las que les gusta conocer al dedillo lo que ha hecho o dejado de hacer la persona con la que estoy.

—No me extraña.

Si yo entrara en la habitación de mi chico y me encontrara fotos de su ex, saldría corriendo de allí. Me pregunto si Álex me ha tenido más presente que yo a él durante este tiempo y no puedo evitar sentirme un poco culpable. En mi caso, los recuerdos de nuestra relación han desaparecidos casi todos hace ya mucho, tras varias mudanzas.

El aire del habitáculo parece volverse más denso conforme vamos aproximándonos a nuestro destino, llenándose de expectativas y algo más.

Que pase lo que tenga que pasar, me digo, aunque en realidad sepa a la perfección lo que va a suceder cuando estemos en su casa a solas. Esa certeza me convierte en un manojo de nervios y de inmediato comienzo a hacer memoria, tratando de recordar qué ropa interior me he puesto al vestirme y si estoy o no depilada. Mientras Álex maniobra para meter el coche en un garaje cercano a su casa, mi mente continúa planteándose las preguntas más absurdas y eso que, ya de por sí, acostarme de nuevo con Álex —¡Álex! ¡Mi exnovio! ¡Mi primer amor!— ya es bastante extraño.

Me muerdo el labio para no echarme a reír, algo que no consigo.

—¿De qué te ríes? —inquieta él, tras apagar el motor.

—Es que esto es un poco surrealista. Tú y yo otra vez juntos...

Él sonríe.

—Sí que lo es, sí —admite, y se me queda mirando como si yo fuera lo mejor que le ha pasado en la vida, con los ojos cargados de anhelo, cariño y deseo.

A punto estoy de lanzarme sobre él y cubrirlo de besos, pero me contengo porque sé que si empezamos algo aquí es probable que no haya manera de detenernos. Lo empujo con suavidad para que salga del coche y él no se resiste. Antes de que lleguemos a la salida del garaje, los fluorescentes del techo se apagan y nos dejan casi a oscuras.

—Espera un segundo. —Lo escucho decir.

Me quedo inmóvil, porque la única luz que me llega es la que se filtra bajo el portón de entrada de los coches. En la pared de la izquierda veo un piloto luminoso y supongo que es a donde se dirige Álex. Sin embargo, unos segundos más tarde, sus brazos me rodean desde atrás. Aparta con una mano el pelo de mi nuca y deposita varios besos en la zona.

—No he dejado nunca de quererte —murmura en mi oído, y a mí se me aflojan las rodillas con su confesión—. En todo este tiempo... siempre has sido tú, aunque no estuvieras a mi lado.

Sus labios prosiguen trazando con delicadeza la curva de mi cuello mientras estrecha el abrazo que me mantiene pegada a él. Enmudezco por completo, tratando de asimilar sus palabras.

—Me gustaría decir que en algún momento llegué a olvidarte —prosigue, con un tono profundo que hace que todo mi cuerpo se estremezca—, pero estaría mintiendo. Te tengo metida bajo la piel, Teresa, demasiado profundo para conseguir sacarte, y tampoco lo haría aunque pudiera.

Los latidos de mi corazón se disparan y el pulso me late con fuerza en las sienes. Abro la boca para contestarle, pero no sé bien qué decir. No porque no tenga claro que lo quiero, sino porque soy consciente de que decírselo es desnudarme ante él de una forma mucho más peligrosa que si simplemente me quito la ropa. Admitir que yo tampoco he podido borrarlo de mi mente es entregarme a él, tirar los muros de protección abajo y darle poder para destruirme. Puede que me esté poniendo demasiado dramática, pero sé lo que me digo: Álex siempre ha sido capaz de llevarme a lo más alto y, de idéntica forma, hundirme en el más profundo de los abismos. Nunca habrá término medio para nosotros. Nunca.

—Vamos. —Tira de mí en dirección a la salida, sin molestarse siquiera en encender la luz.

¿Debería decir algo? ¿Debería hablarle de mis temores? ¿De mi miedo al dolor? Creo en él, creo en que esto podría salir bien. No obstante, la parte más racional de mi mente no deja de gritarme que vaya con cuidado.

A la mierda la cautela, me digo a mí misma. Si me entrego, si iniciamos algo, no hay sensatez que valga. No sirvo para amar a medias, eso lo sé de sobra; menos aún cuando se trata de Álex.

Me detengo justo cuando casi hemos llegado a la puerta.

—Yo también te quiero —susurro a la sombra ante mí.

No veo la expresión de su rostro, por lo que no puedo discernir qué reacción provocan mis palabras. Todo lo que sé es que de repente la puerta comienza a ascender y la luz del exterior nos saca de la oscuridad. Cuando quiero darme cuenta tengo sus labios sobre los míos, sus brazos rodeándome y una cálida sensación en el pecho que me dice que este es, por fin, nuestro momento.

PERDIDA EN ÁLEX

No recuerdo haber recorrido las calles que separan el garaje de la casa de Álex, ni tampoco ascender por las escaleras que llevan hasta su puerta. Mi mente debe haber puesto el piloto automático y me encuentro ya aquí, inmóvil en mitad del salón, observándolo todo con ojos ansiosos, recordando. Estos muros han visto tanto de mí. Tanto de nosotros. No importa que el mobiliario sea distinto, que yo sea distinta, y también Álex. Estos muros son como las paredes de esa caja de recuerdos que todos tenemos en el fondo del armario y que casi nunca miramos, aunque en mi caso no necesito abrirla ni rebuscar en su interior para saber lo que contiene.

Al volverme para comprobar por qué Álex no ha dicho ni una palabra, me percaté de que ha cerrado la puerta y está apoyado en ella, contemplándome.

—¿Qué?

—Nada —contesta demasiado rápido, al tiempo que niega con la cabeza.

—Vamos, suéltalo —lo animo.

Endereza la espalda y avanza hasta el salón. Pasa por mi lado y, tras quitarse la chaqueta, la coloca con cuidado sobre el brazo del sofá. Acto seguido, se saca el móvil y la cartera del bolsillo de los vaqueros y los deja junto con las llaves en la estantería situada justo a su lado. Al terminar con lo que sé que es casi un ritual para él, otro loco del orden, su atención regresa a mí. Esboza una sonrisa extraña y sus ojos desprenden una mezcla de melancolía, emoción y tristeza, como cuando alguien muy importante te entrega un regalo que sabes que conservarás de por vida pero a la vez eres consciente de que esa persona no estará ahí para verlo.

—Es solo que... es raro verte aquí de nuevo —explica, con la vista fija en mí y sin variar de expresión.

No es el único que lo siente así. Admito que algunas veces, sobre todo en esas noches en las que me es imposible conciliar el sueño, he fantaseado con la idea de verme en este lugar otra vez, a su lado. Sin embargo, no eran más que meras fantasías. Tengo la sensación de que en cualquier momento voy a despertar en mi cama y el sueño se acabará. Es todo tan irreal.

—Pero raro de un modo bueno —se apresura a añadir, arrancándose una sonrisa.

Ahora mismo no parece más que un niño inseguro, alguien que solo anhela que lo quieran. Incluso con la tinta cubriendo la piel de sus brazos y esa mirada turbia repleta de un deseo que no alcanza a esconder del todo.

—¿Quieres algo de beber? —pregunta, acercándose a mí, retomando su actitud decidida. Niego con la cabeza—. ¿Comer algo?

Repito el gesto. Lo tengo prácticamente encima y el minúsculo espacio que nos separa parece volverse denso. El ambiente está cargado de tensión, excitación y expectativas por cumplir. La piel me hormiguea con solo el calor que se desprende de su cuerpo. En este momento, Álex es como un gran imán que me atrae más y más. Sus labios entreabiertos y el aire que exhala me invitan a dar un paso hacia él.

No tengo hambre ni sed, lo único que quiero es que me bese de nuevo.

—Te quiero a ti —murmuro, dejando caer mi chaqueta al suelo.

Su boca se arquea en una sonrisa seductora; sin embargo, ninguno de los dos se mueve.

La mirada de Álex va de mis ojos a mis labios, provocándome. Tira del cuello de su camiseta hacia arriba y se deshace de ella. No puedo evitar contemplar la obra de arte que

representa su torso desnudo, el ondular de los tatuajes de su pecho con cada movimiento. Una oleada de fuego se extiende desde la parte baja de mi vientre en todas direcciones y sé que el huracán Álex ya ha empezado a causar estragos en mí.

Lo siguiente en desaparecer son sus zapatos. La cinturilla de sus vaqueros es de un bajo casi obsceno y, aunque siento la tentación de desabrochar el botón que los mantiene en su sitio, me contengo. En cambio, decido implicarme en su juego y, segundos más tarde, lo que cae sobre el parqué es mi jersey. Para mi satisfacción, su inmutable expresión se transforma en una de deleite. Repasa con lentitud el encaje de mi sujetador negro y su mirada abrasadora consigue que se me ponga la piel de gallina.

Sin decir nada, se pasa la lengua por el labio inferior y sus dedos dan el siguiente paso. Los pantalones caen, revelando no solo su bóxer negro, sino también la prueba de lo mucho que me desea. Esta vez soy yo la que dejo que mi vista vague por su cuerpo. Ni siquiera nos estamos tocando y, aun así, las caricias de nuestras miradas son tan intensas que ambos respiramos de forma entrecortada.

No siento ningún tipo de vergüenza cuando por fin me quedo en ropa interior ante él. Es como si ayer mismo hubiésemos estado así, frente a frente, con la piel expuesta y el corazón latiendo desbocado, con el deseo llenándolo todo. Como si el tiempo se hubiera detenido para nosotros. Como si siempre hubiéramos sido solo él y yo.

Alargo la mano para tocarlo por fin. Mis dedos trazan las líneas de sus tatuajes. Su pecho sube y baja al mismo ritmo frenético que el mío. Ninguno dice nada, no es necesario. Nos conocemos tan bien que las palabras, en este caso, no explicarían lo que sentimos mejor que nuestras miradas. El tacto de su piel bajo la yema de mis dedos consigue aumentar aún más la temperatura de mi cuerpo y, por un momento, me da la sensación de que estallaré en llamas si no lo beso de una vez.

Tampoco él se resiste a tocarme. Sus manos ascienden por mis costados muy despacio, acariciando la curva de mi cintura. Cuando llega a la altura de mi pecho, busca mis ojos y un leve asentimiento es todo cuanto nos hace falta para dejar que la feroz necesidad que nos está devorando se desborde y nos lancemos el uno sobre el otro. El choque de nuestros cuerpos tiene un punto salvaje que lo convierte en algo aún más primitivo.

Su boca asalta la mía y su lengua recorre hasta el último rincón, ansioso, como si nada fuera suficiente. La pasión, esa que siempre nos ha dominado cuando estamos juntos, es incluso mayor que antaño. Perderse en Álex siempre ha sido fácil, pero ahora no podría parar aunque lo intentara con todas mis fuerzas. Se me escapa un gemido cuando sus labios comienzan a jugar con el lóbulo de mi oreja para pasar luego al hueco tras ella. No ha olvidado mis puntos débiles.

—Álex —murmuro con esfuerzo.

Él prosigue saboreándome, con más insistencia y desesperación si cabe. Sus manos se trasladan a mi trasero y, al notar que me alza en vilo, mis piernas responden enroscándose en torno a sus caderas.

—Siempre me ha puesto a mil tu forma de decir mi nombre cuando estás excitada —susurra junto a mi oído, y su voz suena ronca y más sexy que nunca—. Dilo otra vez, Teresa. Dime qué es lo que quieres.

Le clavo las uñas en los hombros y elevo la cabeza para darle mejor acceso a mi cuello. Y mientras él se dedica a repartir besos siguiendo la línea de mi clavícula, intento buscar mi voz para responder.

—Álex, hazme el amor —le ruego, farfullando—. Bésame, acaríciame... Fóllame como

si fuera la última vez que vamos a hacerlo —exploto finalmente, cuando su lengua desciende y se pasea por el límite que marca sobre mi pecho el borde del sujetador.

Ni siquiera yo misma me reconozco, pero nada de lo que diga podrá expresar el deseo y las ansias que siento por él.

Mi exabrupto alienta a Álex y se apresura a llevarme hasta el dormitorio. Su respiración se ha vuelto irregular y tan pesada que, al dejarme sobre el colchón, tiene que tomarse unos segundos para recobrar el aliento.

—Vamos a recuperar todo el tiempo perdido —me dice, desafiándome con la mirada.

Se apoya en el borde de la cama y sitúa las manos a los lados de mis piernas. Yo no tengo ánimo para responder, lo único que veo son sus labios sobre la piel de mis muslos. No deja un rincón de mi cuerpo sin acariciar o besar. Mordisquea y succiona aquí y allá, llevándome cada vez más al límite.

Demasiado ansiosa para seguir esperando, lo hago rodar para quedarme a horcajadas sobre él. Sus labios esbozan una sonrisita perversa. Esta vez soy yo la que lo torturo con mis besos, la que lo posee. Deslizo las manos por su torso y, agarrándolo de los hombros, comienzo a balancearme sobre él. Con cada balanceo de mis caderas, Álex gruñe en una placentera agonía.

—¿Cómo demonios he podido estar tanto tiempo separado de ti? —gime, sin aliento.

Su boca desciende. Aparta la copa de mi sujetador y su lengua traza círculos alrededor del pezón hasta que finalmente lo atrapa con los labios, consiguiendo que mi cordura se desvanezca del todo. Pero Álex no me da tregua, acto seguido pasa a mordisquear con delicadeza el otro y a acariciar con la punta de los dedos la piel sensible bajo el pecho.

Percibo su erección presionando el punto justo entre mis piernas y mi balanceo se acentúa. Dejo caer la cabeza hacia atrás porque ya ni siquiera puedo mantenerla recta. Los jadeos se escapan uno tras otro de mi garganta y sé que, si continuamos por el mismo camino, ni siquiera voy a necesitar que me penetre para alcanzar el orgasmo.

—Me encanta verte así —farfulla, al tiempo que me hace girar y me empuja con suavidad para que me acueste sobre la cama—, con el pelo revuelto y las mejillas sonrojadas, gimiendo.

Tras contemplarme unos segundos, comienza a besarme de nuevo. Esta vez su atención se centra en mi estómago, alrededor de mi ombligo. Hundo los dedos en su pelo, sabiendo perfectamente a dónde se dirige. Aprieto los muslos en una reacción involuntaria y Álex alza la vista en busca de mis ojos. Tiene los labios hinchados y la mirada turbia por el deseo. Sin dejar de observarme, introduce la mano en mis bragas y yo tengo que morderme el labio inferior para que no se me escape una carcajada desquiciada.

—Vas a volverme loca —atino a decir, borracha de él.

—Volvámonos locos juntos —replica, mientras sus dedos se deslizan muy despacio entre mis pliegues húmedos.

A partir de ese momento, por mucho que intento mantener los ojos abiertos, mis párpados acaban por caer. Álex se emplea a fondo; su lengua se mueve con suavidad al principio y más intensamente después. El placer se arremolina en la parte baja de mi estómago y mi espalda se arquea en respuesta a sus movimientos. No creo que aguante mucho más.

No obstante, me conoce tan bien que se detiene justo antes de que llegue al clímax, aumentando así la tortura.

—Álex, Álex... —Su nombre es todo cuanto atino a repetir.

Abro los ojos al percibir que se mueve para retirarse. Se ha arrodillado sobre el colchón para ponerse un preservativo, y la expectativa de lo que vendrá a continuación hace que me dé vueltas la cabeza.

Cuando está listo, me agarra de una pierna y tira de mí para acercarme, arrastrándome sobre las sábanas. Lo siguiente que sé es que mi ropa interior ha desaparecido y él está dentro de mí, moviéndose de forma pausada, embistiéndome más y más profundo. Mi corazón late fuera de control y nuestras respiraciones se han convertido en gemidos entrecortados. Estoy al límite, lo percibo cada vez que entra y sale de mí, y él lo sabe. Me mira con fijeza antes de acelerar el ritmo.

—Córrete para mí, Teresa. —Mitad ruego y mitad orden, sus palabras consiguen el efecto deseado.

Me dejo ir por completo y mi cuerpo se sacude por las oleadas de placer. Pérdida, estoy perdida en él por completo. Pero Álex no se detiene, sino que continúa follándome a través de mi orgasmo. Desatado y tan perdido como yo. Poco después, se clava en mi interior hasta el fondo y, ahogando un gemido, también él explota y se derrumba sobre mí.

Todavía sigo temblando cuando Álex acuna mi rostro entre sus manos para besarme, ahora ya de forma mucho más serena. Él lo percibe y se ríe contra mis labios.

—Ha estado bien, ¿eh? —se jacta, ufano.

—Corto pero intenso —replico, solo para picarlo.

Enarca las cejas, respondiendo a mi provocación, y una de sus manos se traslada a mi vientre. La va desplazando más abajo centímetro a centímetro.

—Estoy desentrenado —se defiende—. Dame tiempo, puedo hacerlo mejor.

Aprieto los muslos, porque ni siquiera me he recuperado y lo creo muy capaz de empezar de nuevo.

—Seguro que sí.

Cierro los ojos y me acurruco con la espalda contra su pecho. Tengo su aroma pegado a la piel y su sabor en mi boca, pero lo mejor es saber que estoy aquí de regreso, rodeada por sus brazos. Totalmente perdida en él. Perdida en Álex.

BURBUJAS DE FELICIDAD

El «duerme esta noche conmigo» de Álex al final se transforma en un «quédate todo el fin de semana». Le envió un mensaje a Zac para avisarlo y que no se preocupe. Por toda respuesta recibo un «¿Estás bien?».

Le contesto de forma afirmativa y me deslizo de nuevo bajo las mantas, buscando la calidez que desprende Álex. Está dormido todavía y, viéndolo tan sereno, todo parece posible. Todo. Incluso un futuro juntos y felices, como tendría que haber sido desde el principio.

El sábado y el domingo lo pasamos tonteando, viendo películas mientras comemos pizza, riéndonos de nosotros mismos y haciendo el amor más veces de las que he podido contar. Nunca nos saciamos del otro.

—Tienes pelos de loca —se ríe, colocándome un mechón detrás de la oreja—. El tercer día juntos y ya estás así.

Le enseño la lengua y me lo revuelvo aún más, arrancándole una carcajada demasiado sexy para su propio bien. Me encanta oírlo reír de esa forma.

—¿Qué? —me dice, al ver que lo estoy mirando fijamente.

—Nada, nada.

Tarda solo tres segundos en lanzarse sobre mí y torturarme con una avalancha de cosquillas. Aún recuerda lo sensible que soy a ellas.

—¡Me rindo! —proclamo entre jadeos.

Él hace caso omiso. Se sitúa a horcajadas sobre mí y atrapa mis brazos bajo sus piernas para evitar que me mueva.

—Ya es tarde para rendirse.

Mete las manos bajo mi camiseta —que en realidad es suya— y las cosquillas se convierten en caricias. Sonríe al comprobar que no puede mantener las manos apartadas de mi cuerpo durante mucho tiempo, y no es el único. Es como si necesitásemos tocarnos todo el tiempo para asegurarnos de que esto no es un sueño y realmente estamos juntos de nuevo. Incluso después, cuando nos tumbamos a ver otra película, de forma inconsciente mis dedos se pasean arriba y abajo por el brazo que mantiene a mi alrededor, y él, de vez en cuando, deposita pequeños besos sobre mi cuello y mi hombro.

Y de esa forma pasamos dos días encerrados en nuestra particular burbuja de felicidad. Bebiéndonos al otro, robando todos los besos posibles y, como dijo Álex, recuperando el tiempo perdido.

—¿Mañana tienes clase? —me pregunta, cuando el fin de semana está por terminarse.

—No, no empiezan hasta el miércoles.

Las comisuras de sus labios se elevan y puedo imaginarme lo que está pensando.

—No puedo quedarme aquí más días. No tengo ropa —me quejo. Por otro lado, sé que debería pasar por casa y ver qué tal le va a Zac.

—No la necesitas.

Se acerca a mí e intenta deshacerse de la camiseta que llevo puesta.

—Tienes que trabajar, Álex.

Esboza una mueca, pero no cede en su empeño de desnudarme. No puedo evitar reírme.

—Puedo hacerlo aquí contigo.

Aparto sus manos y huyo en dirección al dormitorio, algo que no sé si es una buena idea, aunque tampoco es que dependamos de tener una cama a mano para ceder a otro arrebatado de pasión. Cuando estoy a punto de llegar hasta donde está mi ropa, Álex me agarra desde atrás y me alza en vilo. A mí me entra la risa floja.

—Vamos, quédate —me ruega, sin permitir que ponga los pies en el suelo—. Mira.

Me gira en dirección a la estantería del fondo de la habitación y avanza varios pasos para acercarse a ella. No tardo nada en descubrir qué es lo que quiere enseñarme. Ahora sí, me deposita en el suelo, aunque sigue sujetándome.

Ante mí tengo el *collage* con fotos nuestras que le regalé hace años. Ya me había dicho que lo guardaba aquí, pero, de algún modo, no había terminado de creérmelo. Las observo una a una y me tomo mi tiempo para absorber cada detalle de las instantáneas, evocando los momentos que plasman, trocitos de nuestra vida anterior.

—No puedo creer que lo hayas conservado todo este tiempo —murmuro, y su abrazo se estrecha un poco más—. Es...

Ni siquiera sé qué decir. Pensar que, durante los años que hemos estado separados, él ha mantenido estas imágenes en su dormitorio como un recordatorio constante representa un detalle precioso y a la vez algo inquietante.

Me fijo en una de las fotos. Estamos en la playa, tumbados sobre la arena, ambos sonreímos aunque yo lo estoy mirando a él. Por unos segundos me siento cautivada por la expresión de mi rostro, observando a Álex con una mezcla de inocencia y ansia, ajena a lo que nos rodea, al amigo que sostiene la cámara y a la gente que pasea a nuestro lado. Recuerdo perfectamente cuando nos la hicimos, ya entonces habíamos pasado por mucho juntos. Aun así, en ese momento, lo único que deseaba era que Álex se quedara para siempre conmigo.

—Quédate conmigo, por favor —murmura, como si supiera en lo que estoy pensando.

Apenas tardo en responder.

—Solo esta noche.

Me alza en vilo otra vez y el momento de nostalgia se diluye entre sus carcajadas.

—¿Se puede saber a dónde me llevas? —inquiero, cuando entra en el baño cargando conmigo.

—Vamos a darnos una ducha.

Ansiosa por perderme en él una vez más, me limito a sonreír y a aceptar su proposición.

Ni siquiera me permite desvestirme, sino que lo hace él y luego se quita su propia ropa. Apenas ha empezado a caer agua sobre nosotros y el baño ya está medio inundado. Álex se ha hecho con el control de la alcachofa de la ducha y no me da tregua. La cosa empeora aún más al entrar en juego el gel. Más de medio bote lo empleamos en enjabonarnos y formar una nube de espuma.

—¡Pagarás por eso! —lo amenazo, tras recibir un chorro de agua directo en la cara.

No sé el tiempo que pasamos haciendo el tonto. Nuestras risas deben escucharse incluso en el piso inferior, y me pregunto si el abuelo de Álex estará al tanto de que llevo varios días instalada en su casa.

Al salir, el aspecto de la estancia es deplorable, pero Álex sonríe como nunca y yo hace mucho tiempo que no me sentía tan bien. Álex tiene muchos tipos de sonrisas, la mayoría no son más que una pose bien estudiada, pero, en este instante, sé que la curva de sus labios está cargada de sinceridad. El desastre bien ha merecido la pena.

Una vez que lo limpiamos, rebuscamos en el frigorífico de la pequeña cocina adosada al salón y nos preparamos unos sándwiches y un plato enorme de macedonia con la fruta que

encontramos. Mientras cenamos, hablamos sobre el trabajo de Álex, los proyectos que tiene en marcha y los plazos que le han marcado para cumplir con los distintos trabajos. La pasión se trasluce en cada una de sus palabras y está claro que le encanta lo que hace.

A las once de la noche, totalmente agotados, nos vamos a la cama. No obstante, el cansancio no nos impide regalarnos la dosis necesaria de besos y caricias antes de caer rendidos. No sé muy bien quién de los dos se duerme primero, solo que yo lo hago pensando en lo perfecto que ha sido el fin de semana con él. Tan perfecto que da un poco de miedo que el sol asome de nuevo sobre el horizonte y nos lleve de vuelta a la rutina y al mundo real, porque en ese mundo existen muchas más personas que Álex y yo, existen obligaciones y existe también la posibilidad de que esto no sea más que una broma del destino. Un efímero momento de felicidad.

Con la idea de que no nos sucederá lo mismo y de que hemos aprendido lo suficiente para no reincidir en nuestros errores, aparto cualquier otro pensamiento de mi mente y me dejo vencer por el sueño.

A la mañana siguiente, cuando despierto, estoy apenas tapada hasta la cintura y hay un hueco vacío a mi lado. Paso la mano por las sábanas, sin rastro de calidez. Álex debe haberse levantado hace ya rato. Supongo que habrá madrugado para ponerse a trabajar cuanto antes. Yo, por el contrario, decido quedarme en la cama un poco más. Las imágenes de lo sucedido la noche anterior vienen a mí y no puedo evitar ponerme a pensar en nuestra larga trayectoria. Aunque he decidido no volver la vista atrás, hay una parte de mí empeñada en llenarme de dudas la cabeza.

Resoplo de forma sonora y justo entonces caigo en la cuenta de que todo está en silencio. De la habitación contigua, en la que se encuentra el despacho de Álex, no sale ni un solo sonido. Tal vez haya cerrado la puerta para no molestarme, pero me extraña el hecho de no escucharlo aporreando el teclado de su ordenador.

Tal y como me temía, no le encuentro allí. Me cuesta un poco dar con él, hasta que se me ocurre salir a la terraza y lo veo apoyado en la barandilla que da a la calle, de espaldas a mí. Tan solo viste un pantalón vaquero a pesar de que la temperatura es bastante baja y yo ya estoy tiritando. Tiene las manos sobre la madera y los codos estirados, con los músculos en tensión. Por un momento siento la tentación de meterme dentro de nuevo y volverme a la cama; algo me dice que se avecina tormenta, y no precisamente de las que traen lluvia y mojan las calles.

—Ey —digo por fin, para llamar su atención.

Álex no se vuelve. Me echa una mirada por encima del hombro y, tras unos instantes, me hace un gesto para que me acerque. Avanzo y lo abrazo por la espalda, rodeando su torso. Su piel está helada, pero aun así es agradable sentirla bajo mis dedos.

—¿Llevas mucho tiempo levantado? —tanteo, al ver que no dice nada.

Continúa observando la calle y la sensación de que algo va mal se acentúa.

—Un par de horas. No he dormido demasiado bien.

Su voz adquiere la misma frialdad que su piel. Trato de no darle importancia y no hacer de ello un problema; bien sabe Dios que ya tenemos suficientes.

—¿Y eso? ¿He roncado? —bromeo, en un intento de aligerar la tensión.

Obviamente, no es que yo ronque, de ninguna de las maneras.

—No es nada, cosas mías.

Dudo sobre si insistir o no. Está claro que le pasa algo. Es como si, de repente, toda la complicidad de la que hemos disfrutado se hubiera esfumado junto con el fin de semana. Tal vez debería seguir haciendo como si no pasara nada, pero si conozco a Álex, y creo que lo conozco bastante bien, sea lo que sea en lo que está pensando irá a más. Solo es cuestión de tiempo que acabe por estallar.

Tiro de él y lo obligo a volverse hacia mí. Se me queda mirando con los brazos caídos a los lados, sin hacer ademán alguno de abrazarme ni acercarse más. No obstante, yo sí que busco refugio en su pecho y le doy un beso suave en los labios. Suspiro de alivio al sentir cómo me estrecha contra él.

—¿Qué es lo que pasa? —pregunto, pero evito mirarlo a los ojos—. Vamos, Álex, habla conmigo.

Aún tarda un poco más en responder.

—¿Cómo pudiste hacerlo? ¿Cómo, Teresa? —escupe poco después, y al comprender por fin de qué va todo esto no puedo dejar de pensar que debería haber mantenido la boca cerrada.

PROMESAS

Hemos vuelto al interior y, aun así, siento frío, como si tuviera un viento helado recorriéndome las venas. Álex se mueve por la sala, nervioso, y lo observo ir y venir a la espera de que se calme o que explote del todo. Sin embargo, la paciencia nunca ha sido una de mis virtudes, por lo que decido decir algo y que pase lo que tenga que pasar.

—Álex, no creo que debamos... —En cuanto pronuncio su nombre, se detiene para mirarme, y por un momento me quedo sin saber cómo continuar—. No creo que debamos remover más el pasado.

No sé si es una actitud cobarde o es solo que no quiero volver a rememorar lo que nos sucedió. Tal vez solo sea yo escondiéndome de él, no lo sé.

Me observa tanto rato que empiezo a pensar que comenzará a gritar en cualquier momento o lo haré yo misma. Pero para cuando quiero darme cuenta lo tengo encima, abrazándome y farfullando algo sobre lo importante que soy para él.

—Lo siento —me dice, rozando mis labios con los suyos—. No quería estropearlo.

Aunque su actitud me deja desconcertada, esbozo una pequeña sonrisa y niego, más calmada, al ver que se ha relajado y su mirada vuelve a brillar. Me gusta cuando me mira así, como si lo único que existiera en su mundo fuese yo.

—No pasa nada —replico, mientras mi mano sube y baja por su espalda con suavidad—. Nadie dijo que sería fácil.

—Te quiero, Teresa. Jamás he sentido por nadie lo que siento por ti, por eso duele tanto.

Sé de lo que habla, sé el dolor que provoca que la persona más importante para ti te falle o te haga daño. Lo aprieto un poco más contra mí.

—Va a salir bien, Álex —susurro contra su cuello—. Podemos con esto y vamos a estar juntos.

Él asiente. Sus ojos van de los míos a mi boca, y su pulgar repasa mi pómulos. Me pongo de puntillas y atrapo sus labios sin darle opción. Me recreo en ellos, volcando el amor que siento por él, tragándome mi propio dolor. Solo deseo que comprenda lo mucho que significa para mí, lo importante que es tenerlo de nuevo a mi lado. Y me convengo a mí misma de que de verdad podemos estar bien y ser felices juntos.

La ternura pronto se transforma en otra cosa. La inocencia de nuestro beso se torna voraz. Su boca me recorre el cuello, la línea de la clavícula y los hombros, mientras mis dedos se clavan en los músculos de su espalda y pequeños gemidos escapan de mi garganta. El frío se diluye al mismo ritmo que mi corazón se acelera.

Álex me alza y mis piernas se enroscan en su cintura, aunque enseguida caemos sobre el sillón. Percibir su peso sobre mí es reconfortante y muy excitante. Mi cuerpo responde por sí solo a la familiaridad de sus caricias, a sus manos recorriéndome. Cuando su atención regresa a mi boca, sus besos son más exigentes y mucho más profundos, como si me estuviera reclamando.

—Eres jodidamente perfecta —gruñe, aunque yo estoy muy lejos de sentirme así.

Me olvido de todo y dejo que mi mente se centre tan solo en este instante, en nosotros. Reparto besos por su pecho con el mismo ansia que él ha empleado, y mis labios trazan las líneas de la tinta sobre su piel.

Álex se incorpora sobre los codos para mirarme y descubro cierta inquietud en sus ojos.

Me niego a permitirle pensar, a que siga dándole vueltas a lo que pasó o dejó de pasarnos. Lo empujo hasta que queda tumbado de espaldas y me alejo de él solo para poder deshacerme de la ropa.

—¿Tienes prisa? —Una sonrisa torcida aparece en sus labios, transformando su expresión.

—Solo me estoy quitando la ropa.

—Y eso no significa nada, claro está —replica, divertido.

—Pues no.

Acto seguido, muerta de risa, me lanzo en bragas sobre él. Álex responde riendo también. Acomodo las piernas a ambos lados de las suyas y él tira de mí para eliminar la escasa distancia que nos separa. Su pecho sube y baja con esfuerzo.

—Pensaba que no tenías segundas intenciones —señala. Sus nudillos rozan uno de mis pezones y, aunque parece hacerlo sin premeditación, soy consciente de que me está torturando—. ¿Y bien? —insiste, y esta vez no duda en incorporarse y lamer mi pezón a modo de provocación.

—No las tengo.

Mi comentario le arranca una carcajada profunda y sexy que consigue hacerme estremecer. Para cuando vuelve a hablar, la voz le sale mucho más ronca.

—Así que esto no es lo que parece, ¿no?

Adelanto las caderas, frotándome contra él. Y aunque me detengo enseguida, percibo claramente lo duro que está. Álex enarca las cejas, consciente de que le estoy siguiendo el juego.

—En absoluto —me rio, incapaz de aguantar.

—Entonces si hago esto —su lengua se enreda en mi pezón y alarga la caricia unos segundos—, no pasa nada.

Niego con rapidez, mordiéndome el labio inferior para ahogar un gemido.

—Ah, no, no hagas eso —añade— o tendré que empezar a jugar fuerte.

Sus dedos bajan con lentitud por el centro de mi abdomen. Se detiene brevemente al llegar al elástico de mis bragas, pero enseguida se mueve de nuevo. Su mano se cuela bajo la tela y con la otra me empuja suavemente hacia atrás para ganar espacio. No deja de observarme en ningún momento, y su mirada es todo cuanto necesito para comenzar a arder. Aunque no me estuviera tocando, sus ojos tienen el poder de encenderme de una forma en la que ningún otro hombre ha podido hacerlo jamás. Y ahora mismo, con sus dedos rozando mi sexo, somos como un jodido desastre natural: imparable y devastador.

—¿Teresa?

—Mmm —gimo, excitada y algo confusa.

Él suelta una risita, pero, por lo profundo de sus inspiraciones, sé que la situación le afecta en la misma medida que a mí. Su cuerpo tiembla bajo el mío, poseído por la misma necesidad que hace que yo no deje de estremecerme, pero no se detiene. Su boca recorre sin pausa mi piel, enviando descarga tras descarga a mis músculos, acrecentando el anhelo de sentirlo dentro de mí.

—Mírame —exige, cuando cierro los ojos y dejo caer la cabeza hacia atrás, abrumada.

Hago lo que me dice, a pesar de que apenas puedo mantener los párpados entreabiertos. Él no deja de observarme mientras que, con sus dedos, prosigue torturándome.

—Adoro esa expresión —jadea, acelerando el ritmo de sus caricias y arrancándome nuevos gemidos.

—No pares —le ruego.

Sin embargo, sus movimientos cesan. Se pone en pie, con mis piernas rodeando sus

caderas, y me lleva hasta la misma mesa en la que hemos comido durante este fin de semana. Parece que ha encontrado una utilidad mucho más placentera para ella. Deja que apoye mi trasero en el borde y se deshace de los pantalones. Apenas unos segundos después, se tiene puesto un preservativo y me penetra de golpe, hundiéndose en mí.

—Joder —gruñe, y ahora es él al que le cuesta mantener los ojos abiertos. Suelto una risita y él la corresponde con una de sus sonrisas ladeadas—. ¿Divertida?

—Ni te lo imaginas.

Me recuesto sobre la mesa y elevo los talones para situarlos también encima de la madera. Con la siguiente embestida, Álex me llena por completo.

—Teresa...

No parece capaz de seguir hablando. Sus manos se deslizan por mi estómago hasta alcanzar mi pecho y sus movimientos se vuelven frenéticos. Mi espalda se arquea por sí sola, como un ruego silencioso para que no se detenga. A estas alturas, el fuego de mi abdomen se ha extendido por todo mi cuerpo. Álex lleva una de sus manos de nuevo entre mis piernas, sin dejar de moverse, y ese contacto es demasiado para mí. El placer se extiende en oleadas, dejándome aturdida y deshecha, envolviéndome y sacudiéndome de pies a cabeza.

—Álex —atino a susurrar.

Escucharme convierte sus ojos en dos pozos negros, voraces e insaciables. Me agarra de las rodillas y se hunde de nuevo en mí. Una y otra y otra vez. Embistiéndome ya sin control alguno.

—¡Oh, joder! —exhala poco después, derrumbándose sobre mí.

Permanece inmóvil mientras yo continúo vibrando, presa del placer. Tras unos instantes, se incorpora y besa con suavidad mi abdomen.

—Te quiero, Teresa —murmura, contra mi piel, con la voz desgarrada y temblorosa—. No te haces una idea de cuánto te quiero. Dime que no vas a volver a desaparecer, por favor. Dime que no vas a rendirte conmigo.

Un escalofrío recorre mi espalda al escuchar su petición, y no sé si se debe a lo que acaba de suceder o bien al temor a fallarle de nuevo.

Hundo los dedos en su pelo. Mi parte más cautelosa me dice que no prometa nada que no sea capaz de cumplir, pero hay otra yo, una que ansía ser todo lo que Álex desea, que no puede evitar contestar:

—No voy a rendirme, Álex. Si flaqueas, estaré aquí.

Y para cuando me doy cuenta de lo que he prometido, sus labios están ya presionando los míos, sellando un juramento que solo espero que no termine con dos corazones destrozados.

VOLVAMOS A CASA

La irremediable despedida se alarga hasta que me obligo a salir casi corriendo, antes de que Álex me convenza para permanecer en su casa y dedicarme a pasear por su despacho medio desnuda. Nos besamos al menos durante diez minutos en la puerta que da a la calle, reacios a separarnos, y no puedo evitar pensar que, en el fondo, ambos tememos siempre que los besos que nos damos sean los últimos. Supongo que nos hemos dicho «adiós» tantas veces que nuestros miedos están justificados.

—Ponte a trabajar —sugiero, antes de marcharme.

No sé si me presta demasiada atención. Mordisquea mi labio inferior una última vez y me deja ir. Y yo regreso a casa con una sonrisa estúpida en los labios, aún sin creermelo del todo que estemos de nuevo juntos.

—¡Vaya cara que me trae la niña! —exclama con sorna Marta, en cuanto pongo un pie en mi apartamento.

Dejo las llaves sobre el aparador de la entrada y veo que las de Zac no están, así que intuyo que él tampoco.

Mi amiga me lanza una mirada interrogante, sin importar que sean apenas las diez de la mañana y sea ella la que está ocupando, como dueña y señora, mi sofá. Le dedico una sonrisa. A saber qué cara tengo. Dado que no he dejado de pensar en Álex durante todo el trayecto, me hago una ligera idea.

—¿Qué? Te has pegado todo el fin de semana con el señor «con solo mirarte te mojo las bragas», ¿no?

—Mira que eres bruta —la reprendo, negando con la cabeza.

Hace un gesto de triunfo, como si le hubiera dedicado un halago. Se la ve mucho más contenta que la última vez, sospechosamente contenta.

—¿Y tú? ¿Qué has hecho? —inquiero, frunciendo el ceño.

—Nada.

—¿Nada?

Aparto sus pies, que tiene apoyados sobre la pequeña mesa de centro, y me dejo caer a su lado.

—Bueno, vale. He quedado con Marcos, pero ese no es el tema —se apresura a añadir—. Hoy tú eres la estrella.

Pone su mejor cara de investigadora privada, esa que usa en sus interrogatorios. Me froto el puente de la nariz.

—Estoy demasiado cansada para esto —le digo, solo para picarla.

—¡Eso es porque llevas tres días follando sin parar!

—¡Marta! —me quejo, aunque no sé por qué me escandalizo tratándose de ella.

Se parte de risa. No tiene remedio. Esa boca un día la meterá en problemas, aunque sea especialista en salir de ellos sin un rasguño, ni físico ni emocional. No sé cómo consigue mantenerse indiferente con respecto a sus ligues. Tal vez sea porque ninguno de ellos se ha molestado en escharbar un poco bajo esa fingida pose superficial que tanto se esfuerza en aparentar. Yo sé que hay mucho más dentro de ella. Pero es su vida, no seré yo la que le diga a quién tiene que entregar su corazón, teniendo en cuenta mi tendencia a que me lo rompan.

Apoyo la cabeza en el respaldo y cierro los ojos. Me muero por meterme en la cama de nuevo.

Marta carraspea de forma exagerada.

—¿Qué? —pregunto, sin molestarme en abrir los ojos. No sé si quiero saber lo que tiene en mente.

—Deberías hablar con Zac —replica con cierto tono de reproche.

Me incorporo para mirarla. Ahora sí que tiene toda mi atención.

—¿Qué pasa con Zac?

Frunce los labios, como si se resistiera a hablar. Odio cuando se pone misteriosa, sobre todo en lo referente a mi mejor amigo.

—Escúpelo, Marta.

—Solo es una sugerencia. Anoche me tuvo hasta las tantas hablando de su tesis.

Resoplo y vuelvo a dejarme caer sobre el cojín.

—Es importante para él.

—No te mencionó ni una sola vez. —Me da una palmada en la pierna—. Eso es raro, Tessa. Siempre habla de ti.

Me giro para quedar frente a frente con ella. Sigo sin pillar a dónde quiere ir a parar.

—No tiene por qué mencionarme —concluyo, encogiéndome de hombros.

Marta pone los ojos en blanco y bufa, irritada.

—¡Oh, vamos! Zac es como una jodida estufa que se apaga si tú no le das gas. —No puedo evitar reírme ante la absurda metáfora, lo cual la ofende todavía más—. No te rías. Está triste.

Suspiro. En realidad, yo también le echo de menos. Zac es... Bueno, es Zac, es difícil definirlo, y más aún estar sin él.

—¿Sabes dónde está?

Marta interpreta mi interés de forma muy positiva, a juzgar por la amplitud de su sonrisa.

—Se ha ido a la facultad, a estudiar. O eso ha dicho.

Apenas tengo que pensarlo unos segundos antes de ponerme en pie y coger de nuevo mis llaves.

Marta aplaude como una niña pequeña, creo que una parte de ella todavía lo es.

—¡Cierra al salir! —grito, aunque, antes de marcharme, pone los pies sobre la mesa otra vez y se acomoda como si este fuese su salón, y la casa, su apartamento—. ¡Y cuando vuelva quiero que me cuentes lo de Marcos!

No me detengo a esperar su respuesta. Bajo las escaleras de dos en dos y una vez en la calle me dirijo al Campus de Anchieta, el mismo en el que se encuentra la Facultad de Física. De repente, pensar en compartir un rato de risas con mi mejor amigo ha conseguido que desaparezca el cansancio.

Al llegar, me alegro de llevar puestas las botas planas y no unos tacones. El «paseillo de la vergüenza», que es como llamamos Zac y yo a la entrada de la biblioteca de su facultad, se me hace interminable. La sala es alargada y las mesas y estanterías están dispuestas a ambos lados del pasillo, así que cada vez que entras todo el mundo levanta la cabeza para mirarte. Y si llevas tacones, el repiqueteo de estos sobre el suelo no ayuda en nada. Para colmo, Zac siempre elige una de las mesas del fondo, precisamente para evitar distraerse con el trasiego de estudiantes.

Ni siquiera me ve acercarme. Está de espaldas y tiene los auriculares puestos, e incluso yo puedo escuchar la melodía que proviene de ellos; me extraña que alguien no le haya llamado ya la atención. Me detengo a su espalda y paso los brazos en torno a su cuello, pegando mi

mejilla a la suya. Su incipiente barba me raspa la piel, aunque, lejos de ser desagradable, la reconozco como una sensación familiar y reconfortante.

No se mueve, pero sus labios se curvan hacia arriba y me mira de reojo. Lo suelto y rodeo la mesa. Solo hay dos chicos más sentados a su lado. Uno de ellos me suena, creo que es compañero de departamento de Zac.

Mi amigo se quita los auriculares y deja caer la cabeza sobre la mesa en un gesto de lo más dramático. Vuelve a alzarla enseguida.

—Dime que se está acabando el mundo y ya no es necesario que me moleste en acabar la tesis —suplica en voz baja.

O está estresado, o Marta tiene razón y no lleva bien que haya pasado estos días en casa de Álex, porque no es dado a quejarse.

Niego con la cabeza.

—Me da igual, miénteme.

Reprimo la risa y, viendo su desesperación, se me ocurre una idea para sacarlo del deprimente lado oscuro de su doctorado.

—Anda, vamos, te invito a comer.

Su expresión se ilumina de inmediato.

—No son ni las once —replica, a pesar de que ya ha comenzado a recoger.

Cojo varios libros para ayudarlo.

—Volvemos a casa, a la mía —aclaro—, siempre que te apetezca una buena comida casera y un paseo por la playa.

No tengo que repetírselo dos veces. Cargando con su mochila y un archivador entre los brazos, echa a correr en dirección a la puerta sin ningún tipo de miramientos. Todo el mundo lo observa pasar a la carrera y, esta vez, sí que tengo que hacer un verdadero paseo de la vergüenza para seguirlo.

—Vamos, lentorra —me grita desde la puerta.

Las miradas perplejas de los estudiantes se vuelven hacia mí. Y aunque el bochorno me calienta la cara y me prometo matarlo en cuanto le ponga las manos encima, tengo que hacer serios esfuerzos para no echarme a reír.

—Estás loco —vocalizo en silencio, cuando aún me queda media biblioteca por atravesar.

Asiente con la cabeza. La sonrisa le llena el rostro y tiene el pelo revuelto por la carrera. Alzo la barbilla y la vergüenza se transforma en orgullo. No podría tener un amigo mejor que él.

CONFESIONES

No tardamos demasiado en coger el coche de Zac, un viejo Seat Ibiza destartado, y ponernos en camino. Pongo la radio más allá de lo que se considera un volumen aceptable y nos liamos a cantar todas las canciones a voz en grito, como dos energúmenos. El habitáculo se llena de risas y voces desafinadas a partes iguales.

A mitad de trayecto, me doy cuenta de que Zac me está lanzando miradas furtivas.

—¿Qué pasa? —pregunto, y alargó la mano para apagar la radio.

Zac me da una palmada para apartarla y se limita a bajar el volumen. Vuelve a observarme unos segundos.

—¿Qué?!

—¿Estás bien? ¿Todo bien con... Álex? —pregunta por fin.

Resulta obvio que este momento iba a llegar. Ni siquiera sé cómo ha aguantado tanto. Suspiro y giro la cabeza para observar el paisaje a través de la ventanilla. No es que me resulte difícil hablar con Zac sobre estos temas, pero supongo que, al no conocer toda la historia, es complicado que llegue a entenderlo.

—Todo bien —digo, sin apartar la vista del cristal.

En realidad, estoy bien, ¿no?

Escucho un ruidito de desaprobación y me obligo a mirarlo.

—No suenas muy convencida.

Lo estoy. Solo que tengo esa extraña sensación a la que no sé ponerle nombre, es como un molesto ruido de fondo en mi mente que me incómoda todo el tiempo, pero que no puedo discernir de dónde viene exactamente.

—Es difícil —comento—, cometí errores, Zac. Muchos errores.

Mi amigo me lanza una mirada rápida, apartando la vista de la carretera tan solo unos segundos, pero que son suficientes para ver una arruga de disgusto en su frente.

—Todos hemos cometido errores alguna vez, pequeña Tessa —señala, con tono dulce y comprensivo—. No puedes pasar el resto de tu vida lamentándote por ellos. No puedes dejar de vivir por ellos.

Se queda callado a pesar de que me da la sensación de que quiere decir algo más. No me hace esperar demasiado antes de continuar:

—Cuando tenía quince años, una compañera de instituto se enamoró perdidamente de mí. —Me giro en el asiento para contemplar su perfil. Tiene los ojos fijos en algún punto del asfalto y las manos apretadas sobre el volante—. Yo no sentía lo mismo. Me caía bien y me gustaba, pero eso era todo. Aun así, me dejé querer.

Carraspea para aclararse la garganta antes de proseguir y me percató de que hablar de esto no es fácil para él.

—Le hice creer que yo también estaba enamorado de ella y, cuando resultó obvio que no era así, ella empezó a ponerse... pesada, así que la dejé. Ni siquiera recuerdo qué le dije para justificarme.

—Eras un chiquillo —le digo, intentando que se sienta mejor. Pero él niega con la cabeza.

—No lo entiendes. Se obsesionó conmigo. Empezó a saltarse las clases porque no

soportaba encontrarse conmigo sabiendo que no estábamos juntos, pero a la vez acudía a la salida del instituto porque tampoco era capaz de pasar sin verme. Al final, sus padres lo descubrieron, pero para entonces ya había caído en una depresión. No comía ni dormía apenas.

Le doy un apretón en el hombro, mostrándole mi apoyo, porque su dolor y la culpabilidad son patentes en el tono de su voz.

—Mi egoísmo le costó varios años de vida a esa chica —concluye, afectado—. Debería haber sido sincero con ella desde el principio. Aquello me hizo comprender que no se debe jugar con los sentimientos de los demás, y por eso nunca salgo con nadie a no ser que esté muy seguro de que quiero algo serio.

No sé muy bien qué decirle. Entiendo a la perfección lo mal que debe sentirse. Nuestros actos tienen consecuencias sobre los demás y no podemos ir por la vida creyendo que no es así.

—Cometí un error, pero al menos aprendí de él —señala, y mira en mi dirección.

Tiene los ojos cargados de tristeza, algo raro en él, y si no estuviera conduciendo le daría un abrazo ahora mismo. Me limito a poner mi mano sobre la suya, que sigue anclada al volante. Él se inclina y deposita un beso sobre mis nudillos. Acto seguido, esboza una sonrisa melancólica.

—Le puse los cuernos a Álex hace cinco años —suelto de golpe.

La opinión que tengo de Zac no ha variado lo más mínimo tras lo que me ha contado. Sé que es una buena persona, nunca lo he dudado, y de repente tengo la necesidad de que él también me acepte tal y como soy, con mis fracasos y mis aciertos.

—Todo lo que nos pasó, todas las discusiones que tuvimos, la desconfianza... Fue culpa mía.

Frunce el ceño. El coche sigue avanzando, pero Zac disminuye la velocidad y se coloca en el carril de la derecha.

—¿Me estás diciendo que aguantaste lo que te hizo pasar solo porque te sentías culpable?

Me encojo de hombros. ¿Qué puedo decir? En aquel momento pensaba que me moriría si Álex me dejaba, aunque suene a exageración. Lo quería muchísimo y, en cierto modo, supongo que su comportamiento era lógico tras lo sucedido.

—No. Sí. No lo sé —admito finalmente—. Es que... hay más.

Zac arquea las cejas, animándome a continuar.

Inspiro antes de empezar a relatar la historia que probablemente haga que mi amigo deje de verme con tan buenos ojos.

Allá vamos.

—Cuando Álex y yo rompimos, yo era una sombra de mí misma, por decirlo de alguna manera —comienzo, sin saber muy bien a dónde va a llevarnos esta conversación—. Tenía el corazón destrozado. Bueno, en realidad, toda yo estaba destrozada. No me quedaba autoestima y, si bien seguía enamorada de él, la necesidad de sentirme querida, de la manera que fuera, me empujó a ir de tío en tío. —Respiro hondo, a la espera de que Zac diga algo, pero se mantiene en silencio, así que continúo—: No sabía lo que hacía. Yo solo... Supongo que buscaba el cariño que Álex me negaba, pero luego no soportaba estar sin él y volvía una y otra vez reclamando su atención. Tal vez, todo lo que deseaba era darle celos y que mi actitud lo hiciera ver que no podía vivir sin mí.

Zac resopla. Contado así supongo que parece de lo más estúpido, pero ya no puedo parar.

—Me vio con otros —admito, escondiendo el rostro entre mis manos—. Se lo restregué por la cara, Zac. Creo que quería hacerle daño, pero luego me arrepentía de ello... Yo...

Se me atasca la voz en la garganta en el mismo momento en que noto las lágrimas

deslizándose por mis mejillas. No puedo evitar que los sollozos sacudan mi cuerpo. Todavía me duele pensar en aquello, en lo que me convertí. Lo único que puedo decir en mi defensa es que al menos los tíos con los que estuve me gustaban, pero no deja de ser una defensa bastante pobre dado el daño que le hice a Álex.

Mi cuerpo se desliza sobre el asiento cuando Zac pega un volantazo y se mete por la siguiente salida. A punto estoy de golpearme contra el cristal por lo violento de la maniobra. En apenas unos segundos, para el motor en el aparcamiento de una estación de servicio y se baja del coche. Observo cómo rodea el vehículo y abre mi puerta. Tiene el rostro desencajado, jamás le había visto así, y me pregunto si me odiará de la misma manera en la que yo me odio por lo que hice.

—Mírame. Mírame, Tessa —repite, cuando no hago amago de hacerle caso.

Alzo la cabeza y me quedo observando sus ojos azules. Normalmente, me aportan serenidad, pero ahora mismo me da demasiado miedo lo que pueda ver en ellos.

—Me importa una mierda con quién te acostases o lo que hicieras —afirma con un tono que no admite discusión—. Por mí como si te cepillaste a todo el instituto. Te conozco, Tessa, te conozco muy bien y sé cómo eres ahora. Me da igual cómo eras entonces. Eres divertida, inteligente y la mejor amiga que un tío como yo pueda tener. No me importa tu pasado y, si Álex quiere estar contigo, más le vale que tampoco a él le importe, porque no pienso permitir que te destroce de nuevo.

Más lágrimas acuden a mis ojos al escuchar la vehemencia con la que habla, aunque eso no evita que siga sintiéndome como una mierda.

—Ven aquí, por favor —suplica, tomándome del brazo y sacándome del coche.

Me estrecha contra su cuerpo con tanta fuerza que me cuesta aún más respirar. Pero no me importa, quizás si consigue apretar lo suficiente pueda recomponer la parte de mí que continúa rota.

—Te lo repito —murmura junto a mi oído—: todos cometemos errores, pero no dejes nunca que alguien te machaque. Aprende de ellos, pide disculpas y haz lo que puedas para enmendarlos, pero no permitas que te traten mal, Tessa. Si alguien te perdona, que sea de verdad.

Me aferro a la tela que cubre su espalda con ambas manos y hundo la cabeza en su pecho, buscando sentir algo más que la amargura que me llena el corazón en este momento.

—El daño que le hice... —comienzo a decir.

—Tú sufriste tanto como él —me corta, ya de forma más dulce—. Ambos tenéis vuestras propias heridas, no dejéis que eso guíe el resto de vuestras vidas.

Permanezco refugiada entre sus brazos hasta que consigo dejar de sollozar. Zac no para de acariciarme el pelo y darme pequeños besos en la sien de vez en cuando, lo cual hace que me resulte mucho más fácil recobrar la compostura. Respiro aliviada al darme cuenta de que sigue aquí, consolándose, a pesar de lo que le he contado.

Cuando mi llanto cesa, Zac me separa de él y pasa un dedo bajo mi barbilla para obligarme a mirarlo. Sin embargo, la sorprendida soy yo al encontrarme con el sufrimiento reflejado claramente en su expresión.

—Te quiero, Tessa, y no soporto verte así. Tienes que perdonarte a ti misma por aquello y dejarlo atrás, y sobre todo asegúrate de que el pasado que Álex y tú tuvisteis no se convierta en vuestro presente.

Asiento.

—Ahora somos otros.

Me acaricia las mejillas con la punta de los dedos, borrando el rastro húmedo de mi

rostro, y sonrío.

—Sé quién eres tú, solo espero que no te estés equivocando con Álex.

No añade nada más, simplemente me abraza, como si supiera que eso es justo lo que necesito. Y una vez más, Zac se convierte en mi puerto seguro.

HOGAR, DULCE HOGAR

No volvemos a tocar el tema en los kilómetros que nos restan hasta llegar a casa de mis padres. Los silencios entre Zac y yo no suelen ser incómodos, pero este lo es. No sé en qué está pensando, tal vez esté intentando desarrollar algún tipo de poder sobrenatural que le permita fulminar mentalmente a Álex y hacerlo desaparecer de mi vida.

—¡Teresa! ¿Por qué no me has avisado? —exclama mi madre, en cuanto nos abre la puerta.

—Porque cada vez que te digo que venimos te empeñas en hacer comida para un batallón —replico, inclinándome para darle un beso.

Ella niega con la cabeza, me devuelve el beso y, de inmediato, se gira para saludar a Zac. A pesar de tener un cuerpo pequeño, siempre me ha resultado una mujer imponente, pero, cuando mi amigo la rodea con los brazos y la estrecha contra su pecho durante unos segundos, casi desaparece engullida por su corpulencia. Zac adora a mi madre, creo que incluso la quiere más que a mí. La relación con su familia es cordial, pero ni mucho menos se lleva tan bien con ellos; salvo con Teo, su hermano. En cambio, en mi casa es uno más.

—Cada día estás más guapa, Celia.

Mi madre pone los ojos en blanco.

—No digas tonterías. ¡Más vieja, eso es lo que estoy! —Entramos en la vivienda, un adosado de dos plantas con una terraza enorme en la que correteaba cuando era una niña—. ¿Venís a decirme que ya os habéis hecho novios?

—¡Mamá! —protesto, aún sabiendo que es vano. La misma pregunta siempre que la visitamos desde hace más de un año—. ¿Vas a seguir insistiendo?

Se agarra del brazo de Zac mientras atravesamos el salón en dirección a la cocina y le dedica una mirada de adoración.

—Hasta que me digáis que sí —replica, y sé que habla totalmente en serio.

Zac interviene entonces solo para echar más leña al fuego:

—Yo lo intento, pero ella no se deja.

—No le des cuerda, por Dios.

Mi madre se ríe, como si supiera algo que a los demás se nos escapa.

Al principio, a mis padres les costó aceptar eso de que su única hija se fuera a vivir con un hombre, aunque sus dudas desaparecieron enseguida al conocer a Zac. Él los envolvió con su encanto natural, les regaló varias sonrisas y, al finalizar el almuerzo, ya los tenía comiendo de la palma de su mano. Desde entonces, mi madre vive empeñada en que hagamos oficial lo nuestro para que los vecinos dejen de murmurar. Sí, son un pelín antiguos y aún creen que a la gente le importa esa clase de cosas. Aunque a juzgar por las miraditas que me lanzan algunas de mis vecinas, es posible que sea así.

El olor de lo que sea que está cocinando se filtra por mi nariz y de inmediato dejo de prestar atención a las pullas de mi madre. Pero, antes de que consiga levantar la tapa de la olla que tiene al fuego, mi madre me aparta sin miramientos.

—Esto todavía va a tardar. —Observa el reloj que cuelga de una de las paredes y se gira de nuevo para mirarme—. Tú, vete a cambiarte, parece que has estado durmiendo con esa ropa los últimos tres días.

Los poderes adivinatorios de mi madre hacen que me atragante con mi propia saliva y me da un ataque incontrolable de tos. Zac se muerde el labio para no echarse a reír.

No me planteo siquiera hablar a mis padres de Álex, eso va a tener que esperar. No tengo ni idea de cómo voy a explicarles que he vuelto con aquel chico con el que no hacía otra cosa que discutir hace tantos años. Por ahora, prefiero que vivan felices en la ignorancia y ver cómo se van desarrollando las cosas entre Álex y yo. Bastante tengo con la preocupación de Zac para tener que lidiar también con la de mis progenitores.

Zac me dedica una mirada significativa y, viendo que son dos contra uno, me marchó en dirección a mi dormitorio. Mi habitación no ha cambiado casi nada desde que me marché a vivir a La Laguna: el viejo escritorio donde estudiaba para mis exámenes del instituto, la cama algo más grande de lo normal que mis padres consintieron en comprar no sé por qué estúpido capricho, las estanterías repletas de libros...

—Ah, mis pequeños —farfullo, pasando un dedo por los lomos del estante que me queda más cerca.

Voy hasta el armario y saco un vestido ligero de color crema y con pequeñas flores azules. Estoy tentada de darme una ducha rápida, pero al final opto por ponerme también el bikini; me sentará mil veces mejor un largo baño en el mar. Me miro en el espejo que hay sobre la cómoda mientras recojo mi melena castaña en una coleta alta y, al terminar, permanezco varios minutos perdida en la imagen que refleja, preguntándome si Zac tenía razón al decir que necesito perdonarme a mí misma.

Durante años he vivido al margen de todo aquello y siempre he creído que lo había aceptado como una parte más de mi experiencia en la vida. Supongo que la adolescencia es una época de ensayo y error, y la mía me llevó a convertirme en otra persona. No me entendáis mal, nunca he juzgado a nadie por la cantidad de tíos o tías con los que se acuesta. Creo que cada uno es muy libre de hacer lo que quiera con su cuerpo y nadie debería opinar al respecto, pero yo nunca me sentí cómoda con aquello. Lo hice empujada por el dolor que me producía estar sola, rota y deshecha. Y lo peor fue que, en el fondo, sabía que Álex se volvería loco al enterarse.

—Borra esa cara de asco —dice Zac desde la puerta—, estás preciosa.

Ni siquiera lo he oído llegar, pero, cuando parpadeo y contemplo de nuevo mi expresión en el espejo, me percato de la mueca de desagradado que se ha instalado en mi rostro. Fuerzo una sonrisa, aunque estoy segura de que no consigo engañar a mi mejor amigo.

—No voy a preguntar en qué estabas pensando porque sería muy típico —señala. Viene hasta mí y me abraza por la espalda—. Por lo que más quieras, peque, deja de mirar hacia atrás.

Ahora sí, se me escapa una sonrisa sincera al escuchar el apodo que mi amigo solo usa en determinadas ocasiones. Nunca he descubierto qué tienen de especial los momentos en los que decide emplearlo, solo que siempre consigue que me sienta mejor. Creo que es su particular manera de decirme que todo irá bien y que estará ahí pase lo que pase.

—Soy un auténtico coñazo —comento, porque en realidad sé que le estoy dando vueltas una y otra vez a lo mismo cuando había decidido centrarme en el aquí y ahora.

Zac me aprieta un poco más y suelta una risita. Debe ser de los pocos tíos que puede reírse así sin parecer imbécil.

—Lo has dicho tú, no yo.

—Cállate, anda —contraataco, de mejor humor—. ¿Tienes las cosas en tu coche?

Suele llevar un par de toallas y el bañador, además de algo de ropa, mía y suya. Nunca se sabe dónde vamos a acabar.

—La duda ofende. Tengo una pala, bolsas de basura y guantes de látex —se burla,

ganándose un codazo—. Podemos enterrarlo en el monte, nadie sospecharía de nosotros.

No menciona a Álex, pero ambos sabemos que habla de él. Y, muy a mi pesar, no puedo evitar reírme.

—Me refería a la ropa de playa.

Finge una expresión de fastidio y me suelta.

—Ah, sí, eso también. —Se tumba en la cama con los brazos detrás de la nuca y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos—. Le quitas toda la emoción a mi día a día.

—Eres incorregible.

—Y adorable, no lo olvides, sumamente adorable.

Le lanzo a la cara el jersey que acabo de quitarme y él lo pilla al vuelo y lo mantiene a una distancia prudencial de su nariz. Al cabo de unos segundos, me lo lanza de vuelta y se pone en pie de un salto.

—Será mejor que vayamos a darnos un baño —sugiere, y me guiña un ojo, provocador—. Lo necesitas.

—Encantador.

Zac se ríe y me da un pequeño empujón con la cadera al pasar por mi lado.

—Adorable y encantador, tú lo has dicho.

A pesar de que estoy totalmente de acuerdo, no pienso decirlo en voz alta, no sea que su ego termine por explotar.

Mientras mi madre pone a punto lo que imagino que será una comilona épica, Zac y yo nos marchamos en dirección a la playa. Si bien, en el último momento, nos decantamos por ir a darnos un chapuzón en el muelle. Caminamos por el suelo empedrado hasta llegar al final del espigón y dejamos nuestras cosas en un banco de madera que ha visto tiempo mejores. Al ser un día laborable, apenas hay gente; tan solo una pareja de extranjeros que disfruta del sol y dos chicos lanzándose desde lo alto de las escaleras.

Son más de las doce del mediodía y empieza a hacer bastante calor. Aunque El Médano es famoso por ser un paraíso para los amantes del Windsurf y del Kitesurf, hoy el viento no es excesivo y apenas si hay algunas cometas en la zona de la bahía; lo más probable es que sea gente que está aprendiendo.

—Vamos, lentorra —me grita Zac, por segunda vez en el mismo día.

Ya se ha quitado la ropa y está en la zona más elevada del muro. Aun con la marea alta, da un poco de vértigo.

—Tú alucinas.

Si piensa que voy a lanzarme desde ahí arriba, es que no me conoce. Como no me empuje...

Doy un paso hacia atrás, consciente de que mi amigo es muy capaz de cogerme en brazos y lanzarme al mar sin contemplaciones. Sus labios se curvan de una manera que no me gusta en lo más mínimo.

—Ni se te ocurra —le advierto, y retrocedo un poco más.

Mira hacia abajo unos segundos sin dejar de sonreír, puede que imaginando la hostia que me voy a pegar cuando me empuje desde el borde.

—No está tan alto. Venga, Tessa, arriégate —añade, volviendo su atención hacia mí de nuevo.

Sus palabras revolotean a mi alrededor, más como un reto que como una petición, y yo, que a veces me convierto en una auténtica kamikaze, correspondo a su sonrisa con otra. Zac exhala una carcajada que parece salir de lo más hondo de su pecho y me tiende la mano. Y es así,

con su mano cubriendo la mía, como terminamos saltando al vacío al mismo tiempo.

En la pequeña fracción de tiempo que tardamos en tocar el agua, creo que nos sentimos realmente invencibles.

POR LOS FINALES FELICES

—Mmm...

Zac no deja de emitir pequeños gruñidos de satisfacción, aunque yo estoy haciendo exactamente lo mismo. El maravilloso aroma que inunda la casa cuando volvemos de nuestra aventura acuática nos arrastra directamente hasta la cocina. Parecemos dos dibujos animados flotando en dirección a nuestro almuerzo. Mi amigo se ha sentado a la mesa con una sonrisa que no le cabe en el rostro.

—Esto está delicioso, Celia.

Mi madre asiente, orgullosa, a pesar de que Zac acaba de hablar con la boca llena. Estoy segura de que a mí no me lo hubiera perdonado. Sobre la mesa hay dos fuentes de costillas con papas y mazorcas de maíz —a las que aquí, en realidad, llamamos piñas—, uno de mis platos preferidos. Ni que decir tiene que es algo que Zac y yo no comemos a menudo porque nuestros conocimientos culinarios son bastante más limitados.

—Voy a salir rodando —señalo, al servirme una segunda ración.

Zac me mira mientras añade un poco más a su plato.

—Necesitaremos una siesta después de esto.

—Y que lo digas.

Somos como dos agujeros negros en lo referente a la comida, solo que luego Zac lo quema a base de ejercicio y yo... Yo tengo un metabolismo asqueroso, como siempre me dice Marta, de esos que me permiten comer lo que quiera sin engordar.

Me recuesto sobre el respaldo de la silla de forma perezosa. A estas alturas, las costuras del vestido se me clavan en los costados y estoy segura de haber visto como Zac tiraba de la cinturilla de su bañador para aflojarlo.

—¿Y papá?

—Debe de estar al llegar —contesta mi madre, dándole un rápido vistazo al reloj que cuelga en la pared.

Dejo a Zac comiéndose el postre, con cierto miedo a que reviente, y subo a mi dormitorio. Creo que las últimas horas han conseguido que me reconcilie un poco con el mundo y conmigo misma, y no dejo de pensar en Álex y en que de verdad deseo arriesgarme con lo nuestro.

Saco el móvil del bolso y le envío un mensaje:

«¿Trabajando? Ya te echo de menos».

Me dedico a desenredarme el pelo húmedo mientras espero su respuesta, que llega apenas unos minutos después.

«Llevo toda la mañana peleándome con una programación. ¿Comemos juntos? Me muero de hambre... de ti ;)».

Contemplo la pregunta en la pantalla y, de repente, me siento inquieta. Durante un momento, no puedo evitar volver a esa antigua versión de mí misma y temer que Álex se tome a mal que me haya venido con Zac a comer a mi casa.

Titubeo, con los dedos flotando sobre el teclado, sin saber muy bien cómo enfocar mi respuesta. Pero, en cuanto me doy cuenta de lo que estoy haciendo, aparto la inquietud a un lado y me pongo a teclear. Tengo que confiar en él y en que esto saldrá bien de verdad.

«Estoy en El Médano. He venido a dar una vuelta con Zac y comer algo que no se caliente en el microondas».

Me quedo mirando el móvil fijamente y, en honor a la verdad, quizás esperando también que se desate la tercera guerra mundial. El pensamiento hace que me den ganas de estampar la cabeza contra la pared. Varias veces.

Su estado varía de «escribiendo» a «online» varias veces. Solo espero que su siguiente mensaje no sea un «ok».

«¿Mañana entonces?».

Suelto el aire que ni siquiera me había dado cuenta de que estaba conteniendo y, ahora sí, maldigo ese ronroneo del fondo de mi mente que hace que me comporte así. Soy consciente de que no es más que miedo a volver a sufrir, a fallar o a que me fallen, pero sé que nada de esto saldrá bien si continuo dudando a cada paso que doy.

«Mañana soy toda tuya. Toda :p».

Álex contesta enseguida:

«Te quiero, preciosa».

—¿Todo bien?

Levanto la cabeza y me encuentro con los cálidos ojos castaños de mi padre. Ni siquiera le he oído entrar. Voy hasta él y le doy un beso antes de contestar:

—Sí, papá.

Me observa unos instantes, como si tratara de dilucidar cuánto de verdad hay en mi respuesta, y luego esboza una sonrisa.

—Me alegra que hayáis venido a visitarnos.

Me guiña un ojo y no se me escapa que ha hablado en plural. También a él le gusta Zac, aunque no es tan descarado como mi madre ni insiste en que la cosa acabe, como poco, en boda, y si hubiera nietos de por medio, aún mejor.

El pensamiento me arranca una risita nerviosa. Ahora que he vuelto con Álex, los recuerdos sobre nosotros dos hablando de casarnos, de vivir juntos... de un «para siempre», resultan más vívidos que nunca. Éramos muy jóvenes, si bien, teníamos la certeza de que lo nuestro sería eterno.

Bien, ahora tenemos la oportunidad de luchar por ese destino.

—¿Seguro que no te pasa nada? —insiste mi padre, devolviéndome al presente.

Alzo la cabeza y niego de forma apresurada.

Su mirada recorre mi rostro. Debo de haberlo convencido, porque me dice que va a cambiarse antes de comer y se marcha hacia su dormitorio. Mi padre es un hombre bastante práctico, con carácter, pero en el fondo es un buenazo. Tanto él como mi madre se han preocupado siempre mucho por mí, y eso que a veces no es que yo se lo haya puesto precisamente fácil. Mi parte más rebelde les dio bastantes quebraderos de cabeza hace unos cuantos años. Ahora, sin embargo, creo que hemos conseguido una relación algo menos problemática. Supongo que independizarme, al menos durante el curso escolar, ha hecho que nos echemos de menos y, por tanto, que seamos más pacientes los unos con los otros.

Mando un último mensaje a Álex, diciéndole que yo también le quiero, y me dejo caer sobre la cama con lo que debe ser una gran sonrisa estúpida en la cara. Soy consciente de que estoy analizando todo demasiado: cada comentario de Álex, cada gesto... Así que me hago la firme promesa de disfrutar más y pensar menos, aunque sepa que me va a resultar complicado. Si alguien me hubiera dicho que íbamos a volver juntos, me hubiera reído en su cara. Y no es porque no lo deseara con todas mis fuerzas, sino porque pensaba que sería imposible

reconciliarnos con los fantasmas de nuestro pasado.

—Podemos hacerlo —me digo, en voz muy bajita. Mi estómago pega un pequeño bote y mi sonrisa es tan amplia que comienzan a dolerme los músculos de la mandíbula—. Es una locura, pero una locura jodidamente maravillosa.

Pienso en todas las novelas que he leído, esas en las que una pareja, a pesar de sus diferencias, consigue su final feliz. Yo también quiero mi «vivieron felices para siempre» con Álex.

Y así, soñando con mi particular cuento de hadas y casi sin quererlo, me quedo dormida.

Por la tarde, después de una siesta de lo más reparadora, Zac y yo cogemos una vieja tabla de surf y nos vamos a la playa de Montaña Pelada a hacer un rato el ridículo. En realidad, soy yo la que hace el ridículo. A mi amigo se le da bastante bien mantener el equilibrio, mientras yo apenas si logro ponerme una vez en pie sobre la tabla. Armándose de paciencia, Zac trata de explicarme cómo colocar las piernas para no caerme; a mí me entra la risa floja todo el tiempo y me trago aproximadamente la mitad de agua del océano después de mil intentos.

Al final, opto por finalizar el cursillo intensivo y tumbarme un rato al sol. Observar a Zac alzarse sobre las olas con el sol cayendo a sus espaldas resulta todo un espectáculo. Saco el móvil y comienzo a hacerle fotos hasta que consigo unas cuantas decentes. Algún día tendré que hacerme un álbum con todas nuestras aventuras, aunque sé que hay momentos que solo conservo en ese lugar de mi mente en el guardamos los instantes más preciosos e inolvidables, esos que uno atesora de por vida.

La siguiente parada es una cala de difícil acceso que hay más allá de Montaña Pelada. Tenemos que caminar al menos durante veinte minutos, pero la pateada merece la pena. No encontramos a nadie en el trayecto y tampoco en la playa, así que nos sentamos junto a la orilla y contemplamos cómo el cielo se va tiñendo de tonos anaranjados. Es realmente precioso. Estoy segura de que a Álex le encantaría este sitio y me prometo traerle en cuanto pueda.

Zac y yo no hablamos mucho al regresar a La Laguna, pero ambos estamos mucho más relajados y tranquilos. El pequeño bajón de esta mañana parece haberse diluido hasta casi desaparecer, y yo estoy más convencida que nunca de que quiero a Álex a mi lado y de que voy a luchar, cueste lo que cueste, por ese final feliz.

¡SORPRESA!

Estrellas. Eso ha dicho Álex, que quiere que vea las estrellas. Yo, de inmediato, he tenido una serie de pensamientos bastante explícitos sobre él y yo haciendo de todo menos contemplar el cielo.

—Tienes la mente muy sucia —señala, y su rostro es la viva imagen de la provocación, lo cual envía mis pensamientos al siguiente nivel.

Mi rostro debe ser bastante revelador, porque me dedica una de sus mejores sonrisas y lo siguiente que sé es que estamos desnudos y convirtiendo mis perversiones en realidad.

El último mes ha sido realmente increíble. Hemos estado viéndonos todo lo que nuestras respectivas obligaciones nos han permitido, robando minutos y besos a partes iguales. Aunque ha habido unos pocos momentos de tensión o algún que otro pequeño encontronazo, Álex casi parece aquel tierno adolescente del que me enamoré hace ya tanto. Se muestra a veces atento y cariñoso, y otras salvaje e indomable, sobre todo en cuestión de sexo. Su carácter resulta una cóctel explosivo, y a mí me encanta.

Doy pequeños saltitos al enterarme de que me ha preparado una sorpresa, aunque todo lo que sé es que voy a ver las estrellas y que pasaremos dos noches fuera. Y aquí estoy, con una maleta en la que he metido absolutamente de todo y la impaciencia haciendo que hable más de la cuenta.

—¿A dónde vamos?

—Ya lo verás.

Álex tamborilea con los dedos sobre el volante. Ha tomado la salida que lleva a la carretera de La Esperanza y, a pesar de que ya he perdido la cuenta de las veces que le he preguntado, no suelta prenda.

—Quería celebrar que ya llevamos un mes juntos —dice, y yo me derribo por la dulzura de su voz.

Enlaza su mano con la mía y la coloca sobre su muslo. El gesto, como siempre, hace que me sienta feliz de inmediato. Contemplar nuestras manos unidas y percibir la calidez de su contacto resulta tranquilizador y a la vez excitante; con Álex todo es contradictorio. Puede que eso sea parte de su encanto.

—¿Falta mucho? —bromeo, unos kilómetros más tarde, solo para ver si lo saco de sus casillas y termina confesando.

Él simplemente sonríe. Yo empiezo a preocuparme cuando veo que no nos detenemos en ningún sitio, a este paso acabaremos en El Teide...

—¡Oh! —exclamo, al darme cuenta de que ese es probablemente nuestro destino.

Álex frunce el ceño.

—¿Qué pasa?

—Nada —niego con rapidez.

Si es allí a donde vamos, no quiero estropearle la sorpresa. Me pregunto qué habrá preparado. A Álex siempre se le dio bien hacer planes a mis espaldas y dejarme con la boca abierta. Tiene pinta de tipo duro, pero luego alberga esa otra cara, una que muestra muy poco, de la que no puedes evitar enamorarte. Es detallista y muy romántico.

Según ascendemos en dirección a Las Cañadas del Teide, porque es obvio que es allí a

donde nos dirigimos, las mariposas de mi estómago se muestran más y más inquietas, y también es posible que esté sonriendo como una psicópata. A duras penas consigo morderme la lengua cuando dejamos atrás el cartel que informa que estamos entrando en un Parque Nacional.

—Y aquí es donde vamos a pasar el fin de semana —comenta, mientras estaciona el coche en el aparcamiento del Parador.

A estas alturas no me cabe la sonrisa en el rostro. El Parador del Teide es una construcción no demasiado grande en tonos que se integran con el paisaje. Lo he visto algunas veces desde fuera, pero jamás he entrado y mucho menos he pasado la noche en él.

—Te quiero —digo en un susurro.

Estira la mano y sus dedos recorren mi mejilla. La caricia hace que me hormiguee la piel y que ansíe más. Más de él. Soy algo así como una adicta, y ahora mismo me muero por dejarme consumir por Álex, por perderme en él.

Me inclino sobre el hueco entre los asientos y lo beso. No es un beso inocente, es voraz y exigente. Álex no duda en corresponderme y, al sentir su lengua adentrándose en mi boca, se me escapa un gemido de satisfacción. Él ríe al percibirlo. Sus manos tiran de mí y me coloca sobre su regazo. El volante se me clava en la parte baja de la espalda y tengo una rodilla empujando contra el freno de mano. Eso no nos detiene. Pero, cuando una de sus manos se ancla en mi nuca y la otra se cuela bajo el dobladillo de mi camiseta, comprendo que, si no paramos ahora, nos lo acabaremos montando en el aparcamiento del hotel.

—Álex —susurro, mientras él reparte besos por la base de mi cuello—. Tenemos que parar.

Sus dedos ascienden hasta la zona sensible bajo mi pecho y el estremecimiento se transforma en un latigazo de placer. La temperatura del interior del coche no deja de subir, o tal vez sea yo la que estoy sufriendo una combustión espontánea.

—Álex —insisto, aunque no quiero que se detenga.

Las luces de otro coche iluminan el habitáculo y Álex, por fin, parece que me escucha. Se recuesta contra el asiento con el aliento entrecortado, su pecho subiendo y bajando con esfuerzo. Tiene los labios hinchados y de un tono rosado que me hace desear besarlo de nuevo, y sus pupilas están tan dilatadas que el iris se ha reducido a una estrecha franja.

Tira del manillar de su puerta y la abre.

—O bajamos del coche ahora, o te follo aquí mismo —sentencia, y sé que habla totalmente en serio.

Exhalo una carcajada y, aunque siento deseos de darle un último beso antes de descender del vehículo, me abstengo de ello por miedo a montar un numerito. Paso la otra pierna por encima de él y pongo ambos pies sobre el asfalto. Alzo la cabeza para mirar al cielo. Todavía no es noche cerrada, pero aun así lo que veo me deja sin aliento.

—Así que a esto te referías cuando decías que iba a ver las estrellas —murmuro, sobrecogida.

Observar el firmamento desde Las Cañadas del Teide no tiene nada que ver con hacerlo desde cualquier otro punto de la isla. Es casi perturbador contemplar la gran cantidad de puntitos luminosos dispersos sobre nuestras cabezas. Hace que me sienta insignificante.

—Luego será todavía más impresionante —apunta Álex, que se ha detenido a mi lado para admirar el espectáculo—. Vayamos dentro, no quiero que te resfríes.

Sitúa la mano en la parte baja de mi espalda y me empuja con suavidad en dirección a la entrada del Parador. Nuestro pequeño escarceo en el interior del coche me ha dejado tan *calentita* que ni siquiera me he dado cuenta de lo baja que es la temperatura en esta zona. Estamos a más

de dos mil metros de altura y todo cuanto llevo puesto es una camiseta de manga larga bastante fina. Sin embargo, noto la cara y algunas otras partes de mi cuerpo ardiendo.

—¿Por qué no vas entrando? Yo llevaré las maletas.

No me resisto a darle otro beso antes de hacer lo que me dice, pero esta vez es tan solo un tímido roce de labios.

—Gracias por esto —murmuro, con las manos sobre su pecho.

Una de las comisuras de sus labios se eleva y acerca la boca a mi oído.

—Puedes mostrarme todo tu agradecimiento luego. —Su mano desciende desde mi cadera hasta mi trasero, y estoy bastante segura de saber la clase de agradecimiento que tiene en mente.

Arqueo las cejas y me hago la loca.

—No sé a qué te refieres.

De un solo movimiento, tira de mí y nuestras caderas quedan íntimamente unidas, demasiado cerca para no percibir su excitación.

—¿Lo sabes ahora? —Se ríe, y a mí se me escapa un sonido a medio camino entre un gemido y una carcajada.

Y cuando pienso que las cosas van a volver a ponerse demasiado intensas —teniendo en cuenta que ahora estamos a plena vista—, Álex me sorprende depositando un casto beso sobre mi frente.

—Te quiero, Teresa, y tenerte conmigo de nuevo es un sueño. Un sueño del que no quiero despertar.

Su tono es dulce y, en cierta medida, algo desesperado; una especie de ruego. Yo me siento flotar, porque esto es lo que tantas veces había imaginado para nosotros. Tenemos pasión de sobra para varias vidas, cariño y también algunas heridas, pero empiezo a pensar que tal vez era necesario que pasáramos por todas esas dificultades para llegar hasta aquí, a este magnífico momento. Puede que de eso se trate encontrar —y mantener— al amor de tu vida, de no permitir que lo malo prevalezca sobre lo bueno.

Le dedico una sonrisa y hago amago de entrar en el edificio, pero Álex me retiene.

—Dime una cosa —Su expresión se ha vuelto seria de repente—. ¿Nunca has pasado la noche aquí?

Aun confusa por la pregunta, niego.

—¿Ni siquiera con tu amigo?

Vuelvo a negar. Aunque no menciona a Zac, sé que está hablando de él.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Álex permanece en silencio el tiempo suficiente para que se me forme un nudo en la boca del estómago, hasta que comprendo que puede que el fantasma de los celos haya hecho su aparición de nuevo. Pero ¿de verdad importaría que hubiera estado aquí con Zac o con cualquier otro tío? Para mí, este fin de semana resultará especial por el mero hecho de compartirlo con él.

Cuando ya he empezado a devanarme los sesos en busca de algo que decir, Álex por fin me contesta:

—No, nada. Solo que, cuando Iván sugirió lo de subir al Teide y aceptaste, pensé que tal vez no fuera la primera vez que habías estado aquí.

Ni siquiera sé de qué está hablando hasta que recuerdo nuestro encuentro en La Palmelita, el día en que Zac escenificó nuestro idilio imaginario con un beso y yo acabé echando humo por las orejas. Igualmente, no logró captar la relación entre una y otra cosa.

—Nunca me he alojado en el Parador —concluyo, porque no sé qué más decir.

Él asiente, satisfecho, y vuelve a invitarme a que me ponga a cubierto. Después de que el amable personal del Parador nos atienda y nos informe de las actividades y horarios del establecimiento, nos dirigimos a nuestra habitación. Y aunque aún sigo confundida mientras avanzamos por los pasillos, cuando la puerta se cierra tras nosotros y Álex me acorrala en la misma entrada para cubrirme de besos, yo ya me he olvidado por completo de la extraña conversación.

LA ESTRELLA MÁS BRILLANTE

Más tarde, una vez que nos hemos instalado, cenado y probado muy exhaustivamente los muelles de la cama, Álex me sorprende contándome que tenemos plaza para una observación de estrellas guiada.

No hay una sola nube a la vista y, cuando salimos al exterior para reunirnos con otros clientes, la sola visión de un cielo plagado de puntos luminosos hace que el vello del cuerpo se me erice. Álex me rodea con los brazos desde atrás y apoya la barbilla sobre mi pelo. Nuestras miradas se pierden juntas en el firmamento mientras escuchamos las explicaciones del guía, que señala en distintas direcciones: el cinturón de Orión, las Pléyades, la Osa Mayor..., y nos cuenta diferentes anécdotas sobre el origen de sus nombres y la mitología que los rodea.

El silencio que reina en el lugar es sobrecogedor. Por un momento me siento como si el fin del mundo hubiera llegado y fuéramos los únicos supervivientes. Como si solo existiésemos nosotros. Ladeo la cabeza para observar a Álex. Este, al percatarse de mi mirada, se inclina y me da un beso suave en los labios. Tiene los ojos brillantes y en su rostro aparece esa sonrisa sincera que tanto me gusta.

Mantengo la vista fija en él no sé por cuánto tiempo. Quiero grabarme a fuego su expresión en estos instantes, esa mezcla de paz y felicidad que le hace entrecerrar ligeramente los ojos y curvar la comisuras de los labios de forma casi imperceptible.

—Tienes que mirar hacia arriba —dice, mientras acaricia mis brazos con la punta de los dedos.

Yo asiento, embelesada, y él suelta una risita cuando ve que no le hago caso.

—¿Sabes cuál es el lucero del alba? —pregunta, sin perder la sonrisa—. La primera estrella que aparece en el cielo cuando cae la noche y que puede verse incluso de día. Solo que no es una estrella, sino un planeta: Venus. —Me gira para quedar frente a frente y vuelve a abrazarme—. Es el astro más brillante después del Sol y la Luna —prosigue, con los labios apenas a unos centímetros de los míos y sus dedos trazando la línea de mi mandíbula—. Tú eres mi Venus, la primera en llegar a mi vida, la primera a la que amé y, aunque no estuvieras a mi lado durante años, has seguido brillando cada día para mí. Tú eres mi estrella más brillante.

Se me aflojan las piernas al escucharlo e incluso creo que mi corazón se detiene durante unas décimas de segundo antes de recobrase y comenzar a latir a tal velocidad que Álex debe estar notándolo rebotar contra su pecho.

—Álex... yo... —Ni siquiera sé qué decir.

La humedad se me acumula en los ojos y tengo la impresión de que, si dejo que las lágrimas caigan, no seré capaz de detenerlas nunca, o al menos no en un largo tiempo. Me pongo de puntillas y le doy un beso. Me olvido de que hay gente alrededor, del lugar en el que estamos, del cielo y de cualquier cosa que no sea el hombre que tengo ante mí. Incluso el dolor parece esfumarse y las heridas cerrarse sobre sí mismas. Lo único en lo que puedo pensar es en besar a Álex, en demostrarle lo mucho que lo he añorado, cuánto lo amo, cuánto lo deseo. Mientras aprieto mis labios contra los suyos, dejo caer la barrera que sé que he mantenido en torno a mi corazón y se lo entrego todo. Todo. Incluso lo que ya no tengo, lo que creía haber perdido junto con él.

—Vaya —exclama, cuando el beso finaliza y yo retrocedo, jadeando—. Vaya...

Parpadea varias veces y, a continuación, una sonrisa va llenándole el rostro. Se adelanta hasta quedar de nuevo pegado a mí y toma mi cara entre las manos.

—Se te da mucho mejor que a mí esto de expresar tus sentimientos —señala, con los ojos fijos en mí.

—No he dicho nada.

—No es necesario.

Esta vez es él el que me besa, y es un beso hambriento, repleto de anhelo. No siento nada que no sea su sabor sobre mi lengua y su presencia llenándolo todo, cada parte de mí, cada célula. Reclamándome y exigiendo más y más. Pidiéndomelo todo. Le doy lo que tengo y lo que soy, hasta el último sentimiento, emoción y pensamiento. Y sé que, pase lo que pase, hay una parte de mí que jamás recuperaré, porque siempre le pertenecerá a él.

—Creo que todos nos están mirando —murmura, y percibo su sonrisa incluso con sus labios apretados contra los míos.

Echo un vistazo a mi alrededor y observo cabezas volverse rápidamente, fingiendo que no han visto nada. No puedo evitar sonreír. Las manos de Álex continúan en mi cintura, sujetándome con firmeza, sin darme opción a separarme de él. Me gustaría poder quedarme así para siempre, con miles de estrellas titilando sobre nuestras cabezas, acurrucada contra su pecho y con esta maravillosa sensación de estar por fin de regreso en casa.

El guía pone fin a la charla y la gente comienza a dispersarse. Unos vuelven al interior del edificio mientras otros deambulan por la zona, resistiéndose a apartar la vista del cielo.

—Hay un segundo turno en media hora —comenta el guía, y parece dirigirse en concreto a nosotros.

Mi impresión se confirma cuando nos dedica una sonrisa acompañada de una leve inclinación de cabeza. Queda claro que hasta él nos ha visto darnos el lote como si no hubiera mañana. Las mejillas comienzan a arderme cuando se acerca a nosotros.

—Podéis asistir si queréis —dice con tono amable.

Me muerdo el labio para no soltar otra de mis carcajadas nerviosas. Álex hace un gesto negativo.

—Creo que tenemos algo que hacer. Arriba —añade, reprimiendo la risa.

Le clavo el codo en el estómago para hacerlo callar. El guía parece comprender a qué se está refiriendo exactamente y no insiste.

—Te vas a quedar dos velas —le suelto a Álex en cuanto nos quedamos solos.

—¿Eso crees?

Asiento una y otra vez, aún sabiendo que soy una floja y no creo que aguante ni dos minutos en la misma habitación que él sin lanzarme sobre su cuello. Entrecierra los ojos y una de sus comisuras se eleva lentamente. No sé qué estará tramando, pero creo que debería echar a correr en este mismo inst...

—¡Álex! —grito, cuando en un rápido movimiento me agarra para alzarme y me carga sobre su hombro—. ¡Bájame, Álex!

Sus carcajadas resuenan en mis oídos, y aún sigue riéndose cuando atraviesa la zona de recepción ante la atenta mirada de dos recepcionistas perplejos y varios clientes no menos sorprendidos. Levanto una mano y los saludo; de perdidos al río.

—Álex, déjame en el suelo —ordeno, aunque me da tal ataque de risa que más que una orden es apenas un balbuceo incoherente.

—No hasta que te tenga sobre la cama —replica, estirando el cuello y mirándome por encima de su hombro—, y podamos discutir cómodamente eso de quedarse a dos velas.

Una de sus manos pasa de agarrarme por las rodillas a ascender hasta alcanzar mi trasero.

—¡Álex! —protesto, con muy poca convicción.

—Siempre me ha encantado tu culo, tan pequeñito pero tan firme.

Al llegar a la habitación me lanza sobre el colchón y se queda de pie observándome. La expresión de burla que hasta hace un momento lucía ha desaparecido por completo, sustituida por una feroz determinación.

—Voy a quitarte la ropa —afirma, mientras tira de la sudadera que lleva puesta y se la saca por la cabeza junto con la camiseta— y te voy a tumbar desnuda en ese mismo sitio. Luego mi boca y mi lengua van a repasar cada curva de tu cuerpo, cada rincón —continúa, y el deseo que empaña sus palabras es tan intenso que se me encogen incluso los dedos de los pies—. Te voy a acariciar hasta que supliques por más, y luego...

Hace una pausa. Tira del botón de sus vaqueros y estos caen arrugados a sus pies. Tengo que concentrarme para tragar saliva al ver que no lleva nada debajo. Se saca las zapatillas y los calcetines, quedando totalmente desnudo frente a mí. La imagen de su cuerpo cubierto de tinta, sumada a sus palabras, me hace anhelar tenerlo ya en mi interior. Ni siquiera creo que necesite precalentamiento.

—Y luego —continúa—, luego voy a follarte despacio, muy muy despacio, y esperaré a que empieces a soltar esos gemiditos que tan cachondo me ponen para hundirme en ti tantas veces y tan profundo que no vas a poder evitar correrte.

Su mirada, fija en mí, parece estar ya acariciándome, y a mí han empezado a temblarme las piernas. Mi imaginativa mente ha traducido sus palabras en imágenes y estoy a punto de empezar a arrancarme yo misma la ropa.

Tiro de la cinturilla de mis pantalones, no con poca desesperación. Álex se pone de rodillas sobre la cama, entre mis piernas, y detiene mi mano mientras niega con la cabeza.

—No, he dicho que voy a desnudarte yo.

Me dedica una sonrisa torcida. Todo mi cuerpo palpita, ansioso, y noto la piel caliente, ardiendo de deseo por él. Paso a paso, va cumpliendo al pie de la letra todo lo que ha dicho. No sé cuánto tiempo pasa torturándome con su boca y sus manos, ni cuántas veces pronuncio su nombre mientras él se mueve con calma dentro de mí, llevándome al límite, provocándome y haciendo que el placer desborde mis sentidos. Todo lo que puedo asegurar es que mis uñas se clavan en numerosas ocasiones en su espalda y que, cuando por fin mi cuerpo se sacude con un intenso orgasmo, Álex sucumbe conmigo y gime mi nombre acompañado de un profundo susurro que suena muy parecido a un «Te amo».

CUATRO SIMPLES PALABRAS

—Venga, Álex, por favor —le ruego, y aunque no puede verme porque estamos hablando por teléfono, pongo mi mejor cara de gato con botas.

Ha pasado casi una semana desde nuestra escapada al Teide y no nos hemos visto desde que regresamos. Álex está sobrecargado de trabajo, y yo, entre las clases en la facultad y que me han llamado para echar un par de tardes extras en el bar, tampoco tengo demasiado tiempo libre. Y aunque llevamos algo más de un mes juntos, ya es el tercer fin de semana que mi jefe me llama.

Lo oigo suspirar al otro lado de la línea.

—No me apetece demasiado salir, Teresa.

Ninguna de las veces que me ha tocado trabajar ha venido a verme a pesar de que alguna de esas noches sé que ha estado por ahí con sus amigos. La verdad es que no estoy muy segura de cómo tomármelo.

—Puedes venir a la hora del cierre y dormir en mi casa —propongo, porque me muero de ganas de verlo.

Ese es otro punto de discordia: a Álex no le entusiasma demasiado lo de quedarse en mi piso. Por ahora, casi siempre que hemos dormido juntos ha sido en su casa.

—Por favor, por favor, por favor. Te echo de menos.

—Está bien —cede por fin—. Iré a tomarme una copa antes de que salgas.

Fiel a su palabra, aparece en el bar una hora antes de que echemos el cierre. A estas alturas de la noche, María, la otra camarera, y yo ya hemos pasado al modo borde. El resto de camareros, todos chicos, aún se permiten coquetear con las clientas, pero nosotras, llegadas a este punto en el que la mayoría de la gente va bastante pasada, preferimos evitar incluso mostrarnos amables. No sería la primera vez que un cliente confunde una sonrisa cordial con una burda insinuación.

Pero cuando veo a Álex acercándose a la barra no puedo evitar demostrar lo feliz que me hace que esté aquí con una sonrisa digna del mismísimo Jóker. Lleva puestos unos vaqueros oscuros y una chaqueta de cuero negro que le da, si cabe, más aspecto de macarra.

—Ey, has venido.

—Te dije que lo haría.

Le sirvo un ron con cola y me inclino sobre la barra para robarle un beso. Si bien, enseguida me veo obligada a atender a otro cliente. Álex se marcha y pillá libre una de las mesas cerca de la puerta.

—Salgo a recoger —me dice María, unos veinte minutos después.

—No te preocupes, ya voy yo.

María lanza una mirada rápida en dirección a la mesa en la que se encuentra Álex y me guiña un ojo.

—Vale.

Voy pasando de mesa en mesa y recogiendo vasos, botellines de cerveza y botellas de refresco medio vacías. Doy varios viajes a la barra para dejarlos, hasta que le toca el turno a Álex. Paso un trapo por la madera, levantando su copa vacía, y él aprovechar para deslizar los dedos por mi brazo, enviando una descarga eléctrica que me cala hasta los huesos.

—Me muero de ganas de irme contigo a casa —confieso, agotada aunque contenta de que esté aquí.

Él sonríe y abre la boca para decir algo. No llega a hablar. Frunce el ceño y su vista se pierde a mi espalda. Giro la cabeza para ver qué es lo que ha atraído su atención y me encuentro con Zac.

—Hola, pequeña Tessa —me saluda. Sus brazos me rodean y deposita un beso suave sobre mi sien.

El gesto dura apenas unos segundos, pero, por primera vez desde que nos conocemos, sus atenciones hacen que me sienta incómoda.

—Mira lo que me he encontrado abandonado en nuestro portal. —Se hace a un lado y tras él me encuentro a un sonriente Teo.

El hermano de Zac no duda en abrazarme tan fuerte que me levanta los pies del suelo. Al separarse, me hace un escaneo de pies a cabeza que ni una máquina de rayos X.

—Cada día estás más buena —suelta, como si tal cosa.

Álex me queda a la espalda, pero siento sus ojos clavados en mi nuca como dos brasas al rojo vivo. Estoy segura de que ha escuchado el comentario de Teo.

—Y tú más capullo —bromeo, en un intento de restarle importancia al piropo.

—Me ha dicho este —añade, señalando a su hermano— que te han echado el lazo.

Ahora sí, me siento obligada a volverme para mirar a Álex. La seriedad de su expresión deja claro que Teo acaba de pasar a convertirse en el enemigo público número uno.

—Álex, este es Teo, el hermano de Zac —los presento, recordándome que tengo que respirar—. Teo, este es Álex, mi novio.

Teo le tiende la mano por encima de la mesa. Álex parece pensárselo unos segundos, pero al final termina estrechándola.

—Te llevas una joyita —señala Teo, y yo empiezo a rezar para que la tierra se abra y me trague.

—¿Lo dices por propia experiencia? —replica él sin molestarse en disimular su disgusto.

Se me abren los ojos como platos ante su insinuación, pero ni siquiera tengo tiempo de intervenir.

—Más quisiera, pero Teresa es un hueso duro de roer.

A punto estoy de soltarle una colleja a Teo por el comentario, pero es Zac quien le da un empujón mientras farfulla por lo bajo algo acerca de comportarse como un gilipollas.

Álex parece a punto de sufrir un colapso. Tiene los labios apretados en una delgada línea y no deja de mirar a Teo como si quisiera borrarle la sonrisa de la cara a base de hostias. Zac, por su parte, me ofrece una mirada de disculpa.

—Ah, a ti te quería yo ver, preciosa —exclama Teo, sin darse en absoluto por aludido, cuando Marta se une al grupo.

Mi amiga mira a todos los presentes y nos saluda con la mano. Teo, que parece haber perdido todo interés en la conversación, le rodea los hombros con un brazo y la arrastra en dirección a la barra. A pesar de la evidente tensión que flota en el ambiente, Zac no parece muy dispuesto a seguirlos.

—Nos dejas un momento —le pido, cuando veo que Álex se levanta y comienza a ponerse la cazadora.

Mi amigo titubea. Le hago un gesto con la cabeza y, aunque no parece convencido, se va tras los pasos de su hermano.

—¿Vas a salir a fumar? —pregunto, sin saber cómo afrontar su enfado.

—No. —Es toda su respuesta.

Me quedo unos instantes en silencio y cambio el peso de una pierna a otra, demasiado nerviosa como para estarme quieta.

—¿Te vas?

—¿Tú que crees? —replica, dirigiéndose a la puerta.

Lo sigo, dolida por su actitud. No es que defienda a Teo, pero tampoco creo que pueda culparme por lo que ha dicho. Es más, a su manera es incluso una especie de halago.

Lo alcanzo cuando acaba de atravesar la entrada y lo agarro del brazo para detenerlo. Se suelta de un tirón, aunque al menos se detiene. La mirada que me lanza hace que un escalofrío me recorra la espalda.

—Vamos, Álex. Teo es un *bocas*, pero es inofensivo.

—¿Inofensivo? —repone con desdén—. Primero tengo que soportar que tu amiguito te sobe y luego llega ese otro imbécil y le falta tiempo para proclamar que quiere acostarse contigo.

—No es eso lo que ha dicho —lo contradigo, y también yo comienzo a enfadarme.

Antes de contestar, me dedica una sonrisa que no tiene nada de amable.

—Ah, ¿no? Porque a mí sí que me lo ha parecido.

Quiero explicarle que Teo jamás se ha propasado conmigo, que nunca ha ido más allá de las insinuaciones. Ya hace tiempo que dejé de hacerle caso, y en realidad ninguno de los dos nos tomamos en serio lo que se ha convertido en un estúpido juego. Pero Álex vuelve a hablar.

—No has cambiado una mierda.

Me quedo paralizada al escucharlo. Estoy bastante segura de que ahora mismo la sangre ni siquiera está corriendo por mis venas. Su afirmación es como una patada en la boca del estómago, o peor aún, en plena cara. Y el dolor que me provoca se convierte en algo físico en el momento en que comprendo exactamente lo que ha querido decir y en qué debe de estar pensando.

—No me puedo creer que hayas dicho eso —replico, con la voz temblando por la impotencia.

—Es la verdad.

Su tono despectivo convierte mi corazón en una puñado de pequeños trocitos amontonados. Aprieto los dientes para evitar que la humedad que me llena los ojos se desborde. Ni siquiera tengo ánimos para contestarle. Todo lo que hago es quedarme de pie frente a él tratando de contener las lágrimas y no derrumbarme.

—Eso pensaba —sentencia, ante mi silencio.

Se da la vuelta y se marcha, y yo permanezco en mitad de la acera, inmóvil, demasiado herida para seguirlo o regresar al interior del bar. Temblando de rabia y frustración, y negándome a creer que Álex me haya hecho, de forma consciente, tanto daño con tan pocas palabras.

LÁGRIMAS, TEMORES Y OTROS VIEJOS SENTIMIENTOS

—¿Se puede saber qué haces aquí fuera? —María, que no parece demasiado contenta, me encuentra no sé cuánto tiempo después aún plantada en mitad de la entrada—. Carlos está preguntando dónde demonios te has metido.

—Voy. —Es todo cuanto me atrevo a responder, temiendo que se dé cuenta de mi estado.

Me seco las lágrimas con disimulo y la sigo al interior, no quiero que Carlos, mi jefe, venga a tirarme una de sus épicas broncas. No creo que hoy lo soportase.

Me dirijo al lavavajillas y comienzo a llenarlo de forma mecánica, huyendo de mis pensamientos, cualquier cosa con tal de no dejar que lo que acaba de suceder me haga explotar delante de los clientes. Sin embargo, Zac no tarda ni medio minuto en aparecer al otro lado de la barra.

—¿Tessa? ¿Todo bien?

No alzo la vista.

—Sí.

Lo escucho suspirar.

—¿Qué ha pasado?

—Todo está bien, Zac, por favor —suplico, con la vista fija en los vasos sucios. Si no lo miro, tal vez no se dé cuenta de que algo va terriblemente mal—. No te preocupes.

Suspira otra vez y luego nada. No me atrevo a comprobar si se ha marchado y, durante los siguientes cinco minutos, me limito a proseguir mi tarea con extremada diligencia.

—Ey, Teresita, ¿me pones otra cerveza? —Oigo que me llaman.

Esta vez sí que alzo la cabeza para fulminar a Teo con la mirada, aunque no hago el más mínimo amago de servirle. Él, consciente de mi enfado, se inclina sobre la barra para hablarme en voz baja.

—Siento si te he causado algún problema con tu novio —susurra, y parece sincero—, pero permíteme un consejo aunque pienses que soy un gilipollas. Estás muy buena, eres divertida y una tía legal, además de lo suficientemente inteligente como para no haberte liado nunca conmigo. —Me quedo observándolo sin saber si reírme por pura desesperación o ceder al llanto—. Y, por si fuera poco, mi hermano te adora. Así que ándate con cuidado con ese tío. Si parece un cabrón y actúa como un cabrón es porque *es* un cabrón. Te lo dice uno de ellos —concluye, y no hay rastro de burla en su voz.

En cuanto saco del frigorífico una cerveza, me la arranca de entre las manos y se marcha sin añadir una palabra más, dejándome con la duda de si está tomándose el pelo o lo dice en serio. Aunque, viniendo de él, estoy casi convencida de que no estaba bromeando.

A la hora del cierre, apenas si me mantengo en pie. Estoy exhausta tanto física como mentalmente. Mis amigos han esperado pacientemente a que acabara, aunque hubiese preferido que se marcharan y no tener que enfrentarme a ellos.

—¿Vienes con nosotros? Vamos a tomar la última —comenta Zac, a pesar de que creo que conoce la respuesta incluso antes de formular la pregunta.

Niego con la cabeza.

—Id vosotros y pasadlo bien. Yo estoy demasiado cansada, solo quiero meterme en la

cama.

—Marchaos —suelta Marta—. Yo me quedo con ella.

Me da la sensación de que Zac y ella intercambian una mirada de entendimiento, pero no me paro a analizarlo. No tengo fuerzas para ello.

—¿Quieres contarme qué cojones ha pasado con Álex? —pregunta mi amiga en cuanto Teo y Zac nos dejan a solas.

—Nada —replico, y como sé que va a estar acosándome hasta que le cuente algo, añado—: Le ha sentado un poco mal una cosa que ha dicho Teo.

Resopla.

—¡No me digas! —repone, con no poco sarcasmo—. Si parecía el muñeco rojo de la película esa de las emociones.

—¿*Del revés*?

—Esa misma. Solo le faltaba echar fuego por la cabeza.

Muy a mi pesar, el comentario me hace sonreír, aunque la alegría me dura lo que tardo en recordar las palabras de Álex.

—¿De verdad va todo bien? —insiste, preocupada—. Porque por tu expresión te diría que lo mandases a la mierda.

Se cuelga de mi brazo y echamos a andar.

—Pensaba que me animabas a que peleara por esto —replico, con tono seco, y me arrepiento de inmediato porque soy consciente de que estoy pagando mi frustración con ella.

Por suerte, Marta no se lo toma mal.

—Y te animo, Tessa, pero no me pidas que te vea sufrir y me quede callada. Cuando Álex reapareció me pareció bien apoyarte. ¡Joder! Es algo que tienes que superar o que arreglar. Dime una cosa, antes de estar con él, ¿cuánto tiempo has pasado sin echar un polvo?

Pongo los ojos en blanco, cansada de que para Marta todo se reduzca al sexo.

—Quien dice echar un polvo, dice pillarte por un tío. O darte el lote ¡Algo! —exclama, cada vez con más ímpetu.

Sigo caminando, mirando al frente. Nos cruzamos con un montón de grupos de gente de nuestra edad. Los sábados por la noche siempre son moviditos en esta zona de La Laguna.

—He estado con otros tíos antes de volver con Álex, y he tenido algunas relaciones.

—¿Hace cuánto? ¿Y durante cuánto tiempo? Vamos, Tessa, la relación más sólida que tienes es con Zac, y ese es otro que últimamente no folla ni por equivocación.

¡Por dios! ¿Es que no tiene límites?

—Lo tuyo es una obsesión —resoplo, planteándome si la importancia que le da Marta al sexo no es un poco anormal, pero ella me ignora.

—Cierra esa etapa. Déjalo ir si te hace daño.

—Solo ha sido una pelea.

Ni siquiera sé por qué estoy defendiéndolo, no después de lo que ha insinuado. Pero no es algo que quiera contarle a Marta, ni siquiera quiero pensar en ello. Todo lo que deseo es llegar a casa, meterme en la cama y esconder la cabeza bajo la almohada. Probablemente, también dejar salir las lágrimas que me he quedado dentro. Lo de dormir hoy va a ser muy complicado.

—Y Zac sí que folla —añado, más por cambiar de tema que porque quiera seguir hablando de la vida sexual de mis amigos.

Marta se ríe, aunque yo no le veo la gracia a mi comentario.

—Zac está enamorado.

Me quedo clavada en el sitio y Marta se lleva un buen tirón de brazo. Esto sí que es una

sorpresa.

—¿De quién? No me ha dicho nada, no habla de ningún chico o chica en concreto.

—No sé si es él o ella, ni de quién se trata, pero, créeme, está pillado por alguien seguro. El otro día salimos Marcos, él y yo, y le intentamos encasquetar a no sé cuántos tíos. —Voy a protestar por la tontería que estoy segura de que va a sugerir, pero no me da opción—. Los rechazaba como solo lo hace la gente que sabe que no quiere liarse con nadie porque ya tiene a alguien especial en su vida. Tú ya me entiendes.

Agito la cabeza con cierta incredulidad. Marta, que parece haber encontrado un filón en el análisis punto por punto de los gestos y actitudes de Zac, se tira el resto del camino hasta mi piso parlotando alegremente sobre el tema. Yo fuerzo varias sonrisas y suelto un *ajá* aquí y otro allá, aunque mi mente es incapaz de concentrarse en la conversación, lo que hace que me sienta aún peor. Soy una pésima amiga.

Cuando ya en casa, menciona a Marcos de nuevo, aprovecho para interesarme por sus avances. En este momento prefiero concentrarme en su vida amorosa antes que en la mía.

—¿Y bien?

—Es divertido, muy sexy y tiene todos los músculos muy bien puestos. Todos —remarca, arrancándome un pequeña sonrisa.

—Lo tuyo no tiene arreglo.

—Ya, pero te has reído —replica, satisfecha.

Me deshago del bolso y de la chaqueta. Ahora que estoy en casa, la soledad de mi habitación me reclama aún con más intensidad. Como hay confianza, dejo a Marta que se las arregle por sí sola y que ocupe el cuarto de invitados. Teo tendrá que apañárselas y dormir en la habitación de Zac o en el sofá.

—Buenas noches, petarda. —Me da un abrazo antes de dejarme ir—. Procura descansar.

Le devuelvo los buenos deseos, aunque sé que los suyos no me servirán de nada. No esta noche. Cierro la puerta de la habitación y me dejo caer sobre el colchón sin siquiera quitarme la ropa. Lo único que hago antes de taparme con la colcha es asegurarme de que no tengo ninguna llamada o mensaje de Álex, pero no hay nada.

El agujero que ha aparecido en mi pecho parece ensancharse al mismo ritmo que el silencio se extiende por la casa conforme Marta se prepara para meterse también en la cama. Cuando ya no se escucha ningún ruido y estoy segura de que Marta se ha quedado dormida, las lágrimas acuden a mis ojos y empapan la almohada con rapidez. Me niego a aceptar que Álex tenga una visión tan pobre de mí. Ya sé que le hice daño con mi comportamiento en el pasado, pero si yo he intentado no culparlo por cómo me trató, ¿tan difícil es que me vea tal y como soy ahora?

Las preguntas se suceden una tras otras, asfixiándome. ¿De verdad me ve así? ¿Lo ha dicho llevado tan solo por los celos? ¿No ha cambiado en realidad? ¿He cambiado yo? ¿Somos los mismos y estamos destinados a hacernos daño de nuevo? ¿O tan solo ha sido un malentendido, una simple pelea, como me he esforzado por hacerle creer a Marta?

Doy vueltas y más vueltas sobre el colchón. Cuando pienso que las lágrimas han cesado, los sollozos sacuden mi cuerpo de nuevo. Y así, entre cuestiones sin respuesta y un llanto desconsolado, entre temores y otros viejos sentimientos, en algún momento consigo quedarme dormida.

¿IGUALES?

—Estás hecha una pena —suelta Marta, cuando por fin decido salir de mi encierro a las cinco de la tarde del día siguiente.

Hasta ahora solo he hecho un par de viajes al baño. Ni siquiera me he adentrado en la cocina y, por tanto, no he probado bocado desde la cena de anoche. Me siento tan mal como sugiere mi aspecto.

Mi amiga está sentada en el sofá, al igual que Teo, que me mira con lo que sospecho que es una buena dosis de compasión. Cada uno apoya la espalda en uno de los reposabrazos laterales y sus piernas se entrecruzan en la parte central. Él juguetea con el mando de la televisión mientras que ella hojea una revista.

Teo se incorpora hacia delante y sus rodillas rozan las de Marta, que le dedica una sonrisa. Casi parecen una pareja de enamorados. Creo que ni siquiera son conscientes de la imagen cómplice y tierna que me están ofreciendo. En otro momento seguramente aprovecharía para burlarme de ellos, pero el dolor de cabeza y mi estómago suplicando algo de comida no me lo permiten.

—¿Quieres que te prepare un café? —se ofrece Marta.

Se levanta sin esperar respuesta y, al hacerlo, le da un coqueto empujoncito con la cadera a las rodillas de Teo. Este ladea la cabeza para observarla mientras se dirige a la cocina.

—¿No es una preciosidad? —comenta, y escucho a mi amiga reírse desde la habitación contigo. En este instante, Teo incluso parece un buen tío. Hasta que grita—: ¡Marta! ¡Deberíamos echar un polvo!

Y hasta aquí el momento de ternura de hoy. Son tan parecidos que imaginarlos juntos da un poco de miedo.

Marta asoma la cabeza a través del hueco de la puerta.

—Eso se lo dices a todas, ¿no? —se burla, sin amilanarse por su actitud directa.

—Pero tú eres especial.

Oigo las carcajadas de mi amiga desde donde estoy a pesar de que se ha vuelto a meter en la cocina.

—¡No creo que seas capaz de seguirme el ritmo, Teo! —replica, a voz en grito—. No soy como esas niñas con las que te sueles contentar.

Teo frunce el ceño, incluso parece herido por su comentario. En un tío para el que la vida es una fiesta continua, el gesto resulta extraño. Se pone en pie y pasa a mi lado para ir al encuentro de Marta, y yo sigo sus pasos, muerta de curiosidad.

Mi amiga se encuentra de espaldas, sirviendo una taza de café, y no lo ve llegar. Sin embargo, él actúa con una seguridad implacable. La agarra de la muñeca y la obliga a soltar la taza, para después hacerla girar y acorralarla contra la encimera. Cuando sus caderas se clavan en las de ella, me da por pensar que tal vez no debería quedarme a ver lo que pasa a continuación.

Esto va a terminar mal, me digo, porque no sé quién de los dos es capaz de la mayor burrada.

—¿Pero qué coj...?

Teo la silencia dándole un morreo que, definitivamente, no es apto para todos los públicos. La suelta casi de inmediato, pero no se separa de ella.

—Cuando estés lista para probar a montártelo con un tío de verdad, avísame —le dice él con un gruñido.

Y ya la tenemos liada.

Marta le cruza la cara de una bofetada y el sonido que produce el golpe hace que me duela hasta a mí.

—Si vuelves a besarme, te juro que vas a perder eso que crees que te convierte en un hombre.

A continuación, sale de la cocina con un aire tan digno que me dan ganas de aplaudir. Teo se gira para seguirla con la mirada y tengo que reprimir una carcajada al ver la marca roja de su mejilla. Sin embargo, él se pasa la mano por la cara y sonrío. Este chico está mal de la cabeza.

—Yo creo que le molo.

—Sois tal para cual —replico, mientras termino de servirme el café yo misma—, pero esta vez te has pasado tres pibe lo, Teo.

—Eso pienso yo —suelta él, muy serio, ignorando la segunda parte de mi comentario. Luego, señala la cafetera—. ¿Me pones uno?

Me dedica su mejor sonrisa de casanova, dejándome tan confundida con sus cambios de expresión que, para variar, no sé cuánto de broma hay en sus palabras.

La escasa preocupación que muestran mis amigos por lo sucedido ayer me indica que no le han dado mayor importancia. Claro que ellos no saben todo lo que pasó. No obstante, siento un alivio creciente. Con suerte, Zac tampoco se mostrará interesado en volver a sacar el tema. Intuyo que debe estar echándose la siesta. No importa a qué hora se acueste, siempre madruga. Por lo que luego suele suplir la falta de horas de sueño a media tarde.

Después de reponer mis niveles de cafeína y comerme un sándwich, que es cuanto consigo que admita mi estómago, vagabundeo del salón a mi dormitorio sin hacer caso del tira y afloja que se traen entre manos Marta y Teo. Reviso el móvil de forma obsesiva, pero parece que Álex no tiene nada que decir y, con cada hora que pasa sin dar señales de vida, me convengo más de que voy a ser yo la que tenga que llamarlo. No me importa dar el primer paso si él está dispuesto a hablar, pero siento demasiada inquietud por lo que vaya a decirme.

Mis esperanzas de que nadie mencione lo de anoche se van al traste cuando me cruzo con Zac en el pasillo. Tiene el pelo revuelto y la sombra de una barba incipiente le cubre el mentón, aunque esa clase de detalles no hacen otra cosa que aumentar su encanto natural. A mí, en cambio, me pilla justo saliendo del baño, con tan solo una toalla enrollada alrededor del cuerpo y otra en la cabeza. En cuanto me ve, toma mi cara entre sus manos y me mira directamente a los ojos, como si quisiera extraer de ellos lo que no estoy dispuesta a contarle.

—¿Qué tal estás?

Se me escapa un suspiro, aunque mi intención es no parecer afectada. Sin embargo, creo que él es capaz de ver el dolor en mis ojos.

—La verdad —me pide, y eso que aún no le he contestado.

—Solo ha sido una pelea.

Quizá si continúo repitiéndolo puede que me lo crea.

No es que no confíe en Zac o en Marta, pero soy consciente de lo que van a decirme y no estoy segura de querer oírlo. No sé si mi actitud es cobarde o es que simplemente no deseo escuchar algo que debilite mis fuerzas, y tampoco me gustaría que pensarán mal de Álex. Aunque Marta crea que tal vez sea mejor que me rinda y pase página, no estoy preparada para dejar ir al amor de mi vida.

—Estoy aquí, ¿vale? —Me abraza, estrechándome contra su pecho, y me susurra al oído

—: Siempre.

La incomodidad regresa. Imagino lo que diría Álex si me viera aquí, medio desnuda y entre los brazos de Zac. Me pregunto si no llevará algo de razón al sentirse celoso, no porque haya nada entre mi amigo y yo, sino por la extraña relación que mantenemos. ¿Cómo lo llevaría si fuera al revés? ¿Si fuera él quien recibiera tantas atenciones de su mejor amiga? Puede que entonces yo también explotara; tal vez la intimidad que compartimos Zac y yo sea una variante de mi comportamiento en el pasado. Una demanda continua de atención.

El pensamiento pone en tensión todos los músculos de mi cuerpo, y Zac debe darse cuenta de que algo va mal, porque deja caer los brazos de inmediato.

—Voy a vestirme.

Me separó de él sin mirarlo y me meto a la carrera en mi dormitorio, cerrando la puerta tras de mí. Tardo unos segundos en escuchar sus pasos alejarse por el pasillo.

Me derrumbo sobre la cama. ¿Qué demonios me pasa? ¡Le acabo de estampar la puerta en las narices a mi mejor amigo! Pero la idea de que nuestra relación sea inapropiada no deja de dar vueltas en mi cabeza, arrastrándome al rincón de los recuerdos. La imagen de Zac acogiéndome en su regazo, ambos excitados por el contacto, aparece ante mis ojos con total nitidez. No estaba con Álex, pero eso no cambia el hecho de que resulte fuera de lugar para una amistad. Mi mente sigue recorriendo otros momentos, los besos, los abrazos...

«No eres la misma», me repito una y otra vez. Sin embargo, por primera desde hace algunos años, empiezo a dudar de mí y de quién soy realmente.

SIN TI

Cuarenta y ocho horas. Dos días que paso en plan zombi, machacándome a base de pensamientos contradictorios, elucubraciones de lo más variadas y, por qué no decirlo, alguna que otra paja mental. Ninguna noticia de Álex, ni por su parte ni por la mía.

Por otro lado, mi actitud con Zac se ha vuelto esquiva. Él no se da cuenta o decide no hacer nada al respecto. Las veces en las que no puedo evitar que coincidamos, se muestra tal y como de costumbre. No sé muy bien qué estoy haciendo, pero la complicidad natural que siempre hemos compartido parece haberse esfumado de repente. Tengo claro que tiene mucho que ver con lo que dijo Álex, si bien tampoco he logrado reunir el valor para hacerle frente.

—¿Te apuntas a una pizza?

La invitación proveniente de Teo, que aún continúa quedándose en casa, me pilla con la guardia baja. Dejo a un lado el libro que estoy leyendo y me incorporo sobre el colchón. Echo de menos leer con Zac en el parque, hace semanas que no lo hacemos.

—Vamos todos —añade, supongo que como incentivo.

Marta aparece a su espalda. Apoya la barbilla sobre su hombro y sonríe. Vuelven a comportarse como adultos, por ahora.

—No puedes negarte. Celebramos el cumple de este impresentable.

Teo compone una expresión ofendida.

—Tú sigue intentando esconder la atracción que sientes por mí bajo esa actitud despectiva —replica, consiguiendo que Marta ponga los ojos en blanco.

—Aprovecha cuando soples las velas y pide que te devuelvan a la realidad —se mofa ella—. Ese mundo paralelo en el que vives te hace parecer un iluso.

Teo la agarra y tira de ella. Y aunque mi amiga se resiste con todas sus fuerzas, termina atrapada entre sus brazos. No puedo dejar de contemplarlos con algo de envidia y nostalgia. ¿Nos verían los demás así a Zac y a mí?

—Tengo mucha fe —proclama Teo, sujetándola para que no escape—. Montañas de fe e ilusiones.

Marta se revuelve al tiempo que la risa le gana terreno.

—¡Lo que estás es salido!

Me muerdo el labio para no echarme a reír.

Zac aparece en escena justo cuando su hermano está apunto de contestar y, de repente, mi habitación parece demasiado pequeña y llena de gente.

—¿Se puede saber qué hacéis? —los reprende, aunque su atención está puesta en mí.

Su mirada recae sobre la cama y se acerca para tomar el libro. Lo observa durante unos instantes. Cuando sus ojos regresan a mí están cargados de tristeza y algo se rompe dentro de mí. Me siento dividida entre lo que se supone que tengo que hacer y lo que deseo hacer, lo que mi corazón me pide que haga. A lo mejor el problema es que quiero tenerlo todo.

—¿Mañana? —susurra, tendiéndome la novela, y comprendo enseguida que él también me echa de menos.

—Mañana —confirmo, sin pararme a pensarlo dos veces.

Me dedica la mejor de sus sonrisas y se inclina para murmurar en mi oído:

—Ven a cenar con nosotros, no creo que soporte a estos dos si no me acompañas.

Termino aceptando. Me digo que no puedo faltar al cumpleaños de Teo, pero en el fondo sé que el motivo principal es pasar un rato con Zac. Que vayamos en grupo al menos hace que pueda aparcar la culpabilidad durante un rato y disfrutar sin trabas de la compañía de mi segunda familia.

—Un metro —dice Teo con tono de perverso—. Mide un metro.

Agito la cabeza. A pesar de estar hablando de una salchicha, en su boca todo suena realmente obsceno. Al final hemos desechado la pizza y nos hemos ido a una cervecería cercana a comernos una de esas típicas salchichas de un metro, algo que Leo no deja de comentar.

—Lo tuyo es de traca —dice Marta, metiéndose un buen trozo en la boca ante su atenta e interesada mirada.

—Le dijo la sartén al cazo —señalo, riendo—. De verdad, estáis enfermos.

Los hermanos intentan imitar la proeza de Marta y la cena se convierte en una competición para ver quién es capaz de comerse el trozo más grande sin morir atragantado. Sus tonterías hacen que me sienta algo mejor y, por unas horas, me olvido del dolor que me provoca la ausencia de Álex.

Reparo en las miradas furtivas que me lanza Zac cuando cree que no le estoy prestando atención y en que parece feliz, más feliz que las pocas veces que hemos coincidido en los últimos días.

Todos quieren ir a tomar algo al finalizar la cena para brindar por los recién estrenados veintidós años de Teo, aunque son casi las doce. Pero yo, a riesgo de parecer una aguafiestas, les hago saber que me voy derechita a casa. Mañana tengo clase a primera hora y, con lo poco que estoy durmiendo, necesito descansar.

—¿Te acompaño? —se ofrece Zac, y yo niego con rapidez.

Aparta un mechón de mi cara y me da un beso rápido en la mejilla. Se apresura a alcanzar a Marta y Teo, que van ya calle abajo discutiendo a saber sobre qué escandaloso tema. Me abrocho la cazadora y pongo rumbo a casa. Aprieto el paso no solo debido al frío y la humedad. No hay demasiada gente por la calle y nunca me ha gustado ir sola de noche a pesar de que La Laguna es una ciudad bastante tranquila.

Estoy a punto de meter la llave en la cerradura del portal cuando escucho un ruido a mi espalda, y por un momento me da por pensar que algún loco va a atacarme. Al girarme, me encuentro a Álex de pie junto al bordillo de la acera. Mantiene la barbilla baja y en su mano derecha hay un pitillo encendido. No lleva más abrigo que una camiseta de manga larga; debe estar helado.

Siento deseos de echar a correr y lanzarme contra su pecho. Ahora que lo tengo delante me doy cuenta de cuánto añoro la sensación de sus brazos rodeándome y sus labios presionando los míos. Pero me quedo aquí, observándolo y sin decir nada.

Se lleva el cigarrillo a la boca, inhala despacio y, solo entonces, alza la vista para mirarme. Está tan serio que no tengo ni idea de qué es lo que está pensando.

—Hola, Álex —digo con un hilo de voz.

—Deberíamos hablar.

Asiento, cada vez más nerviosa, o tal vez debería decir aterrada. El temor a que lo nuestro se acabe aquí y ahora oprime mi pecho. No concibo perderlo después de todo lo que hemos pasado.

—Subamos, te estás congelando —sugiero, y él avanza hasta mí.

Su característico olor me envuelve en cuanto se sitúa a mi lado y, mientras giro la llave dentro de la cerradura, no puedo evitar cerrar los ojos y evocar todos los momentos que mi mente

asocia a su aroma.

Entramos en el portal a oscuras y llego hasta el primer descansillo antes de darme cuenta de que Álex no me sigue, se ha quedado inmóvil en la entrada. Las sombras que cubren su rostro no me permiten ver su expresión.

—¿Álex?

—Abrázame, por favor.

Sus palabras llegan a mí como una súplica a la que soy incapaz de resistirme. Me lanzo en sus brazos y él responde apretándome con tanta fuerza que pierdo el aliento. No protesto. Hundo el rostro en el hueco de su cuello y dejo que mis labios reposen sobre su piel, fría por haber pasado a saber cuánto tiempo en el exterior.

—Joder, Teresa.

Me separo de él al percibir que está temblando, reacia a perder el contacto con su piel pero esperando que suba conmigo a casa y podamos hablar con tranquilidad. Entrelazo mis dedos con los suyos. Él los lleva hasta sus labios y deposita un beso en el dorso de mi mano.

—Lo siento mucho.

—Vamos.

Lo arrastro escaleras arriba y no tardamos mucho en entrar en el salón de mi casa. Mientras me deshago del abrigo y el bolso, Álex toma asiento en el sofá.

—¿Quieres algo?

—Solo que te sientes aquí conmigo —me pide, y acudo a su lado.

Se recuesta contra el respaldo y deja caer la cabeza hacia atrás, cerrando los párpados.

—Teresa, lo siento. —Vuelve a disculparse—. Siento mucho mi actitud de la otra noche.

—Yo también siento lo que sucedió con Teo.

Estiro la mano y rozo uno de sus dedos con cautela. No sé si quiere que lo toque o no, pero no puedo evitar buscar su contacto.

—Sé que tú no hiciste nada malo —prosigue, y abre los ojos para mirarme—, pero yo... yo solo...

Le doy un apretón en la mano, animándolo a continuar.

—Tienes que entender que lo que pasó hace años sigue ahí, y ver a ese imbécil tirándote los tejos en mi propia cara es más de lo que puedo soportar.

—No soy aquella chica, Álex —replico, aunque hay una parte de mí que alberga algunas dudas.

—Lo sé, lo sé —se apresura a contestar. Inclina el cuerpo hacia delante, evitando mi mirada, y se pasa las manos por la nuca—. Pero si lo hiciste entonces... Lo recuerdo con tanta jodida nitidez.

Me deshago de las botas y subo las piernas al sofá, encogiéndolas contra el pecho. De repente me siento más vulnerable de lo que me he sentido en años. Al ver a Álex en mi puerta esperaba que dijera que se había dejado llevar por el calentón del momento y que, en modo alguno, creía que fuera cierto. En cambio, la realidad es que no está negando que piense eso de mí, tan solo se está justificando. Comprenderlo hace que la humedad vuelva a invadir mis ojos y el vacío de mi pecho se vuelva doloroso de un modo insoportable.

—¿En serio crees que yo...?

No me atrevo a mencionar lo que pasó, no quiero hacerle más daño y tampoco es que a mí me guste recordar aquello.

—No, Teresa —contesta, pero no suena convencido, y verme a través de sus ojos duele todavía más—. Solo quiero que seas paciente, que me des un poco de margen.

Apoyo la barbilla sobre mis rodillas y lucho por mantener el ánimo.

—Te he dado dos días —bromeo, con poco éxito. La voz se me quiebra a mitad de la frase.

—Y casi enloquezco sin ti.

TERESA O TESSA

Ladeo la cabeza para observarlo. Sigue con expresión seria y con esta luz se aprecian claramente dos sombras oscuras bajo sus ojos. Me pregunto por qué tiene que ser tan difícil para nosotros conservar la felicidad, por qué dos personas que se quieren tanto no son capaces de dejar el pasado atrás y concentrarse en lo bueno que tienen ahora.

Tomo una bocanada de aire.

—Si nos dejamos arrastrar por lo que pasó, terminaremos haciendo de ello nuestro presente.

Solo quiero que comprenda que el destino, el azar o lo que quiera que guíe nuestras vidas, nos ha dado una segunda oportunidad. Se supone que somos más adultos y que hemos aprendido de nuestros errores. Se supone que estamos aquí de nuevo porque nos amamos demasiado para dejarnos ir. Pero tal vez yo sea una ingenua, porque Álex ni siquiera parece estar escuchándome.

—Si cierro los ojos, todavía te veo con aquel gilipollas —escupe a bocajarro—. Mierda, Teresa. ¡Encima vives con un tío!

Aprieta los puños, como si luchara por contenerse, y yo me encojo un poco más. Sabía que compartir piso con Zac se convertiría en motivo de discusión más tarde o más temprano.

—Quién me dice que en estos dos días...

No necesita completar la frase, ambos sabemos lo que está insinuando. A pesar de lo desesperado de su expresión y el dolor con el que parece pronunciar cada palabra, sigo sin comprender cómo puede pensar que sería capaz de algo así.

—No ha pasado nada entre Zac y yo, y tampoco con ningún otro —afirmo, a duras penas. No porque esté mintiendo, sino porque la presión en mi pecho es demasiado intensa y amenaza con asfixiarme—. Tienes que confiar en mí, Álex.

Procuró no dejarme llevar por lo ofensivo que resultan sus pensamientos sobre mí y me digo que solo está diciendo todo esto llevado por el dolor.

—¿Y qué has estado haciendo? —pregunta, dedicándome una mirada acusadora—. No he sabido nada de ti en dos putos días.

Esta vez no puedo evitar enfadarme. La frustración se convierte en ira en apenas un parpadeo.

—¿De verdad crees que voy a correr a tirarme al primero que pase solo porque nos hayamos peleado?

—No me hables así —replica. Aprieta los dientes y se pone en pie—. ¡Eso es lo que solías hacer! Es a lo que me tienes acostumbrado.

Su voz ha pasado de un doloroso susurro a un grito enfurecido. Comienza a pasearse por el salón. Va de un lado a otro, como si no pudiera contener la rabia que corre por sus venas. Yo también me pongo en pie, pero, ni por un momento, hago amago de acercarme a él.

—¡No soy la misma! —le grito a su vez, ahogada por la impotencia—. ¡No lo soy!

La puerta principal se abre y Zac entra por ella a grandes zancadas. Antes de que tenga tiempo a moverme, se coloca entre Álex y yo. Su mirada alterna entre ambos.

—¿Qué está pasando aquí? —exige saber. Suspiro y me dejo caer de nuevo sobre el sofá, derrotada. Esto ya no puede ir a peor—. He hecho una pregunta muy sencilla —insiste, cuando ninguno de los dos dice nada—. Se oyen los gritos desde el portal.

Desvía su atención hacia Álex, dedicándole una mirada muy poco amistosa. Para completar el desastre, Teo aparece en la entrada casi sin respiración, está claro que Zac lo ha dejado atrás y debe haber subido las escaleras a la carrera. Contempla la escena con aire preocupado.

—Nada de esto es de tu incumbencia —gruñe Álex.

Zac se vuelve hacia mí, buscando una explicación que está claro que él no va a darle.

—¿Tessa?

—Se llama Teresa —interviene Álex, dando un paso hacia delante.

Zac gira la cabeza lentamente y lo fulmina con la mirada; también él da un paso al frente. Si no hago algo es probable que acaben por perder los papeles y lleguen a las manos, pero ni siquiera sé qué decir. Las insinuaciones de Álex retumban en mi cabeza y mi mente las ha transformado en una serie de insultos que hacen que sienta deseos de seguir gritando y de llorar al mismo tiempo.

—Dime algo, Tessa —insiste mi amigo, ignorándolo.

—SU. NOMBRE. ES. TERESA. —Álex está rojo de ira.

Zac no se lo piensa dos veces. Avanza hasta él y lo encara. Teo se mueve al fin y acude junto a su hermano. Su reacción me saca del trance y lo imito, temerosa de que acaben enzarzándose en una pelea por algo tan estúpido como mi nombre, aunque soy consciente de que no es solo por eso por lo que se están enfrentando.

—¡Basta! —exclamo, fuera de mí. Tiro de mi amigo para alejarlo de Álex, pero no me lo permite—. Zac, por favor —le ruego, consciente de que si Teo no me ayuda, no podré hacer nada salvo meterme entre ambos.

Pero él se limita a mantenerse junto a Zac, a la espera de lo que suceda a continuación. Álex, por su parte, no deja de mirar mis manos, que mantengo en torno al brazo de Zac, como si verme tocándolo resultara para él un ataque directo. Es probable que así sea.

—Zac —Tiro de él una vez más, y esta vez al menos atraigo su atención y consigo que me mire. Niego con la cabeza—. Basta, por favor.

Titubea unos segundos, pero termina por retroceder. Teo suspira, se pasa una mano por el pelo y va a sentarse al sofá. Pero la tensión que flota en el ambiente ni mucho menos desaparece.

—Si vuelves a gritarle, te lanzo escaleras abajo yo mismo —advierte Zac a Álex, y le creo muy capaz de cumplir esa promesa. Luego, se vuelve hacia mí—. Lo quiero fuera de aquí, Tessa.

—Necesito hablar con él —replico, suplicándole con la mirada para que no empeore la situación.

—No vas a echarme de ninguna parte —interviene Álex, con un deje despectivo que me hace esbozar una mueca—. No me iré hasta que Teresa me lo pida.

Tras varios minutos convenciendo a Zac para que nos deje a solas, Teo y él se marchan en dirección a los dormitorios, no sin antes lanzarle sendas miradas de advertencia a Álex. Este se queda observándolos sin amedrentarse.

Pasamos varios minutos en silencio, hasta que las palabras no pronunciadas comienzan a asfixiarme.

—¿Cómo puedes pensar eso de mí y aun así estar conmigo? —le pregunto, deshecha. Tengo sus acusaciones clavadas en el pecho—. ¿Crees que yo no sufrí? Tú tampoco me lo pusiste fácil, Álex. No eras ningún santo. —Ahora que por fin he comenzado a hablar, no soy capaz de detenerme, aun con el dolor que me provoca tener que volver a sacar a relucir el daño que nos hicimos—. Te aprovechaste de lo culpable que me sentía, jugaste con esa ventaja para

conseguir que hiciera lo que a ti te diera la gana incluso antes de que yo perdiera el rumbo y... me comportara de aquella forma.

Álex se muerde el labio inferior. No deja de observarme fijamente, como si pretendiera ver a través de mi piel y extraer la verdad directamente de mi interior. Pero la cuestión es que no hay una verdad absoluta para lo que nos sucedió, no hay un culpable, al menos no uno solo, y tirar de ese hilo solo hará que volvamos al mismo punto en el que una vez estuvimos. Nada de esto mejorará nuestra relación ni nos ayudará a seguir adelante juntos.

Sus hombros caen junto con su mirada.

—Lo siento —murmura, una vez más, y esas dos palabras empiezan a no tener sentido para mí.

—No me digas que lo sientes, no necesito que te disculpes. Necesito que creas en esto, que creas en mí, y que hagas lo posible y lo imposible para que lo nuestro funcione. Reúne el amor que dices que sientes por mí —añado, y la aparente duda sobre si de verdad me quiere hace que levante la cabeza de inmediato— y lucha para que tengamos un futuro.

Ojalá la pasión que impregna mi discurso consiga llegar de alguna forma hasta él. Revivir todo esto, discutir, gritarnos... me está destrozando por dentro, pero nada de eso tiene comparación con la herida que me ha provocado darme cuenta de lo que ve cuando me mira. Eso es mil veces peor que nada de lo que pueda hacer o decir.

—Es mejor que te vayas, ambos necesitamos descansar —concluyo, a pesar de que nuestra conversación ha empeorado más si cabe las cosas.

Pero no puedo seguir haciéndole frente en este instante. Quiero poder derrumbarme a solas, sin ser juzgada por nadie, y también lidiar con esa parte de mí que está muy cabreada por lo que ha dicho. El enfado no va a llevarme a ningún sitio y necesito alejarme de él y de la influencia que ejerce sobre mí para poder ver las cosas con perspectiva y tranquilizarme.

Él no objeta nada a mi petición. Antes de que salga por la puerta, rozo su brazo con la punta de los dedos.

—Te quiero, Álex —le digo, a pesar de todo, y soy totalmente consciente de que seguirá siendo así.

AMAR, LUCRAR O RENDIRSE

A la mañana siguiente, me obligo a arrastrarme hasta la facultad mucho antes incluso de que empiece la primera clase, solo para no coincidir con Zac en el desayuno. No sabría qué decirle, aunque sé que en algún momento voy a tener que darle algún tipo de explicación.

Un problema a la vez, me digo, y es irónico que ahora mismo esté en una optativa que se llama Estrés y rendimiento, intentando concentrarme por todos los medios en lo que dice el profesor.

Al despertar, he encontrado en el móvil una serie de mensajes de Álex pidiéndome disculpas de nuevo, rogándome que lo perdone y diciéndome que le permita demostrarme lo mucho que me necesita en su vida. No sé cómo hacerle entender que ese no es el problema. Soy consciente de que nos queremos, pero si seguimos así no acabaremos bien. A pesar de todo, ni siquiera soy capaz de odiarlo, pero con cada palabra suya siento que una parte de mí se resquebraja, como un cristal que fuera recibiendo un golpe tras otro y llenándose de fisuras. Más tarde o más temprano, si Álex no se da cuenta de lo que su actitud provoca en mí, me haré pedazos y no quedará Tessa a la que querer.

Para cuando finaliza la clase no tengo ni la más remota idea de lo que han explicado en ella. Me acerco a Guaci, una de las compañeras con las que mejor me llevo, y le pido sus notas.

—Tienes mala cara —dice, ofreciéndome sin ninguna pega sus apuntes—. ¿Te encuentras bien?

Me da la sensación de que, en las últimas semanas, me han formulado demasiadas veces esa pregunta, pero respondo con un gesto afirmativo.

—Puedo ir a buscarlos a tu casa cuando quieras —se ofrece, señalando los folios que acaba de entregarme con una gran sonrisa bailando en los labios—, no me importa.

Sin comprender a qué viene tanta emoción, me giro para seguir su mirada hasta la puerta. Mis ojos tropiezan con los de Zac.

—¿Estáis liados? —tercia Guaci, y reprimo las ganas de soltar una bordería.

Me contengo porque soy consciente de que la mayoría de la gente da por hecho que estamos saliendo y, en otras circunstancias, incluso me hubiera hecho gracia. Hoy no.

—Solo somos amigos —comento, con un tono monocorde y bastante poco entusiasta.

—Lo dicho, ya pasaré yo a buscarlos.

Se despide con un guiño y a punto estoy de tirarme de los pelos en mitad de la clase. Tengo que recordarme el efecto que Zac suele causar tanto en las chicas como en los chicos y que Guaci me ha dejado los apuntes sin rechistar para no lanzárselos a la cara.

Dirijo mis pasos hacia la puerta. Zac ha desaparecido, pero, al salir al pasillo, lo encuentro apoyado en la pared, esperándome.

—La tienes encandilada —digo, señalando a Guaci, que se aleja en dirección a nuestra siguiente clase.

Él ni siquiera mira hacia donde estoy señalando.

—Te invito a un café. Nada de excusas, tienes pinta de necesitarlo —se apresura a añadir antes de que pueda replicar.

—Tengo clase.

Mi intento de escabullirme funciona de pena. Zac ladea la cabeza y su mirada lo dice

todo: nada de excusas es nada de excusas. No parece que vaya a rendirse.

—Añado a la oferta un bollito de chocolate de los que tanto te gustan —comenta, quitándome los libros que llevo entre las manos y haciéndome un gesto para que me ponga en marcha—. Así quizás tengas tiempo de darme una razón válida para que no le rompa la cara a ese mamarracho por llamarte zorra.

Me detengo tan bruscamente que un chico que viene detrás choca contra mi espalda y me hace tropezar. Zac me agarra del brazo y evita que me caiga, a pesar de que no creo que hubiera sentido el golpe aunque me hubiera dado de bruces contra el suelo.

—¿Qué es lo que escuchaste anoche? —pregunto, temiendo que, además los gritos, escuchase también parte de la conversación.

—Lo suficiente, Tessa. Más de lo que necesito para saber que ese tío no te quiere.

—Eso no es verdad.

Zac eleva las cejas y me dedica una mirada condescendiente. Echo a andar de nuevo en dirección a la cafetería sin preocuparme de si me sigue o no, pero él no se rinde y, dos metros más adelante, ya lo tengo de nuevo a mi lado.

—¿Qué no es verdad? ¿Que te llamó zorra claramente o que no te quiere?

Suspiro.

—Es una relación complicada —afirmo, y de repente me da la sensación de estar defendiendo lo indefendible.

Pedimos un par de cafés y una napolitana de chocolate, aunque a mí ya se me ha quitado el hambre, y ocupamos una de las mesas libres antes de volver a mediar palabra.

—Ese es el problema, Tessa. No debería ser complicado estar con la persona que amas ni debería suponer un sufrimiento constante —insiste, y cada vez es más obvio que está enfadado—. Mira, yo mejor que nadie sé que la gente puede cambiar, puede mejorar o empeorar según sus vivencias o su personalidad, pero la clase de persona que es capaz de destrozarte de esa manera por algo que sucedió hace años...

Hace un gesto negativo y tengo que admitir que me duele que Zac piense así. Su opinión siempre ha sido muy importante para mí.

—No quiero seguir hablando de esto.

Discutir con él sobre Álex es más de lo que puedo soportar ahora mismo. Necesito un respiro. Demasiadas peleas, demasiados reproches. Apoyo los codos sobre la mesa y hundo la cabeza entre los brazos.

—No te escondas de mí, Tessa.

Algo en mi interior salta y no puedo evitar contestarle:

—¿Y qué hay de ti? Tú también te estás escondiendo.

—¿Yo? —repone, perplejo—. ¿De qué hablas?

Sé que estoy atacándolo solo para evitar que continuemos hablando de mis problemas, pero me da igual.

—Marta dice que estás enamorado.

Zac palidece. Su mano topa con la taza que tiene delante y el café se derrama sobre la mesa. Cojo algunas servilletas para limpiar el desastre mientras mi amigo parece estar buscando las palabras adecuadas para contestar.

—¿Cómo demonios sabe eso Marta? —me interroga, y se pone a sacar más servilletas aunque ya casi he terminado.

—Así que lo estás —señalo, haciéndole ver que ni siquiera estábamos seguras de que fuera verdad—. ¿Y de quién? ¿Por qué no me lo has contado?

Compone una expresión resignada.

—No hay nada que contar. Es una historia imposible. Yo, al contrario que tú, sé cuando algo no puede ser.

—Yo, al contrario que tú, no me rindo si creo que algo merece la pena.

Él niega. Se pasa la mano por la nuca, inquieto por el rumbo que ha tomado nuestra charla.

—No estamos hablando de mí.

—Así que tú puedes opinar sobre mi vida amorosa, pero no estás dispuesto a que yo hable de la tuya —protesto, en voz demasiado alta.

Aquí y allá, las cabezas de mis compañeros se giran. Los ignoro. Dada mi situación, lo último que me importa es ser el blanco de sus chismes.

—Te has obsesionado, Tessa —me dice, ignorando mis quejas—. Crees que Álex es el amor de tu vida y que tenéis que estar juntos a cualquier precio. Aunque lo fuera, va a destrozarte otra vez. No me pidas que contemple cómo lo hace.

—Podemos arreglarlo, sé que podemos.

No sé muy bien si trato de convencerlo a él o a mí misma, pero algo en mi interior no deja de resistirse a admitir lo que está diciendo.

—Ni siquiera será como la otra vez. No tenéis una excusa —continúa—. No sois dos críos, no le has mentido y te estás aferrando a él de tal forma que cuando quieras darte cuenta de lo que ha hecho, ya será tarde. Tarde para ti.

Hace una breve pausa para darle un sorbo a su café, hasta que se da cuenta de que lo ha derramado hace un momento. Sus ojos pasan del fondo de la taza a mi rostro.

—Te conozco, peque —susurra, y su voz está cargada de cariño—. No sabes odiar ni guardar rencor. Por eso durante todo este tiempo has estado esperando... simplemente esperando a que pasara algo que te hiciera volver a confiar en él. —Permanezco en silencio, sin saber qué contestar ni cuánta parte de razón hay en sus palabras—. Pero ¿sabes qué? En realidad, no confías en Álex.

—¿Qué se supone que significa eso? —replico, mientras él se pone en pie y me tiende una mano.

—Ven, te lo demostraré.

CUESTIÓN DE CONFIANZA

Salimos de la facultad y recorremos parte del campus de Guajara hasta llegar a una de las zonas ajardinadas. No sé qué pretende mostrarme y, cuando se planta en mitad del césped, entiendo aún menos de qué va todo esto.

—Empújame —me ordena, y yo simplemente me quedo mirándolo, incrédula.

—Vamos, empújame sin miedo.

—Zac, no podría derribarte aunque quisiera y no sé por qué demonios quieres que te empuje.

Él resopla, impaciente. Para mí que se le ha ido la cabeza.

—Tú hazme caso —insiste, y afianza los pies sobre la hierba, como si se preparase para una brutal embestida.

—Oh, por el amor de Dios. —Alzo las manos en señal de protesta, pero le hago caso.

Como era de esperar, no consigo moverlo ni un triste centímetro. Es bastante patético, la verdad.

—¿Te das cuenta de que, si me hubiese apartado, te habrías dado una buena hostia? —señala, pero yo sigo a lo mío, buscando algo de la dignidad perdida.

—Ya, bueno... —farfullo, y pruebo a dar un par de pasos atrás para coger impulso y volver a intentarlo, pero ni con esas lo consigo.

—¿Cómo sabes que no lo haré?

Desisto y alzo la cabeza para mirarlo. Él hace un gesto con la mano, apremiándome para que responda.

—¡Yo qué sé! —replico, sin la más remota idea de a dónde quiere ir a parar.

El cielo está despejado y el sol luce lo suficientemente alto como para que haya comenzado a calentar, por lo que la temperatura del ambiente sumada al esfuerzo hace que empiece a sudar. Me deshago del jersey y me derrumbo sobre la hierba, esperando que a Zac le dé por contarme de qué trata este estúpido experimento o admita que se ha vuelto loco, lo que primero ocurra.

—Y, aunque no lo sabes, no has dudado en empujarme con todas tus fuerzas.

—¡Porque tú me lo has pedido! —me quejo, y él esboza una sonrisa.

—¿Y siempre haces lo que te piden?

Le lanzo una mirada envenenada.

—No.

—Pero me haces caso a mí...

La conversación me está dando dolor de cabeza. No obstante, cuando estoy a punto de pedir el comodín de la llamada, Zac parece darse cuenta de mi desesperación.

—Lo has hecho porque confías en mí, Tessa —explica, y sé que ahora es cuando viene lo de la moraleja—. Sabes que nunca dejaría que te hicieras daño, preferiría hacérmelo yo antes que permitir que sufieras lo más mínimo. El problema es que Álex y tú no confiáis el uno en el otro. La confianza es la base de cualquier relación y la vuestra está rota.

Paso la mano sobre el césped y voy arrancando trocitos mientras reflexiono sobre lo que ha dicho.

—La confianza puede recuperarse —indico, e intento sonar convencida.

¿De verdad puede? Pienso en ello, sin llegar a ninguna conclusión; supongo que depende de cada caso.

Zac, sentado frente a mí, estira la mano para meterme el pelo detrás de la oreja. El cuello de su chaqueta le tapa la parte baja de las mejillas. Le devuelvo el favor apartándolo para observar su rostro, y me pierdo en el azul de sus ojos durante unos instantes.

—Sí, supongo que sí, pero piensa una cosa, Tessa. —Sus dedos se cierran en torno a los míos—. Perdiste la confianza en Álex mucho antes de que vuestra historia se acabara y las cosas se pusieran feas. Por lo que me has contado, se comportó como un capullo casi desde el principio.

—Le fui infiel —le recuerdo, avergonzada.

—Y es probable que, por eso mismo, él nunca haya confiado en ti. ¿De verdad crees que recuperaréis algo que nunca habéis tenido?

La verdad contenida en las palabras de Zac me sacude como si me hubieran dado una bofetada en plena cara. Quizás ese sea nuestro problema, que la relación nació ya emponzoñada. Puede que nunca tuviésemos una oportunidad real de que esto saliera bien.

Encojo las rodillas contra el pecho y, del mismo modo, mi interior parece plegarse sobre sí mismo, como si mis emociones hubieran decidido concentrarse en un único punto y dejar un vacío a su alrededor.

—Toda la culpa es mía.

Zac me toma de los hombros y me sacude suavemente.

—¡Dios, Tessa! No es eso lo que he querido decir. —Levanta mi barbilla y sus ojos se clavan en los míos. Parece desesperado—. No se trata de buscar culpables. Te estoy hablando de respeto, de construir algo a base de amor.

Prosigue hablando durante minutos, pero me es imposible escuchar lo que está diciendo. Ante mis ojos discurren decenas de momentos de mi vida con Álex. Veo discusiones absurdas que nunca debieron tener lugar y nos veo a ambos demasiado preocupados por tener la razón de cualquiera de las maneras, pero también contemplo fascinada esos instantes compartidos en los que todo parecía perfecto, en los que nada podía empañar el amor que nos teníamos. Y, como no, también esos otros en los que luchábamos a destiempo. Mientras uno parecía perderse, el otro estaba ahí, aferrándose a su mano para no dejarlo ir.

—Tengo... tengo que irme.

Me pongo en pie con tanta rapidez que me mareo. Cierro los ojos unos segundos y respiro despacio. Al abrirlos, comienzo a recoger mis cosas mientras Zac me observa inexpresivo. Sigue sentado en el césped y no hace amago alguno de levantarse.

—Vas a ir a verlo. —No es una pregunta.

Agarro el jersey y empujo para meterlo dentro del bolso, sin molestarme siquiera en doblarlo.

—Necesito hacer esto, Zac —digo, esperando que lo entienda—. ¿Si creyeras estar ante el amor de tu vida, si pensaras haberlo hecho todo mal, no agotarías hasta la última oportunidad que se te presentara para intentar arreglarlo?

—¿Está hablando la culpabilidad o el amor?

Suspiro, sintiéndome impotente.

—Me niego a rendirme. Me niego a dejar pasar otros tantos años para un día despertarme preguntándome si podría haber hecho algo más.

Él niega con la cabeza. No lo comprende y no lo culpo; tal vez si yo lo viera desde fuera, tampoco lo entendería.

—Siempre me ha gustado de ti que eres una luchadora —señala, aunque su sonrisa es amarga—, pero a veces hay que saber hacerse a un lado.

—Dicen que no puedes enamorarte de las alas de alguien y luego pretender cortárselas.

Le dedico una mirada de disculpa, dispuesta a salir corriendo aunque no quiero dejarlo plantado. Él se pone en pie y mete las manos en los bolsillos de los vaqueros, para inclinarse luego sobre mí y susurrarme al oído:

—Entonces ve, pequeña Tessa. Ve y vuela alto —me anima, aunque su tono no refleja alegría.

Me quedo inmóvil unos instantes sobre la hierba. Siento su aliento en mi cuello y la familiar calidez que emana de su cuerpo, mientras me digo que no me merezco tener a un amigo como él. Abro la boca para darle las gracias, pero Zac vuelve a tomar la palabra.

—Vete, Tessa. Ahora.

Giro sobre mí misma y me dirijo a toda prisa en dirección a la parada del tranvía que me llevará hasta La Laguna. Sé que esto no es más que un intento a la desesperada. Una parte de mí me dice que hago lo correcto, que así es como tiene que ser. Que no puedo rendirme por muy mal que se pongan las cosas. Sin embargo, hay otra pequeña fracción de mí que no está dispuesta a continuar sufriendo, que me grita que no es que sea una luchadora, como ha dicho Zac, sino que en realidad estoy aterrada por la idea de que esto se haya acabado. De que se acabase incluso antes de empezar.

HAGAMOS UN TRATO

Dos horas más tarde aún no he conseguido encontrar a Álex. He ido a su casa, pero no parecía haber nadie y, por más que he tocado el timbre, no me han abierto la puerta. Tampoco he logrado localizarlo en el móvil ni ha respondido a mis mensajes, y empiezo a volverme loca imaginando que puede haberle ocurrido algo.

Sentada en el bordillo de la acera frente a su edificio, reviso mi agenda de contactos en busca del teléfono de alguno de sus amigos. Cuando estoy a punto de llamar a Iván, el móvil vibra sobre mi mano y veo que acaba de entrar un *whatsapp* de Álex:

«Desayunando en el bar de siempre».

Atravieso las dos calles que separan su casa del bar al que suele ir. Me obligo a caminar, en vez de correr, y agradezco no haberlo hecho cuando avisto desde lejos a Álex en la terraza. No está solo, sino rodeado de un grupo de amigos. Solo me faltaba haber aparecido con la lengua fuera y resollando.

Álex mira en mi dirección y me observa acercarme, sonriendo. Cuento al menos una docena de botellines de cerveza vacíos sobre la mesa y varios vasos, además de la ronda que deben de haber acabado de servirles, porque no la han tocado aún. Ya me parecía a mí que era un poco tarde para el desayuno.

Doy un repaso a las caras de los presentes. Solo reconozco a dos de ellos, con los que he coincidido alguna de las noches que he salido con Álex, e intento recordar sus nombres, pero no hay forma.

—Chicos, esta es Teresa —me presenta, y todos los ojos se clavan en mí.

Álex me dice uno a uno sus nombres —los que conozco son Jorge y Luis—, aunque estoy segura de que me volveré a olvidar. Si ya de por sí me cuesta asociar rostros y nombres, ahora mismo estoy demasiado inquieta para prestar la atención necesaria para retenerlos.

Todos me saludan y alguien me pasa una silla. Álex enseguida se echa a un lado para que pueda sentarme junto a él. Observo con curiosidad a sus amigos. Son todos mayores que yo; unos deben tener la edad de Álex, pero hay alguno que parece a punto de entrar en la treintena, si es que no lo ha hecho ya.

Yo nunca he tenido un grupo de amigos tan grande. Recuerdo lo mal que lo pasé las primeras semanas en la facultad, sin conocer a nadie. Nunca se me ha dado bien hacer nuevas amistades. Pero entonces apareció Marta, tan extrovertida y alocada que era imposible no llevarse bien con ella. Aun así, Marta es de las que eligen con cuidado a las personas en las que deposita su confianza. Supongo que su particular forma de entender las relaciones la convierte en objetivo de muchos cotilleos. Sin embargo, cuando nos fuimos conociendo, nunca la juzgué por mantener una vida sexual tan activa y variada. A pesar de lo que yo misma había pasado, o precisamente debido a ello, nunca me he creído con derecho a valorar a los demás en función de lo que hacen con su cuerpo.

El sexo para Marta es tan natural como respirar, una necesidad más. Mientras que para mí se convirtió en un vía de escape. Es curioso lo que el dolor le hace a las personas, como las transforma. Cuando todo acabó con Álex, yo tenía las heridas abiertas y el dolor se había adueñado de mí de tal manera que corría por mis venas, mezclado con mi propia sangre. No sabía qué hacer con él ni cómo combatirlo. Hay gente con el valor de enfrentarse a ese tipo de

situaciones, a otros les puede dar por beber, drogarse o cualquier otra cosa que consiga paliar un poco su sufrimiento. Yo, en cambio, luché por anestesiarlo refugiándome en brazos de extraños para así no tener que preocuparme de que no me importaran lo más mínimo.

—¿Quieres algo?

La voz de Álex me saca de mis cavilaciones. Sé que me pregunta si deseo tomar alguna bebida, pero por un instante casi le suelto: «Empezar de cero contigo». No creo que la situación sea la más oportuna, por lo que me contento con una respuesta menos trascendental.

—Que hablemos.

Álex parece buscar en mis ojos algún indicio del rumbo que tomará la conversación. En mis mensajes solo le he dicho que estaba en la puerta de su casa y que necesitaba verlo.

—Dame unos minutos.

Respondo con un leve asentimiento y él se vuelve hacia el chico que está a su derecha y comienzan a hablar en idioma friki. Debe de ser también informático, porque pasadas tres frases es como si estuviera ante dos extraterrestres. Le presto especial atención a su charla, no porque quiera cotillear —dado que no me entero de nada—, sino porque se ha puesto en modo profesional y verlo así es muy diferente a como acostumbro. Da una impresión más centrada y madura, incluso con la sudadera que lleva puesta y sus tatuajes asomando bajo ella.

La visión me convence un poco más de que ya no somos aquellos dos críos que se enamoraron sin remedio hace años. Puede que quede algo de ellos en nuestras versiones actuales, pero, de un modo u otro, creo que ambos empezamos a cambiar desde el mismo instante en el que nos conocimos.

—¿Lista?

Nos despedimos del grupo y marchamos en dirección a su casa. Camina junto a mí, pero no me agarra ni me toma de la mano, y me pregunto si será porque no sabe a qué atenerse. Sin embargo, desde que estamos juntos, siempre que paseamos por la calle o vamos a algún lado, no recuerdo un momento en el que no lo haya hecho.

—Entra —me dice, abriendo la puerta y cediéndome el paso.

Subimos las escaleras envueltos en un profundo silencio, y eso me permite escuchar los ruidos y voces amortiguas que se cuelan a través de las paredes desde la primera planta. Su abuelo debe estar en casa. Mientras ascendemos, rezo para que no acabemos como la última vez. Me moriría de la vergüenza si su abuelo nos oye discutir. Es un hombre bastante mayor y muy tradicional. Álex me lo presentó hace un par de semanas y, ya de por sí, creo que no le hace demasiada gracia que pase tanto tiempo aquí, así que ni hablar de soportar uno de nuestros numeritos.

—Estás muy callada —comenta, cuando por fin alcanzamos el descansillo de la segunda planta.

Callada y pensativa. O mi mente me está traicionando, o está muerta de miedo, porque no he reflexionado en ningún momento sobre qué iba a decirle a Álex cuando lo tuviera delante.

Voy directa hacia el sillón y me acomodo en el lado más alejado, apoyándome en el reposabrazos que queda cerca de la ventana. Pongo mis cosas en el suelo, junto a mis pies, mientras él coloca con pulcritud las suyas en su respectivo lugar. Lo observo y pienso lo fácil que sería si un «te quiero» lo arreglara todo. Sé que es muy ingenuo por mi parte, pero no dejo de preguntarme cuándo el amor que sentimos el uno por el otro dejó de ser lo más importante.

—¿Y bien?

Me doy cuenta de que no le he contestado, aunque no estoy segura de que su comentario exigiese una respuesta de mí.

Suspiro y me preparo. Me siento como un guerrero justo antes de que se desate la batalla, con una mezcla de expectación y nerviosismo que hace que las manos me tiemblen un poco y me cueste encontrar mi propia voz.

—Lo que dijiste el otro día... —comienzo, sin saber muy bien cómo continuar.

—No es eso lo que pienso de ti —me corta, y el alivio me humedece los ojos.

Mi barbilla tiembla unos segundos antes de que consiga controlarlo. Álex toma asiento en el sillón y yo me giro para quedar frente a frente. Apenas me da tiempo de atisbar la tristeza de sus ojos antes de que esconda la cara entre las manos.

—No sé por qué me puse así —prosigue, y deja caer las manos, pero fija la vista en el suelo y no en mi rostro—. Todo esto tal vez sea demasiado para mí. Me supera —añade, consiguiendo que mi miedo se convierta en puro pánico—. No vuelvas a permitir que te diga algo como eso, no quiero hacerte daño.

Inspiro profundamente antes de tomar la decisión de jugármelo todo a una carta. Puede que sea mi condena o puede que consigamos, por fin, hacer de lo nuestro algo mucho más fuerte y duradero.

—Tabla rasa.

—¿Cómo? —tercia él, y esta vez sí que me mira.

Estiro el brazo y entrelazo mis dedos con los suyos, pero el contacto se me hace insuficiente. Me deslizo para acercarme y apoyo la frente contra la suya.

—Tabla rasa, Álex. Empezar de cero. Puede que sea una locura y sé que es muy difícil en nuestro caso, pero intentémoslo, por favor. Es hora de dejar atrás el pasado, todos los «tú me dijiste, yo te dije, tú me hiciste, yo te hice».

Sus ojos se clavan en mí, y sus labios, a escasos centímetros, no son capaces de contener su agitada respiración. ¡Dios! Solo quiero besarlo hasta que su sabor me haga olvidarme de todo. Tiene que haber una manera, algo que nos permita superar esto.

—¿Me estás ofreciendo la posibilidad de empezar de nuevo?

Asiento, y no puedo evitar que una lágrima se deslice por mi mejilla.

—Hagamos un trato. Déjame mostrarte quién soy ahora —propongo, rezando para que esta vez sea diferente—, y permite que yo también te redescubra. Quiero volver a enamorarme de ti y quiero que tú te vuelvas loco por mí, que me mires y todo en lo que puedas pensar es en que quieres pasar el resto de tu vida a mi lado.

Me rodea con los brazos y su boca roza la mía con delicadeza. Una segunda lágrima sigue el camino de la anterior. El beso se alarga no sé por cuánto tiempo, dulce y rebosante de ternura. Un beso inocente.

—Te quiero, Teresa —susurra sobre mis labios, con la voz rota—, y siempre he deseado pasar cada día de mi vida junto a ti.

Le devuelvo el beso, consciente de lo que estoy arriesgando, y me aferro con todas mis fuerzas a la inocencia de ese beso y a la sinceridad de su declaración, porque, seguramente, esta sea la única oportunidad que nos quede.

LA CALMA QUE PRECEDE A LA TEMPESTAD

—Vaya, vaya. Por fin te dignas —me sermonea Marta, al otro lado de la línea.

Me ha mandado varios mensajes y, aunque acabo de verlos, debe pensar que la he estado ignorando.

—He visto tus mensajes ahora.

—¿Estás con Álex?

Echo un vistazo a mi izquierda, en dirección a su despacho.

—Emm... Sí.

—Pues ya estás moviendo el culo hasta aquí. Tenemos que hablar.

Resoplo de forma sonora para que me oiga, pero ella no pierde el tiempo.

—¿Se puede saber en qué coño estás pensando? —me grita, y supongo que no puede esperar a que nos veamos en persona.

—Pienso en multitud de cosas, seguramente incluso en algunas que no debería —trato de bromear—. ¿A qué te refieres exactamente, Marta?

—A Álex —sentencia, y con esa corta respuesta consigue transmitir su enfado con mucha más eficacia que con los gritos anteriores.

Los últimos tres días me he quedado en casa de Álex. Hemos compartido cierta normalidad. Tras nuestra reconciliación, salimos a cenar, dimos un paseo por las calles empedradas de La Laguna y luego terminamos en su casa, desnudos, temblorosos y diciéndonos lo mucho que nos amábamos. Prometiéndonos que esta vez sería diferente. Desde entonces no hemos vuelto a hablar del tema y tengo que reconocer que me alegro. Estoy cansada de las explicaciones repetidas sobre algo que no podemos cambiar. Solo quiero que miremos hacia delante. Tan sencillo como eso.

—Sé lo que pasó la otra noche y sé lo que te dijo —escupe, indignada.

—¿Zac? —pregunto, y no sé si debería sentirme mal por estar pensando en quién ha sido el chivato y no en lo qué ocurrió.

—Él no ha dicho una palabra, ni siquiera ha querido discutir el tema conmigo. Ha sido Teo. Mira, nunca he dudado en decirte lo que pienso y no voy a empezar ahora. Es mezquino, Tessa, y te está manipulando, ¿es qué no lo ves? Lo está haciendo otra vez.

Durante unos segundos, me sorprenden sus acusaciones al pensar que habla de Teo, hasta que caigo en la cuenta de que, obviamente, se refiere a Álex.

Me levanto y me dirijo a la terraza. Cuando los rayos de sol caen sobre mi rostro, cierro los ojos y me quedo allí de pie con el teléfono apretado contra la oreja.

—Me quiere, Marta, sé que me quiere. Estamos bien.

—Eso no es amor.

—¿Qué sabrás tú del amor? —replico, y me arrepiento en cuanto las palabras abandonan mis labios.

—Lo necesario. Puede que en su mundo jodido él crea que te quiere, pero ni por un instante llates a eso amor, Tessa, porque no lo es.

—Todos decimos cosas en caliente de las que luego nos arrepentimos —señalo, en un intento de justificar no solo a Álex, sino también mi exabrupto anterior.

—Si piensa que tú eres una zorra —prosigue, sin tener en cuenta lo que he dicho—, yo

debo ser una puta, Zac un perverso y Teo..., Teo el jodido rey del mambo, ¿no?

Me quedo callada, a medias indignada y a medias dolida. Durante un momento, tampoco Marta parece querer continuar hablando, pero luego añade:

—¿Y sabes qué es lo peor? Que la Tessa que yo conozco jamás me hubiera respondido como lo has hecho —añade, y sé que me lo merezco—. Eso es lo que hace contigo. Eso es en lo que te conviertes.

—Estoy agotada, Marta. No quiero discutir contigo.

—Pues no lo hagas —me dice, y su tono es tan serio que casi no parece ella.

Abro los ojos para cerciorarme de que Álex sigue metido en su despacho y me adelanto hasta la barandilla, aunque no me apoyo en ella, sino que me balanceo cambiando el peso de un pie a otro.

—Lo va a intentar. Y yo también.

—¿Intentar qué? ¿No joderte? ¿Joderte menos?

—Marta, por favor —le suplico, porque es verdad que no quiero discutir más, ni con ella ni con nadie.

—Ojalá tengas razón, Tessa —concluye, resignada—. Ojalá esto no sea la calma que precede a la tempestad, porque, si es así, será la maldita tormenta del siglo.

Me cuelga sin despedirse. No quiero enfadarme con ella. Estoy demasiado cansada de estar enfadada y de pelear, y sé que Marta solo se preocupa de mí. Soy consciente de que no le cabe en la cabeza que esté cediendo tanto terreno ante un tío, por mucho primer amor o mucho hombre de mi vida que sea. Ella, que incluso se pone de los nervios cuando alguno de sus ligues pregunta qué va a hacer el siguiente fin de semana y cree que la están controlando, aunque tan solo se trate de un intento de cerrar una nueva cita.

Suspiro y dejo caer la mano al darme cuenta de que sigo con el teléfono pegado a la oreja.

—¿Todo bien?

Me giro y encuentro a Álex apoyado en el marco de la puerta. Va desnudo de cintura para arriba, y se me pone la carne de gallina al verlo.

—Sí, todo bien.

Le sonrío. Sus ojos van de mi cara a mi mano, donde se detienen unos segundos.

—¿Hablabas con alguien?

Aunque formula la pregunta con descuido, no deja de ser una manera elegante de interrogarme. Me obligo a pensar que no es otra cosa que simple curiosidad. Resultaría de lo más hipócrita exigirle que deje de pensar en mí como la chica de hace unos años y ser yo la que vea en sus actos al Álex eternamente celoso que nunca quedaba satisfecho con mis explicaciones.

—Era Marta. Está... preocupada.

Álex se acerca hasta quedar frente a mí.

—¿Por lo nuestro?

Asiento y él hace un mueca. Sus dedos recorren mi hombro y ascienden por mi cuello hasta que su mano queda anclada a mi nuca.

—Es tu amiga, es lógico que se preocupe —me dice, y acto seguido me abraza, desarmándose.

A pesar de su buena reacción, cuando Álex vuelve al trabajo, me siento incómoda vagueando frente al televisor, que es exactamente lo que hacía antes de la llamada de mi amiga. Pienso en coger mis libros y copiar los apuntes que aún no le he devuelto a Guaci, pero, tras leer las dos primeras líneas, desisto.

—Voy a dar un paseo —le digo a Álex, mientras me pongo las botas.

Él consulta la hora en la pantalla del ordenador.

—Cálculo que en dos horitas quedaré liberado de esta tortura. ¿Tomamos luego un aperitivo?

Quedamos en vernos para picar algo y tomar una caña una vez que haya acabado. Antes de irme, me inclino sobre él y le doy un beso rápido en los labios. De repente, tengo demasiada prisa por salir de aquí. Es como si la casa hubiera empezado a menguar y me faltase el aire. Probablemente, me esté dando un ataque de ansiedad. Nunca he tenido ninguno, así que a saber.

En los días anteriores, Álex y yo solo nos hemos separado mientras estaba en clase y, hasta este momento, cuando estábamos juntos me sentía mucho más tranquila, como si su presencia actuara a modo de bálsamo tanto para mis heridas como para las dudas que me han asaltado. Estar lejos de él hace que mi mente se ponga en modo analítico y le dé vueltas a todo. Pero ahora mismo incluso el frío del exterior resulta reconfortante, y eso que detesto el frío.

Mi paseo me lleva hasta una librería de segunda mano que está cerca del campus central, la zona más antigua de la universidad. Durante casi una hora me dedico a rebuscar entre montones de libros usados con la misma emoción que un niño el día de Reyes. Al encontrar una preciosa edición de *20.000 leguas de viaje submarino*, de Julio Verne, no puedo evitar que los ojos me hagan chiribitas. Tiene una encuadernación en tapa dura y de aspecto envejecido, con el título y una ilustración en tonos dorados y con relieve. Además, está casi en perfecto estado si no fuera por un pequeño arañazo en la contraportada. Sé que a Zac le encantará, así que, a pesar de mi triste economía, decido comprarlo para él. El precio es un auténtica ganga.

Sonriendo por mi descubrimiento, vuelvo sobre mis pasos y me dirijo a la zona de tiendas cercana a la Catedral. Entro en otra librería y me pongo a mirar las novedades, pero ninguna capta mi atención lo suficiente como para sacrificar más dinero. Me apetece darme algún tipo de capricho y, aunque no suelo gastar demasiado dinero en ropa, lo siguiente que hago es ir a probarme zapatos. Tras valorarlo y decidir que, en realidad, sí que me hacen falta, me compro unos botines negros con un tacón moderado y varias hebillas, muy rockeros.

Al salir de la tienda y mirar las dos bolsas que llevo en la mano me siento un poco culpable por haberle comprado un regalo a mi mejor amigo y no a Álex. Hago una parada en una terraza para tomar un café mientras me devano los sesos pensando en qué podría hacerle ilusión. Siempre me ha gustado hacer regalos, pero regalos bien pensados. A veces, meses antes de un cumpleaños, ya estoy dándole vueltas al tema. Pero me encanta aún más tener detalles a destiempo, es decir, cuando no toca. La sorpresa es doble, al igual que mi felicidad.

Recuerdo lo detallista que es Álex y cómo ha mantenido nuestros recuerdos en un lugar importante a pesar de que no estuviéramos juntos, y no me lo pienso ni un segundo. Dejo el dinero del café sobre la mesa y me voy en busca de una tienda de revelados. El dependiente consiente en dejarme su dirección de email para que le envíe una foto y apenas tarda en tenerla lista. Me llevo también un marco en color añil en el que hay grabadas estrellas en la parte superior. La foto es un *selfie* que nos sacamos en el Teide. Álex tiene su mejilla contra la mía y ambos sonreímos a la cámara. No se aprecian demasiado bien los puntitos luminosos sobre nuestras cabezas, pero él sabrá que estaban ahí.

Le pido un bolígrafo al chico y escribo un mensaje por detrás.

«Espero brillar siempre con la luz suficiente para guiar tus pasos hasta mí.

Te quiero <3».

Y así, algo más pobre que antes de salir, pero mucho más serena, encamino mis pasos de vuelta a la casa de Álex, deseando con todas mis fuerzas no dejar nunca de ser su Venus.

UNA DE CAL Y OTRA DE ARENA

Nos encontramos en una de las terrazas de la Concepción. Álex ya ha cogido una mesa. Está fumándose un cigarrillo y sonrío al verme llegar. Está tan guapo como siempre, con la cazadora de cuero cerrada hasta el cuello, las gafas de sol puestas y esa pose desganada que solo él podría convertir en atractiva.

—¿Qué tal el paseo?

Mira las bolsas y su sonrisa se vuelve maliciosa.

—Bien —replico, alargando la palabra para hacerme la interesante.

Le pedimos al camarero dos cañas, una tapa de calamares y otra de tortilla. La caminata me ha abierto el apetito.

—Tengo algo para ti. —No puedo esperar. La verdad es que no suelo tener paciencia con los regalos—. Es una chorrada —añado, temiendo que no signifique lo mismo para él que para mí.

Esbozo una sonrisita nerviosa. Álex se desprende de las gafas y me dedica una mirada que no sé muy bien cómo interpretar.

—¿Qué?

Pero él niega. Le entrego el portarretrato sin más ceremonia. Se queda contemplando la foto al menos durante un minuto largo, supongo que perdido en sus propios recuerdos de aquella noche.

—Tiene una dedicatoria —comento, con la boca pequeña, sin saber si le gusta o no.

Sus ojos relucen al pasearse sobre la parte posterior de la instantánea. Los veo recorrer el texto de izquierda a derecha varias veces, como si relejera mis palabras.

—Me encanta —murmura muy bajito.

Cuando por fin alza la cabeza tiene la expresión de alguien al que acaban de hacer muy feliz. Sonrío, casi tan emocionada como él.

—Sigues teniendo la sonrisa preciosa de aquella chiquilla —me dice, pasando un dedo sobre la imagen—. Solo que ahora sueles sonreír menos.

Titubeo un instante. El tema, aunque sea en su parte agradable, me inquieta. Encojo los hombros al ver que espera una respuesta de mí.

—Supongo que he madurado y... —No sé qué más añadir, así que me limito a decir—: Todos crecemos. Salvo Peter Pan, claro —trato de bromear, aunque me da por pensar en si hacerse mayor equivale a perder sonrisas. La idea me pone triste—. Él y su Nunca Jamás.

Álex continúa examinándose con esos ojos implacables que parecen poder ver en mi interior.

—En aquellos días era una inconsciente que creía que podía comerme el mundo —suelto, con un suspiro, sin apenas pararme a pensarlo.

Estira las manos por encima de la mesa para atrapar las mías. Su tacto es cálido, y contrasta con mi piel helada.

—Hagámoslo juntos. Comámonos el mundo. Tú y yo. Nosotros —concluye, y en ese preciso instante me doy cuenta de que me da igual el mundo, lo único que quiero es que me mire siempre de la forma en que lo hace ahora, como si yo fuera su mundo.

El aperitivo se transforma en un almuerzo del que volvemos tan perezosos que

terminamos tirados en su sofá. Mi espalda está apoyada contra su pecho y sus brazos me rodean desde atrás mientras nos dedicamos arrumacos como dos tiernos adolescentes.

—¿Te apetece ir al cine esta tarde?

De repente, me acuerdo de las entradas que Zac había comprado y que nunca llegamos a utilizar. ¡Joder! ¿Cómo he podido olvidarme? ¿Por qué no ha dicho él nada?

—Vale, nada de cine —repone Álex, confundiendo mi mueca de disgusto con una de desaprobación.

—No, no —me apresuro a contestar—. Sí que me apetece.

—Has puesto la misma cara que Will Smith en todas sus pelis, como de estar oliendo mierda.

Se me escapa una carcajada y él acaba contagiándose.

—No, en serio, me apetece el plan.

—Tengo planes alternativos —murmura, socarrón.

Sus labios repasan la curva de mi hombro y sus dedos se cuelan por el escote de mi camiseta. Juguetea con el tirante de mi sujetador y, como siempre, la piel se me eriza con ese mínimo contacto.

—¿Qué clase de planes? —replico, haciéndome la loca.

Percibo su aliento sobre mi cuello antes de que mordisqueee con suavidad mi piel.

—De los que acaban contigo corriéndote en mi boca.

Ladeo la cabeza para buscar sus ojos, que rebosan lujuria. Su boca apresa la mía sin darme opción a replicar, y para cuando nuestras lenguas se encuentran ambos estamos ya jadeando. No sé si alguna vez disminuirá el intenso deseo que nos profesamos, pero no parece algo que vaya a ocurrir en un futuro inmediato.

Nos desnudamos con una pasión salvaje y nos acariciamos de la misma manera. Manos, dedos, lengua. Piel contra piel. Todo vale y a su vez todo parece resultar insuficiente. Aunque al final terminamos exhaustos y satisfechos, me da la sensación de que con Álex siempre querré más.

Nuestro calentón no impide que vayamos al cine, compartamos palomitas, me cebe a chuches y nos besemos en la oscuridad de la sala. Lo dicho, como dos adolescentes. Álex se pasa todo el tiempo susurrándome tonterías y haciéndome reír para luego observarme complacido, como si mi sonrisa fuera, en sí misma, muchísimo más interesante que lo que ocurre en la pantalla.

—Mañana no podré acercarte a la facultad —comenta, de camino a su casa—. Tengo una reunión a primera hora con un cliente.

—No te preocupes.

Álex ha estado llevándome y trayéndome a clase estos días a pesar de mi insistencia para que no se molestase. Aun así, me resultaba agradable encontrármelo a la salida esperándome en el aparcamiento y, por qué no decirlo, llevar el culo bien calentito a primera hora de la mañana. Lo del calefactor de los asientos es todo un invento.

—Pero te recogeré luego y podemos ir a comer por ahí. —Su mano estrecha la mía, que está en el lugar que suele ocupar mientras conduce: su muslo—. Hay un restaurante en La Esperanza al que hace tiempo que no voy.

Le debe ir muy bien en su aventura laboral, porque no escatima en gastos. A mí me encanta hacer cosas con él, pero que me invite casi siempre que salimos no me resulta del todo cómodo.

—No creo que pueda permitírmelo, Álex. No sé si mi jefe va a llamarme o no para

trabajar este fin de semana.

Desvía la vista de la carretera para mirarme.

—Si necesitas dinero, ya sabes que puedo dejarte algo sin problemas —ofrece, y yo me siento aún peor—. No tienes porque machacarte sirviendo copas.

Niego con la cabeza.

—Tengo los gastos básicos cubiertos gracias a mis padres, pero prefiero hacerme cargo de mis caprichos.

Su oferta, aunque tentadora, no creo que sea una opción a considerar. Nunca me ha gustado que nadie me pague nada. Si bien mis padres se hacen cargo de mis estudios, no me parece responsable que paguen las copas que me bebo o, puestos a ello, los botines que acabo de estrenar; mucho menos que lo haga Álex.

—Prefiero ganarme mi propio sustento —bromeo, sonriéndole—, pero gracias de todas formas.

—Míralo como un acto egoísta. No quiero dejar de hacer cosas contigo solo porque no tengas dinero.

Sé que intenta convencerme de buena fe, pero la conversación comienza a hacerme sentir mal.

—De verdad, Álex, no te preocupes. Hay muchísimos planes que no requieren gastar nada.

No dice más al respecto y, al echar una ojeada a su perfil, tengo la sospecha de que está más serio que hace un momento. No vuelve a hablar hasta que estamos casi llegando al garaje para dejar el coche.

—Prefieres emplear los sábados por la noche en aguantar a borrachos que aceptar que te ayude —farfulla, y no sé si lo ha dicho para mí o es un pensamiento en voz alta que se le ha escapado.

Permanezco en silencio. Aparca y nos bajamos del coche. Al ver que se dirige a la salida sin siquiera esperarme, me obligo a decir algo.

—¿No me digas que te has cabreado por esa tontería?

Pulsa el botón del mando y la puerta comienza a abrirse. Álex se detiene, pero no es para darme tiempo a que llegue junto a él, sino porque no le queda más remedio que esperar a que se abra por completo.

—No es ninguna tontería —replica, al fin, tan serio que me doy cuenta de que mi elección de palabras no parece haberle gustado demasiado—. No tiene por qué gustarme tu trabajo, ¿no? Creo que es lógico.

Enarco las cejas y me cruzo de brazos, sin poder evitar ponerme a la defensiva. Ni siquiera mis padres, con lo puntillosos que son para estos temas, han puesto objeción alguna a que sea camarera. No veo que hay de malo en ello. En realidad, salvo por algún tío impertinente de vez en cuando, tampoco es para tanto. Además, Carlos paga muy bien.

—No, no tiene por qué gustarte, y yo preferiría no tener que trabajar y estudiar al mismo tiempo. —Me encojo de hombros—. Pero lo necesito y es lo más fácil de compaginar con las clases.

—O podrías aceptar mi ayuda.

Pongo los ojos en blanco de forma instintiva.

—Álex, me encanta que me invites de vez en cuando —repongo, conciliadora. No quiero que esto se convierta en motivo de disputa, bastante tenemos ya—, pero a mí también me gusta poder invitarte o comprar un libro si me apetece. No hay nada de malo en querer tener mi propio

dinero.

Voy hasta él y lo tomo de la mano. Álex parece rendirse y no insiste más, aunque mientras andamos en dirección a su casa se muestra silencioso e indiferente a mi presencia. Y no, no creo que la sensación gélida que se desprende de su actitud tenga nada que ver con el frío típico de las noches de La Laguna.

VETE

Tras otros tantos días con Álex, me veo obligada a pasar por mi piso y recoger algo de ropa. En las últimas semanas he pasado más tiempo en su casa que en la mía. A pesar de que estamos bien, de vez en cuando aún sigo teniendo ese zumbido molesto en el fondo de la mente, como una jodida interferencia que emborronase mi percepción de lo que está pasando a mi alrededor. Por regla general, lo ignoro con bastante eficiencia.

Álex se ha quedado esperando abajo mientras se fumaba un cigarrillo. Casi mejor así, porque según he abierto la puerta me he encontrado a Zac. Lleva un pantalón de chándal y una camiseta sin mangas, y parece que venga de correr un maratón. Aun así, sigue teniendo el aspecto de un modelo de pasarela.

Al verme entrar de forma apresurada me ha lanzado una mirada interrogante y la conversación ha pasado del saludo inicial a una disertación sobre mis prioridades.

—No me malinterpretes. Me alegro de que, si estás bien, desees pasar todo el tiempo con Álex, pero ¿de verdad eres feliz?

—Sí —contesto rotunda, aunque en mi interior suena como una verdad a medias.

En los últimos días no he dejado de pensar en algo, y es que antes de que Álex reapareciera en mi vida gozaba de serenidad, por decirlo de alguna manera. Sé que sonará absurdo, pero yo llevaba una existencia tranquila, o todo lo tranquila que puede ser la vida de una chica de veintiún años que vive con un tío, trabaja sirviendo copas, estudia psicología y cuya mejor amiga no deja de venderle las bondades del sexo sin ataduras. Sí, estaba tranquila, al menos a nivel emocional. En cuestión de amor, salía los fines de semana y coqueteaba con algún tío de buen ver que me subía la moral, pero supongo que mi experiencia previa marcaba un límite que no me dejaba traspasar. Ni siquiera creo que fuera consciente de ello, pero así era.

Ahora, en cambio, estoy metida en el tren de las emociones y su intenso vaivén apenas si me permite un leve descanso. Un día me encuentro en la cima del mundo, sintiéndome el ser más afortunado sobre la faz de la tierra, y al otro...

Zac tuerce el gesto, supongo que por la contundencia de mi respuesta, pero no replica. Se mete en la cocina, dando por finalizada la conversación, y me pregunto dónde demonios ha quedado ese Zac que me hubiera amenazado con un ataque de cosquillas y al que yo hubiera fingido tratar de detener. Dónde la chica que le hubiera dado un empujoncito en el hombro y susurrado un «qué tonto eres», para que él me regalase una de esas sonrisas pícaras que convertían mi día en algo mucho más brillante. Dónde.

Su silencio me pone nerviosa. Sin embargo, me desgasta tanto discutir que yo tampoco trato de seguir hablando. Tras preparar café y servirse una taza, se marcha a su habitación. Me quedo sola en el salón, inmóvil durante no sé por cuánto tiempo, deseando que las cosas sean diferentes entre nosotros, pero sin saber muy qué hacer para cambiarlas.

Tal vez pueda reunirlo con Álex e intentar que se conozcan mejor y se den una oportunidad. No creo que vayan a convertirse en amigos inseparables, pero al menos podrían llegar a tolerarse. Sí, quizás una cena, un poco de vino. Algo tranquilo y en casa. Pasar un rato todos juntos y que se den cuenta de que ambos son importantes para mí. Sé que Álex, de entrada, es probable que no quiera saber nada del tema, pero tengo que intentarlo.

Dos golpecitos resuenan en la puerta. Salgo de mi trance y corro a abrir. Había olvidado

por completo que Álex estaba esperándome.

—¿Debería preocuparme? —me dice, al atravesar el umbral. Echa un vistazo alrededor y luego me mira a mí—. Dijiste que ibas a coger un par de cosas y, por lo que estás tardando, pensé que igual necesitarías un mozo de carga.

Le saco la lengua de forma infantil.

—Muy gracioso. Enseguida acabo.

Meto varios libros en un pequeño bolso de viaje que he llenado con algo de ropa y mi neceser básico. Me observa ir y venir mientras termino de guardarlo todo.

—Oye, Tessa, lo siento. Yo solo...

Escucho la voz de Zac y me vuelvo hacia el pasillo. Se me ponen los ojos como platos y no precisamente porque parezca que quiere disculparse, sino porque es evidente que iba de camino a la ducha; solo lleva encima una toalla en torno a la cintura.

Álex, que se ha puesto en tensión al oírlo, ahora tiene el aspecto de alguien a punto de perder los papeles. Con el ceño fruncido y los puños cerrados, además de apretar tanto los dientes que le están rechinando, no aparta la vista de mi amigo. Este se detiene tras su entrada triunfal y, por su expresión, tampoco esperaba encontrarse con esta pequeña reunión. Desde luego, no era así cómo deseaba que se juntaran a limar asperezas.

Me pongo a rezar para que a Zac no se le resbale la toalla y acabe desnudo delante de Álex y de mí, porque entonces sí que se liará gorda.

—Emm, hablamos si eso en otro momento —repone, visiblemente incómodo.

—No, ¿por qué? ¿Os molesto? —interviene Álex, y su tono destila sarcasmo. Se gira en mi dirección y sé que no me va a gustar lo que diga a continuación—. ¿Tú también te paseas en pelotas por la casa?

—Tío, voy a ducharme y esta es mi casa —replica Zac, antes de que pueda pensar una respuesta—. Si no te gusta lo que ves, ahí tienes la puerta.

Está claro que no tiene ninguna intención de mostrarse cordial con Álex. Tampoco lo culpo. Se respira tanta tensión que empiezo a temer que esto acabe en batalla campal.

—Dejad de discutir. Y yo también vivo aquí —señalo, dirigiéndome a Zac.

Álex se cruza de brazos y esboza una sonrisa cínica.

—Y debes estar encantada. Dime una cosa, ¿por qué tardabas tanto?

Durante unos segundos todo lo que puedo hacer es quedarme mirándolo. Obviamente, no es una pregunta inocente.

—¿Qué insinúas?

Zac tuerce el gesto y avanza un paso hacia mí, aunque no aparta los ojos de Álex. Ambos se están taladrando con la mirada.

—Nada —contesta, Álex—. Solo es curiosidad, dada la falta de ropa de tu amiguito.

No sé si es la connotación negativa que le da a la última palabra, la alusión a su desnudez o la burda acusación implícita, pero mi dique de contención empieza a resquebrajarse.

—Mira, Álex... —comienza Zac, pero lo interrumpo.

—No, no tienes que defenderme. Déjanos solos, por favor.

—Y una mierda.

Le lanzo una mirada de advertencia a Zac. Esto es cosa mía, no quiero ponerme a discutir a dos bandas ni implicarlo más de lo necesario. Ahora mismo estoy muy cabreada y eso es bueno, porque bajo mi enfado late un dolor sordo que amenaza con llenar mis ojos de lágrimas. Y no quiero llorar. ¿Cómo es posible que hace apenas una hora Álex estuviera cubriéndome de besos y contemplándome con adoración y de repente me mire como a una cualquiera?

Álex agita la cabeza, como si todo esto le divirtiera.

—¿Es por esto que te lo llevas a casa de tus padres a comer? —prosigue—. ¿Es lo que haces con él?

No puedo evitar sorprenderme ante esta nueva insinuación.

—Estás enfermo, tío —escupe Zac, asqueado.

Y yo, al igual que mi amigo, comienzo a sentir náuseas. ¿Tan mal lo he hecho con él? Pensaba que estábamos avanzando, que confiaba en mí, al menos en este aspecto. Una cosa es sentir cierto celos debido a la situación, algo que es probable que a mí también me pasase, y otra esto. A todos se nos pasan alguna vez por la cabeza pensamientos irracionales de este tipo, pero ¡por el amor de Dios! ¡La gente normal sabe que son absurdos y los descarta de inmediato!

—Zac, vete por favor.

Titubea un instante. Cuando finalmente parece dispuesto a marcharse, se encamina hacia Álex primero. Me apresuro a meterme en medio, porque no tengo ni idea de lo que se propone y no quiero que esto se nos vaya de las manos.

—Tessa es una mujer increíble, dulce e inteligente. Está loca por ti a saber por qué puta razón, y tú lo único que haces es despreciarla —lo sermonea, apuntándolo con el dedo—. No te la mereces.

A Álex el comentario no parece sentarle demasiado bien. Conociéndolo, y sabiendo que ahora mismo es incapaz de razonar, apuesto a que está pensando que quien seguro que está loco por mí es Zac o algo por el estilo.

—Puedes quedártela si tanto te gusta.

Aprieto los dientes para contener el llanto.

—Vete —replico, pero esta vez se lo digo a Álex—. Márchate ahora mismo.

Me muerdo el labio e intento aguantar. No quiero que ninguno de los dos me vea llorar, no quiero que contemplen el dolor que me provocan las palabras de Álex. Señalo la puerta, incapaz de hablar, y espero hasta que sale por ella como una exhalación. El portazo que da resuena en mi cabeza y en mi pecho, y el frío que deja tras de sí hace que comience a temblar. Pero no es hasta que me refugio en mi dormitorio, huyendo también de Zac, que me permito dejar salir las lágrimas, y me es imposible discernir cuáles son de rabia y cuáles de dolor.

LAS VENTAJAS DE SER UN MARGINADO

Las horas que le quedan al día, así como la noche, transcurren con anómala lentitud. Hay tantas emociones diferentes dando vueltas en mi cabeza, tantas lágrimas cayendo de mis ojos que no soy capaz de pensar con claridad. Hay frustración, dolor, miedo, amargura. Voy de la indignación al rechazo, y luego a la decepción. Aunque lo intento, no puedo dejar de llorar. No sé el tiempo que paso encerrada en mi dormitorio. Todas las veces que Zac golpea la puerta y me pregunta si estoy bien, ni siquiera sé que contestar. Le pido que me deje a solas, aunque él intenta convencerme para que hablemos.

No puedo entender qué quiere Álex de mí. ¿Cómo es posible que desee estar conmigo si al mismo tiempo tiene ese tipo de pensamientos sobre mí? ¿Por qué me pidió una oportunidad? ¿Por qué se empeñó en convencerme de que esto podía salir bien? No puedo creer que el destino nos reuniera para que acabásemos de esta manera. ¿Por qué tuve que acceder a hablar con él? ¿Por qué lo dejé entrar en mi corazón de nuevo? Yo sabía que me estaba condenando a no poder olvidar sus besos ni su sonrisas, ni lo que provoca en mí. Me siento como una imbécil. Incluso ahora, después de que lo que ha dicho, lo odio y lo anelo al mismo tiempo.

Me duelen tanto sus insinuaciones, no por lo que ha dicho en sí, sino porque sea eso realmente lo que piensa, porque me crea capaz de hacerle ese tipo de daño. Sigue viendo a la chica que fui una vez, de eso estoy convencida. Por mucho que yo haya creído que las cosas podían ser diferentes y que podía mostrarle quién soy ahora.

Me agarro el pecho con las manos y me acurruco sobre el colchón, vencida por el dolor. Las heridas vuelven a estar ahí, más expuestas que nunca. Me he empeñado tanto en creer que íbamos a solucionarlo y que tendríamos un futuro juntos que lo que ha sucedido se me antoja demasiado rebuscado para ser real. Lo peor es que no puedo evitar preguntarme si yo le hice así, si su comportamiento es fruto de lo nos pasó. ¿Cuánta parte de culpa tengo yo en todo esto?

Las lágrimas siguen cayendo y las horas pasando. Sobre la una de la mañana comienzan a llegarme mensajes al móvil. Al principio ni siquiera tengo fuerzas para levantarme e ir a cogerlo, pero cuando veo que no cesan me arrastro hasta mi bolso para hacerme con él. La breve ilusión de que se trate de una disculpa de Álex se esfuma en cuanto empiezo a leerlos. Hay de todo tipo, pero me quedan claras dos cosas: que está borracho y que ni por un momento va a pedir perdón por lo que ha dicho. Acusaciones, frases sin ningún sentido, reproches en forma de varios «lo has conseguido de nuevo»... Para cuando me quiero dar cuenta estoy tiritando, sentada en suelo y deshecha por el llanto. Nunca creí que un corazón pudiera romperse dos veces, pero está claro que me he equivocado.

Me debato entre contestarle o no, hasta que la furia y el horror por lo que estoy leyendo se hacen más fuertes que yo. Aun así, ni mucho menos intento hacerle la misma clase de daño que él me está haciendo a mí. Solo trato de defenderme.

«Te equivocas conmigo —escribo—. No sabes cuánto me arrepiento de lo que te hice, pero no me merezco esto».

Mis respuestas parecen enfurecerlo aún más. Apago el móvil y lo dejo en la mesilla, obligándome a no mirarlo de nuevo y sabiendo que, diga lo que diga, no va a entrar en razón.

Apenas si duermo a ratos durante la noche y, cuando lo hago, me despierto con el corazón desbocado y tal sensación de angustia que a punto estoy de ponerme a gritar. Da igual

las veces que haya pensando que Álex y yo lo teníamos complicado, nunca hubiera imaginado que mi corazón acabaría reducido a pedazos y que estos continuarían doliendo. Me doy cuenta de que, en el fondo, creía que este era nuestro momento y que nos amábamos demasiado para dejarnos marchar. Creía que tendríamos nuestro «para siempre» por fin.

Una vez que la luz comienza a colarse tímidamente por la ventana, dado mi estado, hago lo impensable. Me levanto, cojo lo primero que encuentro en el armario y me deslizo en silencio por el pasillo hasta llegar al baño. En la ducha, dejo que el agua caliente se lleve los restos de mis lágrimas y arrastre mi dolor mientras pienso en todo y en nada. Aunque suene contradictorio, mi mente es un vacío repleto de ideas, como si estuviera colapsada por multitud de pensamientos, pero a la vez no pudiera centrarme en ninguno de ellos. Maquillo los efectos de una larga noche como puedo: base, máscara, colorete... Con los ojos hinchados y enrojecidos poco puedo hacer. Me enfundo los vaqueros, unas botas y me pongo un jersey beige que me tapa las caderas. Casi parezco una persona normal. Casi.

Al entrar en la cocina, Zac no hace nada por esconder una expresión de preocupación. Me dirijo directa a la cafetera tras murmurarle un «buenos días», aunque de buenos no tengan nada.

—¿Cómo estás?

Termino de servirme el café y le añado dos cucharadas de azúcar. No contesto hasta que lo revuelvo y le doy el primer sorbo.

—Estoy bien —afirmo, con sorprendente serenidad.

No puedo verlo, pero percibo que se pone en pie y avanza hasta quedar a mi espalda. Ni siquiera me roza, pero siento su calor, como siempre que está cerca.

—Tessa, soy yo —susurra, buscando una complicidad que ya no sé si tenemos.

Doy varios pasos de lado. No quiero darme la vuelta y encontrarlo a pocos centímetros de mí. No sé si soportaría contemplar la calidez de sus iris azules a tan corta distancia.

Inspiro lentamente antes de girarme.

—No pasa nada. Estoy bien —repito.

En realidad, puede que ni siquiera *esté*. Pero tras derrumbarme como lo he hecho, después de dejar que el dolor se apoderara de mí, hago lo único que puede mantenerme cuerda: levanto mis barreras, tan altas como hace años que no estaban, y me blindo. Supongo que existen mecanismos de autoprotección mejores, pero ahora mismo no estoy dispuesta a arriesgarme a comprobarlo y a dejar que los pedazos que quedan de mí salgan volando en mitad de esta jodida tormenta.

No quiero hablar de ello con nadie. No quiero la compasión de Zac o de Marta, tampoco la de mis padres. No quiero ver en sus rostros la misma preocupación que muestra ya mi amigo. Tal vez haga esto porque pienso que me lo merezco. Ellos intentaron avisarme sobre Álex, pero no me conformé, tuve que dejar que me destruyera él mismo.

—No tienes que esconderte de mí —suplica, y a punto estoy de echarme a llorar.

Pero sé que si lo hago, no seré capaz de parar. Salgo de la cocina y cojo mis libros y mis bolso. Meto dentro mi móvil apagado, ya que aún no he tenido el valor para consultar los mensajes que estoy segura de que siguieron llegando. Cuando estoy a punto de salir por la puerta, Zac me agarra del brazo. Su contacto me quema.

—Puedes ponerte todo el maquillaje que quieras y fingir que no ha pasado nada, pero te conozco, peque, tú no eres así.

Titubeo unos segundos con la mano sobre el pomo, aunque sé que necesito huir.

—Dejad todos de decirme cómo se supone que soy —espeto, al borde del llanto, pero esta vez se trata más de un llanto furioso.

Me trago los sollozos. No dejo de pensar en que ya ni siquiera sé quién soy.

Zac exhala un suspiro y su mano resbala por mi piel. Ya no me está tocando. Sin embargo, su calor sigue ahí.

—¿Recuerdas aquel libro...? —Duda, intentando recordar el título, aunque no veo en que me ayudaría eso—. *Las ventajas de ser un marginado*. Lo leímos juntos, como muchos otros. ¿Cómo era lo que decían?

Abro la puerta, dispuesta a marcharme, a correr escaleras abajo si hace falta. Cualquier cosa con tal de no seguir hurgando en mis heridas. Pero antes de que pueda escapar de mi amigo, él cita una frase de ese libro, una frase a la que intento no prestar atención, pero que retumba en mi mente como un eco eterno durante buena parte del día: «Aceptamos el amor que creemos merecer».

Hago lo que se supone que debo hacer: ir a clase. Supongo que continuar con la rutina es otra forma de sobrellevar esto. Tomo apuntes e intento prestar atención a las explicaciones de los profesores, pero, ya casi al final de la mañana, mi mente me traiciona y me lanza una ráfaga de imágenes de Álex. Me veo a mí misma sonriendo, robándole besos a la luz de las estrellas, brillando como su Venus. Solo que parece que mi luz se debe haber ido apagando y no resulta suficiente. Sé que debería estar muy cabreada con él; sin embargo, todo lo que siento es tristeza, tanta que me resulta difícil incluso enfadarme.

—Ey, Teresa.

Parpadeo, de regreso a la realidad. Guaci está plantada frente a mí, mientras que el resto de mis compañeros se apresuran a recoger sus pertenencias y el profesor ya se ha ido. La clase ha finalizado y ni siquiera me he percatado de ello.

—Sí, dime —replico, y ella frunce el ceño.

—¿Estás bien? Porque parecías inmersa en algún tipo de trance.

Juro que si me siguen preguntando si estoy bien, terminaré por ser sincera y soltar un «me siento como una mierda» que igual va a ser demasiada confesión para mi compañera.

—Sí, claro, solo... Esta clase me aburre un poco —improviso, y Guaci asiente.

Carlos, otro de mis compañeros, se nos acerca con la mochila al hombro.

—¿Café? —propone, y yo acepto como si me estuvieran ofreciendo una mariscada.

No es que me apetezca demasiado tener compañía, pero con ellos es fácil fingir que todo es normal. No me conocen lo suficiente como para darse cuenta de que, en realidad, me estoy cayendo a pedazos.

—¿Creéis en el amor verdadero? —planteo cuando ya estamos en la cafetería de la facultad.

Guaci suelta una risita, mientras que Carlos me observa con interés.

—Si es tu compi de piso, podría tener fe ciega en cualquier cosa —bromea ella.

Miro a Carlos, esperando que diga algo. No quiero pensar en Zac.

—Sí —contesta, para luego matizar su escueta respuesta—, pero no en que sea para siempre. Siempre es mucho tiempo, ya sabes.

Se pone en modo psicólogo, y yo me dispongo a escuchar una de sus particulares teorías.

—La gente cambia y en una pareja no es diferente. Las experiencias vividas a lo largo de nuestra vida condicionan nuestra manera de ver el entorno e incluso de vernos a nosotros mismos. No digamos ya nuestras necesidades —reflexiona, con apasionamiento—. Hoy en día, son pocas las parejas que logran absorber esos cambios y adaptarse a ellos. No solo eso, nuestros gustos también varían y lo que ahora anhelamos puede convertirse en prescindible en el futuro.

—Dicho así, le quitas todo el romanticismo al tema —se queja Guaci.

Carlos se ríe.

—Pero has dicho que crees en el amor verdadero —tercio yo, confusa, y él asiente.

—Hay cosas que escapan a cualquier explicación: la excepción que confirma la regla, lo imposible que se vuelve posible... Y la mente humana sigue siendo un gran misterio. Hay amores que duran toda una vida y otros que apenas llegan a unos pocos meses, pero ambos pueden ser verdaderos. La realidad es que sentimos lo que sentimos, independientemente del tiempo que hace que conocemos a esa persona —prosigue, y creo que me he perdido—. Existe gente que se quiere hasta el día de su muerte y, sin embargo, no pasa toda la vida junta.

Guaci tiene la misma cara de desconcierto que debo estar poniendo yo. Carlos pasa a contarnos la historia de su abuela. La mujer, tras enviudar a los ochenta años, se reencontró con un hombre al que había conocido antes de casarse con su abuelo y del que siempre había estado enamorada. Tras todo ese tiempo separados, él la buscó al enterarse de que se había quedado sola a pesar de no saber muy bien dónde vivía. Recorrió las casas de la zona que le habían indicado, puerta por puerta, hasta dar con ella.

—Su amor superó el paso de los años, la separación y sus respectivos matrimonios. Y ahí están, compartiendo el final de sus vidas.

Carlos finaliza el relato y durante unos segundos nos quedamos los tres en silencio.

—Nos tomas el pelo, ¿no? —repone Guaci, con gesto desconfiado.

Carlos se pone muy serio, pero acto seguido se le escapa una carcajada. Mi compañera le da un golpe en el hombro, reprendiéndolo.

—¡Es que parecíais tan interesadas!

Guaci y él se dedican a chincharse el uno al otro, discutiendo sobre los grandes amores de la historia y el drama que siempre se asocia a dichos romances. Sin embargo, yo me dedico a rumiar lo que ha comentado, eso de la excepción que confirma la regla. No creo que Álex y yo seamos dicha excepción. Nosotros somos, en todo caso, todo lo contrario.

SE HA ACABADO

Dicen que el amor puede curar el alma, que es capaz de sanar a las personas, de mejorarlas. No obstante, empiezo a pensar que Álex y yo no tenemos ese tipo de amor. La primera vez que estuvimos juntos nos provocamos una serie de heridas que puede que hayan cicatrizado con el tiempo, pero de las que siempre quedarán marcas.

Recuerdo que en el colegio tenía una amiga que se pasaba el día peleándose con un chico. Se odiaban con la clase de rechazo irracional que no les permitía dejar de hacerse la vida imposible. Cuando acabamos el colegio, cada uno se matriculó en un instituto diferente, y creo que fue entonces cuando empezaron a darse cuenta de que odiaban aún más no verse. Les llevó dos años convertirse en pareja y, por lo que sé, aún siguen juntos. Lo que había empezado como un odio infantil se transformó en un amor maduro y duradero.

En nuestro caso, recorrimos el camino a la inversa. Álex y yo nos amamos para luego odiarnos y, visto lo visto, no estoy muy segura de que podamos volver sobre nuestros pasos. No parece que eso sea posible. Tal vez las heridas sean más profundas cuando nos las inflige alguien a quien amamos. O quizás Álex y yo nos estemos aferrando a un pasado —bueno y malo— que no es más que eso: pasado. Me pregunto si existirá para nosotros ese amor curativo, si habrá alguien esperando a la vuelta de la esquina para recomponer lo que ni él ni yo hemos sabido arreglar.

Cierro los ojos y aprieto los párpados. La sola idea de imaginar a Álex con otra me obliga a esforzarme para continuar respirando. Incluso con las cosas que ha dicho sobre mí, me cuesta verlo fuera de mi vida. Aunque esté cabreada, dolida y con el corazón destrozado, soy consciente de que cada parte de mí continúa amándolo.

—¿Teresa?

Abro los ojos y me encuentro a mis compañeros observándome. Esbozo una sonrisa que es probable que no sea más que una triste mueca.

—Hoy estás un poco ida —comenta Guaci.

—El otro día leí un estudio que afirmaba que los psicólogos son los profesionales con más problemas emocionales —interviene Carlos, sin dejar de mirarme—. Ironías de la vida.

Vale, es posible que empiecen a preocuparse por mi cordura. Guaci se apresura a contestarle, evitándome tener que responder.

—Aún somos estudiantes.

—Y mira lo colgados que estamos —señala él.

Ambos ríen y yo procuro seguirles el ritmo.

Por la noche, al encender el móvil, y tal y como sospechaba, tengo un sin fin de mensajes de Álex. Los primeros son más de lo mismo: acusaciones, frases incoherentes con palabras a medias... Me los salto directamente, porque no soy capaz de asimilarlos. Los últimos son de esta mañana y están plagados de un montón de «lo siento» y otras tantas disculpas que me suenan atterradoramente vacías. No le contesto; no sabría qué decir y no sé si quiero escuchar lo que tiene que decirme él.

Los siguientes días discurren con una dinámica muy similar. Mis muros siguen ahí, protegiéndome. Procuro relacionarme lo justo y solo con gente con la que no tenga mucha confianza, gente que no se preocupe por mis ausencias. Zac, Marta y Teo son otro cantar. Este

último ha regresado a su casa, no sin antes amenazar con volver muy pronto y repetirme la perla de sabiduría que me soltó en el bar:

—Si parece un cabrón...

Le doy un beso de despedida y busco de nuevo refugio en la cueva en la que se ha convertido mi dormitorio.

A Marta la evito de una manera más o menos eficaz dado que, a pesar de su vena juerguista, es de las que suele ponerse a estudiar con bastante antelación. Sé que no durará mucho, pero al menos dispongo de algo de tiempo extra antes de enfrentarme a ella. Y Zac... Esa es la peor parte de todo esto. En su caso, parece ser él quien me está evitando. Creo ver cierta decepción en sus ojos cuando me mira, pero afrontarlo en este momento es demasiado para mí.

Me viene a la mente el día en que, tirados en mi cama, le dije que creía haberlo hecho todo mal, y tal vez sea así. Puede que lo esté haciendo como el culo, con Álex, con mis amigos... Pienso también en algo que dijo Carlos, aunque estuviera bromeando: no podemos evitar sentirnos como nos sentimos. ¿Y si Álex no puede evitar sentirse traicionado por lo que le hice?

«Vas a perder la cabeza», me digo.

Darle vueltas y más vueltas no me conduce a ningún lado. Por mucho que lo intente, no logro comprender cómo puede Álex mostrarse tan cariñoso conmigo en determinados momentos y ser capaz de hacerme tanto daño en otros. Es como pasar del paraíso al infierno en cuestión de segundos, lo cual solo consigue que ame una parte de él mientras que la otra me produce un terrible rechazo.

Durante esa semana, no hay más mensajes. Puede que esté dándome espacio o que se haya dado cuenta de que esta vez ha metido la pata hasta el fondo. A saber, con Álex cualquier cosa es posible. Lo que sí es cierto es que he llorado absolutamente todas las noches. Por el día he conseguido mantener cierta entereza, pero una vez que regreso a mi habitación no soy capaz de controlarme. La fachada que tanto me esfuerzo por mantener cae de forma irremediable cuando estoy a solas. Es probable que me esté autocompadeciendo de más, pero creo que ahora que había rozado con la punta de los dedos un posible final feliz para nosotros, ver que esa posibilidad se esfuma resulta devastador.

En una de esas mañanas, me encuentro a Marta acampada frente a la puerta de mi dormitorio. Está sentada en el suelo con las rodillas dobladas y las manos enlazadas sobre el regazo. A punto estoy de meterme de nuevo dentro, pero creo que eso sería demasiado incluso para mí.

—Necesitas hablar —me dice, y aunque está seria, no parece enfadada.

Giro la cabeza y veo a Zac inmóvil al final del pasillo.

—Pasa, anda —cedo, y cierro la puerta tras ella.

Ni siquiera me da tiempo a prepararme antes de que empiece el sermón.

—A mí no me engañas. Ni a mí ni a nadie que te conozca, Tessa.

—No es eso lo que trato de hacer —miento, dicho sea de paso, con escasa convicción.

—Ya, claro, y tampoco tratas de hacerte la dura y aparentar que no estás hecha una mierda solo para no escuchar eso de «te lo dije».

Me siento a su lado en la cama.

—¿Vas a decirlo?

—Eso es lo de menos —repone, restándole importancia con un gesto de la mano—. Solo quiero que tú digas algo, cualquier cosa, y que dejes de esconderte aquí. ¿Qué ha pasado con Álex? —me interroga, y me encojo solo con pensar en contárselo todo—. Ha hecho algo más, ¿no? Algo malo.

Lo último es más una afirmación que una pregunta. Titubeo unos segundos, consciente de que relatarle las acusaciones de Álex y explicarle lo de los mensajes es probable que me destroce aún más. Lo volvería todo más real, más definitivo.

—Solo... solo se ha acabado. —Supongo que ese es el mejor resumen que puedo ofrecerle a mi amiga.

Marta se deja caer sobre el colchón y se queda mirando el techo. Creo que no sabe muy bien qué decir, es consciente de lo que Álex representa para mí.

—Al menos lo has intentado —comenta tras unos segundos.

—Sí, bueno... no parece que eso haya sido suficiente.

Me tumbo a su lado y trato de no pensar en las frases hirientes que Álex me dedicó vía *Whatsapp*, en la rabia que evidenciaban y en todo el rencor que debe de haber acumulado con el paso de los años para que unas cuantas copas hayan conseguido que lo vomite todo de esa manera.

—Necesitamos una salida de chicas.

Comienzo a negar de inmediato. La idea de salir de juerga hace que me entren náuseas. Sería como revivir un pasado del que siempre he estado tratando de huir.

Marta pone los ojos en blanco.

—Una escapada —aclara, como si supiera en lo que estoy pensando—. Una de nuestras excursiones sin rumbo.

Nuestras excursiones sin rumbo, como mi amiga las llama, normalmente incluyen a Zac, aunque su alusión a una salida de chicas me hace creer que este no es el caso. Si bien, dado que nuestro único medio de transporte es el vehículo de mi amigo y que precisamente la gracia del plan es pillar el coche y perdernos por la isla, no entiendo qué puede estar tramando.

—No va dejarnos el coche. Está enfadado conmigo.

—No está enfadado contigo —tercia ella, pero esboza una mueca—. Bueno, un poco tal vez.

Suspiro. No puedo decir que no me lo esperase.

—Se preocupa mucho por ti, Tessa, y creo que también está un poco celoso.

Enarco las cejas, porque eso sí que no se me había ocurrido.

—Bueno, tal vez celoso no sea la palabra adecuada —se corrige. Se pone en pie y comienza a pasearse por la habitación—. Es que tienes esa relación tan intensa con Álex, yo mejor que nadie sé cuánto lo quieres y que arriesgarías cualquier cosa si pensases que existe una posibilidad de que lo vuestro funcionase. —Alza la cabeza y me mira, deteniéndose frente a mí—. Sé el miedo que sientes, Tessa, y el dolor que te provoca creer que lo que tienes con él se acabará para siempre y no volverás a sentir algo así por nadie. —En sus ojos atisbo tanta comprensión que no la hago callar a pesar de que hablar de esto no deja de ensanchar el agujero de mi pecho—. Pero luego está Zac. Tenéis una complicidad que no suele darse ni entre gente que se conoce desde que eran críos, y Zac lo sabe, lo siente, al igual que estoy segura de que lo sientes tú.

Abro la boca para decir algo, pero Marta no parece dispuesta a detenerse. Se pone en cuclillas y me agarra las manos. Las suyas están cálidas al contraste con las mías y no puedo evitar pensar en lo frías que las tengo siempre últimamente.

—Sois únicos juntos, y él lo echa de menos —prosigue—. Puede que no sienta celos, tal vez sea decepción.

—Eso no me ayuda mucho —le digo, aunque es probable que no sea más que la verdad.

Dejo caer los párpados para evitar el escrutinio de su intensa mirada.

—Además, Zac está muy bueno —añade. No sé si para restarle importancia a sus reflexiones o porque no puede evitar subrayar lo que es evidente—. Cuando te viniste a vivir con él aposté a que no tardarías más de dos semanas en tirártelo.

Abro los ojos, perpleja y bastante ofendida.

—¿Apostaste?

Por toda respuesta se encoge de hombros.

—Hicimos una porra en la facultad después de aquella mañana en la que Zac vino a buscarte y todos te vieron con él.

—¡Marta! —me quejo, aunque todo esto es muy propio de ella.

Me acuerdo de esa mañana. Solo llevaba dos días instalada en su casa y vino a recogerme para acompañarme a comprar algunas cosas para mi habitación. Mis compañeros de clase, junto con Marta, se pusieron a cuchichear de inmediato cuando lo vieron aparecer. Zac y yo habíamos comido juntos y luego perdimos toda la tarde dando vueltas dentro de Ikea. Casi nos echan por dedicarnos a probar los colchones con un entusiasmo que rayaba en lo infantil.

Sonrío por el recuerdo.

—No sé, sois Zac y tú. Desde el principio teníais esa química endiablada. Si no le entré yo fue porque creía que os ibais a liar.

Vuelve a sentarse a mi lado, es incapaz de estarse quieta más de dos segundos.

—¿Tú y Zac nunca...?

Dejo la pregunta en el aire y, de repente, me inquieta que mis dos mejores amigos se hayan enrollado y yo no lo sepa. La respuesta de Marta, una carcajada repleta de drama y algo teatral, me da por pensar que es así.

—No.

Ladeo la cabeza y me quedo mirándola.

—¿En serio?

—De verdad que no —insiste, y parece sincera—. Como te he dicho, pensaba que tú y él os daríais al menos un revolcón. Para cuando me di cuenta que no iba a ser así, ya no veía a Zac de esa forma. Sin contar con que él nunca ha parecido estar interesado en mí.

—También le gustan las chicas —le digo, aunque Marta ya debería saberlo.

—Eso dice, pero ¿lo has visto alguna vez con una?

Reparo en que Marta tiene razón. Es decir, tampoco es que lo haya pillado morreándose con tíos a menudo, pero nunca con una mujer. Claro que eso no quiere decir nada.

—Es muy discreto.

Nos quedamos un momento pensándolo.

—A lo que íbamos. Nos vamos por ahí. —Se pone en pie y me observa, esperando que la imite—. No acepto un no por respuesta.

Y eso es justamente lo que hace: arrastrarme a pesar de mis protestas y negarse a dejar que continúe ocultándome por más tiempo.

SIN RUMBO

Marta se sale con la suya. Me obliga a meter un poco de todo en la mochila (biquini, una camiseta de repuesto, un jersey, otro par de calcetines...), porque no sabemos si será playa o montaña. Vivir en una isla como Tenerife te da un sin fin de posibilidades. Nuestras excursiones son así, tirando kilómetros y un poco a donde nos lleve el viento. Me pregunto quién será la que le pida las llaves del coche a Zac y, de paso, le informe de que él no está en la lista de invitados. Para mi sorpresa, cuando salimos al salón, el llavero está en el centro de la mesa, a plena vista, y Marta me confirma que Zac ya estaba al corriente de sus planes. Vamos, que lo de mi amiga ha sido con premeditación y alevosía.

Empezamos a barajar destinos desde el minuto uno. Marta, tras el volante, conduce a pesar de no haber decidido nada. Coge la autopista en dirección a Santa Cruz, por lo que el norte queda descartado, y pocos kilómetros más adelante se desvía por la conexión que une las dos autopistas de la isla.

—¿Al sur? No quiero ir a El Médano —señalo, por si se le ocurriera la genial idea.

—Oh, vamos, es temprano y quiero tomarme un café en el Veinte.

El Veinte04 es un cafetería que hay en la plaza principal del pueblo, tiene un rollito surfero que a Marta y a mí nos encanta, y suele haber conciertos en vivo algunas noches. Se come bien y queda frente a la playa. Cuando estamos en la zona, nos encanta sentarnos en la terraza y tomarnos un café o una clara con limón, según la hora del día.

—No quiero encontrarme a mis padres.

Ni a nadie conocido en realidad, pero sobre todo a ellos. Hace unas semanas que no voy a verlos, aunque había quedado en que bajaría el fin de semana en el que Teo vino a visitarnos y discutí con Álex. Mi idea era contarles que estábamos saliendo, pero tras nuestra pelea no me pareció lo más indicado, así que me inventé una excusa y les dije que los visitaría más adelante.

—Solo una café. Decidimos y seguimos la ruta.

Pone ojitos de cachorrillo abandonado y lloriquea, y yo soy incapaz de resistirme.

De manera inevitable, me voy relajando según avanzan las horas al lado de mi amiga. Trato de no pensar en Álex ni en nada de lo sucedido. Ahora mismo necesito un poco de tranquilidad, distraerme y pensar las cosas en frío. Soy consciente de que en caliente no suelo tomar buenas decisiones, aunque no sé si hay mucho que decidir.

Elevamos nuestro nivel de cafeína en sangre y, por suerte, no coincidimos con mis padres. Me sabe mal no hacerles una visita, pero creo que es mejor así. No quiero preocuparlos sin motivo y estoy segura de que notarían que algo va mal. Así que seguimos hasta las piscinas naturales que hay casi llegando a Los Abrigos, donde nos damos un primer chapuzón. Marta me empuja cuando me acerco a comprobar la temperatura del agua, arrancándome un grito, mientras se parte de risa. Al principio no dudo en lanzarle varios insultos de lo más imaginativos, pero termino por resignarme y reírme yo también. El agua está helada; sin embargo, me despierta y me hace sentir algo más viva de lo que me he sentido en días.

Después de esa segunda parada, seguimos autopista adelante y acabamos en Los Gigantes, en la pequeña playa de arena negra que hay custodiada por los acantilados, donde nos damos un segundo baño para después seguir en dirección a Punta de Teno, lo que vendría a ser el final de la isla. Para cuando llegamos allí nuestros estómagos ya están rugiendo y tenemos que

hacer otra parada para comer algo. No hablamos de Álex, tampoco de Zac ni de Marcos o Teo, solo de nosotras y de los maravillosos parajes que vamos visitando. Poco a poco me voy sintiendo mejor, más animada y mucho menos tensa, aunque de vez en cuando un pensamiento sombrío asoma en mi mente y tengo que obligarme a no prestarle atención. Pero, sobre todo, sonreímos, nos reímos mucho y muy fuerte, de esa manera cómplice en la que lo hacen las amigas que han vivido toda clase de experiencias juntas.

Al llegar al Puerto de la Cruz a media tarde estamos agotadas, aunque es esa clase de cansancio reconfortante que parece darte energía aún sin tenerla. El cielo está cubierto de nubes y, aunque la temperatura no es demasiado baja, me he puesto el jersey. Estamos sentadas en un banco de piedra en el paseo marítimo, justo en la zona del Lago Martiánez, observando el trasiego de turistas de las más variadas nacionalidades mientras nos comemos un helado. Marta apura el suyo con placer aunque a mí me queda aún más de la mitad. Tomo pequeñas cucharadas y me dedico a disfrutar del sabor a Nutella.

—Pues aquí estamos —suelta ella.

Sé que espera que le cuente qué está pasando, pero no quiere presionarme. Me quedo en silencio unos segundos, sin saber si estoy preparada, hasta que decido comenzar a hablar.

—Creía que podría salir bien esta vez —murmuro, sin levantar la vista de mi vasito de helado—. De verdad que lo creía.

Marta suspira. Por el rabillo del ojo veo que me está mirando.

—Es complicado —añado, porque no sé muy bien qué decir.

Mi reticencia no se debe a que no confíe en ella, lo sabe prácticamente todo de mí y no temo contarle cualquier cosa, pero sigo resistiéndome a hablar en voz alta de lo sucedido. Quizás sea por cobardía o quizás por miedo a que eso haga que Marta odie a Álex. Por algún motivo, no quiero que mi mejor amiga tenga nada en contra de él. Sé que es estúpido, porque eso no hace que mis heridas sean menos reales o la actitud de Álex menos dolorosa.

—Ya, bueno, con Álex nunca nada fue sencillo.

—Es que no lo entiendo. ¿Cómo, queriéndonos tanto, somos capaces de hacernos tanto daño?

Se encoge de hombros.

—Supongo que precisamente por eso —comenta, tirando de las mangas de su chaqueta hasta que sus manos desaparecen bajo ellas—. Es la gente que más te quiere la que más daño puede hacerte. Y Álex... Con él siempre ha sido todo o nada, ya lo sabes.

No me atrevo a mencionar que el «nada» de Álex no pasa por la indiferencia, sino por atacar donde más duele. Es como si quisiera hacerme comprender lo mal que mis acciones le hacen sentir a base de infligirme el mismo daño.

—¿Vais a arreglarlo? —pregunta, y sé que lo que de verdad quiere saber es si estoy preparada para rendirme.

—No lo sé.

En realidad, no quiero darme por vencida. En el fondo estoy esperando a que Álex haga algo que me haga pensar que todavía existe una posibilidad para nosotros, una excusa, un resquicio de esperanza que me impulse a seguir creyendo en esto. Que me demuestre que él no es así, porque me horroriza creer que estoy enamorada de alguien capaz de comportarse de esa forma.

Echo la vista atrás y me doy cuenta de lo contradictorio que se ha mostrado. Pienso en el día en que me dijo que me quería y que nunca había dejado de hacerlo. Durante unos instantes, me recreo en las sonrisas que me ha arrancado, en lo valioso que esos momentos son para mí. No

voy a poder olvidarlos, eso lo tengo claro. Soy consciente de que los buenos momentos seguirán dando vueltas en mi cabeza pase lo que pase, e incluso es posible que, con el tiempo, se vuelvan aún mejores. La memoria suele ser muy traicionera y yo tengo tendencia a agarrarme a esa clase de recuerdos. El rencor es un sentimiento que me desgasta más que cualquier otro. Supongo que Zac tenía razón cuando dijo que no soy capaz de odiar a largo plazo.

Pero el resto... No sé si puedo con ello. También tengo claro que mi amigo acertó al decir que ya no confío en Álex, y sin eso, sin confianza, no creo que pueda dejar caer mis barreras de nuevo y entregarme del todo. Y sí, con Álex siempre ha sido todo o nada.

—No estoy segura de que haya forma de arreglarlo. —Marta me contempla y su expresión preocupada me empuja a darle un abrazo. Apoyo la cabeza sobre su hombro—. Ni de que quiera hacerlo.

Mi amiga me aprieta, consolándome, antes de separarse para buscar mis ojos.

—¿Has dejado de quererlo?

Niego de inmediato. A veces pienso que nunca podré dejar de amar a Álex, que, juntos o no, siempre tendré esa conexión irracional con él que hace imposible que lo saque de mi corazón y de mi mente.

—No sé si eso es posible siquiera —susurro, más para mí que para ella.

—Odio verte así, Tessa. Sé lo que sientes por él, pero no creo que merezca la pena.

Cierro los ojos para atenuar el dolor que me provocan sus palabras. El amor no debería doler, jamás, debería ser algo maravilloso que nos convierta en mejores personas, que nos dé valor para cumplir sueños, para vivir sin prisa pero sin pausa. Que nos empuje sin arrastrarnos. No, no debería hacer daño amar a alguien.

—Ahora te parecerá imposible, pero pasará —prosigue, y aunque lo hace con la mejor intención, algo en mi interior quiere decirle que eso es mentira.

Pasará, claro que pasará. Nada es inmune al tiempo. La cuestión es si quiero que pase, si estoy preparada para dejar ir al que siempre he considerado como el amor de mi vida.

Pequeñas gotas de lluvia comienzan a caer sobre nosotras. Alzo la cabeza y dejo que me acaricien el rostro hasta que Marta tira de mi brazo y echamos a correr juntas por el paseo, en dirección al coche.

El tiempo aquí es así. En un lado de la isla puedes estar en manga corta y en el otro tener que andar bajo el paraguas. No suele gustarme la lluvia, pero en este caso agradezco su aparición mientras trato de seguir el ritmo de Marta y no quedarme atrás. Al menos nadie se dará cuenta de las lágrimas que corren por mis mejillas.

AYÚDAME

A pesar de ese último momento en el Puerto de la Cruz, el paseo consigue que vuelva más relajada a casa. Incluso pedimos unas pizzas para cenar y nos las comemos con Zac mientras vemos algunos capítulos de *Arrow*. En el ambiente flota cierta tensión, nada que ver con lo que solían ser nuestros pícnicos desperdigados por el salón, riendo y soltándonos pullas unos a otros. Zac y yo cruzamos la mirada varias veces, pero parece que ninguno de los dos sabe exactamente qué decir o en qué punto está nuestra amistad. ¿Cómo pueden haber cambiado tanto las cosas entre nosotros en tan poco tiempo?

Después de que Marta se marche a su casa, nos damos las buenas noches y ambos nos encerramos en nuestros respectivos dormitorios. Consulto el móvil con la esperanza —y también el miedo— de tener noticias de Álex. No hay ninguna llamada ni mensaje. Abro el correo, porque no lo he mirado en todo el día aunque han entrado varias notificaciones. Mis ojos tropiezan con el nombre de Álex y se me hace un nudo en el estómago al comprobar que me ha enviado un mensaje bastante largo. Tardo un minuto en empezar a leerlo para luego lanzarme a recorrer las líneas de forma apresurada.

Me pide perdón, pero el correo contiene mucho más. Me habla de lo mal que se siente, de como le es imposible dejar el pasado atrás. Dice que, cuanto más tiempo pasa a mi lado, cuanto más se refuerzan los sentimientos que tiene por mí, todo se vuelve aún peor.

«Contigo pierdo el control. No hay término medio, lo bueno es increíble y lo malo duele demasiado», afirma, y el siguiente párrafo rebosa tanta tristeza que se me encoge el corazón al comprender que él tampoco está bien.

Se deshace en disculpas por su comportamiento de la otra noche. No sé las veces que leo las palabras «lo siento». Admite una parte de culpa, la otra me la echa a mí. Menciona nuestros problemas de hace años, la traición, mi infidelidad, su actitud controladora...

«Quiero estar contigo, quiero hacerte sonreír más que ninguna otra cosa, pero no sé cómo, y de lo que estoy seguro es de que no puedo hacerlo si no me ayudas».

Repaso esa frase varias veces. Si tan solo supiera qué puedo hacer para ayudarlo a entender que tiene que olvidar el pasado, que nos estamos dejando ganar por algo que no tiene marcha atrás, y que lo peor de todo es que estamos sumando nuevos errores a una lista ya demasiado larga, más heridas y cicatrices con las que tendremos que convivir.

Me lleva al menos media hora asimilar todo el mensaje. Cuando al final dejo a un lado el móvil, no sé muy bien qué pensar. Parece tan arrepentido, tan frágil. ¿Me estaré rindiendo yo? ¿Y si esta es nuestra oportunidad? Tal vez...

«Si vuelves a intentarlo y sale mal, Tessa, no quedará nada de ti», me reprocho, aunque ni siquiera sé si hay algún trozo de mí que no esté roto por completo. ¿Qué más puedo perder?

A Álex, puedo perder a Álex para siempre.

Esa idea me tortura durante toda la noche. Doy vueltas en la cama, más de las habituales, y no dejo de pensar en el mensaje, en las disculpas y en sus explicaciones. No es que se culpe de todo lo sucedido, tampoco yo lo hago. Creo que esto es cosa de dos y jamás he pensando que soy perfecta. Mis errores también están ahí, complicándolo todo más si cabe.

Me viene a la mente cuando, tras las insinuaciones que hizo la noche en que conoció a Teo, me pidió que nunca volviera a dejar que me tratara así. Sin embargo, no solo se repitió, sino

que fue aún peor. De lo único que estoy segura es que no puedo permitir que me humille de esa forma de nuevo. No me lo merezco. Soy consciente de que a una parte de mí le aterra perderlo, pero la otra está, en realidad, furiosa con él.

Sobre las siete de la mañana, poco antes de que suene la alarma del despertador, ya estoy en pie y con el móvil en la mano, escribiendo un mensaje:

«Necesitamos hablar».

Al enviar esas dos únicas palabras comprendo que estoy esperando que, cuando nos veamos, Álex sea capaz de convencerme de que aún tenemos una posibilidad de ser felices juntos.

Apenas un minuto después llega su respuesta:

«¿Puedes venir a casa? No me encuentro demasiado bien».

Le digo que no hay problema y comienzo a arreglarme despacio. No creo ser capaz de desayunar, ni tan siquiera mi obligado café. No con el estómago tan apretado en mi vientre que solo pensar en comer algo me da ganas de vomitar.

De camino a la puerta me tropiezo a Zac, tan madrugar como siempre. Está apilando varias carpetas y libros en la mesa del salón. En el suelo, junto a él, hay una bolsa de viaje. Frunzo el ceño y me quedo mirándola fijamente, como si pudiera ver lo que contiene si me esfuerzo lo suficiente.

—¿Vas a algún lado? —me atrevo a preguntar, y él se vuelve para mirarme.

Ni siquiera se había percatado de que estaba aquí. En su rostro se dibuja una expresión culpable, lo que hace que empiece a preocuparme.

—He decidido adelantar un poco las vacaciones de Navidad.

—Quedan aún varias semanas —señalo, y caigo en la cuenta de que es probable que esté hablando de irse a casa—. ¿Te vas a Lanzarote?

Asiente con suavidad, como si temiera mi reacción. La verdad es que no sé qué pensar.

—Estoy algo descentrado y he pensado que me vendrá bien ver a mis padres. El tutor de mi tesis no ha puesto ninguna pega —explica, y ambos sabemos que está mintiendo.

Por un lado está el hecho de que la relación con sus padres suele ser bastante tirante, y por otro que, cada vez que va a casa por vacaciones, Teo no lo deja ni respirar. Siempre tiene mil planes, desde ir a hacer surf o recorrer la isla hasta sus indispensables salidas nocturnas. Lo que me lleva a pensar que no es lo que vaya a encontrar allí, el problema está aquí y seguramente tenga algo que ver con nuestro reciente distanciamiento.

—Pero no puedes irte —digo, y la voz me tiembla.

Puede que esté siendo egoísta, pero no quiero que se marche. Aunque nos hayamos distanciado, Zac forma parte de mi día a día. Es... Es Zac.

—Lo necesito, peque.

Me muerdo el labio al escuchar mi apodo, y sus ojos, rebosantes de tanta melancolía que me hacen apartar la vista, suplican en silencio que no insista.

—Volveré después de Reyes, no es demasiado tiempo —comenta, y sé que está intentando parecer animado.

Un mes. Creo que nunca hemos pasado tanto tiempo separados. Incluso en vacaciones siempre nos las arreglamos para que venga a verme a casa o yo viajo a Lanzarote para pasar unos días con él. Caigo en la cuenta de que Zac ha sido una constante en mi vida desde que nos conocimos. Mi puerto seguro. Y ahora ese puerto está siendo engullido por la tormenta.

—¿Esto tiene algo que ver conmigo?

—No —se apresura a contestar. Si bien, acto seguido, agacha la cabeza y sus hombros

caen. Me da la sensación de que lo que quiera que vaya a decir no es fácil para él—. Tú ya tienes bastante de lo que ocuparte, Tessa. No te preocupes por mí, estaré bien.

—Pero...

—En serio, no pasa nada —me interrumpe, y devuelve su atención a los papeles esparcidos sobre la mesa—. Voy a llevarme documentación y el portátil para seguir trabajando. Seguro que puedo ir adelantando cosas.

Permanezco de pie, observándolo, con el bolso colgado del hombro. Me siento como si estuviera rompiendo conmigo, aunque es una estupidez porque no somos pareja. Sin embargo, no puedo evitar pensar que esto está mal, esta separación es antinatural. Ahora sí que estoy a punto de vomitar.

—Zac —lo llamo, porque quiero que me mire, pero él no se gira.

—¿Ibas a ver a Álex?

—Sí —replico, sintiéndome culpable y sin saber cómo lo ha adivinado.

—Suerte.

Se marcha por el pasillo sin mirarme ni darme opción a añadir nada más, dejándome con un regusto amargo en la boca y el presentimiento de que, haga lo que haga, no conseguiré otra cosa que hacer infelices a todos los que me rodean.

AYER SIGUE SIENDO HOY

Quizás debería prometerme olvidar, pasar página, aunque todos sabemos que prometer y cumplir son dos cosas muy distintas. Por eso, cuando tengo delante de nuevo a Álex, no puedo evitar que mi pulso se acelere y mi cuerpo comience a temblar. Tiene mal aspecto. Luce unas marcadas ojeras que le dan a su mirada un tinte sombrío. Su camiseta arrugada y el pelo alborotado, por el que no deja de pasarse la mano con actitud nerviosa, hacen que me pregunte cuánto tiempo llevará sin dormir en condiciones.

Se ha sentado en el sofá mientras yo permanezco de pie a pocos metros, sin atreverme a acercarme más. Ahora que estoy aquí, ni siquiera sé por dónde empezar.

—Lo siento —murmura, y la voz le sale ronca—. Lo siento mucho. Yo...

Sus palabras me suenan vacías. No es que no crea que está arrepentido por lo que ha pasado; en realidad, estoy segura de que es así. Sin embargo, sentirlo no arregla nada ni borra el daño causado. Sigue doliendo verme a través de sus ojos, y tal vez sea eso lo único que me impide lanzarme en sus brazos y decirle que todo va a salir bien.

—De verdad crees esas cosas horribles de mí —digo, y no es una pregunta.

Él niega con la vista fija en el suelo y, de repente, su actitud me pone furiosa. Tal vez toda la ira que debería haber mostrado hace días se haya almacenado en mi interior y sea ahora cuando está buscando una forma de salir.

—Por favor, entiéndelo —suplica sin mirarme—, no puedo evitar que me duela. Cuando te conocí estaba convencido de que eras lo mejor que me había pasado nunca. Quería una vida entera a tu lado, quería hacerte feliz, y luego tú...

De nuevo en el punto de partida. Otra vez acosados por los fantasmas de un pasado que parece que nunca podremos dejar atrás.

—No hay manera de cambiar lo que ocurrió —replico, no porque quiera evitar mi parte de culpa, sino porque soy consciente de que esto nos está matando—, pero esta vez podíamos haberlo hecho mejor, podíamos haber conseguido lo que no tuvimos entonces.

Sin querer, el volumen de mi voz va aumentando. La rabia se acumula en mi pecho. Nos hemos convertido en algo peor de lo que éramos hace años. Somos tóxicos el uno para el otro, dos personas condenadas a no poder amarse sin hacerse daño.

—No quiero volver a sentirme así —señalo, y la humedad se acumula en mis ojos—. No podemos estar juntos, Álex.

Alza la cabeza y su expresión aterrorizada se me clava en el pecho. Veo en su mirada el mismo miedo que he contemplado cada noche en el espejo desde que nos peleamos, temor a perdernos, a que nuestros caminos vuelvan a separarse y a que, esta vez, sea de forma definitiva.

—Podemos intentarlo, podemos...

Cierro los ojos para evitar los suyos.

—Lo hemos intentado todo, Álex —afirmo, tratando de retener las lágrimas. Las palabras salen de mi boca arrastrándose por mi garganta y duelen, joder cómo duelen—. Esto... esto nos hace demasiado daño.

—Hemos convertido el pasado en nuestro presente —continúo a duras penas—. Aunque superásemos aquello, hemos añadido más heridas a las ya existentes.

Se pone en pie y, sin que pueda hacer nada para evitarlo, rodea mi rostro con las manos y

me obliga a mirarlo. Trato de apartarme, de separarme de él por todos los medios, porque su olor y la calidez que emana de su cuerpo me recuerdan lo que estoy perdiendo, lo que no podré volver a tener. Pero Álex se muestra firme.

—Si ambos ponemos de nuestra parte...

—¿Qué más quieres de mí?

Mi labio inferior tiembla, y él coloca el pulgar encima y lo desliza con suavidad hasta la comisura.

—Dame otra oportunidad — ruega, y sus brazos me rodean. Me estrecha contra su cuerpo y esconde el rostro en el hueco de mi cuello—. Por favor, Teresa.

La súplica es apenas un susurro roto y, cuando percibo el temblor de su pecho, me doy cuenta de que está llorando. Estoy segura de que si quedaba alguna parte de mí que hubiera salido indemne, acaba de volar en pedazos y convertirse en un montón de trocitos diminutos. Incapaz de reprimir los sollozos, mis mejillas se humedecen sin remedio.

—Escúchame, al menos déjame que te explique.

No sé cómo decirle que estoy exhausta, cansada de intentar encontrar una razón válida para lo que nos estamos haciendo. No creo que la haya. Sin embargo, sé que no podría marcharme sin más después de contemplar la desolación de su expresión atormentada.

Le devuelvo el abrazo y dejo que mis manos recorran la piel de su espalda, trazando las líneas de los tatuajes que hay bajo su camiseta y que me sé de memoria. La caricia parece calmarlo un poco. Durante varios minutos ninguno de los dos dice nada. Nos mantenemos así, en silencio y uno en brazos del otro, temiendo que lo que venga a continuación no sea suficiente como para mantenernos juntos.

—¿Por qué? —pregunto, cuando logro recuperar la voz y la fuerza necesaria para enfrentarme a su respuesta.

Su abrazo pierde intensidad y yo dejo que mis manos resbalen por sus costados para interponer algo de distancia entre nosotros. Pero él enreda sus dedos con los míos y me lleva hasta el sofá. Se sienta de lado, esperando que yo haga lo mismo, y no toma la palabra hasta que cedo y me acomodo junto a él.

—He visto cómo te mira. Zac —aclara, y creo que es la primera vez que lo llama por su nombre—. Sé lo que significa, porque yo te miro igual.

Niego. Zac es muy importante para mí y soy consciente de que yo también lo soy para él, pero no hay nada más allá de eso.

—Déjame continuar —añade, cuando ve que me dispongo a replicar—. Él ha estado en tu vida mientras yo no estaba. Lo llevas a casa de tus padres cuando ni siquiera les has dicho que estás conmigo. No formo parte de tu vida, Teresa. Es como si estuvieras esperando que lo nuestro se acabara en cualquier momento, como si tan solo fuera una manera de pasar el rato.

Confusa, me quedo unos instantes sin saber qué decir. De repente caigo en la cuenta de que ni siquiera me está echando en cara las cosas que le hice; no, esto es algo totalmente nuevo.

—Pensaba contárselo —me defiendo, aunque a estas alturas ya todo suena a excusa—. Iba a pedirte que fueras conmigo el día después de que nos peleásemos. No eres un simple rollo de una noche para mí. Si fuera eso lo que busco, ¿no crees que resultaría mucho menos complicado enrollarme con cualquier otro tío?

Me percató de lo inoportuno de mis palabras justo después de terminar de pronunciarlas. La tensión se me acumula en los músculos de la espalda, temiendo que lo interprete como una referencia a la manera en que acabó lo nuestro la última vez.

—Esto no es fácil, Álex. ¿Eres consciente de los mensajes horribles que me enviaste?

¿De la mierda que echaste sobre mí? Nunca puedo estar segura de lo que sucederá a continuación, de si vas a estar de buenas o si tu mente estará revolviendo una vez más en el pasado. A veces me da miedo incluso hablar y decir algo que te haga recordar. —Hundo la cabeza entre los hombros y me froto la nuca con una mano. Me siento tan impotente. Tan rota y frustrada—. No es que esté esperando a que esto acabe, es que vivo a la espera del próximo golpe.

—Estaba cabreado y... borracho —admite, como si eso lo hiciera menos culpable.

—Dicen que los niños y los borrachos nunca mienten.

Eso es lo peor: el dolor que me provoca pensar que, en realidad, cree que tan solo estoy esperando a que se me presente la oportunidad para engañarlo de nuevo, solo que no se atreve a decirlo.

—¡Dios! No, Teresa. No es eso lo que pienso de ti.

Apoya su frente en la mía y cierra los ojos. Y yo deseo con todas mis fuerzas que esté diciéndome la verdad por mucho que ya no me sea fácil creerlo.

—Estaba celoso, ¿vale? Dormís a una puerta de distancia y estoy seguro de que él estaría encantado de que lo hicieras en su misma cama.

—Da igual —le digo, y Álex frunce el ceño y se echa hacia atrás, separándose de mí—. Aunque tuvieras razón, ¿dónde me deja eso? No confías en mí, Álex. Si lo hicieras, no te importaría Zac ni ningún otro tío, porque sabrías que con quien quiero estar es contigo.

Aprieto los labios y lo miro directamente a los ojos, buscando en ellos algún resquicio de esperanza o de comprensión. Lo que sea que me ayude a entender el porqué de todo esto.

—Soy consciente de lo que hice en el pasado, del dolor que te provoqué, y lo siento muchísimo. No sabes cuánto me arrepiento, pero no tiene nada que ver con la persona que soy ahora —concluyo, dolida por tener que volver al tema una y otra vez—. Lo que pasa es que jamás me has perdonado por aquello, no importa lo que digas al respecto. Para ti, ayer sigue siendo hoy, y yo ya no sé qué hacer para arreglarlo.

Álex no contesta. Se limita a observarme, tal vez buscando las palabras adecuadas que me hagan cambiar de opinión. Ojalá existiera una fórmula mágica que nos hiciera dejarlo todo atrás y superarlo sin perdernos el uno al otro. Mirándolo me doy cuenta de lo mucho que lo quiero. No puedo evitar ver en él a ese chico que me hace sonreír y consigue acelerar los latidos de mi corazón con solo curvar levemente los labios, pero tampoco puedo obviar que es el mismo capaz de herirme de mil formas diferentes, a cada cual más cruel. Supongo que él ve eso mismo en mí.

—No puedo estar sin ti —susurra, cabizbajo, mientras sus dedos se pasean sin pausa por el dorso de mi mano—. Ya no.

Me encojo al escucharlo, porque tampoco estoy segura de que yo sea capaz. Pude una vez, pero ahora... Ahora es diferente. Ahora se lo he dado todo y me es imposible ignorar el hecho de que, sea como sea, nada volverá a ser lo mismo para ninguno de los dos.

DIME QUE SALDRÁ BIEN

No sé cuánto tiempo pasamos hablando. Creo que ambos tratamos de convencernos de que hay alguna manera de seguir adelante, una forma de arreglar las cosas y darnos fuerzas suficientes para no rendirnos. Algo en mi interior me dice que no seré capaz de marcharme de esta casa y no mirar atrás, que todo lo que deseo es seguir aquí y permitirle que me rodee con sus brazos y me consuele, que murmure mil «te quiero» en ese tono dulce que a veces emplea. Pero hay otra vocecita, una muy insistente, que me grita que lo dejé ir de una vez por todas, que mi corazón no soportará una nueva decepción. Y yo, o al menos lo que queda de mí, me pregunto si tengo el ánimo necesario para continuar.

—Me esforzaré, Teresa. Haré lo que sea, lo que necesites —dice Álex, y suena realmente desesperado—. Te compensaré.

«No deberías tener que esforzarte para quererme», pienso para mí, aunque está claro que en nuestro caso el amor parece no ser suficiente.

—Pero tienes que darme algo, algo a lo que aferrarme —prosigue.

No sé qué más podría entregarle. Esta relación se está llevando todo de mí. Mi mejor amigo se ha marchado de mi lado y eso es algo a lo que tarde o temprano tendré que enfrentarme. Pero aparto a Zac de mi mente, demasiado abrumada para pensar en él ahora.

—Álex, yo... No sé si puedo.

Tira de mi brazo hasta conseguir que quede sentada sobre su regazo. Sus dedos recorren la línea de mi mandíbula y sus ojos se fijan en mi rostro, anhelantes, repletos de tristeza y ansiedad. Rodea mi cara con ambas manos y deja que sus pulgares me acaricien las mejillas. Poco a poco, va eliminando la distancia que separa nuestras bocas y, aunque sé que si me besa es probable que no me sea posible resistirme, no trato de evitarlo. En cuanto tengo sus labios contra los míos, su sabor me empuja más y más hacia el abismo, me dice que salte, que no me deje vencer. Que la felicidad podría estar esperándome a la vuelta de la esquina y no puedo ser tan cobarde como para no ir a por ella.

—Te quiero tanto —digo, sin pensar en lo mucho que me estoy exponiendo.

Me dejo llevar por su tacto cálido y familiar. Mi mente se llena con todos los besos que nos hemos dado; unos tiernos y dulces, y otros repletos de pasión, salvajes y algo más oscuros. Recuerdo lo que hemos pasado para llegar hasta aquí y comprendo que me da más miedo perderlo para siempre que la posibilidad de que vuelva a hacerme daño. Y, una vez más, decido correr el riesgo por él, por nosotros. Decido quererlo, aunque eso conlleve mucho más, porque también tengo que perdonar. Me niego a arrastrar conmigo esa maleta llena de piedras. No seré yo la que almacene rencor por lo sucedido, no sé querer de esa forma.

—Dime que va a salir bien —le pido, suplico más bien.

Necesito oírsele decir, aunque ninguno de los dos podamos saber si será así. Él me besa una vez más y, esta vez, el beso se torna exigente, tan voraz que me hace perder el aliento.

—Saldrá bien. Saldrá bien. Saldrá bien —repite, entre beso y beso, y la promesa de un final feliz se pierde en el interior de mi boca.

Varias lágrimas escapan de mis ojos, pero no me molesto en secarlas. Hundo una mano en su pelo y dejo que la otra se cuele bajo su camiseta. Necesito tocarlo, sentirlo lo más cerca posible.

Él me estrecha con fuerza y sus manos buscan mi piel con idéntica desesperación. Me pregunto si el enfermizo anhelo que sentimos significará algo, si tendrá más de despedida que de perdón. Desde el fondo de mi mente llegan a mí las palabras de Marta: «Eso no es amor», pero me obligo a no pensar en ello.

Tiro de su camiseta para sacársela por la cabeza y hago lo mismo con la mía. Álex gime cuando mis labios se posan sobre su cuello y, acto seguido, se pone en pie conmigo en brazos y me lleva hasta el dormitorio. Caemos en la cama y nos dejamos llevar por la desesperación que sentimos. La ropa que nos cubre va desapareciendo con rapidez hasta que quedamos desnudos, y me da la sensación de que no solo estamos exponiendo nuestros cuerpos, sino también nuestras almas. Hay cierto apremio en nuestras caricias, en la forma en que Álex desliza los dedos sobre mi vientre o repasa la sensible piel de mis pechos. Me dejo llevar por la furiosa necesidad de unirme a él y lo obligo a tumbarse. Apenas tardo unos segundos en tenerlo dentro de mí. Sin embargo, permanezco inmóvil y con la mirada fija en sus ojos, diciéndole sin palabras que lo amo y rogando por que, una vez en sus manos, no me destruya de nuevo el corazón.

Hay un montón de cosas que no nos decimos y seguramente sea mejor así. Dejamos que esta pasión irracional nos consuma y, mientras hacemos el amor, murmuramos promesas esperando poder cumplirlas. Al terminar, ambos temblamos. Me acurruco contra su pecho con la huella de sus besos aún latiendo sobre la piel, cierro los ojos y me dejo llevar por su aroma. Tal vez resulte absurdo, pero he echado tanto de menos su olor y, sobre todo, estar aquí, perdida en él, como si fuéramos las dos únicas personas en el mundo, como si nada tuviera importancia salvo nosotros.

Aunque sé que ahí fuera está la vida real esperando alcanzarnos, coloco una mano sobre el pecho de Álex para sentir el palpitante frenético de su corazón y me olvido de ella. Dejo que sus latidos me acunen y marquen el ritmo de mi respiración. Me convengo de que podemos hacerlo, de que el destino no puede ser tan cruel como para enlazar la vida de dos personas de una forma tan íntima y luego obligarlas a separarse.

—¿Te quedas esta noche? —me pregunta, más tarde.

Hemos perdido la mitad del día tonteando en la cama, dándonos todos los besos que nos hemos perdido en estos últimos días y mirándonos de forma obsesiva, tal vez buscando que el brillo de los ojos del otro consiga espantar la sombra que planea sobre nuestras cabezas. El temor a que la violencia de nuestra particular tormenta consiga arrastrarnos sin remedio flota en el ambiente sin que podamos hacer nada por evitarlo. Intento por todos los medios no dejarme vencer por el pesimismo ni darle alas a ese tipo de pensamientos. Quiero estar para él, quiero poder ser yo misma, y sé que no lo seré si me dejo llevar por el miedo, aunque puede que ese mismo miedo sea el que me ha traído hasta aquí.

—Quiero dormir contigo —añade, y esboza una sonrisa nerviosa—. No quiero que pienses que es porque... Bueno, por él.

Álex parece incapaz de pronunciar el nombre de Zac, como si el hecho de no hacerlo convirtiera a mi amigo en una persona menos real. No le digo que ahora mismo no tiene de qué preocuparse porque Zac se ha apartado de mi lado, aunque quizás eso relajase la tensión que genera mi convivencia con otro hombre. Álex tiene que hacerse a la idea de que hay otras personas que necesito en mi vida. No es algo en lo que vaya a ceder, y solo espero que no sea demasiado tarde para Zac y para mí. Que haya perdonado a Álex no va a hacerle especial ilusión, y no sé cómo voy a conseguir mantenerlos a los dos a mi lado.

De nuevo, me planteo si me estaré equivocando al querer tenerlo todo, si eso será de verdad posible. También me pregunto qué dirá Marta al enterarse de que he vuelto con Álex y si

mi mente no colapsará cuando regrese a casa y la presencia de Álex no lo llene todo. Aquí, refugiada en su cuerpo, es fácil olvidarse de que el mundo sigue girando. Es sencillo no dudar y creer que soy lo suficientemente fuerte como para resistir el siguiente golpe. Porque algo me dice que habrá más. Siendo realistas, está claro que en algún momento volveremos a discutir, todas las parejas lo hacen, solo rezo para que sean peleas normales, es todo cuanto pido. Aunque estoy convencida de que para nosotros es mucho más complicado que eso.

—Me quedaré —le digo. No solo porque le he echado muchísimo de menos, sino también llevada por la necesidad de cierta tranquilidad.

Tampoco quiero volver a casa todavía sabiendo que Zac no estará allí. Soy consciente de que nuestra relación se ha ido deteriorando en las últimas semanas, pero eso no va a impedir que, al entrar por la puerta de nuestro piso, siga esperando encontrarlo en el salón esbozando una de sus magníficas sonrisas. Sé que necesitamos hablar, aunque no estoy del todo segura de que solo con palabras consigamos eliminar la barrera que se ha alzado entre nosotros.

Se me escapa un suspiro que llama la atención de Álex. Se apoya sobre el codo y coloca un mechón rebelde tras mi oreja para verme mejor los ojos.

—¿Qué pasa?

No me veo capaz de confesar que me preocupa mi relación con Zac, no al menos en este momento, ni tampoco de ponerle voz a todos los pensamientos que se apiñan en el caos en el que se convertido mi mente. Lo único a lo que me atrevo en este instante es a pedirle que me bese. Y eso hago.

—Dame un beso, por favor.

Él no tarda en ofrecerme sus labios.

—No tengas miedo —me pide, y mientras pronuncia esas palabras sus labios continúan rozando los míos.

Quiero decirle que no tengo miedo, pero no sería verdad. Por mucho que me esfuerce tengo pánico a que esto me destroce un poco más si cabe. Me aterra pensar que, de la misma manera en que es capaz de proporcionarme la felicidad más absoluta, puede conseguir hundirme en el pozo más oscuro. Y, aunque luche contra ello, son tantas las heridas acumuladas que ya no sé si queda piel intacta que pueda acariciar.

Me preocupa no poder volver a sentirme especial a su lado, pero aún más que no consiga hacerle sentir especial a él. No concibo una forma de amar en la que no adores por completo a la otra persona, incluso con sus defectos, que estos no sean más que particularidades que resalten todas sus virtudes. Una imperfecta perfección.

—¿Quieres ir a comer a casa de mis padres este sábado? —propongo, arriesgándome, tal vez para demostrarle que quiero dárselo todo.

A lo mejor debería esperar a ver cómo se desarrollan las cosas entre nosotros antes de dejar que se adentre más en mi vida, pero esta es mi manera de mostrarle que quiero que esté en ella, que lo quiero para siempre. Y tal vez también sea una forma de arrancar el miedo de mi corazón.

SI TE VAS

Álex me trata con mimo y se emplea a fondo durante los siguientes tres días. Aun así, yo no puedo evitar mostrar cierto recelo. Es curioso porque, a pesar de que hemos compartido cada hora del día, me siento sola. Supongo que de forma inconsciente estoy midiendo mis palabras y mis reacciones, y creo que no hay nada que provoque un mayor aislamiento que no poder comportarte tal cual eres.

Esta noche, después de tan solo setenta y dos horas desde nuestra reconciliación, todo se va a la mierda de nuevo y ni siquiera tengo muy claro qué se supone que he hecho mal. Es viernes y estamos en un bar de la zona antigua de La Laguna tomando algo con sus amigos. Vamos por la cuarta o la quinta ronda y la mayoría ya estamos más que contentos. Sin embargo, Álex me mira como si reírme y charlar con sus amigos representara alguna tipo de afrenta personal contra él.

Empiezo a creer que mientras permanecemos ajenos al resto del mundo todo va bien, pero en cuanto nos relacionamos con otras personas comienzan a saltar las alarmas; unos avisos que solo Álex debe escuchar, porque no tengo ni idea de lo que está pasando. No soy yo la que ha querido salir con sus colegas ni la que se ha empeñado en beber caipiríñas como si no hubiera mañana, así que no entiendo que me esté poniendo caras largas solo por intentar pasármelo bien.

—¿Todo bien? —le digo, y sonrío aparentando normalidad, aunque lo que de verdad quiero hacer es irme y dejar que se tranquilice.

Pero sé que Álex no funciona así. Si me largo, estallará el drama y no habrá marcha atrás. Trato de no pensar en que esto puede acabar muy mal a pesar de que la tormenta parece a punto de desatarse sobre nuestras cabezas.

—Sí.

—Si te pasa algo es mejor que lo hablemos —insisto, con cierto temor a que sea aún peor.

Álex niega, aunque es evidente que está mintiendo. Me enfrento al dilema de dejarlo pasar y comportarme como si no ocurriera nada, o bien persistir hasta que confiese. Al final opto por lo primero, más que por cobardía, porque estoy cansada de discutir y, en realidad, soy yo la que empieza a cabrearse por su actitud. Me he cuidado mucho de no parecer demasiado amistosa con sus amigos, no fuera que Álex lo malinterpretara, pero da la impresión de que no importa lo que haga para evitar los conflictos, nada es suficiente para él.

Un par de horas más tarde, la situación se ha vuelto insostenible. Me he mantenido al margen de las conversaciones y llevo un rato apartada en un rincón, limitándome a observar. Mi enfado no ha dejado de crecer y he estado a punto de marcharme en varias ocasiones. Cuanto decido que me niego a seguir haciendo de novia florero, calladita y sonriente, Jorge se acerca a mí y me corta la huida. Álex, desde la barra, no pierde detalle.

—¿Quieres otra? —me pregunta, aunque mi vaso está por la mitad.

—No creo que pueda beber más.

Transcurren unos segundos de incómodo silencio hasta que él vuelve a hablar.

—En el fondo es un buen tío —comenta, mirando hacia la barra—, aunque tiene un carácter complicado. Pero deberías saber que no hace otra cosa que hablar de ti. Te pone por las nubes.

Es obvio que no soy la única que se ha dado cuenta del extraño comportamiento de Álex y está tratando de defenderlo. Me muerdo la lengua para no soltarle que ojalá a mí me dijera lo mismo que les cuenta a ellos. En cambio, me limito a sonreír, sintiéndome aún más estúpida. Tengo que salir de aquí.

Me despido de Jorge con una excusa bastante pobre y voy hasta donde está Álex. Tomo aire y lo dejo salir lentamente mientras me acerco a él, consciente de que es probable que acabemos discutiendo. Sin embargo, mi cabreo ha superado cualquier límite y por una vez no quiero contenerlo. No quiero seguir fingiendo que todo va bien cuando no es así. Álex me había prometido que se esforzaría, que haría lo posible y lo imposible para controlarse. De eso hace solo tres días y lo único que está tratando de controlar es a mí.

—Quiero irme —suelto de sopetón, una vez que me sitúo a su lado.

Clava la mirada en mí y la línea recta y apretada que forman sus labios me dice que está dispuesto a comenzar otra guerra. Bien, porque en esta ocasión pienso presentar batalla.

A la mierda con todo, me digo, repleta de amargura, tristeza y decepción. Esto no es lo que habíamos acordado, ni de lejos.

—Pensaba que te lo estabas pasando bien —señala, arrastrando ligeramente las palabras.

Genial, a saber cuántas copas se ha tomado. Yo también he bebido lo mío y una pelea y el alcohol no suelen ser una buena combinación.

—Voy a marcharme a casa, tú quédate si quieres. No pasa nada.

Me está costando serios esfuerzos mostrarme diplomática y no alzar la voz, pero no quiero montar un numerito a pesar de que empiezo a creer que todo lo que diga caerá en saco roto. Me hierve la sangre al pensar que sus disculpas son solo algo que lanza al aire para contentarme, sin ninguna intención de cumplir las promesas que hace. Tal vez sea porque ni siquiera siente lo que dice, quizás lo nuestro no sea más que una enorme mentira.

Lucho por controlar la humedad que se va acumulando en mis ojos. No voy a llorar. Estoy harta de llorar. Prefiero aferrarme a la rabia y a la frustración.

—¿Vas a irte a tu casa? —Frunce el ceño y no logra esconder la sorpresa, y que le pille desprevenido me da ganas de echarme de reír—. ¿No te quedas a dormir conmigo?

Mucho me temo que de lo que diga dependerá en gran medida cómo acabará la noche, pero no estoy por la labor de continuar midiendo cada una de mis palabras a cada paso que doy. ¿De quién está enamorado Álex? ¿De mí o de esa que tengo que fingir ser para que no se enfade?

—Apenas te has acercado a mí en toda la noche, Álex —replico, tan dolida como furiosa—. ¿Para qué quieres que me quede?

La vena de su cuello empieza a palpar y comprendo que acabamos de traspasar el límite. Sin mediar palabra, gira sobre sí mismo y se dirige hacia la entrada del local. Antes de seguirlo, me pongo la chaqueta y le doy dos vueltas al cuello negro para protegerme la garganta del frío del exterior. Creo que ya no me importa cómo termine esto, solo quiero que termine. Dejar de vivir así, siempre expectante, temiendo que nuestros buenos momentos hayan pasado a la historia y los malos se hayan convertido en una costumbre.

Fuera, Álex me espera plantado en mitad de la calle adoquinada, con los brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de reproche en la cara que dice mucho del rumbo que va a tomar la situación. Esto solo puede ir a peor.

—Si no te he hecho demasiado caso es porque parecías bastante entretenida —me espeta, en cuanto me tiene delante.

Arqueo las cejas y tuerzo la cabeza, indignada.

—No puedo creer que me echas en cara que me muestre simpática con tus amigos —

replico, más molesta si cabe por haber intentado caerles bien—. ¿Hay algo de lo que hago que no te parezca mal?

Me fulmina con la mirada y está claro que no es la respuesta que esperaba.

—No intentes hacerte la víctima conmigo.

Se me escapa una carcajada, bastante cínica por cierto.

—¿Yo? ¿La víctima? No me jodas, Álex —me quejo, alzando las manos.

A estas alturas de la noche no hay mucha gente por las calles, pero los pocos transeúntes que pasan a nuestro lado no dejan de mirarnos. Somos como una jodida atracción de feria.

—¿Este es todo el esfuerzo que ibas a hacer? —prosigo, sin hacer nada para disimular mi cabreo—. Tres malditos días y ya estamos así. ¿Puedes explicarme qué es lo que he hecho mal esta vez?

—¡Estabas coqueteando con mis propios amigos delante de mis narices! —me grita, y la furia de su voz hace que me encoja—. ¡¿Qué pasa?! No puedes evitar reclamar la atención de cualquier tío que se te ponga delante, ¿no?

Odio. Ese es el sentimiento que me llena el corazón en este momento. No siento otra cosa que odio y amargura al comprender que Álex no va a cambiar su actitud en lo que a mí se refiere. Da igual el daño que sabe que me está haciendo, da igual que conozca a la perfección que cada una de sus palabras se me clavarán en el pecho y luego no habrá manera de arrancarlas de ahí. No puedo creer que no se dé cuenta de que lo único que consigue es volver nuestra relación imposible y, sobre todo, de lo enfermizo que se ha vuelto su comportamiento conmigo.

—Vete a la mierda.

Echo a andar sin dedicarle ni siquiera una última mirada. Quiero alejarme de él, poner la mayor distancia posible entre nosotros, como si con eso pudiera conseguir dejar atrás también el dolor sordo que palpita en mi pecho. Retengo las lágrimas tan solo porque estoy tan furiosa con él que llorar me parece entregarle aún más de mí, y ya le he dado suficiente. Le he dado hasta lo que no tenía y he luchado por esto de la mejor forma que he sabido, pero no puedo seguir viviendo convencida de que no soy suficientemente buena para él, porque esa es la sensación que tengo. No estoy a su altura. Les habla de mí a sus amigos, seguramente incluso presume de novia, mientras a mí me trata como a una mierda.

Maldigo mi suerte al comprender que no llevo las llaves de mi casa encima. Zac no está, y plantarme en casa de Marta ahora mismo sería como eliminar los puntales que evitan que una construcción en ruinas se derrumbe. Además, es probable que, siendo viernes por la noche, ella también haya salido. Titubeo un momento hasta que decido volver sobre mis pasos. Que más da, las cosas ya no pueden ir a peor.

Alcanzo a ver a Álex tirando un pitillo y a punto de entrar de nuevo en el bar. Ni siquiera está lo bastante afectado como para marcharse y dar por finalizada la juerga con sus amigos. Aprieto el paso y lo pillo justo en la puerta.

—Tengo que recoger mis cosas —digo, sin andarme por las ramas.

En este momento no veo nada en él que me recuerde por qué lo quiero tanto. De repente, es como si mis sentimientos se hubieran esfumado y él fuera simplemente un extraño, alguien a quien apenas conozco. Tal vez sea así, quizás solo he estado persiguiendo humo, los restos de un enamoramiento infantil que he idealizado con el paso de los años. Esa idea me pondría triste si no fuera porque la rabia no deja espacio para nada más.

—Si me dejas tus llaves, cojo todo y vengo a devolvértelas —sugiero con brusquedad.

«O las tiro a la alcantarilla y con suerte te da una hipotermia», susurra una vocecita maliciosa en mi cabeza. No tengo tan mala leche, pero ganas no me faltan.

Igualmente, Álex no me da opción.

—Te acompaño.

Recorremos el camino hasta su casa en silencio. La tensión forma una nube tan espesa a nuestro alrededor que estoy segura de que nos asfixiará en cualquier momento, pero no pienso perder más tiempo discutiendo con él. No importa lo que le diga, las explicaciones que le dé, Álex siempre saca sus propias conclusiones y yo ya estoy harta de callarme y ceder para mantener lo nuestro a flote. Es inútil creer que podemos estar juntos y, de forma inesperada, ese pensamiento me provoca una vergonzosa sensación de alivio, como si me hubiera quitado un peso de encima.

Cuando accedemos a su piso, mis ojos se desvían de inmediato al portarretrato que le regalé hace unas semanas y me invade un ligero sentimiento de culpabilidad. Todo cuanto deseo es tomar mi bolsa y marcharme lo más rápido posible. No soporto ser por más tiempo la estrella que guíe sus pasos, mi luz se ha apagado llevándose consigo a la Tessa de ayer y a la de hoy, puede que incluso haya arrastrado a la persona que hubiera podido llegar a ser.

—Si te vas, no voy a ir detrás de ti —dice, pero yo escucho su amenaza como un eco lejano, la clase de broma a la que nadie prestaría atención—. Esto se acaba aquí.

—Es lo que llevas buscando desde el mismo momento en que nos reencontramos —replico, mientras termino de guardar mis cosas—. No has parado hasta conseguirlo.

—Te he dado un millón de oportunidades.

No sé cómo evito echarme a reír, pero lo hago. Lo peor de todo es que se cree lo que dice.

—No me has dado una mierda. Lo único que has hecho es joderme hasta conseguir que pierda toda mi autoestima y me convenza de que no valgo nada.

Me tiembla la voz. Incluso ahora, mostrándome tan furiosa y haciendo gala de un orgullo que no he dejado de pisotear desde que volví con él, me siento una inútil. Le he perdonado sus desaires una y otra vez, le he dejado hacer de mí lo que ha querido, y ya no sé quién soy ni lo que quiero. Lo he perdido todo, incluyéndome a mí misma.

Al escapar escaleras abajo solo puedo pensar en que no lo quiero cerca de mí, y lo más irónico de todo es que al final ha conseguido que me odie a mí misma solo por estar tan enamorada de él.

LO QUE SOMOS

Las horas que le quedan a la noche las paso pensando en que, aunque digan que el amor lo puede todo, faltar el respeto a la persona que amas es algo que no tiene vuelta atrás. Es como cruzar una línea invisible que, una vez atravesas, se vuelve tan nítida que no puedes dejar de verla. No importa cuanto te esfuerces en situar tus pies tras ella; a todos los efectos, resulta que se mueve para quedar siempre detrás de ti.

Yo traicioné la confianza de Álex hace años y ahora él ha hecho lo mismo conmigo. Si algo queda claro, es que ambos sacamos lo peor del otro. En todo caso, el amor no va a poder arreglar lo nuestro, creo que una vez que traspasamos por primera vez esa línea comenzamos a dejar de querer al otro. Puede que, después de todo, Marta no se equivocase al afirmar que de ningún modo esto era amor. Quizás seamos tan solo dos personas obsesionadas con algo que no puede tener un final feliz.

Me doy una ducha, me cambio de ropa, doy vueltas por la casa... Ya he probado a meterme en la cama e intentar dormir y no ha funcionado, aunque anhele la paz que me proporcionaría el sueño. El que ha sido mi hogar durante casi dos años parece más vacío que nunca. Este es uno de esos momentos en los que Zac me abrazaría, me llamaría «peque» y, solo con eso, conseguiría hacerme sentir mejor. ¡Dios! He sido tan estúpida tratando de contentar a Álex, haciendo cualquier cosa para evitar que se enfadara. Es probable que tenga lo que me merezco.

Desde el salón escucho sonar la melodía del móvil en mi habitación. Son las seis de la mañana, así que estoy segura de que se trata de Álex. La llamada se corta antes de que llegue a mi dormitorio, pero comienza a sonar de inmediato. Es él. Por un momento dudo de si cogerlo o no, aunque al final termino por rechazarla y que se vaya al buzón de voz. Tras varios intentos por su parte, debe darse cuenta de que no tengo intención de contestar y empiezan a entrar notificaciones de *Whatsapp*.

Llamadlo curiosidad, morbo o masoquismo, pero no puedo resistirme a echar una ojeada. Justo cuando le doy un toque a la pantalla para abrir la aplicación, entra una nueva llamada y descuelgo por error. ¡Joder!

—¿Qué quieres? —pregunto, y me rio de mí misma por pensar que colgarle, después de haber aceptado la llamada, sería una falta de respeto. Como si eso importase a estas alturas.

—¿Qué? ¿Ya estás con tu amiguito? —dice él. O eso creo, porque apenas si logro entenderlo. Supongo que ha seguido tomando más copas cuando me he ido.

—No, estoy sola.

Tiene gracia que todavía sienta deseos de darle explicaciones. Sé que me estoy justificando porque me resulta doloroso saber lo que piensa de mí, aunque también me doy cuenta de que lo que le diga no va a hacerle cambiar de opinión.

—Sí, claro... seguro que ya te lo has follado.

No quiero ceder a mis impulsos y rebajarme a su nivel; sin embargo, antes de que lo piense siquiera, le suelto:

—Eres un cabrón.

Las lágrimas me inundan los ojos. ¿Esto es lo que queda nosotros? ¿Insultos y malas palabras? Yo no quiero ser como él, ni siquiera quiero odiarlo. Odiar me hace daño.

—Adiós, Álex —murmuro, antes de apretar el botón que corta la llamada.

Pero a él no parece importarle nada. El móvil suena de nuevo y, tras eso, nuevos mensajes se suman a los ya existentes.

«La estás jodiendo bien».

«Eres una egoísta».

«No te lo voy a perdonar».

«No has cambiado nada».

Esas son tan solo algunas de las perlas que me dedica. Hay otras mucho más desagradables que no soy capaz de terminar de leer siquiera. El corazón se me acelera, repleto de rabia, al mismo ritmo que aumentan sus acusaciones, y esa furia se entremezcla con una profunda tristeza al ver en lo que Álex se ha convertido. O quizás haya sido siempre así, ya no sé qué pensar. Estoy tan indignada que no dudo en contestarle, aunque sepa que lo mejor sería que apagara el móvil.

«No sabes lo que dices».

«¿Cómo puedes estar haciéndome esto?».

A punto estoy de lanzar el teléfono contra la pared cuando me dice que él es el único que me ha querido de verdad.

«Pero ¿tú te estás leyendo? —tecleo—. ¿De verdad crees que esto se parece en nada a querer a alguien?».

No puede estar hablando en serio. Me convenzo de que algo no va bien en su cabeza, y yo, aguantando como he aguantado todo este tiempo, solo le he dado alas. Una vez que empecé a ceder ante él me condené. Por más que le daba, nunca era suficiente.

«Ya da igual, ¿no? Esto se acabó».

«Hay aquí una rubia bastante dispuesta a ocupar tu sitio».

Tengo que leer el mensaje varias veces antes de que mi mente asimile lo que está insinuando. Esto es demasiado incluso para él. Si hay algo de lo que nunca he dudado es de la fidelidad de Álex. Pero ya no sé si es porque tenía fe ciega en el amor que sentía por mí o porque cometer la misma traición que yo nos dejaría al mismo nivel, y eso es algo que Álex nunca consentiría.

Sin embargo, no me da tregua.

«O vienes ahora mismo a arreglar esto, o me la tiro».

Los ojos se me llenan de lágrimas que enseguida se desbordan y corren por mis mejillas hasta caer sobre mi camiseta, mientras los pedazos de mi corazón que habían resistido hasta ahora se volatilizan y mi pecho se convierte en un erial. Los dedos me tiemblan flotando a centímetros del teclado y las pequeñas sacudidas no tardan en extenderse al resto de mi cuerpo.

Grito. Suelto un alarido que sale de mi interior desgarrando todo a su paso. Las rodillas se doblan bajo mi peso y me derrumbo sobre el suelo. No siento odio ni furia ni tristeza. No siento nada salvo un dolor que ha dejado de ser mental para convertirse en algo físico. Me acurruco, sollozando. Más rota y deshecha que nunca antes.

No sé de dónde saco las fuerzas para estirar el brazo y coger el móvil. No leo lo que ha seguido escribiendo, tan solo tecleo despacio, tiritando, aunque apenas veo la pantalla.

«No vuelvas a acercarte a mí jamás. Te quiero fuera de mi vida para siempre. Adiós, Álex».

Acto seguido, lo bloqueo para que no me lleguen más mensajes y alejo el teléfono de mí.

No sé cuánto tiempo paso llorando. Me da la sensación de que en los últimos meses no he hecho otra cosa, que las lágrimas han pasado a ser una constante en mi día a día, junto con la

amargura que me oprime el pecho. Pero siento que necesito dejar que salga todo, que si me lo quedo dentro será aún peor. Así que no me obligo a parar ni ha mostrarme fuerte, tampoco tengo ya fuerzas para aferrarme al odio o la rabia. Sé que nunca podré perdonarlo por esto y no lo haría aunque pudiera. Este es el fin de una historia que quizás nunca debió ser.

Lloro, lloro y continúo llorando cuando comienza a amanecer. Lloro mientras me subo a la cama y me tapo con una manta, angustiada y temblorosa. Y sigo llorando cuando, totalmente exhausta, me quedo dormida. Mi último pensamiento antes de alcanzar la tranquilidad que solo puede darme la inconsciencia es que, en esta ocasión, ni siquiera vale la pena molestarse en alzar ninguna barrera en torno a mi corazón.

Ya no queda nada que proteger.

LO QUE FUIMOS Y LO QUE SIEMPRE SEREMOS

Siempre es difícil poner fin a una relación, más si es una historia con tantos vaivenes como la que hemos mantenido Álex y yo. No importa lo duro que haya resultado o que los malos recuerdos se amontonen e inclinen la balanza en una única dirección. Sabes que se ha acabado, que jamás podrías seguir amando a una persona que ha cruzado ciertos límites y que ha demostrado lo sencillo que le es hacerte daño.

La parte buena es que tienes multitud de razones empujándote y dándote el valor que necesitas. Ves los momentos buenos como simples lapsos de tiempo que te regalaron para que pudieras hacer frente al resto; los miras con cierta frialdad y te das cuenta de cómo te dejaste ganar por esos instantes y, sobre todo, cómo te fuiste perdiendo poco a poco, dejando pedazos de ti en ese camino tortuoso y repleto de baches.

Me cuesta varios días alcanzar la tranquilidad necesaria para comprender que todo cuanto deseo es dejar atrás este capítulo de mi vida, que no quiero llevarme nada conmigo, ni siquiera el rencor. Sé que arrastraré el dolor a saber por cuánto tiempo y que las heridas están más abiertas que nunca, pero si algo tengo claro ahora mismo es que lucharé con todas mis fuerzas para no transformarme en una persona repleta de rabia y amargura. Tal vez sea eso lo que ha convertido a Álex en lo que es, y yo no quiero cargar con ese tipo de equipaje.

Otra de las cosas que me preocupan es mi amistad con Zac. Si algo me ha enseñado Álex es que siempre es más fácil hacer daño a los que te quieren y se preocupan por ti, a los que te aman por encima de todo, esos incapaces de renunciar, los que nunca se rinden. Esos que incluso cuando todo se va a la mierda quieren estar ahí para ti. Es lo que he hecho yo con Álex a pesar de que por fin comprendo que mi instinto no dejaba de decirme que huyera lo más lejos posible, que me destrozaría. Me he empeñado en salvar nuestra historia mientras alejaba de mí a una de las pocas personas que siempre me ha aceptado tal y como soy, alguien que nunca me ha juzgado. Y eso es algo que no podré perdonarme.

No obstante, necesito sacar de mi interior toda la ponzoña que he ido acumulando, el miedo y el dolor, y hasta esas ansias de venganza que en determinados momentos sacuden mi alma con fiereza. Yo no soy así, me digo, aunque ya no sepa muy bien cómo soy en realidad.

En un primer momento, no le cuento nada a Marta, tan solo le digo que Álex y yo ya no estamos juntos y que no vamos a volver a estarlo. Antes de hacerla partícipe de mi dolor necesito asumir lo sucedido, necesito admitirlo ante mí misma y vencer el irracional miedo que me produce pensar que se ha acabado. Para ello, no encuentro mejor forma que escribirle una carta a Álex, pero no al Álex de ahora, sino a mi primer amor. Tal vez esa persona ya no existe o no llegó a existir nunca, pero sé que, con todo, yo lo recordaré siempre.

En la carta le cuento lo que nos ha pasado y le explico que, aunque suene contradictorio, voy a seguir queriéndolo, a Él, al crío que me regalaba rosas y me provocaba sonrisas. Al que me hacía sentir que yo era todo su mundo. Pero también le digo que ya no puedo continuar buscándolo, que tengo que rendirme porque tampoco yo soy la Tessa que se enamoró de él.

Escribo páginas y páginas, y no dejo de hacerlo incluso cuando las lágrimas caen sobre el papel, emborronando las letras. Alargo la despedida, reacia a dejar atrás a alguien que me ha marcado de mil maneras diferentes. Le confieso cuánto odio odiarlo y también que ese precisamente será uno de los primeros sentimientos que desaparezcan en favor de la indiferencia.

Perdonar, escribo, me dará la tranquilidad que necesito para seguir adelante sin él. No le guardaré rencor porque prefiero creer que, para la versión de él que amé, siempre seré su Venus, su estrella más brillante.

Nunca enviaré esta carta. Álex no va a leerla jamás. La considero demasiado íntima y no quiero que interprete mis palabras como un nuevo intento de salvar lo nuestro. Por fin he comprendido que extrañar a alguien que ha salido de tu vida no implica que quieras que regrese a ella. Solo tengo que aprender a convivir con ese sentimiento y aceptar que lo llevaré conmigo siempre. No estoy segura de que Marta, o cualquier otra persona, pueda entenderlo, pero eso no cambia lo que siento y ya he descubierto que ser lo que otros esperan que seas no lleva a ningún lugar que merezca la pena visitar.

Meto la carta en un sobre y lo cierro. Ni siquiera quiero tener la tentación de releerla. Como si pudiera dejar mis emociones también encerradas en su interior, la guardo en el fondo de un cajón e intento olvidarme de ella.

Pierdo una semana completa de clase intentando disfrutar de pequeñas cosas: ver series acurrucada en el sofá, tomarme el primer café de la mañana a pequeños sorbos mientras la taza me calienta las manos, leer tumbada en la cama y, finalmente, llamar a Marta y pedirle que venga a verme. En cuanto aparece en casa, y tras echarme un rápido vistazo, me regala un abrazo que me hace comprender cuánto he echado de menos a la Tessa a la que no le importa derrumbarse frente a su mejor amiga. No solo eso, sino que es inevitable que piense en Zac y en el enorme vacío que provoca su ausencia. No hemos hablado desde que se fue y ni tan siquiera hemos intercambiado un mísero mensaje.

—¿Cómo está Zac?

Marta me mira como si le estuviera preguntando por el sexo de los ángeles. Llevamos varias horas hablando y ya la he puesto al corriente de todo lo sucedido con Álex. Creo que todavía está tratando de asumirlo.

—A ver que me aclare, después de la mierda que acabas de vomitar, ¿me preguntas que cómo está Zac?

Asiento. Debería ser yo misma la que llamara a mi amigo y hablara con él, pero de repente siento que hemos perdido la conexión que nos unía y me da vergüenza que piense que lo llamo solo porque ya no estoy con Álex.

—Lo he estropeado todo con él —replico, y comprendo que, al final, es la parte más dolorosa de todo esto.

Ella suspira. Clava la cuchara en el helado de nueces de macadamia que estamos compartiendo y se la lleva a la boca.

—Zac te adora, aunque creo que se ha tomado de una forma muy personal lo tuyo con Álex.

—¿Y tú? ¿No estás enfadada? —pregunto, apartando a un lado la inquietud que me provoca pensar en mi mejor amigo.

Por toda respuesta, pone los ojos en blanco y se llena la boca de helado.

—Solo quiero que estés bien, Tessa —me dice, tras conseguir tragar—, y que sepas que puedes contarme lo que sea. No voy a juzgarte por ello. Creo que necesitabas hacer esto, ya sabes, una buena hostia —concluye. Su voz adquiere un tono burlón, y yo le doy un codazo aunque sepa que solo trata de aligerar el ambiente—. Tómame el tiempo que necesites, pero recuerda volver a ser tú cuando estés preparada.

—No sé si sabré volver a ser yo misma.

—Claro que sabrás. Eres más fuerte de lo que crees.

Me observa durante unos segundos y luego continúa devorando el helado. Me gustaría poder contemplarme a través de sus ojos y saber lo que ve cuando me mira. Posiblemente, la imagen sea más amable que la que me mostraban los ojos de Álex, pero me doy cuenta de que al final soy yo la que tiene que ser feliz consigo misma y que es eso en lo que tengo que trabajar a partir de ahora.

—Te quiero —le digo, porque necesito que sepa lo que significa para mí.

—Lo sé —se ríe—. Es bastante difícil no adorarme.

Me río con ella y, por primera vez en días, creo que es una risa del todo sincera. Casi había olvidado lo bien que siento.

—Incluso Teo empieza a quererme —se jacta, ufana, pero no logra esconder cierto nerviosismo.

Cojo el mando de la televisión y le quito el volumen a pesar de que no le estamos prestando la más mínima atención. Cambio de posición hasta quedarme de lado en el sillón, y Marta, de repente, parece encontrar extremadamente interesante el fondo del envase del helado.

—¿Teo?

—Oh, ya sabes, le encanta tontear con todas —se retracta—. Ha venido de visita y se está quedando en mi casa. No quería molestarte.

—¿Visitar a quién? Zac está en Lanzarote, ¿no? —digo, confundida, y luego me da por pensar que a lo mejor hay mucho más en todo esto—. ¿¿Teo y tú os habéis enrollando?!

Marta niega con una efusividad casi cómica. Por un momento siento deseos de decirle que no se meta en líos, que Teo es de la clase de tíos a los que no se puede atar en corto. Sin embargo, quién soy yo para dar consejos ni para juzgar a nadie, o para decirle que no existen los cuentos de hadas ni los finales felices. Yo, que he necesitado cometer mis propios errores a pesar de saber desde el principio que no iba salir bien.

—Te gusta —señalo, en cambio—. Te gusta de verdad.

Ella se muerde el labio, sin afirmar ni negar. Viendo la sonrisa tímida que asoma en sus labios y el brillo ilusionado de sus ojos, no puedo evitar preguntarme si volverá a apoderarse de mí esa maravillosa sensación. Si alguna vez creeré de nuevo en el único amor que debería existir, ese que rellena huecos y que te da alas para volar. El que te acompaña siempre y nunca, jamás, te hace sentir sola.

Quizás, tal vez, algún día.

EPÍLOGO

ZAC

Playablanca, Lanzarote. Víspera de Nochebuena.

—¿Qué tal, hermanito?

Teo salta sobre el muro de piedra y se sienta a mi lado. Me he marchado de casa sin decirle a dónde iba para poder estar solo un rato, pero parece que no voy a tener esa suerte. Había pensado en coger el coche de mis padres e irme a dar una vuelta por la isla, perderme por ahí, pero al final he acabado sentado en el paseo marítimo del pueblo, observando el mar. Tal vez porque este lugar me recuerda a ella. Aquí hemos acabado en multitud de ocasiones cuando venimos a la isla juntos. Tessa suele tumbarse sobre la piedra y apoyar la cabeza en mi regazo mientras deja que el sol le caliente el rostro y yo leo algún capítulo de cualquier libro que hayamos traído con nosotros. Siempre dice que le tranquiliza escuchar el sonido de mi voz mezclado con las olas del mar, y yo me meto con ella porque no sería la primera vez que se queda dormida.

La echo de menos más incluso de lo que creí que lo haría. No puedo dejar de pensar en que, en cierta medida, la he abandonado a su suerte. Que me he marchado justo cuando más me necesitaba. Pero no podía soportar ver cómo se entregaba por completo a un tipo que no la valora en absoluto, y no estoy ciego para no darme cuenta de que ella tampoco deseaba tenerme rondando a su alrededor. Lo peor es que sabía que no podía decirle nada de su relación con Álex. Creo que es algo que ella necesita hacer, convencerse por sí misma, o nunca será capaz de soltarlo del todo.

—No sabía que fueras de los que huyen —comenta mi hermano, apartándose de mis cavilaciones.

Lleva preguntándome por los motivos de mi visita desde que llegué, aunque se ha vuelto más insistente al regresar de Tenerife. Ha ido solo para ver a Marta, aunque lo niegue. Igual llevamos en la sangre eso de negarnos a admitir lo que sentimos.

—No estoy huyendo —replico, pero él se ríe.

—Sigue repitiéndolo a ver si así te lo crees.

Aparto la vista del mar para fulminarlo con la mirada, aunque no parece afectarle en lo más mínimo.

—Mira, no seré yo quién te diga lo que tienes que hacer en cuestión de relaciones, todavía me estoy acostumbrando a eso de que te vaya la carne y el pescado...

—Joder, Teo, de verdad que sigo esperando a que papá y mamá confiesen que te adoptaron —señalo, pero él se encoge de hombros.

Me pregunto si alguna vez se tomará algo en serio. Aun así, me resisto a enfadarme con él. Desde que salí del armario y le conté que era bisexual, siempre me ha apoyado. Sé que en realidad no piensa ninguna de las chorradas que suelta por la boca.

—No cambies de tema —me dice. Apoya un pie sobre el muro y le echa un vistazo al móvil antes de continuar hablando—. No me digas que no preferirías estar consolando a cierta morenita pequeña y resultona en vez de aquí.

—Es más complicado que eso —replico, pero él ya ha emprendido su particular cruzada.

—¿Quieres decirme cómo cojones has hecho para vivir casi dos años con una preciosidad como Tessa y no decirle que te pone a mil? ¿Y cómo has permitido que se enrollara con ese impresentable?

Una pareja de guiris que pasa se nos queda mirando y Teo le dedica una sonrisa a la chica. Un día de estos le van a partir la cara. Al menos, mientras mi hermano observa sus largas piernas, tengo tiempo para pensar en la respuesta a sus preguntas. No es que no me las haya hecho yo mismo ya, pero explicárselo a Teo es algo bastante más difícil.

—Ella quería estar con él —señalo, por no decir que estaba completamente enamorada, algo en lo que no quiero pensar—. ¿Qué crees que hubiera pasado si me meto por medio?

—¿Y fueron felices y comieron perdices?

Niego, muy a mi pesar.

—Lo de Tessa y Álex es una de esas historias que sabes cuando comienzan, pero no cuando acaban. Para bien o para mal, tenía que dejarla que hiciera lo que deseaba hacer.

No le confieso que, además de eso, me siento demasiado inseguro. He vivido esa relación más de cerca de lo que desearía. Sé cuánto ha amado Tessa a Álex, ¿cómo podría yo competir con eso?

—Pues ese tío la ha jodido bien, deberías saberlo.

Esbozo una mueca de dolor. Solo con pensar en lo mal que lo puede haber pasado Tessa me dan ganas de coger el primer avión y plantarme en Tenerife. Estoy harto de echarla de menos. Sin embargo, no tengo claro cómo recibiría ella mis atenciones después de dejarla tirada y de lo tirante que se mostraba conmigo antes de marcharme. Y no solo eso, ¿podremos seguir siendo amigos después de lo mucho que nos hemos distanciado?

—Bueno, a lo que íbamos, ya la tienes para ti solito.

Estiro las piernas y dejo que cuelguen por el borde del muro. Me gustaría que todo fuera tan sencillo como lo pinta Teo.

—No creo que sea el momento.

—¿Qué pasa? ¿Ahora que la puedes tener ya no te gusta?

Le doy un codazo.

—A ver, imbécil, yo no busco tener a nadie, y dudo mucho que Tessa esté pensando en comenzar una relación tras lo que le ha sucedido. —Le he dado tantas vueltas que ya no sé qué pensamientos son míos y cuáles fruto de la frustración—. ¿Tú te has planteado alguna vez cómo hacer feliz a alguien al que le han roto el corazón?

—Pues no sé, no se me dan bien esas cosas, pero supongo que intentándolo. Sin más. O al menos estando a su lado.

—Aún lo sigue queriendo —comento, porque estoy seguro de que es así.

No se deja de amar a alguien de la noche a la mañana, por muy mal que te lo haga pasar, y yo sé lo enamorada que ha estado Tessa de ese tío.

—Joder, Zac, ¿cuándo te has vuelto tan cobarde, tío?

—Desde que me importa tanto esa chica como para no cagarla y hacerla sufrir más aún —replico, sin pensarlo dos veces—. Ya ha pasado suficiente. Es mi mejor amiga, no espero que lo entiendas.

Mi hermano suelta un gruñido y vuelve a mirar el teléfono. Me dan ganas de arrancárselo de las manos y lanzarlo al mar, a ver si así deja de dar el coñazo con él.

—Bueno, pues vete pensando qué demonios es lo que quieres de tu mejor amiga, porque está aquí y quiere verte.

Le da la vuelta al móvil y me muestra un mensaje de Tessa que solo dice: «Estoy aquí».

—¿Aquí? ¿Aquí en Lanzarote? —pregunto, repentinamente nervioso.
Teo suelta una carcajada y niega. Se pone de pie sobre el muro y mira hacia el comienzo del paseo.

—Aquí —replica, señalando a una chica que camina decidida directamente hacia nosotros.

CONTINUARÁ...

SIGUE LEYENDO EN:

SI ME DEJAS QUERERTE (QUIÉREME 2)



Solo a la venta en Amazon. Disponible en Kindle Unlimited.

Libros de este autor

No te enamores de Blake Anderson (Hermanos Anderson 1)

Cuando Raylee le propone a Blake una noche de sexo sin ataduras, no se espera que sea tan complicado no enamorarse de él.

Llega a Montena la bilogía Hermanos Anderson, la historia más sexy y divertida de la nueva reina del new adult, Victoria Vílchez.

Blake, el mejor amigo de mi hermano, nunca me ha visto como otra cosa que una cría, casi como a una hermana pequeña. Pero eso va a cambiar. Yo voy a hacerlo cambiar. Estoy más decidida que nunca a tener una aventura apasionada con él; sin ataduras, sin emociones ni sentimientos. Ahora, solo tengo que convencerlo para que acepte mi propuesta.

Una boda, una oferta indecente y una única regla que cumplir: No te enamores de Blake Anderson.

Pero, a veces, los límites entre una emoción y otra se desvanecen, y comienzas a desear lo que nunca te habías permitido.

Después de todo, las reglas están para romperlas...

Cómo odiar a Travis Anderson (Hermanos Anderson 2)

Llega la segunda parte de la serie Hermanos Anderson, de la reina de la romántica nacional, Victoria Vílchez. Una nueva historia llena de romance, sorpresas y, sobre todo, mucho picante. ¿Serás capaz de odiar a Travis o caerás rendida a sus pies?

¿Y si el imbécil al que odias fuese también el único hombre al que no logras resistirte?

Travis Anderson es, con toda probabilidad, el tipo más arrogante, bocazas e idiota que conozco. El problema es que también es el hermano del novio de mi mejor amiga. Ahora que Travis está viviendo en casa de Blake, a pesar de mis esfuerzos para evitarlo, acabamos coincidiendo durante un fin de semana. Y el encuentro termina siendo como el choque frontal de dos trenes a toda velocidad: devastador y... catastrófico.

Odio cómo me hace sentir.

Odio la forma en la que mi cuerpo reacciona cuando está cerca.

Y, sobre todo, odio que, a pesar de su impertinente actitud, me estoy empezando a divertir con

esta estúpida guerra personal que hemos entablado.

Lo odio con todas mis fuerzas.

Pero, cuanto más descubro de él, más difícil se me hace continuar odiándolo.